Al fin tenía la oportunidad
de hacer justicia.
Pero... ¿a qué precio?

Mario Flores

LA PLAYA DE VARSOVIA

NOVELA | Berenice

mario flores

La playa de Varsovia

© Mario Flores Martínez, 2021
© Editorial Almuzara, s.l., 2021

© del Prólogo: José Calvo Poyato, 2021

Mapa cortesía de Javier Gómez. Reproducido con permiso.
(Publicado originalmente en www.elholocausto.net)

Editorial Berenice
www.editorialberenice.com

Colección Novela

Director editorial: Javier Ortega
Maquetación: Manuel Montero Reina
Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

ISBN: 978-84-18757-82-2

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Made in Spain

PRÓLOGO

Es necesario, para que una novela llegue a interesar a un número relevante de lectores, que se den un conjunto de circunstancias —más allá de las capacidades del escritor, que esa es otra historia— y que, en muchas ocasiones, no se producen. Eso hace que el número de lectores no sea el que se desea. Me refiero a que la historia que se pretende contar resulte atractiva para quien la lee. No puede serlo únicamente para el autor, sino que tiene que interesar al público, y para ello no es imprescindible, pero sí importante, que aporte alguna novedad no tanto en el sentido estrictamente literario como en la historia que se cuenta.

Señalo esto porque hay terrenos que han sido muy trillados, asuntos sobre los que se han escrito centenares, incluso miles de novelas. El lector avisado sabe a qué asuntos me refiero. Esa circunstancia hace que, más allá de que hay cada vez menos ideas originales a las que darles forma, resulte complicado proporcionar una cierta dosis de interés. Muchas historias que pueden parecen originales no lo son. Ocurre a muchos de quienes se dedican al oficio de escribir el haberse encontrado con que personas, armadas de la mejor voluntad, que les han dicho que conocen una historia —por lo general es personal o familiar— que encierra una extraordinaria novela, sostienen que se trata de algo verdaderamente original. No suelen serlo. Es frecuente que se trate de historias personales o familiares, aunque con notables diferencias, que suelen tener muchos puntos en común. Brindan esas historias con gran generosidad y su mayor deseo es que se conviertan en una novela cuyo éxito —en opinión de quien la ofrece hay un convencimiento total de que interesará a muchos lectores— está asegurado.

Por lo general esas historias se refieren a los difíciles años de la adolescencia y primera juventud en que despiertan muchas cosas a la vida y que hasta entonces han permanecido adormecidas en las personas. Consideran que lo que les ocurrió a ellos tiene tintes excepcionales. En realidad, con ligeras diferencias, ha sido algo por lo que una gran parte de los seres humanos ha pasado: los primeros amores, los primeros desengaños, el deseo de quitarse la vida porque carece de sentido y, ante una decepción, falta el aire con el que respirar… Otras veces son historias familiares, suele advertirse al escritor que al convertirse en novela —quien cuenta la historia entiende que es tan interesante que da por hecho que se convertirá en una— han de disfrazarse nombres, lugares y ciertas situaciones porque

alguien podría identificarla y hay que preservar el anonimato porque el relato en cuestión suele tener elementos escabrosos, acciones truculentas y algunos otros añadidos que no dejan en el mejor de los lugares a determinados protagonistas de la historia. La mayoría de los casos son hechos que, con las correspondientes variantes, suelen darse con frecuencia… hasta en las mejores familias.

Para escribir una buena novela hay que tener una buena historia que contar. Esa sería la primera cuestión. La segunda es que resulta imprescindible ambientarla de forma adecuada en el tiempo en que ocurre. Incluso si la historia que va a contarse sucede en el presente. Todo tiempo tiene sus propios elementos definitorios. Las gentes comen ciertas cosas o visten de una determinada forma, pero lo suelen hacer de manera diferente, según los ambientes. Se utilizan formas de expresión que son propias de ese tiempo —a veces la Real Academia de la Lengua Española hasta las codifica, aunque su vida sea efímera, y se acepta una expresión vulgar—. La gente responde a unos determinados códigos que, a veces, son valores… Si la novela está ambientada en otra época el escritor ha de documentarse sobre esa época, imbuirse del ambiente y de las formas de vida imperantes por entonces.

Otro elemento sumamente importante en la carpintería de una novela está relacionado con los personajes que desfilan por sus páginas, desde quienes asumen el protagonismo hasta los que desempeñan papeles secundarios y quienes solo aparecen como meros figurantes. Cada cual tiene su papel y el escritor ha de tenerlo en cuenta a lo hora de trazar sus perfiles. Por último, si se tiene una buena historia, se conoce el ambiente y se ha creado de forma adecuada a los personajes, ha de saber contarse. Hay, desde luego, diferentes formas de hacerlo, pero, en cualquier caso, tiene que hacerse de forma correcta y que el lector cierre el círculo que el escritor abre al contarla. Luego, según los diferentes géneros, habrán de utilizarse diferentes recursos que son los que permiten mantener el interés del lector hasta las páginas finales.

La novela de Mario Flores que el lector tiene en sus manos, *La playa de Varsovia,* reúne los ingredientes que a vuela pluma hemos señalado que nos parece ha de reunir una buena novela. El lector está de enhorabuena. Paseará por la Varsovia que, ocupada por los nazis, vivirá días oscuros y tensos. El autor ha sabido captar el ambiente de aquella ciudad, donde todo es problemático y de forma muy especial para los judíos. Familias que llevaban una tranquila existencia y vivían de sus prósperos negocios han visto truncadas sus vidas y han tenido que asumir las restricciones que supone vivir en un gueto aislado donde las condiciones de supervivencia son peores cada día que pasa. En ese ambiente opresivo un puñado de valientes que se

reúnen en una casa de la calle Mila no están dispuestos a resignarse con la situación en que se encuentran. Deciden hacer frente a quienes se han convertido en sus verdugos y transformado su vida en un infierno. Entre esos hombres se encuentra Alexander Kreczkiewicz, que asumirá el protagonismo de la historia. El lector paseará de su mano por aquella Varsovia y vivirá las tensiones que su decisión ha provocado. Conocerá que, junto a Alexander, hay todo un elenco de personajes y una figura singular: Estanislava, su esposa.

Las peripecias de aquella decisión están narradas con fuerza. El autor ha sido capaz de mantener el pulso narrativo en todo momento y la minuciosa documentación que ha manejado hace creíble una historia al tiempo que consigue que el lector se mueva en aquellos ambientes como si los estuviera viviendo en primera persona.

Pero *La playa de Varsovia*, cuyo título parece contener una contradicción —la capital de Polonia se encuentra muy lejos de la costa—, llevará al lector a otra historia muy diferente a la que se vive en el gueto de Varsovia, sin perder la conexión con esos hechos vividos durante la Segunda Guerra Mundial, donde las pasiones, los sentimientos y las actitudes personales marcan todo lo que se nos cuenta.

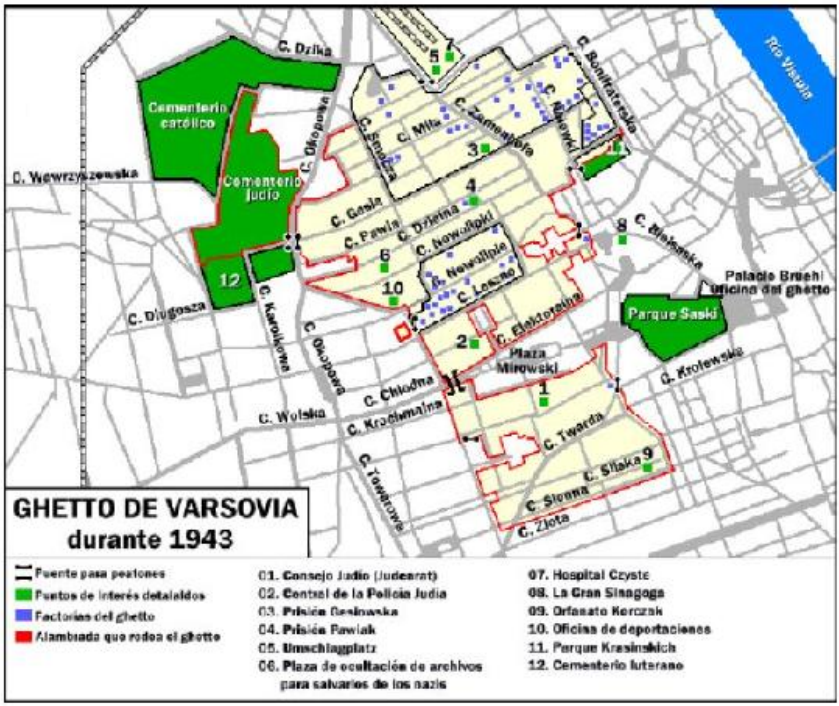
Mario Flores, con mucha habilidad, lleva al lector al nacimiento de la que hoy es una de las principales actividades económicas de nuestro país; esos años, particularmente interesantes, en que se gestó el porvenir turístico de la que acabaría siendo la Costa del Sol. La vida de Sandro, el protagonista, será presa de una creciente tensión que el autor manejará con soltura suficiente para mantener la intriga de lo que vaya a suceder hasta las últimas páginas.

La playa de Varsovia es una novela que resulta difícil de encuadrar desde el punto de vista genérico. No sabría hacerlo. Pero quien comience las páginas que vienen a continuación se encontrará con una historia que fue real. Muy dura, pero real, como lo fue la Segunda Guerra Mundial y de forma particular para millones de personas que fueron brutalmente tratadas por los nazis. Una novela con tintes policíacos, con la búsqueda de un objetivo que pudo ser real o no serlo. Sabemos que ocurrió en otros ambientes donde se vivieron situaciones parecidas, pero todo son rumores, comentarios, palabras dichas en voz baja. En cualquier caso, esta historia está contada con tanta verosimilitud que hace creer al lector que se trata de algo que sucedió.

Las páginas que vienen a continuación llevarán al lector, de la mano de unos personajes bien trazados, a un mundo real, duro y complejo, pero en el que hay una pizca de esperanza y de ilusión. Algo que está en la forma en que Alexander se transforma en Sandro y nos hará reflexionar sobre algunos acontecimientos del pasado que quizá

nos hagan dudar sobre el hecho de que algunas cosas, es posible, no fueran exactamente como nos las han contado.

José Calvo Poyato


GHETTO DE VARSOVIA
durante 1943
Río Vistula
C. Dzika
Cementerio católico
Cementerio judío
C. Wewrzyszewska
C. Okopowa
C. Smocza
C. Mila
C. Zamenhofa
C. Nowolipki
C. Bonifraterska
C. Gasia
C. Pawia
C. Dzielna
C. Nowolipki
C. Nowolipie
C. Leszno
C. Bielańska
Palacio Bruehl
Oficina del ghetto
Parque Saski
C. Elektoralna
Plaza Mirowski
C. Krolewska
C. Chłodna
C. Krochmalna
C. Wolska
C. Twarda
C. Śliska
C. Sienna
C. Złota
C. Towarowa
C. Karolkowa
C. Okopowa
C. Długosza
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
12
Puente para peatones
Puntos de interés detalaldos
Factorías del ghetto
Alambrada que rodea el ghetto
01. Consejo Judío (Judenrat)
02. Central de la Policía Judía
03. Prisión Gesiowska
04. Prisión Pawiak
05. Umschlagplatz
06. Plaza de ocultación de archivos para salvarlos de los nazis
07. Hospital Czyste
08. La Gran Sinagoga
09. Orfanato Korczak
10. Oficina de deportaciones
11. Parque Krasinskich
12. Cementerio luterano

PREFACIO

Solo al cabo de muchos años había conseguido el viejo Sandro encontrar la calma junto al mar. Como cada mañana tomaba café sentado en su mullido sillón, ese que le acompañaba desde hacía lustros y que había adaptado su forma a la del cuerpo de su propietario. A esa temprana hora del día la solitaria playa solo era atravesada fugazmente por cincuentones que corrían para hacer ejercicio, mitad por acallar su conciencia, mitad por mantenerse en forma. Él podía verlos recostado cómodamente en su jardín, que lucía orgulloso sus setos y césped recién cortados. Más allá de unas esbeltas palmeras que se mecían lánguidamente al compás de sus pensamientos, esas figuras fugaces desaparecían de su campo visual igual que entraban. Molly, su vieja *golden retriever*, también seguía con la mirada a aquellos tempraneros corredores. El animal miraba de vez en cuando a los ojos de su amo como buscando en él una explicación a tan extraña conducta humana. «¿Qué puede empujar a esos seres singulares a correr alocadamente si no hay ninguna pelota de tenis que perseguir?», debía pensar la noble Molly.

Hacía mucho tiempo que Sandro había desestimado la idea de someter su cuerpo al dictado del ejercicio físico, sobre todo porque la memoria que este mantenía de las heridas recopiladas durante el levantamiento del gueto de Varsovia le recordaba una y otra vez que eso de correr no se había hecho pensando en sus circunstancias. Ya tuvo que emplearse a fondo cuando rozaba los cuarenta años en su Polonia natal, momento y lugar en que hubo de hacer sitio a su propia supervivencia haciendo frente a aquellos despiadados nazis que se encargaron de diseñar un aterrador traje a medida, primero en el gueto, luego durante el alzamiento de Varsovia y, al final, en los campos de concentración y exterminio. La cojera que padecía —fruto de una bala alemana rebotada que afectó a su tobillo izquierdo— así como su avanzada edad constituían el argumento definitivo para la inacción.

La calma del momento y la promesa de un nuevo día le ayudaban, en cualquier caso, a encontrar el lugar seguro en el que refugiarse de un pasado más que azaroso. Pero también la distancia física, la que mediaba entre su morada en la cálida Estepona y sus gélidos orígenes en la patria polaca, contribuía, no poco, a sosegar el ánimo del anciano. Ello le había valido para hacer frente al presente de cada día desde que Sandro llegara a España allá por el año 1946. Ahora que sus días se agostaban, el alejamiento físico le seguía siendo útil, aunque la

proximidad emocional con aquellas fechas infames de la Shoá le acosaba con más frecuencia de la que hubiese deseado.

—Cómo corren esos jovencitos —le dijo Águeda a su marido al acercarse con una bandeja donde el café humeaba y los bizcochos se mostraban recién horneados.

—Qué sabrán esos jovenzuelos lo que es correr —respondió socarrón—. Ya me hubiera gustado verlos en acción esquivando las balas en el gueto.

—¿Pero es que nunca vas a dejar de pensar en aquello? A veces pienso si no hubiera sido mejor casarme con un marinero para olvidarme por temporadas de que tengo marido —respondió Águeda en su desenfadado tono habitual.

Cuánto le había servido la compañía de Águeda. Era su mujer una malagueña a cuyos pies cayó Sandro rendido al poco tiempo de su llegada a la cálida Costa del Sol. Aquel año de 1946 se renovaba cada mañana, otorgándole la oportunidad de estrenar la ilusión día tras día. Las carnes de sus entretelas —las que aún guardaba Águeda bajo su vestido— lo habían cautivado nada más conocerla. Aún hoy bebía los vientos por ella, esos vientos que también le servían de consuelo a su espíritu atormentado por la huella emocional del recuerdo, del recuerdo de los años atroces en los que el nazismo se llevó por delante todo lo que poseía y que barrió de la existencia a toda su familia y a quien fuese su primer amor: Estanislava Rachwal.

Águeda nunca conoció en profundidad la historia del primer amor de Sandro porque era respetuosa y prefirió no hurgar demasiado en las heridas de su esposo. Por eso siempre evitó interrogarle sobre ella o eludió sondear la posible presencia de pasiones en forma de rescoldos. No le importaba demasiado la existencia de Estanislava porque Águeda siempre había sentido que su lugar junto a Sandro estaba salvaguardado y cada día tenía la oportunidad de experimentar el cariño sincero de su esposo.

—Como no te comas pronto esos bizcochos será Molly quien dé cuenta de ellos. Luego empezarás a quejarte de que tienes hambre porque el almuerzo se retrasa —le advirtió Águeda.

—Nadie como yo sabe lo que puede llegar a hacer el hambre. Pero no te preocupes, estoy curtido y sabré esperar pacientemente el almuerzo —le respondió Sandro.

—Lo que yo te diga. Hubiera sido mejor casarme con un marinero…

El carácter jovial de la malagueña y sus grandes dosis de simpatía no conseguían eclipsar aquellas otras capacidades que atesoraba y que bien le valían para regentar desde hacía muchos años su propio hotel a pie de playa. Águeda era una mujer firme, disciplinada y responsable, cualidades que le facilitaban organizar el trabajo de sus

empleados o dispensar el trato apropiado a sus proveedores. Cuando tenía que tratar con los clientes del hotel le resultaba más útil, sin embargo, mostrar su vertiente más cercana y cordial. Por esa razón eran muchos los que, verano tras verano, repetían estancia en el Hotel Águeda Beach. Estos, y otros muchos atributos, eran motivo de orgullo para Sandro, quien no se contenía a la hora de hablar de su esposa de una manera particularmente encomiable. Águeda, por su parte, siempre le reprendía e intentaba apagar en él tanta pasión como mostraba en su admiración por ella.

—¡Ay, Sandro mío, para haber sido polaco tienes un corazón que te arde! —le solía decir con su particular gracejo.

Resultaba muy curiosa la forma verbal que empleaba Águeda al hablar así de Sandro: ese «haber sido polaco» suponía una suerte de consideración hacia su esposo porque este había adoptado la nacionalidad española muchos años atrás; sentía, soñaba y respiraba por los poros de España, esa Sefarad del pasado que sus ancestros debieron abandonar hacía siglos.

Muchos eran, sin embargo, los que se dirigían a Sandro como «el polaco». Pero pocos sabían de sus cuitas, de sus tragedias personales o de su atroz pasado. Y menos aún conocían de su incomodidad al ser interpelado por ese gentilicio, porque él era discreto y no gustaba de reconvenir a nadie. Por eso soportaba que los proveedores del hotel, entre otros, emplearan aquel incómodo apelativo. De haber sabido estos que su nombre completo era Aleksander Kreczkiewicz, poco podría haber hecho Águeda para convencerlos de llamar a su esposo de otro modo.

—Mi marido tiene un nombre —les regañaba con frecuencia, pero en vano.

Aleksander decidió mutar su nombre tiempo antes de su llegada a España. Quiso de este modo adoptar una nueva forma de entenderse a sí mismo. Por tanto, la gran mayoría de sus amigos y conocidos le llamaban por el nombre de Sandro, o incluso se referían a él como «Sandro el de la Águeda» porque el viejo judío se situaba casi siempre a la sombra de su mujer. Y es que muchas veces sentía que su fuerza había sido liquidada durante los años negros en que tuvo que batirse el cobre con los nazis. Eran demasiadas las veces en que Sandro había mirado fijamente a la muerte y eso le había dejado un poso de abatimiento que solo Águeda era capaz de gestionar por él. No entendía cómo aquel Aleksander que había puesto en riesgo su vida combatiendo en el gueto, que había abatido a varios alemanes durante el alzamiento de Varsovia o que resistió la ira del Tercer Reich en los campos de exterminio, había quedado convertido en alguien a quien le costaba Dios y ayuda recriminar un error en el pedido de algún proveedor.

Esas zozobras ocupaban la mente del anciano desde hacía años, como también hacía mucho que se veía asaltado con frecuencia por recuerdos traumáticos del gueto, de los campos o de la guerra. Algunas noches se veía sobresaltado por pesadillas que no conseguía diluir de su conciencia al despertarse súbitamente. En esos momentos Águeda tenía que socorrer a su marido acariciándole la frente y dedicándole palabras tranquilizadoras que no eran otra cosa que expresión de ternura y amor.

Y también le sucedía que, algunas veces, estas funestas evocaciones aparecían de repente durante la vigilia, excitados sus recuerdos por estímulos de su entorno que le hacían precipitarse hacia el vacío de aquellos años. Por esta razón Sandro tenía serias dificultades para atender a los turistas alemanes que llegaban hasta la recepción del hotel; el acento bronco de su habla, la entonación de aquella lengua y los sonidos guturales que salían de sus gargantas lo devolvían *ipso facto* al gueto. Durante los primeros años de su estancia en el hotel, para atender a aquellos veraneantes Sandro tenía que echar mano de Andrés, su fiel empleado. Sin hacer demasiadas preguntas sobre la causa de la extraña reacción del patrón, este atendía solícitamente a los inocentes alemanes que solo pretendían ocupar una habitación en el establecimiento para acudir rápidamente a la playa y abrasar sus carnes sin piedad. No fueron pocas las veces que el polaco tuvo que disculparse luego con Andrés profiriendo un escueto: «Es que no soporto a los alemanes», a lo que el empleado, encogiéndose de hombros, solía responder indulgentemente con un también conciso «ningún problema, jefe». Solo muchos años más tarde consiguió Andrés desentrañar los auténticos motivos de la animadversión de Sandro por los germanos porque él mismo, Andrés, sería una pieza importante en la jugada que su jefe hubo de desplegar cuando corriera el año 1971.

Águeda siempre se mostró comprensiva con su marido y nunca desaprovechaba la oportunidad de expresarle que «siempre sería su héroe», aunque este se azoraba y mascullaba entre dientes palabras ininteligibles; cuando se sentía en un aprieto le salían de manera natural algunas palabras en polaco que su esposa no conseguía entender.

Solo había una cosa con la que Águeda nunca supo bregar: el sentimiento de culpa de su esposo. No entendía —y hasta llegaba a exasperarle— la razón por la que podía sentir aquello. En cualquier caso, de no haber sido por el apoyo mostrado por su esposa, tal vez Sandro hubiera tenido una vida mucho más difícil que aquella plácida existencia junto a ella, cerca del mar y en compañía de su fiel perra Molly.

—Tú sobreviviste para que la memoria de tu familia no

desapareciera. Eres tú quien guarda ahora el recuerdo que nadie te podrá arrebatar. Y por eso tu familia sigue estando viva —le solía decir para aliviar su culpa.

El viejo judío podía afirmar, a pesar de todo, que era feliz. La obra de teatro de su vida se dividía en dos actos bien definidos: su existencia en Polonia desde la llegada de los nazis y su venida a España hasta la actualidad. La conciencia de Sandro quería habitar permanentemente en el segundo acto aunque algunos pasajes del primero irrumpían ocasionalmente en escena de manera brusca. Pero bastaba una rápida mirada a su alrededor para contemplar todo lo que tenía y volver a recuperar la ilusión por vivir. Además, estos últimos años había encontrado en Molly una razón añadida para ello. Su fiel perra, sin saberlo ella, se había convertido también en su confidente pero, sobre todo, en su alivio, en su refugio y en su felicidad. Solo bastaba mirar a los ojos del noble animal para sentir que la bondad existía; esa medicina solo se la podía dispensar Molly.

Águeda, a pesar de no haber tenido descendencia, veía satisfechos sus instintos maternales al cuidar de su marido como lo hacía: la dispensa de atenciones y consuelo parecían ser suficientes para colmarla de plenitud. Siempre se sintió mitad esposa y mitad madre.

Sandro, por otra parte, nunca profesó con demasiado fervor los preceptos del judaísmo, pues su familia siempre se había ocupado más de los negocios de la madera —a los que se dedicaba— que de acudir a la sinagoga. Ello no obstaba para que fuera conocedor del Talmud o para que encendiera el candelabro de Hanukkah hacia el final de cada año. Sus padres se lo enseñaron y lo mantuvo hasta el final de sus días, como también hacia el ocaso de su vida volvió su mirada hacia Dios y lo incorporó a su día a día desde una mayor presencia. Estaba, además, henchido de orgullo por sus orígenes sefardíes: la tradición familiar materna le había enseñado que nunca debía renunciar a su ascendencia española.

De su origen sefardí daba fe la adoración que su madre profesaba por la lengua ladina, veneración que esta fue capaz de trasladar a Sandro y razón por la que él pudo balbucear algunas frases en aquella lengua española ancestral desde su infancia. Su rudimentario conocimiento del ladino, por tanto, le permitió reconocer en el idioma moderno algunas palabras que no le eran del todo extrañas. Y eso hizo que pronto pudiera empezar a comunicarse con fluidez en aquella lengua. El trabajo de conocimiento del idioma que ya había empezado junto a los españoles —con quienes coincidió en el campo de Mauthausen— también le ayudó enormemente.

Águeda, por su parte, no recordaba nada de su bautizo — como resultaba lógico— aunque sí tenía constancia de haber recibido el sacramento cristiano. Pero el día de su primera comunión era otra

cosa: era perfectamente capaz de evocar aquel precioso vestido de lino blanco bordado con el que acudió a recibir a Jesús aquel domingo radiante de mayo. Era tan solo una niña pero ya pudo sentir desde ese momento el regocijo de ser el centro de atención. Águeda siempre había sido una mujer a quien le gustaba ser admirada y no le importaba lo más mínimo atraer las miradas de cuantos pudieran apreciar su belleza.

—Tenías que haberme visto con ese maravilloso vestido blanco. Donde se ponga una bonita niña cristiana… —le decía socarrona a Sandro. Este sonreía con condescendencia.

Su primera comunión le hizo tomar conciencia de su condición, aunque Águeda fue abandonando poco a poco sus compromisos con la Iglesia hasta apartarse de la misma. Lo único que le acompañó durante toda su vida fue la devoción por «su Virgen del Carmen», a la que no dejó nunca de acompañar en las procesiones marineras cada 16 de julio. En esas ocasiones acudía junto a Sandro, a quien, a pesar de su judaísmo, le parecía especialmente entrañable dicha celebración.

Águeda se enamoró muy pronto de Sandro. Cuando él le comunicó que era judío, esa noche de 1946 en que se besaron por vez primera, ella no tuvo otra salida que responder a esa confidencia con un lacónico: «Pues sí que besan bien los judíos…». Y así quedaron resueltas para siempre todas sus diferencias religiosas.

Pero para llegar hasta allí, Sandro (Aleksander Kreczkiewicz) había tenido que realizar un largo y doloroso camino.

PARTE PRIMERA

Los héroes del Gueto

1

Cuartel general de la resistencia. Calle Mila 18. Gueto de Varsovia. 15 de julio de 1942.

La noticia les llegó por boca de Marek. Tras reunirse con Adam Czerniaków, jefe del Comité Judío de Varsovia, este les había trasladado su negativa a organizar cualquier tipo de resistencia a las deportaciones que los alemanes estaban llevando a cabo en el gueto.

Marek Edelman, uno de los principales líderes de lo que muy pronto sería la Organización Judía de Combate (conocida por sus siglas como OJC), hacía aspavientos agitando los brazos en actitud indignada. La enjuta figura del joven mensajero del hospital del gueto, reconvertido circunstancialmente en un furibundo activista, parecía animada por una fuerza extraordinaria que hacía que cada palabra que salía de su boca se viera acentuada por el vaivén de su pequeño bigote.

—¡Pues no dice el pusilánime de Czerniaków que se los están llevando a campos de trabajo! —profería casi a voz en grito—. ¿No se da cuenta ese burócrata imbécil de que nuestros hermanos están siendo llevados al matadero? ¿O acaso prefiere permanecer ciego ante estos asesinatos y obtener ventaja de su posición sumisa?

—Lo que parece claro es que ha llegado la hora de tomar decisiones por nuestra cuenta —respondió el joven Mordejai con el temple más tranquilo que su compañero y la mirada fija en un incierto punto de la sala.

—No te quepa duda —repuso Marek.

Los asistentes a aquella reunión clandestina asentían con la cabeza admitiendo como válidos aquellos argumentos. Pesaba en el aire ese ambiente de pesimismo que se impone cuando ante un problema acuciante nadie con mando en plaza se atreve a ofrecer soluciones. Ese era el caso del dócil Consejo Judío, liderado por el antiguo concejal Czerniaków y en el que se integraban hasta veinticuatro sabios e intelectuales judíos, la mayoría de ellos tradicionalistas o sionistas. Aquellos judíos «burgueses», los privilegiados, no podían representar a la inmensa mayoría de los habitantes del gueto, cuyas condiciones de

vida y garantías de la misma resultaban más que precarias.

Mordejai Anielewicz, quien intervenía liderando la reunión, sorprendía por su juventud, aunque aquel joven maestro ya tenía a sus espaldas algunas misiones que habían permitido la huida de cientos de judíos a Palestina. Había sido, además, el responsable de organizar la resistencia que pronto permitiría plantar cara a los nazis en el gueto. Su voz, dados su compromiso y su historial, era la más autorizada de cuantas se podían oír en la sala. Y no solo opinaba así Maria Fuchrer, la novia arrobada que le iba a acompañar en las mil y una batallas que estaban a punto de desatarse, sino que su liderazgo no era cuestionado por nadie. No en vano también había pertenecido desde muy joven a una organización sionista en el seno de la cual aprendió técnicas de organización y liderazgo. El haber sido el responsable de coordinar un complejo sistema de resistencia cultural a base de organizar seminarios y periódicos también contribuyó a otorgarle un notable estatus entre los residentes del gueto.

—El tiempo no corre precisamente a nuestro favor y conseguir las armas que nos harán falta no es tarea de un día —continuó diciendo.

—¡Ni de dos! —interrumpió visiblemente alterado Marek—. ¡Esos cabrones disponen de granadas, ametralladoras, subfusiles y obuses! ¡Y si se les pone en los cojones nos meten los Panzers y los Stukas en el gueto! ¿Con qué les vamos a responder? ¿Con atizadores de alfombras? El Consejo nos ha dejado solos, ya ha decidido, así que mejor será que también tomemos nosotros nuestras propias decisiones.

Los líderes del gueto habían tenido que soportar la tibieza con que el Consejo Judío se pronunció en la reunión acaecida hacía tan solo unas horas en la sede del comité, en la calle Niska. Los maldecían también por haber tenido que arrostrar aquel escenario de lujo y opulencia en el que se celebró el encuentro: una fabulosa *menorah* presidiendo la mesa del presidente, mullidas alfombras para apaciguar la dureza del suelo y hasta una vitrina de buenos licores con los que aquellos tibios judíos olvidarían la tragedia mientras se deleitaban con los efectos etílicos. Esos hebreos burgueses, esos timoratos de clase alta, no iban a adoptar las medidas necesarias para poner fin a las deportaciones, por más que se mesaran sus largas barbas o adoptaran rictus de preocupación al hablar del asunto; su afectación y sus desvelos habían dejado de causar efecto en los dos resistentes. Porque el Comité, opinaban estos, no era capaz de poner freno a los alemanes en sus pretensiones de entrega de contingentes de judíos para su eliminación, pero es que tampoco se mostraban resueltos para hacer frente a la indescriptible situación del gueto, donde todo era miseria, hambruna, enfermedades y muerte. Las ejecuciones de hombres, ancianos, mujeres y niños estaban a la orden del día. Solo las cantinas de sopa y la organización de asociaciones de ayuda y de voluntarios

podían paliar en parte las necesidades de la mayoría de la población. El contrabando de comida era también común aquellos días, y gracias a ello fue como muchos pudieron sobrevivir. La situación en el gueto era atroz, aunque el acomodado Consejo parecía haber claudicado. La lucha era, por tanto, el único camino.

—¿Ningún miembro del Consejo apoya la resistencia? —preguntó Icchak Cukierman mientras se levantaba para tomar parte activa en el debate.

—Ninguno —respondió Mordejai—. En la calle Niska todos parecen subyugados por los argumentos de su presidente. Como ellos han sido elegidos por esos nazis malnacidos creen que tienen su gordo culo salvado. Pero nuestros hermanos son sacados de Varsovia para morir como corderos. ¿Alguien podría tomar en serio la palabra de los alemanes? ¿De verdad alguien puede pensar que los judíos del gueto están siendo llevados a trabajar en los campos? Solo esos veinticuatro traidores pueden creer algo así.

—¡Pero si hasta han entregado a los nazis los planos del gueto para facilitarles el trabajo de capturar a la gente en sus casas! — reaccionó una vez más con vehemencia Marek, agitando su bigote.

Aunque Mordejai era considerado el responsable último de la Organización Judía de Combate en ciernes, Marek no perdía oportunidad de elevar el tono por encima de este. Lo cierto es que el ímpetu de uno en conjunción con la inteligencia y el temple del otro hacía de ambos un tándem perfecto a la hora de motivar al resto de compañeros: conseguían persuadirlos de que las líneas estratégicas a seguir estaban en las mejores manos.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es someter la decisión a la opinión de los aquí presentes —sugirió Icchak.

Todos los asistentes a la reunión de aquella tarde de julio asintieron dándole la razón. Icchak tenía predicamento entre los suyos y, por lo general, todos admitían siempre sus propuestas, empezando por el propio Mordejai. Como uno más de los jefes de la futura OJC, su opinión era también muy considerada, no en vano su activismo en los meses previos y sus contactos en el lado ario de Varsovia eran elementos a tener muy en cuenta.

La atmósfera de pesimismo que había acompañado el inicio de la reunión empezó a disiparse sobre la cabeza de los cerca de cincuenta asistentes que se encontraban en la abarrotada sala. El nutrido grupo de resistentes era solo una parte de los casi doscientos que pronto se unirían a aquel movimiento y que llegaron hasta setecientos en el momento en que se levantaran contra los alemanes el 19 de abril de 1943. De algún modo todo apuntaba a que pronto habría que pasar a la acción. Y aquello les animaba. Porque eso era mejor que no hacer nada.

—Antes de votar deberíamos informar de lo que hemos conocido de fuentes fidedignas —intervino Mordejai—. Tenéis que saber que los judíos están siendo sacados a la fuerza de los guetos de otras ciudades para llevarlos a un lugar llamado Treblinka. Se trata de un campo ubicado a doscientos kilómetros al norte de Varsovia, lugar del que nadie vuelve para ofrecer noticias.

—No tenemos motivos para pensar que el destino de nuestros deportados vaya a ser otro que la muerte —añadió Marek—. Esa es razón más que suficiente para dar un paso al frente y luchar.

—La unión debe ser completa —Icchak se dirigía a todos los allí congregados—. Tenemos que salvar cualquier diferencia ideológica entre nosotros. No deben existir fisuras, todos obedeceréis las órdenes de los líderes de la resistencia, sin cuestionarlas…

—Pero no solo eso —interrumpió Mordejai—. Tenemos que aglutinar todas las fuerzas, tanto si estas provienen de la derecha sionista de la Unión Militar Judía como si están adscritas a la Resistencia Polaca de Izquierdas. Y los contactos con el Armia Krajowa (AK), el Ejército Nacional de Polonia, también tendrán que realizarse. Será Icchak quien se encargue de buscar y recabar las adhesiones necesarias. Los contactos que ya tiene le hacen ser el más indicado para ello.

La batalla contra los nazis, qué duda cabía, iba a ser muy dura. La mayoría de los líderes de la resistencia y de sus seguidores (si no todos) eran conscientes de que su futuro próximo se iba a parecer mucho a la muerte del lobo luchando más que a la muerte mansa del cordero. La aceptación de ese destino final, la toma de conciencia de que la muerte heroica en nombre del pueblo judío sería el más noble de los destinos, les insuflaba fuerzas y les disipaba el miedo. Y hasta les encendía el orgullo. Eso es lo que fue capaz de hacer esa tarde el joven maestro que comandaría en pocos meses el levantamiento del gueto de Varsovia. Las deliberaciones y las arengas provenientes de gran parte de la concurrencia dieron paso a la votación. Mordejai lo planteó en términos muy claros:

—Debe levantar la mano todo aquel que esté de acuerdo en alzarse en armas.

La progresiva unanimidad, según iban elevando la mano uno detrás de otro, emocionó a Mordejai. Al fondo de la sala, un hombre y quien parecía ser su esposa observaban con atención. Y cuando llegó el turno de ejercer sus votos, ambos, al unísono, alzaron sus brazos con decisión. Aleksander y Estanislava se abrazaron emocionados.

2
Aleksander y Estanislava.

Los padres de Aleksander se llamaban Walenty Kreczkiewicz y Zofia Kreczkiewicz (la mujer en Polonia adoptaba el apellido del marido; Zofia se apellidaba Bensheton de soltera, reminiscencia de su procedencia sefardí). Su hermana, dos años menor que él, se llamaba Dorota. La familia había vivido siempre en la calle Górczewska, en el distrito de Wola, en Varsovia (la casa familiar era «herencia de herencia» por parte de la rama paterna). La residencia era tan grande que posibilitó en su día establecer en la planta baja un negocio de madera, negocio muy lucrativo que había permitido a la familia vivir con bastante desahogo. Dicho comercio provenía también de la herencia de los abuelos paternos y era uno más de aquellos establecimientos regentados por judíos que salpicaban las calles principales de Varsovia, ofreciendo prosperidad y trabajo a la ciudad. El nombre de la serrería figuraba en un gran cartel sobre la fachada del edificio donde rezaba: «Maderas y Labores Kreczkiewicz e Hijos». De su éxito hablaba el hecho de que daba trabajo a diez empleados, la mayoría de ellos judíos. Fruto de ese acomodo familiar, Aleksander podría haber estudiado la carrera que hubiera deseado, aunque prefirió permanecer junto a su familia y en el entorno seguro del hogar y del negocio maderero. Así que, al terminar su formación secundaria, se dedicó de lleno a la madera. Su hermana, por su parte, no estudió más allá de secundaria porque la universidad no era entonces para chicas. Se sentía muy feliz ocupándose junto a su madre de las tareas domésticas, ocupaciones entre las que se encontraba bajar el desayuno al taller cada mañana para su padre y su hermano. Dorota vivió feliz en el hogar hasta que conoció a Jan, un chico del barrio tres años mayor que ella, con quien se casó. Fue entonces cuando, con pesar pero también feliz por iniciar una nueva etapa, abandonó el nido familiar. En poco tiempo Dorota ensanchó la felicidad de la familia trayendo al mundo a dos pequeños, Henryk y Jerzy.

Tanto Aleksander como Estanislava pasaban ya de los treinta cuando se casaron. Nunca antes habían tenido ninguna otra relación,

ella por haber tenido que cuidar de una madre enferma hasta que murió, él porque el negocio le ocupaba demasiado tiempo como para emplearse en amoríos, pero también porque el cobijo familiar le ofrecía todo lo que necesitaba. Pero fruto del azar, Aleksander y Estanislava se conocieron de manera inesperada. Tras la muerte de su madre ella acudió a la serrería para encargar el corte de unos tablones de madera con los que construir una nueva empalizada en el jardín trasero de la casa. El paso del tiempo y el descuido en el mantenimiento de ese espacio hacían realmente necesario ese cambio. De haber sabido Estanislava que al poco tiempo tendría que entregar su propiedad a los alemanes no habría acometido mejora alguna, pero como no podía conocerlo de antemano, se decidió a invertir algo del dinero de la herencia familiar en ese quehacer.

El día que Aleksander la vio aparecer por el mostrador de la serrería reconoció en ella a esa espigada mujer en la que ya se había fijado antes al verla pasar por la calle Wolska. La recordó como la chica que atendía el próspero negocio de sastrería que su padre poseía en dicha calle hasta que este murió. El establecimiento judío se encargaba, entre otras cosas, de confeccionar los *talits* o mantos de oración con los que muchos fieles acudían a rezar a la Gran Sinagoga o a las muchas otras pequeñas sinagogas que se encontraban dispersas por la ciudad. Por esa razón la sastrería era vista con mucho respeto por la amplísima comunidad judía de Varsovia.

Cuando el padre de Estanislava falleció, unos años antes de la ocupación alemana, el negocio languideció y su madre enfermó gravemente. Aunque tenía una hermana mayor, esta había huido a EE. UU. en 1939 junto a su marido y sus pequeños mellizos, así que fue ella quien tuvo que hacer frente a algunas difíciles decisiones mientras cuidaba de su madre hasta que murió, poco antes de conocer a Aleksander.

En esas circunstancias se presentó Estanislava aquel día en el mostrador de Maderas y Labores Kreczkiewicz e Hijos. Aleksander quedó de inmediato cautivado al contemplar su belleza tan de cerca. Aquella deslumbrante mujer, enfundada en un elegante abrigo largo de color gris oscuro, y su pelo negro y rizado, contenido a duras penas por una diadema, le sedujeron de inmediato. Cuando en el pasado la había visto de lejos sus profundos ojos negros le pasaron desapercibidos, pero ahora que la tenía justo enfrente le resultaba imposible sustraerse a su seductora mirada.

—Tengo entendido que aquí pueden ayudarme —dijo ella clavando sus pupilas en las de Aleksander.

—Sí… sí, claro… Usted dirá qué se le ofrece —acertó a balbucear, deslumbrado.

—Necesito reconstruir por completo la valla del jardín trasero de

casa. Hace poco que mi madre ha muerto y ahora puedo dedicar un tiempo a ello —dijo con voz firme.

—Cuánto lo siento, señorita… ¿Es usted señorita, verdad? —preguntó inseguro Aleksander. En ese momento supo que se había equivocado estrepitosamente porque interesarse por su estado civil antes que ocuparse del sentimiento de pesar por la muerte de su madre era una torpe manera de entablar relación con aquella belleza —. Verá… no es que me importe… si está usted casada o no, quiero decir… es solo que quería… saber la manera de dirigirme correctamente a usted —intentó arreglarlo Aleksander—. Lamento mucho la muerte de su madre, la acompaño en el sentimiento.

—Muchas gracias, no tiene por qué disculparse. Sí, soy soltera. Nunca he tenido tiempo de esas cosas.

«Vaya, sí que se pone esto interesante», pensó Aleksander.

—Y bien, ¿cómo desearía esas maderas de las que me habla? — preguntó con aire sobrado y ya un poco más repuesto.

—Verá, no estoy muy familiarizada con el asunto. Solo me gustaría saber si dispone de algún muestrario para poder elegir el tipo y el color. En cualquier caso necesito una madera que sea capaz de soportar los rigores del invierno polaco, ya me entiende…

—Permítame entonces mostrarle el material…

Así fue como Aleksander inició aquella relación que continuó con la elección de las calidades, la medición del perímetro del jardín y la colocación de los listones hasta conformar una recia y duradera empalizada. El proceso se demoró diez días, aunque para él el tiempo transcurrió en un suspiro. Para Estanislava encontrar a aquel joven fue una doble suerte: en primer lugar porque le resultó muy útil a la hora de acometer la construcción de la cerca —sería él mismo quien, por razones obvias, colocase la valla relegando a sus empleados—, pero también porque las conversaciones entre ambos le sirvieron para elevar su ánimo y evitar sentirse sola ahora que sus seres queridos se habían marchado. Pronto se enamorarían…

Durante aquellos días de finales de 1939 ambos compartieron similar indignación ante la entrada de los nazis en Polonia. Como la mayoría de sus compatriotas, esperaban que muy pronto Francia e Inglaterra colocarían en su sitio a esos malnacidos. No podían saber entonces que las cosas no iban a ser tan sencillas, y que se iban a complicar hasta convertir el futuro inmediato en un auténtico infierno. Los dos tuvieron muy claro desde el principio que no iban a quedarse de brazos cruzados viendo cómo los alemanes mancillaban su religión, su historia y su orgullo. Y estarían dispuestos a hacer lo que fuese para evitarlo.

No obstante, la ocupación alemana de Varsovia no consiguió extinguir en ellos el deseo de unirse en matrimonio, antes al contrario,

lo excitó. Quisieron así unir sus destinos antes de que las cosas empeorasen. Y vaya si empeoraron. Así que, tan solo tres meses después de haberse conocido, Aleksander y Estanislava se casaron, un 8 de enero de 1940. La sencilla ceremonia tuvo lugar en la sinagoga de la calle Górczewska. Ella echaría en falta a demasiada gente.

3
Gueto de Varsovia, 24 de julio de 1942.

—Si tenemos que morir, lo haremos juntos —dijo Estanislava mientras miraba a Aleksander.

Los poco más de dos años que llevaban casados habían conseguido fortalecer su relación y los había reafirmado en la idea de unir sus destinos en aquellos tiempos de guerra e infamia. Durante la conversación ambos permanecían sentados bajo la umbría de uno de los pocos árboles que se erguían en la calle Leszno. Para huir de los plomizos muros del gueto y del gris de todo lo que les rodeaba, la pareja tuvo que abonar un *esloti* al propietario de aquel árbol. Esa era la costumbre en el gueto: ante la escasez de sombras había que pagar por sentarse bajo los árboles. Huir del calor, en todo caso, bien valía un *esloti*.

—Si fracasamos lo habremos hecho al menos defendiendo nuestra dignidad. Cualquier cosa antes que ofrecer mansamente nuestro cuello para que nos lo rebanen. Y si tengo que morir junto a ti será la mejor de las muertes que pudiera tener —dijo él apesadumbrado, aunque al mismo tiempo reconfortado ante la idea de plantar cara a los alemanes llevándose a unos cuantos por delante.

Aleksander y Estanislava hablaban entre ellos quedamente. Aunque el tránsito de gente por el gueto era mayoritariamente de correligionarios judíos, siempre se podía deslizar por allí algún soldado de las SS en busca de piezas que cobrarse o algún que otro policía judío con ansias de delación. Aquella maldita policía colaboracionista pagaría caro algún día su traición. Los esbirros de los nazis se habían vendido para salvar su pellejo y el de sus familias a cambio de arrancárselo cruelmente a sus conciudadanos. Y esa traición no podía quedar impune. Los casi dos mil quinientos efectivos del Servicio de la Orden Judía, bajo el mando del traidor Józef Szerynski, tendrían que dar cuenta de su iniquidad, empezando por este último, quien se convirtió en un claro objetivo de la resistencia. Aunque finalmente no hizo falta liquidarlo: él solo se quitó la vida tomando veneno.

Los resistentes, que ya venían organizándose desde hacía algún

tiempo, tenían que adoptar todas las precauciones posibles para no ser detectados. No querían acabar muertos antes de dar todos los dolores de cabeza posibles a los nazis. Por eso Aleksander y Estanislava miraban a un lado y a otro mientras conversaban. En esas estaban cuando vieron acercarse apresuradamente a Icchak haciendo uso de un pañuelo para secarse el sudor de su frente. La excitación que le animaba, unida al calor sofocante de aquel 24 de julio, le hacía sudar profusamente.

—¡Por fin os encuentro! —Icchak sabía, sin embargo, que la pareja solía refugiarse siempre debajo del mismo árbol—. Czerniaków se ha suicidado —les informó entrecortadamente—. Anoche ingirió cianuro. Según parece… —hizo una pausa antes de continuar debido al sofoco — dejó una nota a su mujer en la que escribió que no lo soportaba más.

—¿Qué es lo que no soportaba más? ¿Ser un traidor? —preguntó indignada Estanislava.

—Eso y la presión que sufría por ser incapaz de evitar las deportaciones —respondió Icchak—. Los nazis le habían informado de que desde ayer, y hasta no se sabe cuándo, irán deportando cada día a seis mil personas desde el gueto para ser conducidos a la Plaza de la Estación. Desde allí serán trasladados a ese campo de Treblinka. Ya sabéis cómo acaban allí las cosas.

—¿Decía algo más la nota? —preguntó Aleksander.

—Sí. Algo así como que «su suicidio debería ser un ejemplo para todos nosotros».

—O sea, ¿que el muy cobarde no solo no ha dejado que hiciéramos algo sino que encima nos propone que nos suicidemos? —afirmó, más que preguntó, Estanislava en una clara actitud indignada.

—¡Tendríamos que haber ido a por él y a por sus veinticuatro! ¡Nos han hecho perder un tiempo precioso los muy gallinas! — dijo Aleksander con los dientes apretados.

—Ya, pero ahora no caben las lamentaciones. Las deportaciones han empezado y nosotros tenemos que prepararnos —dijo Icchak mientras conminaba a la pareja a levantarse para acompañarle—. Mordejai y Marek han convocado una reunión de urgencia en Mila 18. Tenemos menos de quince minutos para llegar hasta allí.

Los tres resistentes se encaminaron hacia la calle Mila apresuradamente. Desde Leszno había un largo trecho, pero aún podían llegar a tiempo. Estanislava, indignada por los acontecimientos, hizo ademán de arrancarse el brazalete que estaban obligados a llevar, pero su marido la reconvino evitando que ese gesto delatase una actitud de desafío a los ojos de la policía judía o de las SS que vigilaban la calle. La indignación la había llevado a intentar sacudirse la señal del oprobio, pero la templanza debía imperar si

querían alcanzar sus propósitos. Y así se lo hizo saber Aleksander. La impetuosidad de Estanislava no era buena consejera.

El apresurado paseo hasta Mila 18 les dio la oportunidad de atravesar las principales calles del gueto grande. En la calle Leszno pudieron ver, un día más, el ajetreo de los cientos de varsovianos hebreos que deambulaban como si nada ocurriera a su alrededor. Aquel espacio urbano de Varsovia, convertido en infame prisión por los alemanes, contemplaba igualmente el tránsito de los carritos impulsados por bicicletas o el ir y venir de aquellos tristes tranvías con su estrella de David azulada designando que aquellos trenes iban repletos de «subhumanos». Al pasar por el número 27 de la calle, la burla del destino les puso frente a frente con el escaparate de Fotoplastikon, establecimiento donde se exhibían exóticos destinos viajeros a través de grandes fotografías de Egipto, China o California. No menos frívolo les pareció el cartel que se encontraba colgado en la puerta del café Casa de las Artes, en el número 2 de Leszno. Allí pudieron tener noticia de las actuaciones semanales de la controvertida cantante Wiera Gran. Al abrirse la puerta del local oyeron la voz de esta última que, acompañada del famoso piano de Władysław Szpilman (quien fuera destacado músico en la radio polaca), interpretaba aquel melancólico *Tango Notturno*.

—¡Si pudiera ahogaría su voz con mis propias manos! — exclamó Icchak con rabia—. Para eso ha quedado la diva, para complacer con sus canciones a la Gestapo y a esos ricachones sin escrúpulos.

—A fin de cuentas luchan para sobrevivir. Ahí tienes al pobre de Szpilman, haciendo lo que puede con el piano para que no le vuelen la cabeza de un tiro a él y a su familia —repuso Aleksander, condescendiente.

—Lo del pianista es distinto, no hay más que verlo —concedió Icchak al ver la mirada triste del músico por la puerta entreabierta—. ¡Pero lo de esa zorra…!

—Bueno, dejemos este juicio para otro día. Ahora debemos darnos prisa —zanjó Estanislava.

Todavía tuvieron oportunidad de pasar por el número 35 de la calle donde en una sala de Music Hall se representaba la comedia *El amor busca un apartamento*. En ese momento, a pesar de todo, les resultó difícil entender que el humor podía ser una forma de escapismo psicológico del gueto; ellos eran resistentes y el humor tenía en sus vidas la justa cabida.

En su rápido deambular observaron los marcados contrastes que se daban entre la burguesía judía que se solazaba a esa hora de la mañana en los opulentos cafés y aquellos otros miserables que yacían postrados en el suelo faltos de cualquier energía que pudiera animar sus cuerpos. Incluso en aquellas circunstancias oprobiosas de la

ocupación nazi, los judíos pudientes fueron incapaces de renunciar a sus privilegios y continuaron con su alto tren de vida pasando por alto el sufrimiento de sus hermanos. Aunque su destino no sería finalmente muy distinto al de estos, los cerca de seis mil «aristócratas» del gueto podían tener una vida más o menos regalada haciendo uso de sus posiciones en la administración o de sus prósperos negocios en connivencia con los alemanes. Ello les permitía disfrutar de los cafés y restaurantes amenizados por música y baile. Al pasar por tan indecentes lugares, Icchak escupía en sus puertas mientras que Aleksander y Estanislava se miraban a los ojos para compartir su indignación. Solo les unía a aquellos despreciables privilegiados el brazalete con la estrella de David que portaban en sus brazos.

—Cuando miro a través de esos escaparates me dan ganas de empezar a disparar ahí mismo —dijo Icchak con indignación—. No sé qué sentido tiene arriesgar nuestras vidas para salvar las suyas.

—No es por ellos por los que iniciamos la lucha, sino por todos los que no tienen con qué defenderse y están sometidos. A estos ricachones les queda la satisfacción de ir hacia la muerte con sus gordas barrigas llenas —dijo Aleksander.

—Los miro y veo una bala incrustada en sus pútridas cabezas. ¿No son estos los mismos que desde el Consejo Judío han decidido que muramos como moscas mientras ellos se dan la buena vida? —refunfuñó Estanislava.

—Olvidémonos de estos hijos de puta, ahora nos esperan en Mila 18 —zanjó por fin Icchak.

El infierno seguía dibujándose en su recorrido con el perfil de cadáveres apilados en desvencijados carros para ser llevados hasta una fosa común a las afueras de Varsovia. Los cuerpos yacentes estaban desnudos: alguien se había ocupado de despojarlos de sus vestimentas para ser reutilizadas. Una madre circulaba sin rumbo y con la mirada perdida mientras sostenía en sus brazos el cuerpo exánime de su pequeño hijo. Tal vez pensara en su desesperación que aquel movimiento errático podría devolver la vida a su pequeño.

Cuando llegaron al cuartel general la reunión ya había comenzado. Aleksander y Estanislava se acomodaron en un rincón ante la gran afluencia de gente que había. Icchak, por su parte, fue a situarse junto a Mordejai. Todos los asistentes habían llegado de manera muy discreta: dando vueltas a la manzana hasta penetrar en el amplio apartamento, utilizando puertas traseras para ello o, incluso, accediendo desde los sótanos que comunicaban con el patio del edificio. Toda precaución era poca. La reunión clandestina no debía ser detectada excepto que todos quisieran acabar fusilados en el patio. En aquel momento Mordejai se encontraba en el uso de la palabra.

—… así que ya tenemos el camino libre para organizar la

resistencia. Czerniaków ha arrojado la toalla y sus veinticuatro timoratos no opondrán objeción a que nos organicemos. Hemos de confiar en su prudencia y en que no le irán con el cuento a los alemanes.

—¿Estás seguro de que esas ratas de cloaca no nos delatarán en un intento rastrero de buscar salvarse? —preguntó exaltada una de las asistentes.

—¿No sería mejor liquidarlos como han hecho ellos con nuestros hermanos permitiendo su deportación? —sugirió otro de los resistentes provocando un murmullo de excitación. Mordejai retomó la palabra.

—No tenemos la seguridad de que no vayan a delatarnos, así que bueno será que adoptemos precauciones —dijo en actitud pensativa. Tras una breve pausa, que no fue interrumpida por nadie, continuó—. Marek e Iwanski, os encargaréis de hablar con los cinco principales del Consejo. Y ya sabéis a qué me refiero cuando digo «hablar». Os ocuparéis de que les quede muy claro que su vida y la de sus familias penden de un hilo muy fino, tan fino que cualquiera de nosotros lo podría cortar. Del resto de miembros del Consejo se encargarán ellos mismos transmitiéndoles ese mensaje. Ante cualquier mínima duda de que pudieran tramar algo, lo pagarán muy caro.

—Se hará como tú digas —dijo Marek—. Igual me da «hablar clarito» con ellos que cavar su tumba.

—A partir de hoy cada uno de vosotros será adscrito a una unidad que se encargará de la organización de la resistencia en la zona de la ciudad que se le asigne. Este que os habla se erige en este momento en comandante —dijo Mordejai elevando su cabeza para hacer valer su nuevo mando—. Y nombro como demás comandantes y jefes de unidad a Marek, quien será mi segundo, a Icchak, a Iwanski y a Apfelbaum. A ellos os deberéis. A ellos obedeceréis. Quienes a partir de ahora se unan a nuestro movimiento se irán incorporando a las unidades que correspondan en sus barrios. Tenéis maridos, tenéis mujeres, tenéis hijos en edad de plantar cara a los nazis, tenéis vecinos que aún pueden estar indecisos, tenéis primos y parientes… — el comandante inició con su cabeza un barrido para mirar de frente a todos los concurrentes—. Todos los que aún conserven un mínimo de dignidad y algo de fuerzas deben unirse. ¡Salid y contadlo! ¡Les estaremos esperando con los brazos abiertos!

Aleksander y Estanislava habían permanecido con las manos unidas durante el tiempo que duró todo aquello. Estaban felices y orgullosos de poder unirse al movimiento comandado por el joven Mordejai en el que se fundían tantos corazones deseosos de alcanzar la libertad… o al menos de intentarlo. No morirían como mansos corderos. Lucharían. Lucharían hasta la última gota de su sangre y darían todo de sí frente

al infame enemigo que había subyugado a su pueblo desde la caprichosa opresión. La pareja quedaría bajo las órdenes de Icchak, pues fue a él a quien se le encargó la organización de la resistencia en el barrio de Wola, donde se encontraba la calle Zamenhofa. Era en un apartamento de esa calle donde habitaban ahora Aleksander y Estanislava junto a los padres de él, su hermana, su cuñado y sus dos sobrinos. A ese apartamento habían sido llevados a la fuerza por los alemanes tras erigir el gueto en diciembre de 1940.

***

Aleksander recordaría ese día toda su vida. La humillación que supuso para su familia tener que desalojar las estancias de su casa y la serrería había causado una profunda herida en todos y cada uno de ellos. Walenty, el padre de Aleksander, sufrió especialmente al ver como todo lo que había heredado de su familia, y a lo que había dedicado tantos esfuerzos por preservar, pasaba ahora a manos de los nazis para destinarlo al confinamiento de varias familias judías traídas al gueto de Varsovia desde Alemania. El negocio de madera, por su parte, sería destinado a la explotación en beneficio de las arcas del Tercer Reich. Los Kreczkiewicz dejaban allí jirones de su propia identidad: recuerdos, momentos, anécdotas… El valor sentimental de la casa hizo que su pérdida pudiera ser calificada de traumática. De hecho, Walenty ya no levantaría cabeza desde aquel día pese a que su mujer, Zofia, no dejó de estar a su lado para animarle. En aquellos difíciles momentos en que la familia hubo de abandonar su hogar, Dorota, su marido y sus dos pequeños también se encontraban viviendo allí. Habían buscado refugio en la vieja casa familiar al ser expulsados de su apartamento unos días antes: el arrendador del mismo, un antisemita sobrevenido, no consintió en alquilar por más tiempo su propiedad a «esos judíos».

También para Estanislava fue traumático el abandono de su casa y de la sastrería. Los nazis hacinarían allí a varias familias judías, y el negocio de telas, una vez destruida cualquier reminiscencia de la elaboración de elementos litúrgicos hebreos, sería destinado a la confección de ropa militar para el ejército alemán (la Wehrmacht) y las SS. Cuando llegó el momento de desalojarla, la casa se encontraba habitada por la pareja de recién casados. Hacía menos de un año que Aleksander y su esposa habían contraído matrimonio y, ya que ella vivía sola, tenía una gran casa y esta había sido remozada recientemente por su marido, decidieron habitarla. Pero aquel día de diciembre de 1940 tuvieron que salir con lo puesto hostigados por el

cañón de un fusil Mauser 98 calado con una bayoneta que mantenía erguido un SS. De este modo fueron desplazados hasta una casa de la calle Zamenhofa.

4
Gueto de Varsovia.
Finales de 1942-enero de 1943.

Habían transcurrido cuatro meses desde la reunión de Mila 18. Ese tiempo había sido suficiente para que la resistencia comenzase a tomar forma y a organizarse seriamente. Aunque la Organización Judía de Combate no había podido mantener contacto con el Armia Krajowa durante el verano, Mordejai pudo por fin coordinarse con ellos en octubre. Para este fin se valió de Simha Rotem, el Topo, un joven judío de aspecto ario y buen acento alemán que servía de correo con el exterior del gueto. El sobrenombre por el que todos le conocían tenía que ver con su habilidad para transitar de un lado a otro por el subsuelo de Varsovia.

Icchak, que estaba coordinado con Rotem el Topo para acometer las tareas más arriesgadas de entradas y salidas del gueto a través de las alcantarillas, también resultó de gran utilidad a la hora de establecer comunicación con el ejército polaco leal al gobierno legítimo exiliado en Londres. Así fue como la resistencia judía del gueto consiguió una pequeña cantidad de armas consistente en dos ametralladoras pesadas, cuatro ligeras, veintiún subfusiles, cincuenta pistolas y más de cuatrocientas granadas de mano.

—Todo ese arsenal nos vendrá de perlas, pero debemos reconocer que no es suficiente para nuestros propósitos —Marek hacía esta afirmación mientras paseaba inquieto por el patio de vecinos de Mila 18. Aleksander se mantenía en actitud pensativa mientras que Mordejai asentía con preocupación.

—Si no podemos reunir más armamento mucho me temo que los alemanes nos barrerán de un plumazo en la primera embestida —replicó este último—. Sería muy importante aumentar el número de explosivos, aunque la cuestión no es nada fácil.

—Podríamos adentrarnos por la noche en los jardines Ulrich y birlarles a los nazis unas cuantas granadas. Allí tienen uno de sus polvorines. Tal vez tú sepas el modo de llegar sin ser detectados; vivías en aquella zona, ¿no? —sugirió Apfelbaum sin demasiado convencimiento dirigiéndose a Aleksander. Sabía que una misión de

comando en un espacio tan vigilado era casi suicida.

—No creo que sea buena idea. Efectivamente, conozco esa área, y los espacios abiertos que rodean al polvorín no dan opción a acercarse sin que se percaten de inmediato de nuestra presencia… —Aleksander respondió así a la propuesta de su compañero pero, mientras lo hacía, mostraba una actitud reflexiva, como si estuviera pensando en dos cosas al mismo tiempo—. Pero creo, sin embargo, que podemos intentar algo.

Marek detuvo en seco su agitado paseo y se acercó hasta él.

—¿Qué propones? —le preguntó.

—No puedo garantizar nada, pero creo que merece la pena intentarlo. Veréis. Hasta que los alemanes nos arrebataron nuestro negocio, nuestra empresa familiar de maderas mantenía un fluido contacto con el responsable del almacén de explosivos de las minas de sal que hay cerca de Cracovia —sus compañeros se acercaron hasta Aleksander hasta formar un estrecho círculo a su alrededor—. Ya sabéis que cada cierto tiempo algunas de sus galerías necesitan de ampliación, lo que exige el empleo de dinamita. Nosotros éramos los suministradores del material necesario para el apuntalamiento de techos y paredes, de ahí mi estrecha relación con el señor Niemiec.

—¿Estás hablando en serio? ¿Crees que ese tal Niemiec nos podría ayudar? —preguntó Mordejai.

—Bueno… siempre lo he tenido por un patriota. Nunca he hablado con él sobre política, pero muchos de sus comentarios me convencieron de que su amor por Polonia estaba por encima de todo. No creo que haya admitido de buen grado la irrupción de los nazis en nuestra nación —respondió Aleksander—. Además, nunca ha mostrado aversión alguna por los judíos, antes al contrario, prefería hacer negocios con nosotros antes que con los «arios». Seguro que estaría dispuesto a ayudarnos.

—Ese es nuestro hombre —repuso Marek.

—Solo veo un inconveniente —expuso Mordejai—. ¿Cómo haremos para salir del gueto y desplazarnos tantos kilómetros al sur para después volver cargados de explosivos e introducirlos en el barrio?

—Creo tener la respuesta —respondió Apfelbaum—. La solución es Boris.

—¿Ese colaboracionista? —preguntó Marek con desdén.

—No hay que olvidar que «ese colaboracionista» ya nos ha ayudado en otras ocasiones —respondió Mordejai con el rostro serio dirigiéndose a Marek—. Deberías saber que si Boris forma parte de la Policía Azul es porque se encuentra amenazado de muerte por los alemanes si no cumple con sus funciones.

—Él y toda su familia —matizó Apfelbaum—. Por eso guarda las apariencias y parece ayudar a esas ratas nazis. Pero debes saber que a

nadie le agrada saber que los suyos están en el punto de mira de las ametralladoras alemanas. Hace el papel muy bien, pero en el fondo está deseando ayudarnos, lo conozco.

—De acuerdo. Si así os parece, adelante —respondió Marek algo azorado.

—¿Te encargas tú de exponerle la situación? —preguntó Mordejai a Apfelbaum.

—No tendré ningún problema en hacerlo —dijo este—. Lo haré esta misma tarde.

—Solo debería poder facilitarnos la salida y entrada por una de las puertas del gueto. Rotem el Topo se podría ocupar de encontrar un transporte para desplazarnos hasta Cracovia — propuso Aleksander.

—Yo me encargo de darle las instrucciones para que busque el vehículo —intervino Marek con tono condescendiente. De sus palabras se traslucía una clara intención de reconciliarse con sus compañeros y con el plan que se estaba pergeñando.

—Te acompañaré en el viaje, Aleksander —se ofreció Apfelbaum.

—Solo queda esperar que el señor Niemiec sea lo que esperamos — intervino Mordejai.

—Deja eso de mi cuenta… —repuso Aleksander.

Solo transcurrió un día desde la organización del plan de salida del gueto para buscar explosivos a trescientos kilómetros y ya tenían todo dispuesto para acometerlo. Tal y como Apfelbaum había predicho, Boris se mostró encantado de poder ayudar a la resistencia. Para ello facilitó la entrada y salida del mismo sin supervisar el pequeño camión de reparto de leche que Rotem el Topo había conseguido. El tintineo de las botellas martilleó las cabezas de Apfelbaum y Aleksander durante las más de cinco horas de viaje hasta llegar al destino. Esperaban que la vuelta fuese más amable, porque aquellas botellas —confiaban— vendrían cargadas de dinamita y no harían tanto ruido.

Aunque Aleksander no tenía la seguridad plena de poder conseguir su objetivo, finalmente no se equivocó. Su antiguo cliente distrajo de la explotación minera un par de cajas de cartuchos de dinamita. Para ello tuvo que fingir un robo violentando la cerradura del polvorín y revolviendo todo un poco. Cuando despidió a los resistentes solo pudo tener para ellos palabras de elogio y de ánimo.

La entrada al gueto, como estaba previsto, fue de nuevo facilitada por aquel policía, que consiguió demostrar a la resistencia que si llevaba un uniforme azul era solamente porque estaba amenazado. De hecho, pocos días más tarde, Boris y toda su familia se instalaron en el gueto, donde pasarían a engrosar la resistencia. Marek tuvo que envainársela.

Por aquellas fechas Estanislava se había convertido en una experta

manipulando los cócteles molotov. Había aprendido a hacer blanco mediante las prácticas llevadas a cabo en el patio trasero de la vivienda de Zamenhofa. Allí todos los habitantes estaban al tanto de las actividades de la resistencia y, quien más quien menos, colaboraba en las tareas para las que eran destinados. Para no levantar sospechas ni malgastar la gasolina, Estanislava, al igual que sus compañeros, solo pudo hacer unas pocas prácticas, pero resultaron ser muy efectivas a la hora de dotarla de un diestro manejo del explosivo.

La comunidad judía de esa parte del gueto —como ocurrió en otras zonas del mismo— se había afanado durante aquellos meses en comenzar la construcción de búnkeres, galerías y pasadizos; hacia el final del levantamiento serían de una gran utilidad aunque, al mismo tiempo, también constituirían la tumba para muchos de los resistentes. Por otra parte, las deportaciones que tuvieron lugar entre julio y septiembre de 1942 habían alcanzado la cifra de trescientos mil ciudadanos judíos de Varsovia. Los contactos que estableció Mordejai con el exterior le permitieron conocer que la inmensa mayoría de ellos habían sido asesinados en los campos de Treblinka, Majdanek y Auschwitz, y que solo una parte de ellos aún podían mantenerse con vida en campos de trabajo forzados. Aquella información fue suficiente para encender el ánimo de los resistentes y reafirmarse en su decisión de plantar cara al opresor. Las cosas tenían que hacerse sin prisa, pero sin pausa. Había que organizarse adecuadamente, estableciendo para ello los mecanismos necesarios para la comunicación entre los distintos barrios del gueto. Pero también había que emplearse en almacenar en puntos estratégicos el exiguo material conseguido o en dotar a los búnkeres de agua, ventilación y comida, todo ello sin levantar sospechas entre los alemanes.

Y así fue como llegó enero de 1943. Siguiendo las órdenes del Reichführer SS Heinrich Himmler de liquidar el gueto de Varsovia, la policía alemana se organizó para reanudar las deportaciones en masa. La llegada de esta noticia al cuartel general de Mila 18 fue la espita que abrió el paso a la primera actuación de la resistencia.

—¡Hasta aquí hemos llegado! —Mordejai se encontraba reunido con sus más allegados valorando la situación—. O actuamos mañana mismo o los nazis comenzarán a llevarse otra vez por miles a nuestros hermanos. Y ya sabemos cuál será entonces su final.

Los alemanes habían convocado al día siguiente a los hebreos para que se concentraran en diferentes puntos de la ciudad. A partir de esos lugares de reunión, en columnas custodiadas, serían llevados hasta la Plaza de la Estación, punto de transferencia ferroviario desde el que los evacuarían hasta los campos de trabajo. Esa era la información que se les había dado, aunque la realidad era muy distinta: su destino final serían las cámaras de gas de Treblinka. Además, se les dijo que a todos

los que asistieran voluntariamente se les ofrecería comida: tres kilogramos de pan y un kilo de mermelada, cantidades suficientes para saciar el hambre y comer durante el viaje.

—La situación no da para más porque, dada la desesperación que les provoca el hambre, serán muchos los que mañana se congreguen para ser conducidos al matadero —dijo Aleksander con la tristeza dibujada en su rostro.

—No los podemos culpar. Prefieren arriesgarse seducidos por la idea de poder llevarse algo a la boca. Lo que desconocen es que la Plaza de la Estación es el principio de su fin —Marek no podía contener la rabia. Él mismo, como recadero del hospital, había visto desfilar hasta cuatrocientos mil judíos camino de los trenes y, por eso, sabía de qué hablaba. Su misión entonces había sido la de salvar del transporte a los enfermos—. Tenemos que hacer algo y no disponemos de mucho tiempo.

—A pesar de nuestras advertencias no nos han creído. Hemos de reconocer que su situación es desesperada —dijo Mordejai—. Muchos prefieren morir habiéndose llevado algo antes al estómago. En efecto, ellos no tienen la culpa.

—¡Aún los podemos salvar, maldita sea! ¡Yo seré el primero que se ofrezca! —dijo Marek excitado.

—¿El primero que se ofrezca? ¿A qué te refieres, Marek? — preguntó Apfelbaum.

—Estoy dispuesto a incrustarme armado entre nuestros hermanos. Cuando vea el momento más oportuno desenfundaré y me cargaré a cuantos nazis pueda. Ello permitirá la desbandada y tal vez algunos de ellos puedan salvarse —respondió.

Para entonces el comandante Marek ya lucía su característico jersey de lana peluda sobre el que se cruzaba un correaje del que pendían una linterna y dos revólveres.

—Yo me sumo a ti —dijo Aleksander mientras se levantaba con brío de su silla.

—Y yo. Cuenta conmigo —Apfelbaum dio un paso al frente.

—Está bien, está bien… Puede que no sea una mala idea, pero necesitaremos una docena de nosotros para poder tener ciertas garantías de éxito —Mordejai, como siempre, era quien debía poner temple en los ánimos de sus resistentes—. Reclutaremos los efectivos necesarios para resolver este asunto.

Un importante número de judíos hambrientos y desesperados acudirían a aquella convocatoria, pero muchos habitantes del gueto, en lugar de responder a la llamada de los alemanes, optarían por ocultarse en los escondites más sofisticados que habían ido construyendo en los últimos meses: huecos en la pared, habitáculos bajo el suelo, sistemas de acceso tras armarios y un sinfín de recursos

que la imaginación de muchos pudo crear. Algunos miembros de la resistencia, sin embargo, tenían decidido encastrarse armados en una de las columnas que, vigiladas por soldados de las SS, se dirigirían a la Plaza de la Estación. Entre ellos se encontrarían Aleksander, Estanislava, Iwanski, Marek y Apfelbaum. Mordejai y Maria, por su parte, quedarían custodiando los búnkeres en los que deberían ser acogidos los judíos que consiguieran huir de los nazis. También se quedaron a cargo de organizar la intendencia y la disposición del espacio de acogida.

***

La mañana de aquel 18 de enero de 1943 amaneció gélida en Varsovia. Los resistentes del OJC encontraron en ese frío una buena oportunidad para disimular bajo sus grandes abrigos algunos subfusiles y unas cuantas granadas. Así pertrechados esperaron pacientemente a que la comitiva de los desesperados judíos pasase por la puerta de Mila 18. Cuando esta alcanzó la misma, desde el portal, fueron saliendo uno a uno para mezclarse en la fila, que a esa altura de la calle estaba ya bastante nutrida. Los soldados alemanes no fueron precisamente amables a la hora de darles la bienvenida porque de inmediato se afanaron en golpearlos con la culata de sus fusiles para encajarlos en la tétrica procesión. La Plaza de la Estación se encontraba a escasa distancia, así que no podían demorarse demasiado en pasar a la acción; allí había un gran número de guardias de las SS que podían malograr la misión de hacer huir a los incautos judíos. Así que antes de que hubiesen doblado la esquina, Marek miró a Apfelbaum y a Aleksander y ambos asintieron.

—¡¡Ahora!! —gritó con todas sus ganas.

Los resistentes abrieron sus abrigos y con un hábil movimiento colocaron los subfusiles en posición de disparo para, seguidamente, dirigir su fuego contra los alemanes. De inmediato cayeron abatidos media docena de ellos mientras que los judíos que conformaban la fila corrieron despavoridos para huir de aquella tremolina. Los escasos guardias que quedaban salieron huyendo en dirección a la Plaza de la Estación en un intento de alertar a las unidades allí apostadas. Estanislava vio en esa huida la oportunidad de certificar, al fin, su pericia con las bombas incendiarias, y arrojó sobre los nazis los dos cócteles molotov que había tenido que prender antes.

—¡No os vayáis sin esto, malditos cabrones! —gritó tan alto como pudo.

Su pericia, en efecto, quedó acreditada: dos soldados en llamas

rodaban por el suelo intentando en vano apagar el fuego abrasador que los consumía. El estruendo de aquel incidente y los disparos que provenían tanto de la resistencia como de los SS pusieron en alerta a otros guardias que se encontraban en las inmediaciones.

—¡Vienen con refuerzos! —vociferó Iwanski a sus compañeros. Estos se habían parapetado tras las farolas de la calle o se habían refugiado en algunos portales, desde los que disparaban y arrojaban algunas granadas que consiguieron hacer blanco.

—¡No podremos hacerle frente! ¡Son demasiados! ¡Buscad refugio…! —Aleksander dejó de disparar unos instantes para poder hacerse oír en aquel fragor. Pero no tuvo tiempo de decir mucho más porque en ese momento notó cómo un latigazo sacudía su pierna izquierda desde el tobillo hasta la ingle.

—¡Nos vamos de vuelta a Mila! —ordenó Marek ejerciendo su mando mientras contemplaba con rabia cómo algunos de los suyos eran abatidos.

Pero la vuelta al cuartel general no era posible porque la calle se encontraba demasiado agitada y llena de soldados como para haberse expuesto a su furia. Los SS corrían de un lado para otro abatiendo a cuanto se movía. Así fue como muchos de los hebreos que no sabían dónde refugiarse cayeron sobre el adoquinado. La mayoría de los resistentes perecieron en el intento, pero tanto Aleksander como su esposa, Marek, Iwanski y Apfelbaum lograron sobrevivir.

—¿Qué es eso que tienes ahí? —preguntó Estanislava con voz preocupada a Aleksander. Ella señalaba su tobillo izquierdo.

—Parece que me han dado —respondió Aleksander—, pero no creo que sea grave —su tobillo había empezado a sangrar. Instintivamente arrancó un jirón de su camisa con el que taponó la herida producida por una bala rebotada.

—¡Marek!, ¿puedes venir a ver esto? —exhortó preocupada a su compañero.

Aleksander, Estanislava, Marek e Iwanski se habían refugiado junto a tres compañeros de armas en el sótano de una licorería cuya trampilla a pie de calle, providencialmente, estaba abierta cuando pasaron por su lado en la huida. También se encontraban con ellos algunos de los incautos ciudadanos que habían picado el anzuelo de los nazis y engrosaban la columna de la deportación. Desde ese escondrijo podían oír el ir y venir de gente huyendo despavorida de la persecución de los soldados alemanes. De manera incomprensible ninguno de ellos se asomó a aquella bodega; habrían sido presa fácil para los nazis. Los momentos que permanecieron escondidos, aunque no fueron más de veinte minutos, les parecieron eternos. Tuvieron tiempo, en cualquier caso, de lamentarse por la pérdida de algunos de sus compañeros resistentes. Aquella sería la primera sangre derramada

en nombre de la dignidad judía. Y así lo quiso hacer saber Iwanski a quienes le acompañaban, proponiéndoles, además, rezar un *kadish* por los que habían caído en la acción y cuya sangre cubría en ese instante las calles del gueto de Varsovia. Aleksander no supo seguir muy bien la oración, en gran medida por su falta de práctica religiosa pero, sobre todo, porque su herida le tenía ocupado. Todos los demás se encontraban bien.

Cuando el fragor de la calle se atenuó Marek se levantó para mirar por la ligera abertura de la trampilla del suelo. Decidió que aquel sería un buen momento para intentar la huida.

—Hay que sacarte de aquí, Aleksander —dijo diligentemente—. Vayamos al cuartel, allí te podré explorar mejor la herida —Marek hablaba ahora como sanitario preocupado por la herida de su amigo. Sus labores de mensajería en el hospital aún le habían dejado tiempo para aprender algunas técnicas de enfermería que en esos momentos le vendrían muy bien.

De la manera más sigilosa posible aquellos pocos judíos se deslizaron por las calles ocultándose a la vista de los soldados alemanes que, a esa hora, registraban algunos edificios en busca de los fugados. De vez en cuando se oían disparos; todo apuntaba a que los SS estaban ejecutando a muchos de los que encontraban en sus escondrijos.

La pequeña columna de resistentes, guiada por el comandante, tuvo suerte, aunque también la pericia de Iwanski y su conocimiento de las calles ayudaron a conseguir el propósito de escabullirse y alcanzar el cuartel general. Cuando llegaron a Mila 18 Mordejai se encontraba junto a Maria observando discretamente por la ventana. Al verlos llegar todo fueron celebraciones, abrazos y voces de ánimo. Aleksander venía apoyado sobre su mujer y de inmediato, y una vez hecho con el material médico disponible, fue atendido por Marek quien, en su condición de rudimentario enfermero, tendría algo que decir sobre aquella herida.

***

—El escaso material quirúrgico del que disponemos ha sido suficiente para cerrar la herida, pero solo ha dado para intentar reparar una parte del tendón afectado —le decía Marek a Aleksander, quien se intentaba reponer de la anestesia procurada por el cloroformo administrado—. Solo he podido suturar una sección del tendón pero no he podido hacerlo al completo. Mi pericia no ha dado para más. Ahora tendrás que confiar en que la naturaleza haga el resto y sea

capaz de regenerar la zona, aunque, si has de preguntármelo, habré de responderte que es más que probable que te quede una pequeña cojera en esa pierna. En poco más de un mes lo sabremos. Hasta entonces deberás estar en reposo.

—¿No podré… combatir… hasta entonces? —preguntó con cierta dificultad debida a los efectos residuales de la anestesia.

—No te lo permitiré. Sé que le tienes ganas a esos nazis, como se las tenemos todos. Pero la mejor manera de llevarte a cuantos más por delante es estar completamente repuesto. A partir de una semana podrás desplazarte apoyado en unas muletas, luego podrás ir apoyando el pie. Cuando se cumpla el mes veremos cómo ha evolucionado todo y, a lo mejor, te doy el alta para el combate, aunque deberás ir apoyado en un bastón durante un tiempo más. Si quieres combatir tendrás que hacerlo desde las ventanas. Manejarás uno de los subfusiles que nos ha facilitado el Armia Krajowa —le explicó Marek dando por hecho que los plazos que él proponía serían cubiertos porque la resistencia podría hacer frente a los de la esvástica durante todo ese tiempo.

—Eres… un pésimo doctor…, Marek —le guiñó el ojo Aleksander, agradeciéndole los esfuerzos que había realizado a pesar de no ser médico—. No eres capaz de ponerme a combatir… en un par de días.

—Y tú eres un pésimo corredor. Las balas son más rápidas que tú, abuelo —le respondió Marek con una media sonrisa que acompañaba a su mueca de burla. En lo que va de un segundo a otro, sin embargo, recompuso el gesto serio—. Habéis sido muy valientes. Con vosotros ha empezado todo. Nunca olvides que tú fuiste el primero —terminó diciéndole a Aleksander mientras le apretaba el hombro. Diciendo esto se marchó mientras se limpiaba las manos.

—¿Dónde está… Estanislava? —preguntó el herido a Icchak, que había aparecido en aquel instante.

—Bueno… hace algunas horas que salió para ir a buscar a tu familia y traerlos hasta aquí. Marek la tranquilizó diciéndole que lo de tu herida no era de gravedad, así que mientras él te intervenía ha aprovechado para salir a la calle a pesar de que le aconsejamos no hacerlo. Le advertimos de que el peligro ahí afuera es extremo —le respondió Icchak sin poder evitar mostrar su desasosiego.

—Pero… entonces se supone que ya deberían estar de vuelta… ¿no? —preguntó Aleksander mientras intentaba incorporarse para buscar con la vista a su familia—. ¿Crees… que les ha podido ocurrir algo?

—Verás… no debo fingir. Hace ya casi cinco horas que se fue Estanislava. A no ser que hayan sufrido un percance, no se explica que aún no estén aquí —Icchak sentía tener que decir aquello, pero la evidencia hablaba en favor de que algo grave había ocurrido. El resto

de refugiados en el búnker reflejaban también en sus rostros aquella inquietud y procuraban girarse para que Aleksander no viera el temor en sus caras.

—Marek ha salido a buscarla. Debemos confiar en él, Aleksander —dijo Iwanski mientras entraba en la galería, donde el herido estaba postrado sobre un camastro.

El tiempo pasó muy lentamente hasta que, por fin, a la caída de la noche y más de siete horas después de haber salido, apareció Estanislava acompañada tan solo de los padres de su marido. Ella y Zofia traían los ojos arrasados en lágrimas. Walenty caminaba despacio, con la mirada perdida en un punto indefinido. Marek venía también con ellos; su rostro delataba una honda preocupación.

5
Cuartel general de la resistencia. Calle Mila 18. Gueto de Varsovia. Enero-abril de 1943.

—¡A los cuatro! ¡Se han llevado a los cuatro! —gritaba Estanislava desesperada mientras se acercaba a abrazar a Aleksander.

La madre de este, Zofia, también se acercó a abrazar a su hijo. Solo podía llorar y era incapaz de articular palabra; su llanto se lo impedía. Desesperado ante la falta de concreción, el herido se dirigió a su padre.

—¿Padre, qué ha ocurrido? —preguntó. Walenty empezó a balbucear mientras algunos de los combatientes se aproximaban para informarse.

—Tu hermana, su marido y los pequeños… han sido apresados… en la casa de la calle Zamenhofa. De nada ha servido esta vez… el permiso de trabajo de Jan. Se los han llevado… sin contemplaciones —informó Walenty con voz entrecortada—. Los alemanes venían buscando a los responsables del ataque contra la guardia… que custodiaba la columna que se dirigía a la Plaza de la Estación. Han dado por hecho que… todos los habitantes del edificio… eran responsables… y se los han llevado —dijo con dificultad.

Aleksander se había incorporado y tranquilizaba a su familia haciéndoles saber que su herida no era grave y que muy pronto estaría repuesto. Dejó su lesión a un lado para centrarse en la suerte de su hermana, su cuñado y sus dos sobrinos.

—Tus padres habían ido a intentar negociar con un carnicero el cambio del collar de perlas de tu madre por algo de carne. Los pequeños no paraban de llorar pidiendo más comida —le informó Estanislava, algo más restablecida—. Por eso tus padres se han salvado. Los he encontrado escondidos en la cocina cuando me he acercado hasta el apartamento de Zamenhofa. Se habían ocultado allí al llegar y descubrir que había habido una redada y se los habían llevado. Temían que volviesen los alemanes a cobrarse más piezas y estaban agazapados en la alacena.

—Pero… ¿dónde están ahora mi hermana Dorota y su familia? —

quiso saber Aleksander con desesperación.

—Deben estar en la Plaza de la Estación esperando a subir en uno de esos condenados trenes para trasladarlos a algún campo — intervino Mordejai queriendo hacer valer su aplomo en esa difícil situación—. Intentar organizar un rescate solo conseguiría acelerar la muerte de nuestros hermanos, porque allí la vigilancia de los SS es férrea y hay un sinfín de ellos armados hasta los dientes. Dispararían contra nosotros y contra todos los que aguardan a ser subidos en los trenes. Sería una carnicería y…

—En todo caso da igual —interrumpió Estanislava apesadumbrada —. Allí ya no queda nadie. Nada más conocer la noticia nos hemos acercado sigilosamente hasta la zona y hemos sabido que el tren hacia Treblinka hacía más de una hora que había partido. Esa es la razón por la que hemos tardado tanto en venir: estábamos buscándolos — dijo la mujer mientras dos lágrimas caían por su rostro.

—Mucho me temo entonces que solo les queda encomendarse a Dios, aunque ya ni siquiera sé si Dios está de nuestro lado — dijo Mordejai mientras se alejaba despacio del rincón donde yacía abatida toda la familia. Deseaba respetar de ese modo el duelo que estaban atravesando.

—¡Malditos hijos de puta! —profirió a voz en grito Icchak. Aquel improperio fue secundado a coro por cuantos se encontraban en la sala, seguido de promesas de venganza, de sangre y de fuego.

Aleksander había quedado en estado de *shock*. Nunca más volvería a ver a Dorota, ni a Jan —con quien había conseguido entablar una sincera amistad—, ni a sus dos pequeños… La rabia le hizo olvidar el dolor que sentía en su pierna. El ligero aturdimiento que aún experimentaba fruto de la anestesia dio paso a un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

—Estos malnacidos las van a pagar todas juntas —acertó a decir mientras rompía a llorar abrazado a su mujer y a sus padres.

La sala, a pesar de estar repleta, quedó en silencio. Todos se miraban entre sí, todos buscaban el contacto ocular de sus compañeros… y todos supieron leer que aquellas miradas clamaban una sola cosa: venganza.

Mientras el drama se escenificaba en esos momentos, alguien sentado al final de la estancia había comenzado a redactar un himno que pocos días después sería conocido por todos los resistentes del gueto:

¡LEVÁNTATE Y LUCHA!
¡No pierdas la esperanza en la posibilidad de salvarte!
La salvación no vendrá si marchas pasivamente a la muerte, como un rebaño de ovejas. Deberías saberlo.
Depende de algo más valioso: ¡la lucha!

¡Quien lucha por su vida conserva una oportunidad de salvarse!
¡Quien se da por vencido es derrotado en ese mismo momento! Solo le aguarda una muerte ignominiosa en la maquinaria asfixiante de Treblinka.

¡LEVÁNTATE, PUEBLO, Y LUCHA!
¡Reúne el valor para acciones temerarias!
¡Acaba con la vergonzosa aceptación de frases como «Todos estamos condenados a la muerte»!
¡Es mentira!
¡También hay una vida futura para nosotros! ¡También nosotros tenemos derecho a ella!
¡No tiene ningún mérito vivir cuando te conceden la vida como un favor!
¡Seguir con vida cuando alguien quiere arrebatártela: ahí está el mérito!

¡LEVÁNTATE, PUEBLO, Y LUCHA POR TU VIDA!
¡Que ningún padre consienta en la muerte de sus hijos!
¡Que jamás se repita la desgracia del primer acto de nuestra aniquilación!
¡Termina con la resignación y la falta de confianza!
¡Haz pagar al enemigo cada vida judía con su propia sangre!
¡Convierte cada hogar en una fortaleza!

¡LEVÁNTATE, PUEBLO, Y LUCHA!
¡Tu supervivencia depende de la lucha!
Quien lucha por su vida tiene una oportunidad de salvarse.
Nos hemos alzado en armas para luchar por las vidas de las masas desamparadas a las cuales queremos rescatar llamándolas a la acción
No luchamos solo por nuestras vidas. ¡Solo después de haber cumplido con nuestro deber, podremos pensar en nuestra salvación!

NUESTRO LEMA:
¡Ni un solo judío más muerto en Treblinka!
¡Abajo los traidores de la nación!
¡Lucha sin cuartel contra el ocupante, hasta la última gota de nuestra sangre!
¡Prepárate para la acción!
¡Mantente en guardia!

Al mismo tiempo, un desconocido poeta que componía su obra en el gueto, inspirado por los primeros combates que los judíos libraban ante los secuaces de Hitler, escribía:

… Oyes, Dios alemán,
cómo rezan los judíos en casas salvajes
con un pilón o una vara en la mano.
Te pedimos, Dios, una lucha sangrienta,
te suplicamos una muerte violenta.
Que antes de morir nuestros ojos
no vean avanzar lentamente los raíles.
Da firmeza a nuestras manos, Señor…
Como flores purpúreas sangrientas
de Niska, de Mila y de Muranow
brotan las llamas de los cañones de nuestras armas,
es nuestra primavera, nuestro contraataque, es el vino del combate que se sube a la cabeza,
son nuestros bosques de guerrilla:
callejones de Dzika y Ostrowska…

6
Cuartel general de la resistencia. Gueto de Varsovia. Abril de 1943.

Para cuando estaba a punto de brotar la primavera Aleksander y Estanislava se encontraban plenamente integrados en la resistencia. Los escasos meses transcurridos desde la deportación de Dorota y su familia habían sido los más sombríos que cualquiera de los Kreczkiewicz pudiera recordar.

—Se trata de alguien que dice conoceros. Quiere hablar con vosotros —le dijo Iwanski a Aleksander—. Al parecer es vecino vuestro en la calle Górczewska y fue testigo de cómo se llevaron a tu hermana y los suyos.

—¿Está aquí Gregor? —preguntó Aleksander excitado.

—Sí, está abajo, pero antes de subir quería saber si deseabais recibirlo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Estanislava acercándose.

—Se trata de Gregor, un joven vecino que vivía dos casas más abajo de la nuestra, encima de la barbería que regentaba su padre. Al parecer fue testigo de cómo se llevaron a Dora junto a Jan y los pequeños e imagino que querrá contárnoslo —respondió Aleksander con pesadumbre—. No creo que pueda ayudarnos a que volvamos a verlos con vida, pero al menos nos podrá dar alguna información.

—¿Crees que tus padres están preparados para oír lo que tenga que decirnos? —interrogó Estanislava a su marido con preocupación.

—No lo sé, querida, pero sí sé que tienen derecho a oír lo que se diga. Dile que suba —indicó a Iwanski mientras se levantaba para buscar a sus padres y reunirlos junto a sí.

Aleksander había mejorado bastante de su tobillo izquierdo y ahora andaba con una sola muleta apoyando el pie cuando podía. Pero lo que no había sanado era la herida de su alma producida por la pérdida de su hermana y su familia. Su cabeza permanecía constantemente ocupada en diseñar la manera en que se cobraría la venganza. Poder tener noticias ahora de cómo se había producido la deportación era algo que, de alguna manera, necesitaba saber. Su padre, por el

contrario, estaba sumido en un mundo autista que le hizo cortar toda comunicación con el exterior. Solo cruzaba algunas palabras y pasaba el tiempo en actitud taciturna y mirando al infinito. La madre, por su parte, se pasaba el día llorando, y cualquier ruido, grito o movimiento inesperado excitaba en ella una respuesta de sobresalto y llanto. Estanislava, sin embargo, parecía la más entera, tanto que en todo ese tiempo no paró de armar cócteles molotov y pasaba el rato de un lado a otro acarreando pólvora, ayudando a almacenar víveres o llevando mensajes a los demás resistentes.

Cuando Gregor entró en la amplia estancia de Mila 18 encontró a los Kreczkiewicz esperando su llegada.

—¡Me alegro mucho de verles con vida! Pensé que habían viajado en el mismo tren que Dorota. Cuando me han dicho esta mañana que se encontraban aquí, he venido tan rápido como he podido —dijo Gregor mientras se descubría la cabeza retirando una ajada gorra. El joven no debía tener más de diecisiete años.

—¿Sabes dónde está Dorota? ¿Sabes si están vivos? —Zofia fue incapaz de contenerse, albergando la vana esperanza de que su vecino hubiese venido a traerles buenas noticias. Las lágrimas empezaban a aflorar a su rostro.

—Debes disculpar a mi madre. Le resulta muy difícil admitir la realidad —dijo Aleksander.

—No le puedo culpar, señora Kreczkiewicz. En realidad venía a informarles de que el mismo día que Dora, Jan y sus hijos fueron subidos al tren, yo me encontraba en la Plaza de la Estación y pude ver cómo emprendían el viaje —se apresuró a decir el joven en un intento por neutralizar cuanto antes cualquier atisbo de esperanza.

—Dora no volverá, Dora no volverá… —balbució Walenty. El padre de Aleksander dejaba a las claras que, al igual que su hija, él también estaba ausente.

—Mucho me temo que sea así —confirmó el joven vecino. Zofia cedió a la emoción que a duras penas podía contener y prorrumpió al fin en un llanto desconsolado.

—¿Y tú? ¿Cómo lograste escapar? —preguntó Estanislava.

—Tuve mucha suerte. Cuando nos dirigíamos hacia el tren uno de los guardias judíos me reconoció. Era amigo de mi padre porque acudía con frecuencia a la barbería. Allí forjaron una buena amistad a base de muchos afeitados. Yo también le reconocí al instante y de inmediato supe que aún podía tener una oportunidad. Así que fingió llevarme a un aparte para cachearme con el propósito de permitir que me ocultara tras unas pilas de carbón que se encontraban junto a un almacén. Allí permanecí escondido hasta que el tren partió y todo quedó tranquilo.

—¿Qué fue lo que viste? ¿Cómo estaban mi hermana y su familia?

—preguntó ansioso Aleksander.

—No fue mucho lo que pude ver, pero sí les puedo asegurar que los pequeños estaban tranquilos. Incluso parecían divertirse jugando entre ellos como si nada estuviese ocurriendo a su alrededor —Gregor esbozó una sonrisa ante la satisfacción que le producía afirmar aquello —. Dora y Jan parecían resignados, pero en ningún momento mostraban signos de abatimiento. Creo que su partida fue bastante digna, si me permiten esa opinión.

—Dora no volverá, Dora no volverá… —seguía profiriendo Walenty como una letanía.

—Mi padre hace tiempo que ha desconectado del mundo. Desde lo de mi hermana no levanta cabeza —le dijo Aleksander a su vecino.

—Entiendo que debe ser muy duro. Pero os debe quedar el consuelo de que todo se produjo de manera muy tranquila.

—¡Esos cerdos recibirán pronto lo que merecen! —Estanislava era la más temperamental de aquella reunión y no podía evitar decir sin ambages lo que pensaba.

—No te falta razón. La batalla final se aproxima y será entonces cuando podréis vengar la pérdida de parte de vuestra familia. Siento inmiscuirme, pero no he podido evitar oír la conversación —era Marek quien hablaba. A esas alturas su sangre se encontraba en plena ebullición y haría cuanto pudiese para hacer justicia a los suyos.

—Sí, no te quepa duda, la hora de esos demonios se encuentra cada vez más cerca —dijo Aleksander al tiempo que abrazaba a sus padres para consolarlos.

Estanislava los observaba haciendo esfuerzos por contener su rabia. La información que había facilitado Gregor la reafirmó en su deseo de cobrar venganza cuanto antes. Y por ello también Aleksander pasaba gran parte del tiempo apostado con discreción en las ventanas del apartamento dirigiendo el punto de mira de su subfusil a determinados puntos en el espacio. Quería familiarizarse con la misma para que cuando llegase el momento fuese capaz de situarla encima de la cabeza de cualquier SS que tuviese la gentileza de situarse en el centro de la diana.

En el gueto de Varsovia —que había albergado en torno a cuatrocientos cincuenta mil judíos— tan solo quedaban en ese mes de abril de 1943 unos sesenta mil de ellos. El pavor que sentían les hacía permanecer ocultos y refugiados en el ostracismo. Los judíos vivían temerosos de una nueva deportación y paralizados ante la posibilidad de sufrir una ejecución a manos de los nazis en cualquier momento. Únicamente una muy pequeña minoría de hebreos estaba integrada en actividades propias de la resistencia: tal vez algo más de mil habían decidido hacía tiempo no permanecer de brazos cruzados.

Desde aquel enero de 1943 se habían intensificado las labores

clandestinas de aprovisionamiento de armas y gasolina, recursos exiguos que se habían distribuido en las distintas zonas del gueto entre los combatientes. Pero la escasa cantidad de los mismos no insinuaba siquiera un atisbo de victoria: todos eran muy conscientes de que morirían matando. La mayoría de los rebeldes no habían empuñado nunca un arma, por lo que las semanas previas al definitivo alzamiento habían sido adiestrados por aquellos que sí conocían su manejo, sobre todo por los comandantes Marek, Icchak, Iwanski y Apfelbaum. El entrenamiento fue precario porque la escasez de munición obligaba a no desperdiciarla. Su adiestramiento más se parecía a un asunto de niños que jugasen a dispararse con un palo entre las manos simulando una pistola. Como tampoco podían delatarse con la detonación de los revólveres, algunas veces muchos de los resistentes hacían el sonido del disparo con su boca. Aquello conseguía destensar el ambiente e incluso suscitaba algunas carcajadas. La moral, a pesar de todo, estaba alta. Aleksander estaba familiarizado con las armas debido a la afición que tenía por la caza. No obstante, el subfusil que manejaría poco tenía que ver con su vieja escopeta aunque, en todo caso, estaba acostumbrado a hacer puntería. Contaba, no obstante, con la ventaja de que, dado que su traumatismo en el tobillo no le permitiría desplazarse por la calle en el fragor de la batalla, podría disparar desde el apoyo fijo de una ventana, donde estaría a cubierto.

***

—La liquidación del gueto es inminente —decía Mordejai a todos los reunidos en Mila 18 aquella noche del 18 de abril de 1943.

En la sala no cabía un alfiler y muchos de los resistentes tenían que conformarse con escuchar lo que podían desde las escaleras. También había gente en las plantas inferiores del edificio a quienes se les hacía llegar la información y las instrucciones a través de la cadena humana de comunicación que se estableció. Mordejai prosiguió.

—Es muy posible que mañana estemos haciendo frente a los alemanes. Esos cabrones se quieren cobrar venganza por los ataques organizados contra ellos y se están preparando para adentrarse en nuestra zona y atacarnos. Están rabiosos y vendrán enfurecidos.

—¿Cómo sabremos que ha llegado el momento? —preguntó uno de los combatientes levantando su mano para llamar la atención desde la esquina en que se encontraba.

—Iwanski estará apostado en la azotea del edificio que hace esquina con las calles Niska y Zamenhofa. Será él quien desde su

atalaya seguirá el avance de los SS y cuando estos se hayan puesto a tiro se pondrá en pie y hará tremolar la bandera con la estrella de David. Esa será la señal para comenzar a disparar. Recordad: «una bala, un alemán». Tendréis que afinar la puntería porque no habrá una segunda oportunidad. Y otra cosa: disparáis y os movéis de posición inmediatamente. Los alemanes sabrán localizarnos rápidamente y sus armas de precisión darán en el blanco. ¡Somos judíos, no somos blancos! —arengó—. Lo mismo ocurrirá en la zona central del gueto, en el Taller de Cepillos y en el Taller Tobbers-Schultz, donde se encontrarán como jefes Bobienski y Apfelbaum. Ellos harán otro tanto: cuando estimen que el momento ha llegado ondearán en pie la bandera —los aludidos inclinaron la cabeza en señal de confirmación.

—¿Se sabe algo de Icchak y de Rotem el Topo? —preguntó con preocupación Aleksander.

Ambos combatientes habían pasado hacía dos días a la zona aria de Varsovia en busca de ayuda del Armia Krajowa, pero todo apuntaba a que, dado el férreo control alemán, no habían podido volver de nuevo al gueto.

—Parece que les ha resultado imposible volver de nuevo hasta aquí aunque seguro que se encuentran bien. Llegado el momento nos será útil tenerlos al otro lado para ayudarnos en la huida por las alcantarillas si fuera preciso… y posible —Mordejai respondió con aplomo confiado en que ambos sabrían cuidar de sí mismos y organizar la ayuda desde el lado ario de la ciudad. Era consciente, no obstante, de que la huida por las alcantarillas se antojaría una misión casi imposible.

La intención del comandante y su «estado mayor» era la de sorprender a los SS atacándolos en diferentes puntos del gueto al mismo tiempo. Ello propiciaría una desbandada general de efectivos alemanes que permitiría a la resistencia tener a tiro a muchos de ellos.

—La acción se iniciará desde ventanas, balcones y terrazas. Solo en caso necesario bajaremos a las galerías para protegernos. La opción es luchar, esconderse será solo el último y desesperado recurso. Permaneceréis atentos a las instrucciones de los jefes de cada división y nunca actuaréis por vuestra propia cuenta, ¿entendido? —Mordejai hizo un barrido con su mirada esperando alguna pregunta pero solo encontró asentimiento y movimientos afirmativos de cabeza.

Los ojos de cuantos allí estaban reunidos transmitían la emoción de la lucha inminente, el orgullo de poder defender el honor de sus hermanos masacrados y la oportunidad de enviar al otro mundo a los que tanto daño les habían causado. El futuro no importaba demasiado, importaba solo hacer justicia… o cobrar venganza. Aleksander y su familia volverían al apartamento de la calle Zamenhofa para luchar desde el mismo sitio en que Dora había sido ultrajada. Allí les

acompañarían algunos resistentes. Marek estaría entre ellos.

***

—¿Ves algo? —preguntó excitada Estanislava a su marido.

—Aún nada, pero me ha parecido oír pasos que se acercan —contestó sin quitar ojo a la confluencia de las calles Niska y Zamenhofa.

Él mantenía su subfusil apoyado sobre la ventana y dirigido hacia la calle, ella sostenía en una mano un cóctel molotov mientras que con la otra agarraba una mecha que estaba lista para ser prendida y activar el explosivo. El reloj marcaba las 3:55 de aquel 19 de abril de 1943, día de la Pascua Hebrea. La noche no estaba siendo generosa con los combatientes pues la mayoría de ellos no podían pegar ojo en las atestadas salas del apartamento donde estaba instalada, entre otras, la familia Kreczkiewicz. La madrugada se prodigaba en confesiones a media voz, rezos y conversaciones. De alguna manera los resistentes empleaban las horas nocturnas para despedirse, para congraciarse o para encomendarse a Dios, a sabiendas de que sus vidas podían terminar allí mismo. Nadie quería irse de este mundo sin hacerse perdonar por su mujer o por su marido, por sus hijos, por sus padres o por el mismo Dios. Quienes no tenían nada que decir hablaban con ellos mismos. Ese parecía ser el caso de Walenty Kreczkiewicz quien, en su mutismo autista, permanecía en silencio mirando al techo. Su mujer, Zofia, no dejaba de acariciarle la cabeza. Estaba aterrada.

—¡Se acercan! —rompió el silencio Aleksander mientras apostaba su mejilla sobre la culata de su arma—. ¡Iwanski está de pie tremolando la bandera! ¡¡Fuego!! —gritó con rabia.

En un momento el apartamento se transformó en un endiablado escenario de explosiones, detonaciones, tableteo de ametralladoras y humo. Afuera las balas silbaban desde todos los puntos de las cuatro esquinas que conformaban las calles Zamenhofa y Niska y los cócteles molotov dibujaban sus parábolas iluminando la noche hasta hacer blanco sobre los nazis. Los soldados alemanes, absolutamente desconcertados, no sabían cómo hacer frente a la infernal acometida que provenía desde los cuatro puntos cardinales. Esa confusión fue aprovechada por los resistentes para abatir a las tan deseadas piezas con uniforme de las SS. La respuesta errática de los soldados alemanes les permitió abatir solo a algunos de los insurgentes que asomaban por las ventanas de los edificios. Algunas balas penetraron por la ventana del apartamento de Zamenhofa y fueron a dar sobre las paredes del

mismo, pero no hubo que lamentar ningún muerto ni herido. Estanislava había respondido a esta afrenta arrojando varios cócteles molotov contra los nazis. De resultas, algunos de ellos desaparecieron por la esquina envueltos en llamas. La encarnizada refriega no duraría más de veinte minutos, lo suficiente para que los insurrectos pudieran contemplar con orgullo cómo los cuerpos de al menos quince alemanes yacían muertos sobre el adoquinado.

Tras la refriega el apartamento permaneció en silencio, en parte porque la energía vertida en aquellos veinte minutos había dejado a todos exhaustos, pero también porque había que adoptar la precaución de no hacer ningún ruido que pudiera delatarlos. Los alemanes, a buen seguro, se estarían reorganizando. Walenty permanecía aún mirando al techo aunque durante el combate su cuerpo se había estremecido. Zofia permanecía a su lado balanceando su cuerpo al ritmo del fluir de sus lágrimas. Estanislava, conmovida, se acercó hasta sus suegros para consolarlos. Solo unos instantes después fue interrumpida la quietud. Mordejai —quien había permanecido luchando desde el edificio de enfrente y había conseguido atravesar la calle sin ser detectado— irrumpió en la estancia junto a su novia. Maria venía sudorosa y claramente excitada.

—¿Cómo ha ido por aquí? —preguntó Mordejai, jadeante fruto de la excitación del momento, del esfuerzo empleado en la carrera y por el hecho de haber subido las escaleras de dos en dos—. ¿Hay alguna baja?

—¡Ninguna! —respondió Aleksander.

—¡Dios sea alabado! —profirió Maria mientras se dejaba caer hasta el suelo apoyándose en la pared.

—Esas son buenas noticias. Nosotros tenemos que lamentar cinco muertos a pie de calle y otros tantos están heridos aunque, por fortuna, ninguno de gravedad. La situación es la siguiente: un comando de los nuestros se ha acercado hasta el depósito de armas de la Policía Judía. Esos malnacidos han huido al iniciarse el combate y han dejado a nuestra merced dicho almacén. A partir de ahora contaremos con algunas armas más —los resistentes que se habían arremolinado en torno a Mordejai para escuchar las noticias lo celebraron abrazándose unos a otros—. En cuanto a los alemanes es más que seguro que en este instante se estén reponiendo del *shock* sufrido, pero no tardarán mucho en volver. Es ahora cuando tenemos que estar especialmente fuertes y atentos. Esa misma orden es la que he dado a las otras divisiones.

—¿Se sabe algo de los residentes del gueto que iban a ser deportados? —preguntó alguien.

—La mayoría de ellos han sido protegidos por nuestros hombres escondiéndolos en las galerías. Se han unido a los que ya estaban allí

ocultos, así que ahora serán muchas más bocas que alimentar —el tono en que Mordejai dijo esto último les hizo saber que aquellas, a pesar de todo, no eran buenas noticias porque los recursos eran pocos.

Las galerías habían empezado a estar ocupadas desde varios días antes del levantamiento, sobre todo por mujeres, niños y ancianos que no podían combatir. Ahora se les uniría una legión de aquellos que iban a ser deportados, a los que les darían cobijo y a quienes intentarían convencer para que se unieran a la lucha, aunque solo fuese de apoyo o en tareas de transmisión de mensajes, porque las armas eran muy escasas. Alimentar a tantas bocas, ciertamente, se iba a convertir en un problema. Y es que no solo los alimentos básicos hacía tiempo que habían desaparecido, sino que el número de mulos y caballos en el gueto había descendido drásticamente.

Aleksander nunca pudo convencer a sus padres para que bajasen al refugio de Zamenhofa. Ambos habían decidido permanecer junto a su hijo y si tenían que morir lo harían allí mismo. Este había empezado a tener serias preocupaciones por la actitud de desprecio hacia la vida que sus padres habían comenzado a desarrollar desde la deportación de Dorota. Esa era una inquietud añadida para él.

***

El ataque había sorprendido a los alemanes y a las tropas auxiliares que los acompañaban. Tenían que lamentar la pérdida de varios de sus hombres a lo que había que sumar la existencia de algunos heridos graves. Las tropas habían tenido que salir del gueto y ahora, bajo las órdenes del general de las SS Jürgen Stroop, se estaban reponiendo del golpe y organizando la intervención que llevarían a cabo contra los semitas rebeldes; si hacía falta derribarían el gueto casa por casa hasta hacer salir a las ratas que habían osado atacar a los soldados del Tercer Reich. El experimentado general al mando, un veterano de la Primera Guerra Mundial y nazi convencido, asumiría el liderazgo de las operaciones de limpieza del gueto a partir de ese momento. Por orden del mismísimo Himmler vendría a sustituir al SS Oberführer Ferdinand von Sammern-Frankenegg, quien había demostrado no tener las suficientes agallas para llevar a cabo la deportación de los judíos de Varsovia de manera exitosa y expeditiva y reducir a la resistencia. Para la tarea de limpieza del gueto el general Stroop solicitó refuerzos para penetrar con seguridad en el barrio sin sufrir nuevas bajas, aunque desconocía en ese instante cuál era la potencia real de fuego con la que contaban los hebreos. Por esa razón se hizo valer de más de dos mil soldados y treinta y seis oficiales, además de

trescientos miembros de la Policía Azul polaca que eran obligados a colaborar con los nazis bajo amenaza de muerte en muchos casos. Stroop, un recalcitrante antisemita y asesino sin escrúpulos, no quiso dejar nada al azar y se hizo pertrechar de tanques, vehículos blindados, armas químicas, lanzallamas y artillería de todo tipo. Estaba en su ánimo barrer de la faz de la tierra a los judíos que habían tenido la osadía de desafiar la voluntad de Hitler y de su proyecto de eliminación del judaísmo de Europa. Por eso no podía escatimar. La tensa calma que siguió al ataque judío de la madrugada del 19 de abril se vería rota tan solo tres días después.

***

—Tu padre debería comer algo —dijo Estanislava—. Hace más de tres días que no prueba bocado.

Aleksander había sido testigo de cómo Walenty, persistente en su incomunicación con el mundo, parecía estar decidido a acabar con su vida de una manera u otra. Su negativa a bajar a las galerías en busca de refugio era un claro síntoma de que prefería morir de un balazo o achicharrado por un lanzallamas antes que buscar la protección de aquel submundo. Dejar de comer era una decisión que apuntaba aún más en el sentido de haber decidido terminar con su vida.

—Tiene que comer, padre —le dijo Aleksander con ternura mientras le cogía la mano.

Este solo pudo elevar una vez más su mirada al techo y musitar algunas palabras ininteligibles entre las que su hijo pudo distinguir dos: «Morir» y «Dorota».

—Es en vano, querido hijo —respondió Zofia hablando entrecortadamente—. Hace días que le vengo insistiendo… pero es inútil: es la misma desesperanza la que le cierra la garganta. De repente ha perdido las ganas de vivir. Desde lo de Dorota tu padre no levanta cabeza… y yo tampoco —se cubrió la cara con las manos para empezar a llorar.

Aceptando acongojado aquella realidad, Aleksander besó a sus padres y se dirigió de nuevo hacia la ventana que hacía unos minutos había abandonado. Le pedía a Dios poder otear en la calle algún uniforme de las SS. La mira de su subfusil ya lo estaba buscando con ansiedad.

La inanición y la falta de cuidado e higiene habían transformado a Walenty en un ser de aspecto deplorable, casi irreconocible para cuantos habían podido conocer al próspero señor Kreczkiewicz enfundado en sus elegantes trajes y oliendo a loción de afeitar. A decir

verdad, el aspecto de todos los resistentes dejaba mucho que desear.

A aquella hora de la mañana del 21 de abril el apartamento de Zamenhofa inauguraba una nueva jornada de tensa espera que mantenía a todos los combatientes en actitud expectante y ansiosa. Los puntos de vigilancia estaban cubiertos en todo momento y el acceso hacia la azotea permanecía franco para que, en menos de un minuto, pudieran encaramarse los resistentes a lo más alto del edificio para lanzar sus explosivos desde allí. Algunas mujeres habían ideado un ingenioso sistema de correas que les permitiría sujetarse a las chimeneas y hacer un movimiento de volandera para dar mayor alcance al lanzamiento de cócteles molotov. Las mujeres estaban exhibiendo una valentía que, a menudo, superaba a la que mostraban los hombres. Maria estaba a la altura de su novio a la hora de arengar a sus iguales y su arrojo despertaba la admiración de todos. Los combatientes, aquel día, tenían tanto miedo como ganas de poder disparar contra los nazis. Lo esperaban con auténtico deseo.

7
Apartamento de la calle Zamenhofa. Gueto de Varsovia. Abril de 1943.

—¡Malditos cabrones! —se oyó gritar a Iwanski mientras vaciaba el cargador de su ametralladora en dirección a los soldados de las SS que custodiaban la columna de blindados.

La batalla final había comenzado.

Aquel 21 de abril el comandante Iwanski se había apostado en la azotea del apartamento de Zamenhofa y desde allí abatía a cuantos nazis podía. El resto de combatientes hacía lo propio con sus armas mientras las mujeres ejecutaban con eficacia el lanzamiento de los explosivos desde las partes altas de los edificios. Las puertas del infierno se habían abierto poco antes de las diez de la mañana.

—¡Por Treblinka! ¡Por Auschwitz! —aullaba Iwanski.

Aleksander se emocionó al contemplar a su esposa que, desde el tejado de enfrente, se deslizaba en el círculo perfecto que trazaba el sistema de correas atado alrededor de una chimenea. De ese modo conseguía que las botellas incendiarias alcanzaran su distante objetivo. Debido a su lesión de tobillo, no completamente recuperada, él tuvo que permanecer apostado en la misma ventana desde donde disparaba su subfusil sin cesar. Así pudo liquidar a algunos SS, aunque su escasa munición le hacía temer que muy pronto se quedara sin posibilidad de disparar. La potencia de fuego alemana, muy superior a la de los alzados, venía marcada por los obuses que los nazis empezaron a dirigir contra los edificios; los endiablados tanques orientaban sus cañones hacia la parte alta de las construcciones para vomitar su fuego y hacerlas caer a pedazos.

—¡El edificio no aguantará mucho! ¡Abatid a cuantos podáis antes de que esto se venga abajo! ¡Que no se escape ninguno! — gritó Aleksander a sus compañeros.

—¡Mirad cómo corren esas ratas! —se oyó entre el ensordecedor ruido.

Con cada detonación Aleksander podía sentir el temblor del suelo mientras observaba cómo al otro lado de la calle se precipitaba parte

de las construcciones en forma de polvo y escombros. Algunos resistentes, al incendiarse sus habitáculos, se vieron obligados a saltar por las ventanas. Los alemanes encontraron en ello un divertimento pues parecían jugar a disparar a aquellos desesperados para asegurarse de que, a su llegada al suelo, yacieran bien muertos. Aquellos desdichados, que en su desesperación tenían que precipitarse al vacío, recibieron de los nazis el nombre de «paracaidistas».

—¡Aguantad! ¡Resistid! ¡Ni un paso atrás! —se oía decir a los combatientes judíos.

La refriega no duró más de una hora, tiempo más que suficiente para que una parte del gueto hubiera sido destruida por la artillería pesada y las víctimas entre los resistentes empezaran a contarse por decenas. En el apartamento de Zamenhofa habían caído siete resistentes fruto de las balas. Walenty y Zofia no estaban entre ellos. Ambos permanecieron todo el tiempo abrazados. Milagrosamente, el edificio que albergaba la estancia permanecía aún en pie.

—¡Que todo el mundo baje a las galerías! ¡¡Rápido!! —gritó Iwanski tras descender de la azotea apremiando a buscar refugio en zona segura. Ahora que se había producido un receso en la contienda era el momento de alcanzar los búnkeres—. ¡Daos prisa! ¡Aquí no podemos resistir mucho más! ¡Rápido, rápido!

—Llevad a mis padres abajo. Yo me quedaré un momento. Intentaré entretener a esos bastardos un instante más. Bajaré de inmediato —le dijo Aleksander a Iwanski. Imaginaba que Estanislava ya habría accedido a los subterráneos para protegerse.

—No es el momento para jugar a ser héroes. Aguanta solo unos minutos más y de inmediato para abajo. Si tardas más nadie subirá a por ti, ¿de acuerdo? —le dijo Iwanski.

—Nosotros nos quedamos con él —tres compañeros de armas apostados en las ventanas se ofrecieron igualmente para hacer lo posible por distraer a los nazis unos minutos mientras los demás bajaban a los sótanos.

—Está bien. Pero solo unos minutos. ¡Os quiero abajo en un suspiro! ¿Habéis entendido? —pregunto Iwanski con seriedad—. ¡Vámonos!

Durante la pausa los alemanes permanecían guarecidos tras los carros blindados y solo esperaban reorganizarse para volver a atacar. Algunos de ellos habían comenzado a desalojar los edificios que encontraban a su paso sacando a punta de fusil a cuantos judíos encontraban. Frente al apartamento se podía ver un patio de vecinos que había quedado al descubierto como consecuencia del impacto de un obús. En ese espacio se iban hacinando los prisioneros que los alemanes iban capturando. Algunos de ellos eran ejecutados allí mismo. Esa escena enardecía a los combatientes de forma indecible

pero no podían hacer nada so pena de ser localizados por los nazis y recibir una ráfaga de disparos que los habría abatido.

—¿Qué demonios hacen esos? —preguntó extrañado uno de los combatientes apostado en una de las ventanas.

—¡Qué diantres! ¡Son los padres de Aleksander! —respondió asombrado otro resistente.

Aleksander, incorporándose como un resorte, se asomó a la ventana para observar qué estaba ocurriendo. De inmediato dos figuras familiares aparecieron en su campo de visión. Zofia y Walenty, sus padres, caminaban despacio allí abajo al encuentro de los soldados de las SS. Tenían un deambular sereno, como si estuvieran paseando tranquilamente por la calle Leszno en un día de compras.

—Que nadie haga nada. Si disparamos ahora nos mandan un obús en menos que canta un gallo. La suerte está echada —dijo el primero de los resistentes dirigiendo a Aleksander una mirada de conmiseración.

Este quedó paralizado al contemplar aquello. No pudo imaginar que el desprecio a la muerte de su padre lo hubiera empujado a entregarse a ella de esa manera. Como tampoco había esperado que en esa desesperación hubiera arrastrado a su propia esposa. Ambas figuras fueron rápidamente detectadas por los nazis, quienes los apremiaron a entrar en el patio donde ya se acumulaban vivos y muertos. Pero en un último acto de rebeldía no quisieron hacer caso a aquellos desagradables gritos que profería uno de los mandos que dirigían la operación y que les ordenaba correr hacia el patio al otro lado de la calle. Zofia y Walenty habían decidido encontrarse con la muerte a su propio ritmo. Su hijo, estupefacto, fue incapaz de hacer nada. Miraba atónito y se sentía como en esos sueños en los que uno es incapaz de avanzar por más que intente correr. Solo alcanzó a oír esas malditas palabras que los alemanes gritaban a sus padres y que se le quedarían grabadas para siempre: «*Schnell!*», «*Schnell!*» (¡Rápido!, ¡rápido!). Y acto seguido, ante la manifiesta desobediencia de los señores Kreczkiewicz, pudo oír los dos disparos que terminaron con sus vidas. Aún alcanzó a ver cómo los cuerpos de sus padres se precipitaban hacia los adoquines como si fueran marionetas a las que les hubiesen cortado los hilos.

—¡¡Nooo!! —gritó Aleksander con el rostro desencajado y las lágrimas abriéndose camino entre la pólvora acumulada en su cara.

Los resistentes que aún permanecían apostados en las ventanas miraron a Aleksander con compasión sin acertar a decir nada, pero permanecieron atentos a los alemanes porque el grito de su compañero podía haberlos alertados. No podían disparar y tampoco podían moverse porque cualquier ruido delataría su presencia y habrían volado por los aires como consecuencia del obús que los

alemanes, a buen seguro, les habrían regalado.

—Aleksander, lo sentimos mucho —le dijo uno de sus compañeros —. Pero debes mantener el control porque de otro modo…

—¡¡Malditos hijos de puta!! —profirió Aleksander mientras se ponía en pie para disparar a cuantos SS podía. No dio lugar a que su compañero terminase la frase.

La respuesta de los SS fue inmediata y una lluvia de disparos obligó a los resistentes del apartamento de Zamenhofa a bajar a los búnkeres. Aleksander tuvo que ser llevado en volandas en un estado de fuerte crisis nerviosa. Eso fue poco antes de que toda la habitación volase tras el impacto de una bala de cañón.

***

—Está detrás de la cocina, junto a las habitaciones de las mujeres —informó Marek a Estanislava cuando esta entró desesperada en la galería de Zamenhofa buscando a su marido—. Lleva un buen rato sentado en un rincón. No parece querer hablar con nadie.

Estanislava, tras la refriega tenida con los nazis, se había refugiado en las galerías del edificio de enfrente donde había luchado hacía solo una hora. Hasta allí había llegado la noticia de la muerte de los padres de Aleksander y las circunstancias en que esta se había producido. Arriesgando una vez más su vida y esperando que los alemanes no la detectaran, cruzó la calle a toda velocidad hasta alcanzar el refugio en la otra acera, donde se encontraba su marido. Al cruzar la calzada aún tuvo tiempo de encontrarse de bruces con los cadáveres de sus suegros que aún no habían sido retirados. Un gran charco de sangre cubría los adoquines. Estanislava no pudo detenerse, se jugaba su integridad. La rabia que sintió le hizo jurarse a sí misma que acabaría con la vida de cuantos nazis se cruzasen en su camino. Y si no se cruzaban, ya haría ella por encontrarlos. Cuando llegó donde estaba Aleksander, la mujer pudo observar a su marido en posición fetal, balanceando su cuerpo mientras sorbía sus lágrimas, ennegrecidas por la pólvora.

—¿Qué más me tienen que quitar esos malnacidos? —se dirigió a Estanislava mientras la abrazaba.

—Sabíamos que este sería nuestro destino, morir matando — le respondió su esposa entre gemidos.

—¡Pero mis padres ni siquiera han luchado! ¡Ningún mal les habían causado a esos hijos de puta! —repuso Aleksander.

—Su sola existencia ya suponía para ellos una afrenta. Tus padres fueron capaces de joder la vida a esos cabrones por el solo hecho de no haber sido deportados. Esa fue su lucha, su burla y su desafío. Han

muerto como valientes, mirando a la muerte de frente, sin miedo —le dijo.

La presencia de su esposa pareció devolverle la dosis de ánimo necesaria para recobrar el afán de continuar la lucha. Lo haría por Dorota, por sus sobrinos, por su cuñado… y, ahora, por sus padres. Pero también por su esposa y por él mismo. Aún no habían dicho su última palabra.

—Derramaré hasta la última gota de mi sangre para vengar sus muertes. ¡Bien lo sabe Dios! —dijo Aleksander mientras se ponía en pie desafiando a su cojera.

8
Gueto de Varsovia. Mayo de 1943.

El ánimo de los combatientes hacinados en las galerías no era el mejor. Habían transcurrido varios días desde el inicio de la resistencia armada. No obstante, las noticias que llegaban hasta ellos del resto de las divisiones judías podían contribuir a incentivar su ánimo de lucha: en la plaza Muranowski, según conocieron, en torno a ciento veinte combatientes de la Unión Militar Judía (UMJ) habían conseguido tomar posiciones en varias casas de la calle Muranowska, concretamente en la 1, la 3, la 5, la 7-9 y la 40, y la bandera con la estrella de David había sido izada en lo alto de uno de los edificios más señeros junto a una enseña polaca. Las posiciones de estos combatientes se encontraban colindantes con las de la Organización Judía de Combate de Mordejai, que ocupaban las casas de las calles Zamenhofa, Mila, Gesia y Nalewki. Pero aunque la Unión Militar Judía disponía de un arsenal bien armado en una casa abandonada en el número 7 de la calle Muranowska y ofrecía una feroz resistencia, la situación de los hombres de Mordejai era bien distinta y su escasez de munición no podía ser alimentada por el arsenal de la UMJ porque los alemanes cortaban la comunicación con ellos. Por si fuera poco, los nazis habían comenzado a demoler los edificios de la calle Zamenhofa y a penetrar en las alcantarillas por donde muchos judíos pretendían escapar. Los refugiados en los búnkeres, en las galerías y en las cloacas estaban siendo detenidos o ejecutados en el mismo lugar donde eran descubiertos. Otras veces morían a causa de las llamas producidas por las armas incendiarias o sepultados bajo los escombros de los edificios que se desplomaban, o bien perecían ahogados en los túneles de desagüe cuando los SS los inundaban a propósito. Aquel infierno se había convertido en una cuestión de todo o nada. No había lugar para la marcha atrás, no había posibilidad de huida: morir o morir parecía ser la única y misma opción. En un desesperado intento por lograr el apoyo de los habitantes no judíos de Varsovia que se encontraban al otro lado del muro del gueto, la OJC distribuyó aquellos días una proclama que decía:

Polacos, ciudadanos, soldados de la libertad. En medio de los estampidos de la artillería con la que el ejército alemán dispara contra nuestras casas y viviendas, nuestras madres, niños y mujeres; en medio del tableteo de las ametralladoras que capturamos en los combates con los cobardes gendarmes y las ovejas de las SS; entre el humo de los incendios y sobre los ríos de sangre del asesinado gueto de Varsovia, nosotros, prisioneros del gueto, os enviamos nuestros cordiales saludos.

Sabemos que con dolor desgarrador y lágrimas de compasión, que con admiración y temor por el resultado de esta lucha, miráis la guerra que hemos estado afrontando con la ocupación cruel durante muchos días.

Pero también sabed que cada umbral del gueto, como ha sido hasta ahora, continuará afirmando que todos podemos perecer en la batalla, pero no nos daremos por vencidos; que estamos jadeando y que buscáis venganza y castigo por todos los crímenes del enemigo común.

Es una lucha por vuestra y nuestra libertad.

Por vuestro y nuestro honor y dignidad humana, social, nacional.

Vengaremos los crímenes de Auschwitz, Treblinka, Belzec y Majdanek.

¡Viva la hermandad de armas y de la sangre de la Polonia combatiente!

¡Viva la libertad!

¡Muerte a los que nos atormentan y nos torturan!

¡Viva la lucha de vida y muerte contra el invasor!

Meses más tarde, el espíritu de esta soflama inspiraría a los habitantes de la capital de Polonia para alzarse en armas contra el enemigo nazi.

***

El ruido sordo de los lanzallamas alemanes pudo llegar con nitidez hasta los oídos de Aleksander. Era sábado 8 de mayo y el calor había empezado a hacer acto de presencia en Varsovia.

—Si no salimos de aquí moriremos abrasados —dijo Aleksander a Marek apremiando al comandante a tomar una decisión.

—Creo que lo mejor será dirigir a la gente hacia Mila 18. Allí debe estar Mordejai. Él sabrá qué hacer aunque creo que alcanzar las alcantarillas desde aquel lugar puede ser una opción de salida del gueto. Aquí ya no podemos hacer más. Solo cabe que cada uno apueste por la opción que más le convenga para intentar salvar el pellejo.

Un grupo de resistentes se había reunido en torno a Marek en el estrecho y claustrofóbico pasillo de la galería subterránea de Zamenhofa. Casi no había aire que respirar y el humo y el polvo del ambiente hacían de esta necesidad vital algo cercano al lujo.

—Yo no saldré del gueto sin llevarme antes por delante a unos cuantos nazis —dijo con arrojo Estanislava. Aquello sorprendió a Aleksander, quien giró la cabeza hacia su esposa con los ojos

ampliamente abiertos por la sorpresa que le produjeron aquellas palabras.

—¿Qué estás pensando? —le dijo a su esposa con un tono cercano al bramido.

—¡No pienso en nada y pienso en todo! —respondió con vehemencia—. Pienso que aún no ha muerto un número suficiente de esos cabrones y que no me perdonaría jamás abandonar el gueto sin haber intentado antes mandar a un buen puñado de ellos con el Creador. Él sabrá juzgarles. ¡Nuestro deber es ponerlos ante Dios!

—Debes haberte vuelto loca —dijo Aleksander apesadumbrado por lo que oía—. Iremos a Mila, alcanzaremos las alcantarillas y rezaremos, ¡sí, rezaremos por alcanzar nuestro objetivo! ¡Y tú vendrás conmigo! —sentenció Aleksander.

—Deberías hacer caso a tu marido —intermedió Marek—. Creo que deberías apostar por conservar tu vida, por más que eso ahora sea casi impensable. Si quieres matar a un puñado de alemanes la única manera de conseguirlo es acompañarlos a ellos en su viaje, no hay otro modo.

—¡Y aun así lo prefiero a morir como una rata cobarde en una alcantarilla! ¿Cuántos han salvado la vida nadando por la mierda? ¿Diez, quince, veinte…? —Aleksander no podía creer lo que oía por boca de su esposa. Pensó que la excitación y la rabia que sentía le hacían hablar así, pero confiaba en que pronto recobraría el buen sentido.

—Si quieres matar a un puñado de nazis arrastrándolos junto a ti es una decisión tuya, pero entonces me veré obligado a protegerte de ti misma. Y desde este momento soy yo quien decide por ti. ¡Y decido que marchemos rápidamente a Mila 18! —Aleksander cogió a su esposa firmemente del brazo y le hizo avanzar hacia la puerta del búnker.

Marek hizo un gesto a sus subordinados para que empezaran a poner en marcha a cuantos refugiados se encontraban en las galerías. Entre estos había diferentes opiniones: unos habían asentido al oír los argumentos de Estanislava mientras otros la habían calificado de «loca con tendencias suicidas». Finalmente todos optaron por seguir las órdenes del comandante y dirigirse al cuartel general de la calle Mila. Pero ella, aunque callaba y aparentaba obedecer, no estaba de acuerdo con esa decisión. Muy pronto lo demostraría.

***

Para acceder al número 18 de la calle Mila la comitiva debería esperar

a la caída de la noche para, oculta por las sombras, poder deslizarse sigilosamente entre los cascotes. Y aun así no tenían garantías de éxito en absoluto. Las divisiones alemanas de demolición se estaban empleando desde la tarde en la destrucción sistemática de las casas y en la captura de los rebeldes en galerías y alcantarillas. Las calles de Varsovia en aquella parte del gueto estaban irreconocibles y se reducían a montañas de fuego y escombros. Aunque los nazis se encontraban cerca de Zamenhofa los edificios de esta calle no habían sido aún demolidos, más allá del daño que sobre ellos habían infligido los obuses disparados durante la fatídica jornada. Pero las divisiones de demolición se estaban acercando peligrosamente. La opción de esperar a la oscuridad para salir de las galerías quedaba supeditada, por tanto, a que los alemanes no llegasen antes con sus bombas y sus lanzallamas; si estos se adelantaban los judíos se verían obligados a salir a la luz del día convirtiéndose en presa fácil. Pero por una vez la suerte pareció aliarse con la gente de Marek, porque los ingenieros alemanes se estaban empleando en la destrucción de los edificios de las calles Gesia y Nalewki y al llegar la noche aún no habían llegado a Zamenhofa.

—Creo que ahora es el momento. Permaneced todos juntos y andad uno detrás otro. Yo iré el primero —indicó Marek al ver que ya había oscurecido.

De este modo se organizó una fila con las más de ciento cincuenta personas que componían la comitiva. El comandante era muy consciente de que solo unos pocos conseguirían alcanzar el objetivo. Mila 18 estaba a pocos minutos de camino en una tarde soleada de paseo pero, dadas las circunstancias, el desplazamiento se antojaba un viaje al más allá. Marek, Estanislava y Aleksander encabezarían la marcha, este último aún renqueante de su herida y apoyado en su muleta. Hacía tiempo que los resistentes habían decidido arrancar de sus brazos los brazaletes identificativos de su condición judía. Aquel fue un acto más de rebeldía. A una señal de Marek la comitiva comenzó a andar pegada a la pared en dirección a la esquina este de Zamenhofa. Cambiando de planes Estanislava propuso a Marek esperar en la puerta hasta haber comprobado que toda la recua de resistentes había salido. Ella se encargaría de la retaguardia. Aleksander miró con dureza a su esposa y le advirtió que tuviera mucho cuidado porque cerrar la expedición era muy arriesgado. Ella le agradeció su preocupación besándole con pasión.

—No te preocupes —le dijo mirándolo con ojos de enamorada—. Pase lo que pase siempre podrás estar orgulloso de tu esposa —y volvió a besarlo.

Lo que ocurrió a continuación se precipitó con la velocidad del rayo.

Tal y como convinieron, Estanislava había quedado rezagada para supervisar el completo desalojo del búnker. Pero cuando el último de los que conformaban la comitiva hubo doblado la esquina este de Zamenhofa, Marek se percató de inmediato de que ella no estaba. Sin querer alarmar a Aleksander volvió sobre sus pasos y se asomó a la esquina para otear la calle. Entonces pudo ver a Estanislava que, parada en mitad del adoquinado, levantaba las manos a requerimiento de un grupo de soldados de las SS que se acercaban hacia ella apuntando sus fusiles. A duras penas podía intuir la figura de la esposa de su compañero porque la noche ya había caído. Solamente la luz proporcionada por el fuego de los edificios que ahora empezaban a arder en Zamenhofa iluminaba la tétrica escena. En ese momento Marek notó una presión sobre su brazo derecho.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Aleksander en voz baja con la respiración agitada.

—Mucho me temo que tu esposa haya decidido cumplir con su palabra. Y será aquí y ahora. No podemos hacer nada.

Aleksander observó horrorizado como su esposa se empezaba a acercar con parsimonia al grupo de alemanes, con las manos en alto y repitiendo en voz alta «*zustimmen!*» (¡de acuerdo!). Instintivamente quiso dar un paso al frente para salir en ayuda de su mujer, pero Marek lo detuvo a tiempo.

—¿Estás loco? ¡Nos matarán a todos! —le dijo a su compañero intentando aplacar su ímpetu—. Si sales ahí afuera nos delatarás y terminaremos muertos en cuestión de minutos. Deja que se entregue y recemos por su suerte. Es todo lo que podemos…

En ese preciso instante una fuerte explosión interrumpió a Marek. Ella había hecho explotar una granada que escondía bajo su ropa y había conseguido abatir a aquellos cinco nazis que ya la habían rodeado para detenerla. A la vista de Aleksander quedó un desolador panorama de vísceras, sangre y miembros desparramados por el adoquinado. Su esposa estaba hecha pedazos y su deseo había sido cumplido: había mandado a un puñado de nazis con el Creador. Y ella los había acompañado.

—¡Salgamos rápido! —gritó Marek.

Aleksander quedó conmocionado, incapaz de responder a las voces que Marek daba para que reaccionase y huyeran del sitio. Este agarró a su compañero y lo arrastró lejos del horrible espectáculo; no había nada que hacer, tenían que salir de allí tan rápido como fuera posible. Durante aquel trance Aleksander se dejó arrastrar por su compañero como si fuera un muñeco de trapo. Permanecía en un estado de semiinconsciencia que le hacía confundir la ficción y la realidad.

—¡No podemos hacer nada!, ¡vámonos!, ¡aprisa! —gritaba el comandante apremiando a su amigo mientras lo arrastraba por entre

los escombros.

Ante la atrocidad de la escena y lo insoportable del hecho, la mente de Aleksander trabajaba rápidamente para correr un velo sobre todo aquello y hacer que lo que era real pasara por pretendido. En un determinado instante volvió a recordar las palabras que Estanislava le había dirigido hacía tan solo unos momentos: «No te preocupes, Aleksander, pase lo que pase siempre podrás estar orgulloso de tu esposa». No se podía sentir orgulloso como le había anunciado su esposa porque en ese momento, cuando ya alcanzaba Mila 18 arrastrado por su compañero, solo podía sentirse furioso con ella. No le podía perdonar lo que había hecho. Pero esa rabia dio paso muy pronto a la más absoluta desolación. El vacío interior, la tristeza y la impotencia que sintió de inmediato le acompañaron hasta caer en estado de inconsciencia.

En la desbandada general que se produjo tras la explosión ocasionada por Estanislava, los judíos que conformaban la comitiva se habían delatado y, efectivamente, constituyeron blancos fáciles para los alemanes que se encontraban por la zona. Marek, cargando con el peso de su amigo Aleksander, pero también ayudado por su fe y su pericia, pudo al fin alcanzar el búnker de Mila 18 acompañado de apenas diez combatientes más. Antes vio como decenas de sus compañeros habían ido cayendo bajo las balas y las granadas de los nazis. Doblaron la esquina sin que los SS adivinasen el movimiento ni se percataran del destino final de los mismos y de ese modo alcanzaron el cuartel general. De inmediato accedieron a los subterráneos donde se unieron a los mandos de la resistencia y a una multitud de combatientes y civiles que se amontonaban en el búnker sudorosos y sin apenas aire que respirar. Tal y como Marek esperaba, Mordejai estaba allí junto al «estado mayor» de la resistencia, aunque faltaban algunos. El sudor, el polvo y la tizne producidos por la pólvora hacían a Mordejai casi irreconocible.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó este—. ¿Qué le ha pasado a Aleksander? —dijo mientras observaba el aturdimiento del mismo.

—Estanislava ha hecho explotar una granada y se ha llevado por delante a unos pocos alemanes, pero el pánico desatado ha hecho dispersarse a nuestra columna y muchos han ido cayendo bajo las balas. Los nazis ya están por todos sitios y cualquiera que asome a la calle es abatido. ¡Imagínate cómo ha encajado la situación! Se encuentra inconsciente fruto de la impresión, pero no está herido — explicó atropelladamente Marek.

—Será entonces cuestión de minutos que vuelva en sí — repuso Mordejai—. Cuando recobre el conocimiento será el momento de estar con él apoyándole. ¡Joder, qué situación más desesperada! — dijo mientras golpeaba una de las vigas que sostenía la galería en la que se

habían refugiado.

Maria, que oía atentamente la conversación, había encajado muy mal conocer que su amiga había perdido la vida, aunque en su fuero interno sintió una especie de orgullo por esa hazaña. Entonces no podía saber que su destino sería en breve muy parecido.

—Sabíamos que esto sería así —le respondió Marek casi en actitud de reproche. Era la primera vez que escuchaba flaquear a su amigo y eso le hizo sentir mal.

—¡Pues tienes que saber que Apfelbaum y otros cuantos también han caído! —respondió con rabia Mordejai. Marek bajó la cabeza y cerró los ojos. No por esperados eran aquellos acontecimientos menos difíciles—. No tenemos conocimiento del resto de nuestros combatientes aunque la situación del gueto da para pensar que estarán igual o peor que nosotros.

—Entonces, ahora sí, solo nos queda intentar la huida del gueto por las alcantarillas.

—Esperemos que Icchak y Rotem el Topo hayan adivinado nuestras intenciones. Ahora más que nunca necesitamos de su ayuda para salir del barrio por esa vía —dijo Mordejai con visible y fundada preocupación.

—Solo sabremos si se han anticipado a nuestras intenciones yendo allí abajo. Confiemos en encontrárnoslos…

Los dos comandantes eran conscientes de lo desesperado de la situación y, sobre todo, sentían el peso de la responsabilidad que tenían. En las galerías se hacinaban en torno a doscientas personas que esperaban el dictamen en cuanto a qué hacer a partir de aquel momento. Muchos se arremolinaban en torno a ellos para escuchar de sus bocas algunas órdenes precisas. Y tenía que ser rápido. Mal armados unos, heridos de gravedad otros y desesperanzados todos, esperaban poder oír algo que les diera alguna esperanza, aunque la mayoría sabía que eso era prácticamente imposible. Otros muchos habían decidido esperar la muerte en ese mismo lugar mientras unos cuantos empezaban a barajar el suicidio como única salida. Algunos ya lo habían hecho; la pérdida de muchos de sus seres queridos, el abandono de las fuerzas y las bajas expectativas de sobrevivir les hicieron tomar la determinación de arrancarse la vida como la mejor de las soluciones.

—Es-ta-nis-la-va… —empezó a balbucear Aleksander.

—Parece que vuelve en sí —dijo Marek. Mordejai se acercó a su amigo.

—Tu mujer ha demostrado ser más valiente de lo que parecía. Ha muerto combatiendo y ha matado inteligentemente a un puñado de nazis hijos de puta. Ahora podrá descansar en paz. Todos nos sentimos orgullosos de ella —intentó animarle Mordejai. El comandante

siempre parecía tener las palabras exactas.

—Nunca… nunca se lo podré perdonar —alcanzó a decir Aleksander entre las abundantes lágrimas que corrían por sus mejillas —. Ella… era lo único… que me quedaba. ¿Qué sentido tiene para mí… luchar ya?

—Honrar su memoria, Aleksander. Y la de todos los tuyos que se fueron antes que ella. ¡Mientras tengas aliento debes tener esperanza! —dijo Iwanski, quien hasta ese momento había permanecido en silencio.

—¿Esperanza en morir… rápidamente? No se me ocurre qué de bueno… me puede deparar ya el futuro —dijo Aleksander entrecortadamente por el llanto.

—¡Escúchame, Aleksander!… ¡Escuchadme todos! —profirió Mordejai mientras se erguía—. La lucha va llegando a su fin. No podemos pensar que saldremos victoriosos pero si al menos alguno de nosotros consigue escapar de este infierno, aún podrá contar al mundo lo que estos malnacidos nos hicieron. ¡Seguir viviendo, aunque sea de tan mala forma, es también resistir!

—¡Estamos contigo, comandante! —gritaron algunos resistentes llevados por el poco ardor que aún les quedaba.

—La situación es la siguiente: justo enfrente de la puerta de este edificio, cerca de la entrada al patio del número 23 de la calle Mila, se encuentra el acceso a las alcantarillas. Esta zona de cloacas aún no ha sido registrada por los nazis aunque pueden ponerse pronto a ello. Si conseguimos llegar a través de ellas hasta la calle Prosta, habremos salido del gueto.

—Sabemos que el Armia Krajowa tiene en esa calle un puesto permanente de observación y tal vez nos puedan ayudar —continuó Marek—. Icchak y Rotem el Topo, por otra parte, se encuentran en la zona aria y es posible que estén al tanto de nuestra desesperada situación. Hemos de confiar en que harán lo posible para encontrarnos en las alcantarillas.

—Una vez hayamos alcanzado el otro lado del muro deberemos apresurarnos a abandonar Varsovia —era Mordejai quien hablaba ahora—. La única opción es huir a los bosques. Quienes decidan acompañarnos por las cloacas podrán ir saliendo de aquí de dos en dos y arriesgarse a un tortuoso camino de algo más de un kilómetro en semioscuridad y, en muchos tramos, con el agua y los detritus al cuello. Y si los alemanes nos detectan, la posibilidad de morir asfixiados, quemados, tiroteados o ahogados por el caudal de agua que soltarán será una realidad — Mordejai informaba de todo ello en actitud marcial, liderando el grupo de desmoralizados judíos pero sabiendo que lo que decía era cuanto podía ofrecerles. Su aplomo no decayó en ningún momento, lo que hizo que muchos dieran un paso al

frente y decidieran aferrarse a aquella última y desesperada salida.

—La decisión no puede ser demorada. Quien se decida por una de las opciones, morir aquí o intentar salvar la vida a pesar de las penurias y las escasas posibilidades, debe hacerlo ahora — dijo Marek a voz en grito para llegar a todos los allí reunidos—. Y tú vienes conmigo —le dijo a Aleksander bajando la voz pero no por ello dejando de mostrar una notable capacidad de mando y no dándole opciones a su amigo.

En esos momentos la noche ya había caído por completo sobre el gueto. Únicamente la luz proveniente de las llamas de la multitud de incendios prendidos iluminaba la calle de manera tenue.

***

De los cerca de doscientos refugiados en las galerías de Mila 18, algo más de cien decidieron intentar la huida por las alcantarillas. El resto se defenderían en el búnker con las pocas armas y munición que les quedaban; algunos de ellos lo hacían con la intención oculta de quitarse la vida allí mismo. A la cabeza de la tétrica procesión iría Marek con Aleksander. El primero conocía el trazado endiablado de las alcantarillas y sabría decidir qué camino seguir al encontrarse con las múltiples bifurcaciones que el sistema de desagüe ofrecía. Durante los meses previos Marek había deambulado con frecuencia por allí para distribuir las armas por algunos puntos del gueto y eso le convirtió de inmediato en el guía de la expedición. Hacia la mitad de la comitiva se situarían Iwanski y Bobienski. En la retaguardia irían Mordejai y Maria. La evacuación se hizo de manera expeditiva.

—Cada treinta segundos saldrán dos personas desde el búnker. Así será más difícil que seamos detectados por las patrullas alemanas — Marek daba las instrucciones a sabiendas de lo complicado de aquella empresa.

De ese modo se fue produciendo la evacuación… hasta que sobrevino el desastre.

Cuando ya solo quedaban veinte personas por evacuar — entre los que se encontraban Mordejai y Maria—, una patrulla de alemanes se situó en aquella zona. De ese modo cortaron el paso a los restantes combatientes, aunque no se percataron de la huida por las alcantarillas de los resistentes que ya habían escapado; la consigna que estos tenían era cerrar la tapa de acceso cada vez que alguien entrase y eso les sirvió para no ser detectados.

—¡Esto no puede estar ocurriendo! —le dijo Mordejai a su novia en voz baja. Se le veía claramente contrariado.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó esta, nerviosa.

—No podemos hacer nada, solo esperar a que pasen de largo sin percatarse de nuestra presencia.

Aquello era un contratiempo inesperado. Había que confiar en que la patrulla estuviera de paso y no se instalase en la zona para continuar la demolición de los edificios. Y así fue. Afortunadamente, pasaron junto a la entrada del búnker y continuaron hacia delante. Pero cuando el peligro parecía haberse disipado, Mordejai no tuvo tiempo de detener a un resistente que, como arrebatado por el demonio, salió en dirección a la patrulla sosteniendo en su mano un cóctel molotov.

—¡Malditos hijos de puta! —profería el poseído mientras se dirigía hacia ellos en alocada y errática carrera.

Los soldados lo abatieron rápidamente sin dar lugar a ser alcanzados por la bomba incendiaria y, de manera fulminante, se dirigieron hacia la entrada del búnker del cuartel general de la resistencia disparando a lo que, entendían, sería un grupo de judíos que se hallaban ocultos allí. Los refuerzos alemanes, al oír el estrépito, no se hicieron esperar.

—¡No os dejéis matar! ¡Vamos a por ellos! —Mordejai pretendía en vano inflamar los debilitados ánimos de los refugiados en el búnker.

Pero los nazis arrojaron artefactos explosivos dentro del sistema de galerías subterráneas e introdujeron tuberías que emanaban gases tóxicos procedentes de los tubos de escape de los camiones que pronto se apostaron en la entrada. El intento de defensa fue en vano. Los de la esvástica, protegidos por máscaras antigás, habían penetrado en el búnker y disparaban contra los judíos. Los disparos en aquel caos provenían de todos los sitios, con la mala fortuna de que no solo conseguían hacer blanco los procedentes de los fusiles Mauser alemanes, sino que los viejos subfusiles que manejaban los judíos, en medio de aquella confusión, también abatían involuntariamente a sus propios compañeros. Las llamas de los artefactos incendiarios empezaron pronto a hacerse notar. Lo angustioso de la situación hizo que muchos resistentes dirigieran sus armas contra sus seres queridos para, después, apuntar sobre sus propias cabezas.

—Nos vemos allí arriba, mi adorada Maria —se despidió Mordejai de su amada.

—Allí te espero, mi amor —respondió ella con lágrimas en los ojos.

Tras disparar sobre ella, se voló los sesos. Antes se habían besado con la pasión de dos combatientes judíos que lo habían dado todo.

9
Cloacas del Gueto de Varsovia. Mayo de 1943.

La oscuridad era casi absoluta. La luz proveniente de las rudimentarias antorchas solo daba para iluminar las claustrofóbicas paredes de ladrillo de las alcantarillas por las que se deslizaba el patético desfile de judíos. En algunos tramos de aquel endiablado trazado de galerías, los resistentes tenían que chapotear en la corriente de aguas fecales que solo alcanzaba sus pantorrillas, pero en otros trechos tenían que zambullirse hasta el cuello en el líquido apestoso al que ya habían empezado a acostumbrarse. Unos desagradables roedores se ofrecieron a acompañarles durante el camino y hasta se tomaron la confianza de atacar a algunos heridos que los atraían con su sangre. Marek abría la comitiva como guía y ayudaba a Aleksander a desplazarse. La cojera de este unida a su estado de *shock* le hacían difícil moverse por sí mismo. Solo al final del recorrido pudo Aleksander recuperar su autonomía apoyado en su muleta, aunque su mutismo y su mirada perdida eran patentes en él.

Las precauciones que debían adoptar los que huían les obligaban a desplazarse sin hacer ruido ni hablar entre ellos. Al llegar a los registros que se prodigaban por encima de sus cabezas debían apagar las antorchas para que los alemanes no detectasen su presencia. Sabían que si eran localizados por los nazis estos dirigirían sus lanzallamas contra ellos, les arrojarían bombas, inundarían la galería para ahogarlos o emplearían perros de presa para que los atacasen. La muerte era un elemento presente en las cloacas sin necesidad de la intervención de los alemanes; muchos de los resistentes caían abatidos por la falta de fuerzas y se abandonaban a sí mismos esperando morir en soledad y en la más absoluta oscuridad. Las ratas acelerarían el proceso. Todo era tan cruel que ni siquiera podían optar por dispararse una bala en la sien porque eso habría puesto en alerta al enemigo. En previsión de que esto no ocurriera, todo aquel que se quedaba atrás para encontrarse con la muerte era desposeído de su arma si la tenía.

—Si mis cálculos no me fallan tenemos que encontrar el desvío

hacia la calle Smocza para después doblar hacia la derecha en busca de la calle Gesia. Al final de la misma habremos alcanzado los límites exteriores del gueto —dijo Marek volviéndose hacia la patética fila de supervivientes. Mientras hablaba tenía que sostener con dificultad a Aleksander con su brazo izquierdo.

—Confiemos en que Icchak se haya anticipado a nuestros movimientos y esté esperándonos por aquí abajo para conducirnos hasta la salida en el lado ario —dijo Bobienski, que se encontraba hacia la mitad de la comitiva.

—Bueno, justo eso fue lo que acordamos junto a Mordejai: si el gueto era devastado y tuviésemos que huir por las alcantarillas, Icchak vendría a buscarnos a las cloacas desde el lado ario. Él ya debe de estar sobre aviso porque la ruina del barrio no le habrá pasado desapercibida —dijo Marek intentando infundir algún ánimo a los supervivientes.

—Espero que no se haya olvidado de lo planeado —respondió Iwanski.

—¡Silencio! —ordenó Marek secamente—. Parece que alguien se acerca desde el final de la galería. ¡Apagad las antorchas!

Bobienski e Iwanski indicaron con gestos a los integrantes de la comitiva que se apoyasen sobre el lado izquierdo del túnel para que su presencia pasase desapercibida. Así pudieron también descansar algo. Los heridos se dejaron caer al suelo llevados por la falta de energías. La luz que había empezado a ser cada vez más resplandeciente al final de la galería, justo enfrente de donde ellos se encontraban en penumbra, solo podía significar dos cosas: o una patrulla de las SS que se hubiera adentrado en las cloacas en busca de judíos que huyesen o la presencia de Icchak que hubiese bajado al rescate de los suyos. Finalmente no fue ninguna de estas dos posibilidades. Con el aliento contenido, el corazón desbocado y en total oscuridad, Marek, que se encontraba a la cabeza de la expedición, pudo oír su nombre proferido en un susurro.

—Marek… ¿estáis por aquí? —pudo oír con claridad. Aquella voz le resultó familiar.

—Rotem, ¿eres tú? —preguntó Marek en dirección a la luz de una antorcha que ahora era casi deslumbrante.

—Alabado sea Dios. ¡Por fin os encuentro! —exclamó Rotem el Topo acercándose a los supervivientes. Estos respiraron aliviados. Algunos de los heridos, ya moribundos, ni siquiera tenían fuerzas para celebrar el encuentro.

—¿Por qué no ha venido Icchak? —preguntó Marek abrazando a su compañero. Aleksander, recostado sobre el suelo, estaba volviendo en sí.

—Se ha quedado en el lado ario organizando vuestra salida. Yo

conozco mejor que él el alcantarillado de esta parte de la ciudad, por eso hemos decidido disponer así las cosas —respondió—. ¿Cuántos venís?

—Seremos algo más de noventa —respondió Marek—, pero algunos de nosotros no creo que lleguen al final de las galerías.

—Vaya, esas no son buenas noticias… Ahora debemos darnos prisa. No sabemos en qué momento los alemanes pueden tendernos una emboscada aquí abajo. ¿Cómo se encuentra Aleksander? ¿Podrá seguirnos? —preguntó Rotem el Topo al percatarse del estado en que este se encontraba.

—Ha sufrido un *shock* pero podrá acompañarnos sin problema. Más tarde te explicaré —respondió Marek.

—¡En marcha entonces! ¡No hay tiempo que perder!

Afortunadamente no tuvieron dudas a partir de ese momento y la expedición logró alcanzar su objetivo a primera hora de la mañana del día 9 de mayo. Su lento desplazamiento por aquel infecto submundo había hecho que la recua de resistentes que logró culminar el trayecto tardase algo más de ocho horas en cubrir un kilómetro y medio. Durante el mismo tuvieron oportunidad de oír el tumulto producido por la demolición de los edificios, los disparos efectuados contra los hebreos que los alemanes encontraban entre los escombros y el desplazamiento motorizado de los blindados. Eso les dio idea de que el fragor de la destrucción y la muerte no se había detenido durante la noche.

Cuando llegaron al final de la calle Gesia el tumulto había desaparecido. Supieron, por indicación de Rotem el Topo, que habían alcanzado la zona aria. Ya solo les restaba encontrar la salida de la alcantarilla en la calle Prosta. Estarían entonces, con suerte, a solo un paso de la libertad. Hasta allí habían llegado un total de ochenta y tres resistentes, exhaustos pero vivos. Tenían que lamentar la pérdida en los túneles de veintisiete de ellos. A estos había que sumar la muerte, casi segura, de Mordejai y Maria: cuando la noche anterior notaron que el desalojo de judíos por la alcantarilla se había interrumpido bruscamente y oyeron disparos y explosiones, supieron que el plan se había roto por la parte final de la fila. Solo podían confiar en que el comandante y cuantos les acompañaban hubieran podido sobrevivir; aunque esa posibilidad fuera remota.

Rotem, aupado por Marek, elevó sobre su cabeza la tapa de la alcantarilla de la calle Prosta que creía era la indicada. Con discreción pudo observar que aquella calle de la zona aria mantenía la actividad propia de un día cualquiera. El trasiego no era aún considerable, pero algunas personas ya iban de un lado para otro a esa hora de la mañana. No había por allí ningún soldado alemán. Lentamente desplazó la pesada tapa hacia un lado de la calzada y se elevó hasta

salir a la superficie. En un instante, como había esperado, pudo observar a Icchak, que miraba distraídamente un periódico con un pie apoyado en una farola en la esquina más próxima a la salida de la alcantarilla. Al ver a su compañero asomando por el registro de la misma, dobló el periódico e hizo una señal a alguien que se encontraba en una zona indeterminada de la intersección de la calle.

—¡Cuánta alegría me da verte de nuevo! ¿Cuántos vienen? — preguntó Icchak .

—Dios sea alabado. ¡Los hemos traído vivos! —profirió Rotem el Topo—. Creo que vienen poco más de ochenta supervivientes. Muchos han perecido.

—Es cuestión de minutos que lleguen hasta aquí dos camiones. No salgáis hasta que os dé la señal. Vuelve dentro y permanece atento.

El intercambio de palabras había sido, necesariamente, casi telegráfico. Rotem penetró de nuevo en la alcantarilla y explicó la situación a Marek. Este, a su vez, se dirigió a los resistentes. Algunos no tenían fuerzas siquiera para celebrar la noticia. El comandante maldijo la suerte de la triste procesión mientras subía los peldaños incrustados en la pared para vigilar la llegada del camión. No tuvo que esperar mucho, porque la segunda vez que levantó la pesada tapa vio cómo la parte trasera de un vehículo pesado, en la que se apostaban dos combatientes del AK, estaba frente a su nariz. A ese vehículo lo acompañaba otro, situado algo más adelante.

De manera escalonada los supervivientes, poco más que despojos humanos cubiertos de una mezcla de polvo, sangre, pólvora y detritus, fueron alcanzando la superficie. Algunos transeúntes observaban atónitos. A Aleksander, que ya se había recuperado de su aturdimiento y ayudaba a Marek y a Simha a hacer subir a sus compañeros desde la superficie, le llamó la atención un hombre de mediana edad que, al contemplar aquello, desanduvo el camino que llevaba y se dirigió hacia el final de la calle para doblar una esquina. Llevado por la sospecha, Aleksander no quitó ojo de aquella esquina y se dirigió lentamente hacia ella. Su mano derecha abrazó la culata de su subfusil confiando en que, a pesar de la humedad, aún pudiera prestarle un buen servicio. Tan rápido como su cojera le permitía, llegó justo a tiempo de contemplar cómo el sospechoso viandante volvía rápidamente hacia la zona donde estaban aparcados los camiones. Iba acompañado de dos miembros de la Policía Azul polaca.

—¡Alto! ¡Deténgase! —le ordenaron los dos policías, que ya armaban sus fusiles para disparar.

—¡Malditos seáis! ¡¡Iros al infierno!! —les gritó Aleksander.

Sus ansias de venganza y el odio acumulado en las últimas horas salieron por la boca de su arma dirigidos contra aquellos tres colaboracionistas, que cayeron abatidos de inmediato. Ante el

estruendo provocado por los disparos la calle se agitó y los transeúntes empezaron a dispersarse en alocada carrera. El riesgo que corrían los supervivientes hizo a los camiones arrancar. Los pocos judíos que quedaban por embarcar lo hicieron corriendo tras el último de ellos. A Aleksander le costaría algo más debido a su lesión. Corrió tanto como pudo ayudado por su muleta, pero Marek tuvo que salir fuera del camión para, apoyado en el estribo, tender la mano a su compañero. Finalmente este pudo subir al vehículo, que ya empezaba a alcanzar una cierta velocidad.

Antes de abandonar Varsovia aún tuvieron tiempo de ver desde lejos cómo los bomberos actuaban desde una zona lindante con el gueto. No se afanaban en apagar el fuego que abrasaba en ese instante a los judíos que allí quedaban, sino que intentaban que las llamas no alcanzasen la parte aria, para no perturbar la apacible vida de cuantos vivían en esa zona. Con gran dolor, Aleksander tomaba conciencia de que se alejaba de la ciudad que le vio nacer dejando allí a sus padres y a su esposa. Dorota, Jan y sus pequeños hacía tiempo que habían salido en forma de humo y cenizas por las chimeneas de los crematorios de Treblinka.

PARTE SEGUNDA

El bosque de Wyszkow.
El Alzamiento de Varsovia

10
Bosque de Wyszkow. Inmediaciones de Varsovia. Mayo de 1943-junio de 1944.

Los ochenta supervivientes del gueto habían alcanzado el bosque de Wyszkow en unas condiciones realmente difíciles: atenazados todavía por el miedo, exhaustos física y emocionalmente y elaborando aún el duelo por la pérdida reciente de sus seres queridos y de sus amigos.

—Ahora podemos descansar, pero pronto hemos de ponernos en marcha para adentrarnos en el bosque y encontrar el campamento de los partisanos —Marek se dirigía al grupo de supervivientes.

Desde que llegaron esa mañana a la orilla del bosque, la mayoría de ellos habían aprovechado para reposar sobre la hierba fresca.

—No debemos meterles tanta prisa, Marek. Están todos destrozados física y anímicamente y ahora que estamos más seguros deberíamos permitirles descansar, asearse y comer algo — Bobienski intercedía por los suyos buscando una respuesta favorable por parte de Marek.

—Está bien —Marek volvió a dirigirse al grupo cediendo ante Bobienski para mostrarse más indulgente—. Podéis descansar y comer cuanto podáis. Este bosque está lleno de frutos y bayas. No podemos ofrecer otra cosa en este restaurante, pero siempre será mejor que nada. Y también podéis quitaros la mugre de encima en los muchos arroyos que por aquí se pueden encontrar. Pero no podemos olvidar que los alemanes vienen de visita por aquí de vez en cuando. En cuanto empiece a oscurecer emprenderemos la marcha en busca del campamento de la resistencia que se encuentra en el interior de Wyszkow.

Durante el tiempo concedido los supervivientes pudieron alimentarse de lo que ofrecía el bosque; el agua, que corría fresca y limpia por los riachuelos de la zona, les ayudó a calmar su sed, a asearse y a limpiar las heridas de algunos. Aquel prístino discurrir del agua contrastaba vivamente con las corrientes fecales en las que hacía solo unas horas se habían tenido que sumergir. Ese mismo líquido cristalino les sirvió también para lavar sus ropas, y la hierba fresca del suelo les valió como un fabuloso colchón sobre el que descansar sus

baqueteados cuerpos. Aleksander, aún afectado por el *shock* en el que se sumió como consecuencia de la dramática muerte de Estanislava y de la tragedia familiar sufrida, se podía manejar, sin embargo, con mayor autonomía. Pero pareció entrar en una especie de letargo que se traducía en una clara apatía y una marcada inhibición que le conducían a mostrarse inexpresivo, como ausente. Tan solo era capaz de hablar con frases cortas o de asentir cuando Marek le hacía alguna indicación.

La tarde de ese primer día en el bosque empezaba a declinar y los pájaros comenzaron a producir una melodiosa sinfonía mientras se acurrucaban en sus nidos para pernoctar. Aquella sonora armonía resultaba bien diferente del ruido de las bombas que aún retumbaba en las cabezas de muchos de los resistentes. Había llegado el momento de ponerse en marcha.

—¡Nos vamos! —ordenó Marek a los suyos.

En aquel instante empezaron a encenderse las antorchas que habían ido fabricando con material del bosque. El número de ellas era muy limitado para evitar que su luz los delatase.

—¡Recogedlo todo! ¡No debe parecer que alguien ha estado aquí! ¡No podemos dejar pistas! —advirtió Iwanski, previniendo sobre la posibilidad de que los alemanes pudieran descubrirles en caso de que decidieran darse una vuelta por allí.

—¿Tardaremos mucho en encontrarlos? —preguntó Aleksander a Marek.

—Espero poder contactar con los partisanos en uno o dos días. Creo saber dónde se encuentran acampados. Avanzaremos de noche y descansaremos por el día.

—De acuerdo —dijo Aleksander lacónicamente para, a continuación, dirigirse hacia el final de la expedición. Ese sería el lugar que ocuparía. Prefería estar a solas con sus pensamientos, su dolor y sus recuerdos.

—¡En marcha! —ordenó Bobienski a una indicación de Marek.

La comitiva comenzó su caminata por el bosque valiéndose de la escasa iluminación que les procuraban las teas. Aquel deambular fue, eso sí, mucho más amable que el de las alcantarillas. Cuando empezó a despuntar el alba, ya cansados por la marcha nocturna, el grupo de supervivientes se detuvo bajo unos árboles que habían alfombrado de hojas el suelo. La hojarasca facilitaría una suerte de camuflaje que les ayudaría a pasar más desapercibidos. La noche había sido muy larga y la caminata se había hecho difícil para algunos de los caminantes, entre los que se encontraban personas de edad avanzada y niños que a duras penas podían aguantar el ritmo. Pero ahora tendrían toda la jornada por delante para descansar y comer algo, manteniendo siempre la prudencia y la vigilancia.

El día transcurrió con una desesperante calma. Algunos resistentes no veían el momento de continuar con la expedición para encontrarse con los partisanos. Hasta que eso no ocurriese, el futuro seguía siendo de algún modo incierto. Aleksander, por su parte, aprovechó aquella parada para reposar su cuerpo (su pierna izquierda le estaba dando algo la lata) y aquietar sus emociones y pensamientos. Mientras no dormía contemplaba el cielo azul a través de las ramas y recordaba con profunda tristeza a los seres queridos perdidos en el camino. Marek, que no quería que su amigo se viniese abajo, se acercaba de vez en cuando hasta él para cruzar algunas palabras: temía que pudiese albergar ideas suicidas, aunque Aleksander nunca había contemplado esta posibilidad. Había decidido vivir como forma de resistencia y de homenaje a los suyos.

De nuevo al anochecer se puso en marcha la comitiva. Marek, una vez más, estaba al frente. Creía conocer aquellos bosques de su época de cazador. Habían sido muchas las veces que había ido junto a su hermano en busca de faisanes, a veces permaneciendo en la espesura durante días. La procesión serpenteaba por el bosque trazando el camino que él marcaba. Cuando las primeras luces del alba volvieron a encenderse ese segundo día, alguien rompió el silencio.

—¡Por allí se ve humo! —dijo Iwanski sin elevar demasiado la voz y señalando hacia una humareda entre los árboles.

—¡Apagad las antorchas! Deben de ser los partisanos. Me acercaré para cerciorarme. Si oís disparos dispersaos de inmediato y poneos a cubierto —Marek se dirigía a los resistentes—. Estad prestos para desenfundar porque podrían también ser alemanes. Iwanski, acompáñame.

—Yo organizaré el grupo que se queda aquí. ¡Tened mucho cuidado! —dijo Bobienski.

Marek e Iwanski se alejaron con cautela. No podían delatar su presencia ante quienes habían encendido el fuego. Bobienski, por su parte, dio instrucciones a los expedicionarios para que se pusieran a cubierto ocultándose tras los árboles. Transcurrieron unos instantes sin que nada ocurriese. El humo de la fogata seguía elevándose hacia el cielo, que cada vez clareaba más con el amanecer. Al cabo de unos minutos y cuando la incertidumbre empezaba a hacerse insoportable, se oyó una voz —parecía la de Iwanski— que provenía de la dirección en que se habían marchado.

—¡Son ellos! ¡Los hemos encontrado! —decía.

El encuentro con los partisanos no fue precisamente una fiesta. Los escasos recursos de alimentación que a estos les ofrecía el bosque y la cantidad de refugiados que ya tenían a su cargo en el campamento hacían difícil asumir a un número mayor de personas a las que atender. Aunque por otro lado, y dado que la mayoría de los ochenta

recién llegados habían sido combatientes del gueto, aquello suponía una oportunidad inmejorable de engrosar las filas de los guerrilleros aportando un contingente que no vendría mal llegado el momento de enfrentarse a los nazis. El acopio de armas que poseían los resistentes del bosque les permitiría aumentar su potencia de fuego si estas eran distribuidas entre los judíos. De la bravura de los mismos ya conocían los partisanos porque algunos de estos habían penetrado en el gueto para luchar y luego habían regresado a lo intrincado del bosque para dar cuenta de la situación. Obviando las dificultades de alimentación y refugio, los jefes partisanos estimaron finalmente como positiva la llegada de Marek y los suyos, así que decidieron acogerlos.

***

—Han transcurrido ya tres días desde que salimos del infierno del gueto —decía Marek al tiempo que sostenía en su mano un manuscrito al que miraba de reojo con orgullo. En pie se dirigía a los que lo habían acompañado hasta el bosque, pero también a cuantos partisanos y refugiados (mujeres, niños y ancianos) se hallaban allí—. Atrás hemos dejado a muchos de nuestros amigos, camaradas y, sobre todo, familiares. Y si alguien nos inspiró, nos dio fuerzas y nos ofreció la oportunidad de preservar nuestra dignidad ese fue Mordejai quien, ahora lo sabemos, murió en el búnker junto a Maria —en ese momento la vista de Marek se elevó hasta el cielo, nublada por las lágrimas. Los partisanos que habían conseguido volver con vida del gueto después de ellos habían informado sobre la muerte del comandante y su novia—. Creo llegado el día de leeros una nota que Mordejai me dirigió manuscrita y que quería que os hiciera llegar a todos si él perecía. Dice así: «Nuestros combatientes han soportado condiciones realmente indescriptibles. Sin embargo han perseverado. No, más que perseverar, han triunfado por encima de estas condiciones y han luchado valientemente una y otra y otra vez… Tal vez no volvamos a encontrarnos pero lo principal es que el sueño de mi vida se ha hecho realidad. He vivido para presenciar la defensa del gueto judío en toda su grandeza y su gloria». Recordemos siempre con emoción a Mordejai y a todos los demás —continuó diciendo Marek—. Sigamos… sigamos luchando.

El silencio que se produjo tras la lectura fue atronador, solo interrumpido por el piar de los pájaros, que parecían celebrar a su manera las conmovedoras palabras que traducían honor, dignidad y orgullo. Muchos de los allí congregados lloraban abiertamente, otros empezaron a susurrar entre ellos que la lucha llegaría hasta el final.

Los demás escuchaban con la mirada perdida recordando a los suyos. Entre estos últimos se encontraba Aleksander.

***

Los meses transcurrieron lentamente. El grupo de resistentes del gueto se había integrado plenamente en las tareas de aprovisionamiento del campamento: las mujeres recogían los frutos que les ofrecía el bosque mientras que los hombres se dedicaban a colocar rudimentarias trampas que les hacían posible cazar animales de los que alimentarse. Nunca se permitieron utilizar sus armas de fuego porque ello habría supuesto una merma de munición necesaria para hacer frente a las incursiones de los alemanes en el bosque; además, las detonaciones habrían llamado su atención. El agua, afortunadamente, no faltaba. El grupo de partisanos estaba integrado por patriotas polacos que se habían refugiado en el bosque de Wyszkow, a las afueras de Varsovia, para organizar la resistencia armada a la ocupación alemana. Entre ellos se encontraban algunos judíos a los que se unieron los resistentes hebreos del gueto; pero el mayor número de efectivos, en torno a trescientos, eran polacos no judíos. La convivencia entre ellos era armónica porque, aunque hubiera credos, ideologías y rituales diferenciados, el objetivo común de abatir al nazismo los unía por encima de todo. Se preparaban para el día final en el que el pueblo polaco se alzaría contra
los alemanes.

El Armia Krajowa, Ejército Nacional fiel al gobierno constitucional polaco en el exilio londinense y que contaba con alrededor de trescientos mil efectivos en todo el país, fue el encargado de organizar todo lo necesario para alzarse en armas contra la ocupación alemana de Polonia. Esta organización, de marcado carácter católico, ya había ayudado a los judíos en los días del levantamiento del gueto y, de hecho, disponía de una sección llamada Zegota que se encargó de ayudarlos económicamente. La relación de los partisanos con el AK, dadas sus diferencias ideológicas, era meramente instrumental dado que compartían el objetivo común de expulsar a los nazis de su país. En este contexto se produciría la colaboración posterior cuando tocara plantar cara a los alemanes en agosto de 1944.

—¿Estás dispuesto a volver allí? —preguntó Marek a Aleksander una de esas tardes en que ambos paseaban por los alrededores del poblado a la busca de algún pequeño animal que aportar a la cocina comunitaria.

—¿Acaso lo dudas? ¿Crees que han pagado suficiente por los daños

que nos han infligido? Mientras quede uno de ellos con vida y yo disponga de fuerzas, todavía me quedará trabajo por hacer —respondió Aleksander con contundencia.

—Nunca dudé de tu valor, pero oírte hablar así me reafirma en que tienes un coraje único —le dijo Marek pasándole su brazo por el hombro.

—Tal vez sea eso lo único que me queda, el coraje. Lo demás se lo han llevado los alemanes. Pero estoy dispuesto a cobrárselo. Solo vivo esperando el momento para movilizarnos… porque tú también vendrás, ¿no? —preguntó Aleksander a su amigo confiando en que su respuesta fuera positiva.

—¿Ahora eres tú quien dudas? Somos judíos pero también somos polacos. No seré yo quien se eche para atrás. Cuando el Armia Krajowa decida que ha llegado el día me tendrán allí como un soldado más —Marek no era de los que se amilanaban fácilmente.

—Esta es nuestra tierra y Varsovia nuestra ciudad. Nunca permitiré que esos hijos de mil padres nos arrebaten lo que es nuestro. Bastante ha sufrido ya Polonia como para seguir permitiendo que arrastren nuestro honor por el barro —Aleksander empezaba a recuperar poco a poco el brío; el paso de los meses le había permitido volver a mostrarse como el soldado que era.

—Llevas razón, querido amigo, y si en algún lugar debiéramos derramar nuestra sangre ese sitio es Varsovia.

—La derramaremos por Varsovia, la derramaremos por Polonia, pero sobre todo la derramaremos por los que lo hicieron antes que nosotros honrando a esta tierra. No quisiera dejar pasar la vida sin haber estado a la altura de cuantos perdí en esta guerra —Aleksander se emocionaba al recordar a los suyos.

—Y en ello estaremos juntos, querido Aleksander. No te quepa duda.

Las conversaciones de Aleksander con Marek durante aquellos meses le ayudaron a recomponer su ánimo y a organizar sus ideas en torno a la manera en que podría ser más útil en el futuro en la lucha contra los asesinos de su familia. Su cojera había dejado de ser un obstáculo pues ya se había habituado a convivir con ella y se entendían como buenos amigos. Todos sus esfuerzos se dirigían ahora a mejorar sus dotes de lucha; se ejercitaba e intentaba ponerse en forma para estar en la mejor de las condiciones. De alguna manera empezaba a salir de su letargo y, ahora sí, comenzó a relacionarse con unos y otros. Ello le ayudó a ir saliendo poco a poco a la superficie de su sufrimiento. Aleksander y Marek consiguieron profundizar en una sincera amistad. El mutuo apoyo que se brindaban el uno al otro les resultó de extraordinaria utilidad para superar los días atroces del gueto, pero también para mirar al futuro con la fuerza y el valor que

necesitarían cuando llegara el momento de enfrentarse de nuevo a los nazis.

11
Bosque de Wyszkow. Inmediaciones de Varsovia. Julio de 1944.

—Era solo una patrulla… ¡pero han caído los cuatro! Ahora daremos parte en el campamento —informaban Iwanski y Bobienski a Marek aquella calurosa tarde de julio.

—¿Estabais los dos solos? —preguntó Marek.

—No nos ha hecho falta nadie más. La caza ha sido fructífera: nos hemos traído cuatro Mauser, cinco granadas, cuatro cascos y munición suficiente para armar los fusiles —respondió Iwanski blandiendo parte del botín.

—Te hubiera encantado ver cómo caían esos cerdos —dijo Bobienski dirigiéndose ahora a Aleksander.

—Os tengo dicho que no me dejéis atrás cuando salgáis a cazar — repuso este.

—Bueno, la verdad es que no íbamos «de caza». Andaban un poco despistados y han caído en nuestras redes —añadió Iwanski a modo de disculpa.

Las incursiones de los alemanes en el bosque eran más o menos frecuentes y, aunque estas revestían un peligro cierto, también constituían para la resistencia una oportunidad de ejercitarse en el «tiro al nazi» y de practicar sus tácticas de guerrilla. Algunas de estas prácticas las habían aprendido los partisanos de los soldados republicanos con los que algunos de ellos habían luchado en la guerra civil española como brigadistas. En esta ocasión les había tocado a Iwanski y Bobienski encontrarse con los nazis.

—Debemos andar con mucho cuidado. Aunque los alemanes no se adentran mucho más allá de los límites del camino, ya sabéis que a veces se envalentonan y se internan algo más en el bosque — advirtió Marek.

—Y es entonces cuando los encontramos nosotros —Bobienski e Iwanski rieron al unísono.

—De todos modos es conveniente mantener todas las precauciones. Aunque nosotros conozcamos mejor el terreno, ellos estarían

encantados de localizar nuestro poblado para entrar más tarde con toda su fuerza. No podemos delatarnos —Marek pensaba siempre como un estratega.

—Hemos de ser precavidos, aunque a esta hora los alemanes están más centrados en la completa destrucción del gueto y en la ejecución de cuantos encuentran con vida —dijo Aleksander con pesadumbre.

—Hay que honrar a nuestros «Robinson Crusoe». Parece mentira que esos «demonios judíos», como ellos los llaman, hayan sido capaces de sobrevivir entre los escombros todos estos meses
—Marek no podía dejar de mostrar su admiración por todos aquellos que, a pesar de lo inconcebible de su existencia en condiciones tan extremas, aún deambulaban de un lado a otro del gueto despistando y sorteando a los nazis.

—No deberíamos quejarnos. Ya quisieran ellos vivir en las condiciones que lo hacemos nosotros —intervino Aleksander.

—Lo cierto es que los nazis están bastante entretenidos porque, además de ocuparse del gueto, tienen que contener a los rusos que se encuentran al otro lado del Vístula, en el barrio de Praga
—Marek caminaba de un lado a otro en actitud pensativa—. Esos malditos bolcheviques podían poner un poco de su parte para entrar en la ciudad y partirle la cara al ejército alemán. Nos harían un favor, qué queréis que os diga.

—Al menos consiguen tenerlos ocupados en tareas de contención y eso hace que se olviden de nosotros —dijo Bobienski.

En la segunda mitad de julio de 1944 los soviéticos les estaban pisando los talones y ello obligaba a los alemanes a defender Varsovia y a no retroceder para perder terreno. Los bolcheviques esperaban pacientemente al otro lado del río, aunque los combates a las afueras de Varsovia no cesaban; en cualquier momento los soviéticos podían reactivar su maquinaria de guerra y pasar a la ofensiva dentro de la ciudad. Por esa razón los germanos debían permanecer vigilantes y no distraerse de su principal misión, así que no perderían el tiempo con los partisanos. El Ejército Nacional, por su parte, esperaba poder expulsar a los nazis de la ciudad y retomar el control de la capital como paso previo a la recuperación total del país. Para ello el mando polaco esperaba, en vano, ser ayudado por los rusos en esta empresa, aunque al final estos iban a decidir dejar que los soldados del Armia Krajowa mermaran las fuerzas del Tercer Reich para entrar luego en Varsovia a mesa puesta.

—Esta situación no puede durar mucho. Habrá que romper la tensión por algún sitio —opinó Iwanski.

—Según nos informan los correos que llegan hasta el poblado, el Armia Krajowa ya ha sido autorizado a decidir la fecha del alzamiento. Al parecer el propio comandante en jefe del Ejército

Nacional ha recibido un telegrama del gobierno polaco en el exilio —Marek informaba sobre las instrucciones que tenía el general de división, Tadeusz Komorowski, de iniciar de inmediato la insurrección de la ciudad de Varsovia.

—Siendo así es fácil pensar que pronto habrá movimiento — opinó Bobienski.

La espera para entrar de nuevo en combate se estaba haciendo demasiado tensa, larga e incierta.

***

—No va a ser fácil convencerlos —Marek hablaba a sus compañeros, que aquella misma noche estaban sentados al calor de una fogata. Aunque el mes de julio era caluroso por las mañanas, la llegada de la noche podía refrescar bastante el bosque.

—No entiendo por qué el Armia Krajowa se muestra tan reticente a incluirnos en sus filas —Aleksander se mostraba muy contrariado.

—Según el AK los alemanes tienen un fino olfato para detectar judíos y creen que por ello pueden ver comprometido el alzamiento. No obstante confío en poder convencer mañana al capitán Stanislaw Stefanski. Él se ocupará del barrio de Wola y, según me han dicho, puede ser fácil doblegarlo y hacerlo desistir de la idea de no dejarnos participar —informó Marek—. Tú vendrás conmigo, Aleksander. Dado que eres de ese barrio podrás hacerle ver la utilidad de tenernos allí. Salimos al anochecer para poder entrar en Varsovia con las primeras luces del alba.

—Cuenta conmigo —respondió de inmediato Aleksander.

Aquella noche volvió a entonarse aquella canción en el bosque de Wyszkow. Raro era el día en que no se cantaba:

El primero de septiembre
de ese año memorable
el enemigo invadió Polonia
por el cielo alto, execrable.
No hubo otra más castigada
que nuestra capital;
ay, Varsovia, pobre ciudad
de hambre y de hospital.
Antes eras encantadora, grande y hermosa,
ahora solo queda de ti
una montaña de cosas.

Los resistentes se reafirmaban cantando en la necesidad de hacer justicia y se inflamaban con el valor necesario para unirse a la batalla

que pronto se iba a librar. A Aleksander le conmovía la melodía porque veía en la devastación de la ciudad un trasunto de la destrucción de su familia y de su propia existencia tal y como había sido hasta entonces. El ansia de venganza, o más bien el ansia de justicia, tenía en él una fuerza inusitada.

12
Varsovia.
Agosto de 1944.

La fecha que finalmente se decidió para el alzamiento de Varsovia contra los alemanes era la del 1 de agosto. La hora, denominada «W», las 17:00. Aquel día Aleksander, Marek y todos los suyos ya se encontraban dispuestos para la lucha. Habían entrado en la ciudad de forma clandestina un día antes. Los partisanos se habían distribuido en las diferentes partes de la ciudad: unos en el centro, otros en la ciudad vieja y Aleksander, Marek y otros tantos en el barrio de Wola. Estos habían conseguido finalmente convencer al Armia Krajowa para que muchos de los sobrevivientes judíos del gueto fueran aceptados como combatientes junto a los efectivos del Ejército Nacional (aunque no integrados en el mismo). En esta decisión, adoptada por los mandos del Ejército Patriótico (que se encontraban instalados en la fábrica de muebles Szczerbinski i Kramler del barrio de Muranow), pesó mucho la admiración que los patriotas polacos sentían por ellos y su gesta, aunque esto nunca se lo dijeran. De este modo Aleksander y Marek se incrustaron junto a los combatientes del AK en el distrito de Wola, destino este que fue forzado por Aleksander por haber sido aquel su barrio, el lugar del que fue expulsado y donde habían quedado enterrados los recuerdos de su familia y los de Estanislava. La vuelta a Varsovia después de tantos meses se hizo dura para Aleksander, pero más difícil aún le resultó volver a pisar el entramado urbano en el que se había desarrollado su vida antes de la catástrofe. Marek estuvo a su lado en todo momento.

—Creo que le has dado al capitán Stefanski motivos sobrados para no arrepentirse de contar con nosotros —Marek no podía evitar mostrarse orgulloso de su amigo.

—Bueno, nadie conoce este barrio y sus rincones mejor que yo. El distrito de Wola ofrece muchas posibilidades a la hora de almacenar clandestinamente las armas. Pero, claro, hay que saber dónde se encuentran esas oportunidades —Aleksander tampoco quiso perder la ocasión de mostrar su propio orgullo.

—¿Me equivoco mucho o has evitado deliberadamente utilizar tu

antigua serrería y la sastrería de la familia de Estanislava para esconder el armamento? —preguntó Marek casi anticipando la respuesta de su amigo.

—Espero que lo entiendas, Marek. No sería fácil para mí volver allí y remover tantos recuerdos. Aunque los nazis han abandonado esos lugares y se trata de buenos escondites, me costaría mucho afrontar la situación —Aleksander casi parecía disculparse y mostraba un cierto pudor.

—No tienes que disculparte, me pongo en tu lugar. Además, las huertas y jardines Ulrich son una buena elección. Los distritos Primero y Tercero del AK «Wola» tendrán allí el armamento a mano cuando lo necesiten. Has elegido un buen escondite. Y el resto de lugares escogidos, por cierto, tampoco están mal —respondió Marek condescendiente.

Pero los vaticinios de Marek resultaron fatalmente equivocados: fue precisamente en las huertas y jardines Ulrich donde, un día antes de la fecha fijada para el alzamiento, estacionaron los tanques alemanes de la división Hermann Göring. Las armas que allí se encontraban secretamente almacenadas para ser utilizadas por el Primer y Tercer distrito AK «Wola» quedaron bloqueadas; cerca de mil quinientos soldados del AK quedaron sin armamento. Pero al menos quedaban otros muchos escondites que sí iban a estar disponibles para los alzados. Ello supuso, no obstante, un importante contratiempo no solo para el AK sino para el propio Aleksander, que vio en ello un mal presagio. Esta circunstancia le hizo sentir culpable por haber elegido aquel lugar sin haber previsto que los blindados nazis encontrarían allí un sitio ideal para posicionarse.

—No debe usted culparse —le decía el capitán Stefanski aquella jornada aciaga a Aleksander. Aunque se mostraba comprensivo, su tono no era demasiado amigable—. Era difícil prever que los blindados fueran a parar allí. Nosotros tampoco lo supimos anticipar.

—Lo lamento profundamente. No solo somos menos efectivos sino que ahora tendremos que enfrentarnos a ellos con menor potencia de fuego —Aleksander se mostraba realmente apesadumbrado.

—Ya has oído al capitán: tampoco el AK habría sido capaz de evitar el contratiempo. Ahora solo queda hacer uso del resto del arsenal y confiar en que podamos salir airosos. ¡Mi capitán, estamos a sus órdenes —Marek consiguió aplacar en algo el maltrecho ánimo de su amigo.

—Pues vuelvan a sus puestos y queden a la espera de instrucciones —el capitán zanjó la conversación.

—¡A sus órdenes! —profirieron al unísono los dos judíos mientras saludaban con la mano extendida perpendicularmente sobre la sien.

—No volveré a recordarles que ese saludo no deben utilizarlo:

ustedes no son soldados del Ejército Nacional —Stefanski mostraba de este modo su lado más áspero—. Eso sí, esperamos lo mejor de ustedes.

—No lo dude, capitán —respondió Marek, al tiempo que inclinaba su cabeza como gesto de disculpa.

—Una última cosa. Aunque formalmente no sean soldados del AK, no dejen de ponerse esto —el capitán les lanzó dos brazaletes con los colores rojo y blanco y las iniciales «AK» del Armia Krajowa. No quería que olvidaran al lado de quiénes iban a luchar.

Una vez más Aleksander y Marek tenían que hacer frente a los nazis en inferioridad de condiciones, si bien esta vez la insurrección sería generalizada en toda Varsovia y contaría con una mejor coordinación y una mayor cantidad de armamento. Para enfrentarse a la situación Aleksander aún conservaba el subfusil con el que se defendió en el levantamiento del gueto, solo que ahora, gracias a los mayores recursos del AK, había podido engrasar su mecanismo y sustituir algunas piezas que se encontraban deterioradas. Además, la munición no sería tan escasa como en la ocasión anterior, aunque, eso sí, no podía malgastarla. Antes de las cinco de la tarde de aquel 1 de agosto de 1944 (y sobre todo desde el día anterior) ya se habían producido algunas escaramuzas entre polacos y alemanes, como tiroteos y toma de cautivos germanos, lo que puso sobre aviso a estos. Pero el auténtico
zafarrancho empezaría a partir de la hora «W», letra con la que fue designada aquella en la que todo se desataría.

13
Varsovia.
Agosto de 1944.
Inicio del alzamiento de la ciudad.

La noche del 1 al 2 de agosto Aleksander y Marek habían coordinado la construcción de varias barricadas que cerraban el paso hacia la entrada en la ciudad. Para este fin los habitantes de la zona colaboraron en el apilamiento de tranvías, coches, sacos de arena, adoquines, muebles y tierra de las zanjas que se excavaban para obstaculizar el paso de los tanques. Pero la determinación de los regimientos alemanes de Heinz Reinefarth y del despiadado Oskar Dirlewanger en aplastar la insurrección hizo que los nazis aniquilasen a cuantos lugareños eran capturados. Habían tomado al pie de la letra la orden de Hitler de asesinar a todo polaco que tuvieran a tiro. Y no eran pocos.

—¡Malditos sean! ¡Los utilizan como escudos humanos! — Aleksander no podía contener la rabia al ver cómo los alemanes hacían caminar a ancianos, mujeres y niños delante de los tanques que penetraban con dificultad por la zona.

—¡Esa gentuza ni siquiera respeta el trato debido a los prisioneros de guerra! —dijo Iwanski elevando la voz sobre el ruido de los disparos y las bombas.

—¡Pero es que esas personas ni siquiera deberían ser considerados prisioneros de guerra! ¡Son civiles, en el nombre de Dios! — Aleksander era incapaz de calmar su indignación pero poco podía hacer, porque dirigir sus balas contra los SS que custodiaban aquellos escudos humanos hubiera sido sumamente peligroso para sus compatriotas.

—¡En la calle Wola están cayendo como moscas! —Marek acababa de llegar hasta la posición de Aleksander e Iwanski, lanzándose al foso para guarecerse. Venía cubierto de una capa de polvo y tizne que lo hacía casi irreconocible. Tenía que elevar su voz para hacerse escuchar debido al fragor del combate—. ¡Es una auténtica matanza!

—¡Ese carnicero de Dirlewanger ha dado órdenes de ejecutar a todos! ¡No tienen escrúpulo alguno para disparar sobre los viejos, las

mujeres y los niños, o para reducir a cenizas sus hogares! —Bobienski se había incorporado a aquella conversación a voces justo después de la llegada de Marek a la trinchera donde se empezaban a reunir los resistentes judíos.

—¡Tenemos que cambiar la posición! —propuso Aleksander—. ¡Aquí no podemos hacer nada para ayudar a esos pobres desgraciados que andan delante de los blindados! ¡Y esta trinchera dejará pronto de ser segura!

El fuego, la sangre, el humo, los escombros…, el caos y la destrucción, fueron los elementos que ya se habían adueñado de las calles del barrio sin que los combatientes tuvieran posibilidad alguna de proseguir con éxito.

—¡Parece que las cosas en Śródmieście están mejor! ¡Propongo ir hacia allí! —Bobienski se hacía eco de ciertas informaciones que aseguraban que en aquella zona se estaba ofreciendo una gran resistencia y hasta se había conseguido la retirada de los alemanes.

—Vayamos entonces. ¡Rápido! —dijo Marek dirigiéndose a la decena de resistentes que se encontraban protegidos por la zanja.

—Conozco un camino seguro. ¡Seguidme! —Aleksander quiso hacer valer el conocimiento que tenía de la zona.

Justo en el momento en que abandonaban el foso que les protegía, una granada fue a hacer blanco sobre el mismo haciendo saltar por los aires a tres resistentes que aún no habían salido de allí. Sin tiempo para lamentarse, Aleksander, quien se batía en retirada junto a sus compañeros, no dejaba de disparar hacia los soldados nazis abriéndose paso por los escombros en busca del camino de salida de aquel infierno. Mientras lo hacía pudo contemplar con horror la ejecución de cientos de polacos que iban siendo sacados de sus casas, de los sótanos o de cuantos lugares habían servido de protección para los ahora inermes ciudadanos. Marek, que permanecía junto a Aleksander, miraba a su amigo con cara de preocupación creciente al tiempo que vaciaba su cargador en dirección a los alemanes. Aquellas ráfagas, fruto de la rabia, carecían de la precisión necesaria para abatir al enemigo; la mayoría no encontraban destinatario alguno. Los alemanes, divididos en tres grupos, estaban progresando a sangre y fuego a lo largo de las calles Wolska y Górczewska. El barrio de Wola, donde Aleksander había nacido y donde había vivido hasta hacía solo cuatro años, estaba siendo arrasado como lo estaba siendo su gente. Como castillos de naipes se veían caer uno tras otro los edificios de aquellas calles. Algunas de esas vías, de hecho, tenían que ser intuidas porque el trazado de las mismas, lleno de escombros, resultaba irreconocible.

—¡Ya llegamos! —dijo Aleksander. El ruido de las balas silbando, el estrépito de las bombas detonando y el estruendo de los edificios al

caer sonaban ahora lejanos—. Una vez hayamos atravesado esos jardines deberíamos contactar con algún distrito del AK en la zona. ¿Cuántos venimos?

—No más de diez. Algunos han caído por el camino —respondió Marek tras hacer un rápido recuento de los que habían llegado hasta Śródmieście. Ahora se hallaban refugiados en un viejo almacén que aún permanecía intacto.

—Prosigamos hasta la zona vieja. Allí encontraremos a los nuestros —sugirió Aleksander.

La expedición se volvió a poner en marcha con el recuerdo reciente de los miles de cuerpos apilados entre los escombros y las ejecuciones masivas y sin piedad. Esas imágenes espoleaban en Aleksander el ánimo por sobrevivir: sobrevivir para no dar el gusto a aquellos hijos de puta de poder voltear con las botas su cadáver para reconocer su rostro, sobrevivir para poder vengarse, sobrevivir para contarlo algún día al mundo.

—¡Allí! ¡Hay una bandera polaca! —gritó Iwanski al detectar la enseña que discretamente pendía de un mástil instalado precariamente entre unos escombros.

—¡Por fin los hemos encontrado! —dijo Aleksander aliviado al contemplar la bandera.

Las fuerzas del Armia Krajowa se distribuían por toda la zona y habían conseguido, en efecto, mantener a raya a los alemanes en aquel distrito. Aleksander, Marek, Iwanski y Bobienski, junto al resto de sobrevivientes que habían llegado con ellos, se unieron a los efectivos del Ejército Nacional que allí combatían. Junto a ellos lograron defender sus posiciones, pero el 7 de agosto tuvieron noticia de que los nazis habían recibido el apoyo de los blindados para partir el barrio de Wola en dos y llegar hasta la plaza Bankowy.

—La masacre allí ha sido terrible —informaba el capitán Stefanski —. Han caído no menos de sesenta mil civiles. ¡Nunca olvidaremos lo que nos están haciendo esos hijos del demonio!

—¿Existe alguna posibilidad de recuperar el barrio? —preguntó Marek sin demasiado entusiasmo. Era la primera vez que Aleksander veía a su amigo tan desmoralizado.

—Ninguna. Ir allí sería un suicidio seguro —respondió el capitán cabizbajo.

—¡Pero en algún lugar podremos ser de utilidad! —Aleksander se resistía a bajar los brazos y dar la batalla por perdida.

—Bueno… aún mantenemos a raya a los nazis en los barrios de Mokotów, Zoliborz, Czerniaków, Powisle y la mayor parte de Śródmieście, aunque esta última posición pronto dejará de ser segura —respondió Stefanski.

—¿Y qué hay de los aliados? ¿No iban a lanzarnos víveres y armas

con los paracaídas? —preguntó Marek esperanzado.

—La mayoría de los paracaídas han aterrizado en territorio dominado por los alemanes. Ahora son ellos los que disfrutan de ellas. ¡Malditos sean unos y otros! —respondió el capitán, enfurecido.

—¿Y los rusos? ¿No piensan atacar desde el barrio de Praga? Eso nos sería de gran ayuda —intervino Aleksander. Stefanski se volvió hacia él.

—Esos malditos bolcheviques solo velan por sus intereses y están esperando a que nosotros desgastemos a los alemanes para atacarlos ellos más tarde, a placer. Tampoco podemos contar con esos rusos malnacidos. Mucho me temo que estamos solos —respondió el capitán.

—¡Pues adelante! ¡Vayamos a por ellos! ¡Terminemos con esto de una vez por todas! —Aleksander dejaba salir toda su rabia y arengaba de aquel modo a los que se había reunido en torno al capitán para recibir noticias.

—¡Le recuerdo, soldado, que aún soy yo quien da las órdenes! ¡No quiero volver a oírle ninguna opinión! —a pesar de lo desesperado de la situación el capitán no iba a permitir la más mínima insubordinación.

—Le pido disculpas en nombre de mi compañero. Debe entender que los ánimos están muy alterados —intermedió Marek.
Aleksander se había alejado, entre avergonzado y furioso.

—¡Pues recuérdele a su amigo que soy yo quien está al mando! ¡Y dígale también que de no ser por su falta de previsión al esconder las armas en los jardines Ulrich tal vez ahora estaríamos en una situación infinitamente mejor! —Stefanski había olvidado la condescendencia que tuvo con Aleksander hacía pocos días y dejaba salir ahora el reproche.

Pero no hubo lugar para extender la conversación. Entonces, como si todos los truenos y relámpagos se concentraran en el edificio donde se encontraban los miembros del AK, la construcción se vino abajo entre fuego, humo y cascotes. Un obús alemán había alcanzado de lleno la casa dejando sepultados a varios miembros de los insurrectos, entre ellos el capitán Stefanski. Marek pudo librarse de milagro y Aleksander salvó el pellejo porque instantes antes había salido a la calle para atemperar sus ánimos. El estruendo dejó a ambos aturdidos unos momentos, hasta que por fin pudieron reaccionar.

—¿Puedes ver algo? —preguntó Marek a su amigo, intentando disipar la humareda con sus brazos.

—Solo veo algunos cadáveres entre los cascotes. ¡No consigo ver a Iwanski ni a Bobienski! —respondió Aleksander agitado.

Solo unos pocos supervivientes consiguieron salir ensangrentados de entre las ruinas, pero entre ellos no estaban sus amigos judíos.

Situar aquella bandera polaca en la entrada de la casa no había sido buena idea.

—Tenemos que salir de aquí rápidamente. Esos malditos nazis nos han localizado —dijo Marek—. Si Iwanski y Bobienski han conseguido sobrevivir encontrarán el modo de salir de aquí.

—¡No me iré sin ellos, Marek! ¡Ya he perdido a bastantes personas! —Aleksander se mostraba imprudente con esa actitud.

—¡Te vienes ahora mismo, ya te he dicho que…! —una ráfaga de metralleta proveniente de los alemanes zanjó la discusión y obligó a los dos judíos a salir corriendo en busca de refugio. Mientras huían descargaban sus armas contra el enemigo disparando al azar.

—¡De acuerdo! ¡Nos vamos de aquí! —acertó a decir Aleksander a su amigo sin dejar de correr a su lado.

A solo dos manzanas Marek y Aleksander consiguieron encontrar refugio en un edificio que aún no había sido atacado. A ellos se le habían unido algunos miembros del AK que aún permanecían con vida tras la explosión y las ráfagas de ametralladora. Todos se encontraban aún afectados por la deflagración y mostraban un aspecto deplorable. Ante la inminente caída del barrio de Śródmieście, y dado que los nazis les pisaban los talones, los dos judíos, erigidos ahora en mandos de la expedición, decidieron ir hacia el barrio de Mokotów donde podrían unirse a otras unidades del AK para seguir plantando batalla.

—Solo hay un problema —dijo Marek dirigiéndose al grupo de resistentes—. Para llegar hasta Mokotów tendremos que desplazarnos por las cloacas. No hay otra manera, los nazis están por todas partes.

El murmullo que se produjo entre los alzados se resolvió cuando uno de ellos intervino:

—No nos importa, Marek. Os seguiremos adonde vayáis.

—De acuerdo, entonces tenéis que saberlo: los nazis vigilan las alcantarillas de la ciudad y acostumbran a lanzar granadas a su interior cuando detectan algún movimiento. Otras veces cuelgan explosivos en su interior que detonan al contacto. No he de deciros que el riesgo es enorme y que, por tanto, deberemos tener mucho cuidado —Marek fue muy claro: la empresa era harto difícil pero constituía la única manera de salir de aquel infierno y alcanzar una zona más o menos segura desde la que seguir combatiendo.

—Si no hay otra salida lo haremos como digáis —respondió quien se había erigido en portavoz de los alzados.

—De acuerdo. Nos pondremos en marcha en un par de horas. Es mejor esperar a que anochezca —resolvió Marek para, a continuación, dirigirse a su amigo con gesto serio—. Otra vez hemos de bajar allí.

—Como si fuera nuestro sino, Marek. De nuevo nos tenemos que ver bajo tierra. Pero si es lo que hay que hacer para poder seguir matando a esos malnacidos, lo haremos —respondió

Aleksander con el convencimiento y arrojo que le permitían sus últimas fuerzas.

Guiados por los dos valientes judíos, el pelotón de la resistencia, no más de veinte combatientes, empezó a bajar por las alcantarillas con la agilidad precisa para no ser alcanzados por los soldados de las SS que ya les estaban pisando los talones. El entramado de túneles, con sus innumerables riesgos, se presentaba de nuevo ante ellos. Esta vez Marek no conocía bien el camino, y la mayoría de efectivos que componían aquella comitiva nunca había descendido al infierno de las cloacas. La situación era desesperada, aunque el empuje de aquel puñado de valientes la encararía con pundonor. Pero Iwanski y Bobienski ya no les acompañaban. Marek y Aleksander, en silencio para no delatarse uno a otro, habían comenzado a pronunciar un *kadish* en su memoria.

14
Varsovia.
Agosto-octubre de 1944.
Alzamiento de la ciudad.

Durante los meses de agosto y septiembre de 1944 la división en la que se incrustaron Marek y Aleksander combatió en Mokotów. Aunque los dos judíos habían sido aceptados como unos efectivos más, sin llegar a formar parte del AK, lo cierto es que su destreza en la lucha, el conocimiento del terreno y sus dotes de mando hicieron que se erigieran en líderes de un grupo de combatientes que luchaba en la zona. El brazalete blanco y rojo del Armia Krajowa que llevaban prendido en el brazo contribuía aún más a reforzar su autoridad. Ese distintivo, sin él saberlo entonces, sería más tarde el salvoconducto de Aleksander hacia la vida.

—¿Sabías que Wola fue en el medievo una vasta extensión donde los nobles eligieron durante siglos a los reyes polacos? — Aleksander hablaba con su amigo en un receso de la batalla. Los dos descansaban sus castigados cuerpos en el suelo del búnker que ocupaban en el barrio de Mokotów.

—Pues todo está reducido ahora a cenizas… —fue todo lo que acertó a decir Marek.

—Cuando era pequeño mis padres me contaban historias de nobleza y monarquía, de héroes y personajes legendarios que hacía siglos se paseaban por nuestras calles. Siempre me gustaba alardear de ello cuando íbamos a otros barrios de la ciudad. Y fíjate ahora… — Aleksander, mirando fijamente a una pared, decía aquello con una pena infinita que apenas le dejaba hablar.

—Debes sentirte humillado, querido amigo, pero no menos de lo que nos sentimos los demás. Y por eso hemos de hacérselas pagar — dijo Marek sin demasiado entusiasmo.

—¿Crees de verdad que estamos en condiciones de poder decir eso? —Aleksander hacía días que había empezado a perder la fe en la victoria.

—Si he de serte sincero, cada vez lo creo menos, querido amigo.

Pero antes de abandonar la esperanza, el judío de la calle

Górczewska había hecho frente a las unidades de las SS con valentía y coraje. No obstante su cojera y las condiciones deplorables de alimentación a las que estaba sometido, Aleksander había combatido fieramente aquellos días liderando cada actuación, incluso cuando las fuerzas no asistían ya a sus compañeros. Muchos de ellos fueron cayendo en las diferentes acciones de guerrilla que protagonizaron. Y no fueron pocas las veces que él mismo vio la muerte de cerca en forma de granadas que explotaban a su paso o de balas que eran esquivadas en el último segundo antes de impactar con su cuerpo. Pero su ánimo, guiado por el ansia de justicia que inflamaba su espíritu, pudo sobreponerse a todas las dificultades y salió airoso de situaciones complicadas. Aunque eso no podía mantenerse por más tiempo.

—Mucho me temo que esto toca a su fin —dijo Aleksander con semblante sombrío.

—Nunca pensé que tendría que llegar a aceptar algo así, pero sería suicida intentar seguir adelante. Solo conseguiríamos darles a los alemanes el placer de liquidarnos como a conejos —convino Marek.

La conversación discurría entre el ruido de fondo de ametralladoras liquidando la última resistencia de Mokotów, los estruendos de los edificios que caían y el crepitar de los incendios que iban consumiendo lo poco que ya iba quedando de Varsovia.

—Se dice que han sido miles y miles las bajas sufridas por el AK, y otros tantos los heridos los que han sido hecho prisioneros —apuntó Aleksander.

—Y muchísimos más los ciudadanos de Varsovia que han entregado su vida, sin contar con los setecientos mil que han sido llevados a los campos. Como si ellos tuvieran la culpa de algo. Solo espero que esos malditos muestren algo de la poca humanidad que aún les quede y respeten nuestras vidas —dijo Marek haciéndose eco de las informaciones que habían llegado hasta el búnker.

—Parece que han empezado a tratar a los combatientes apresados como prisioneros de guerra. Ahora ya no nos liquidan — apuntó Aleksander intentando arrojar alguna esperanza en relación a su futuro inmediato.

—No sé qué es peor, si morir en un instante o hacerlo lentamente bajo el destino que esos hijos de puta hayan elegido para nosotros en los campos —de un plumazo Marek diluyó cualquier atisbo de esperanza—. ¿O acaso crees que los sanguinarios Dirlewanger o Reinefarth serán capaces de mostrar algo remotamente parecido a la piedad? ¿Crees que llaman a este último «el Carnicero de Wola» por capricho? ¡Han borrado a Varsovia del mapa! ¡Igual que nos borrarán a nosotros de la faz de la tierra! ¡Será hoy, mañana o dentro de unos días, pero seguro que lo harán!

—Hace un instante decías que confiabas en que aún pudiesen mostrar alguna compasión con nosotros —le reprochó Aleksander.

—¡Pues ya ves! ¡He cambiado de opinión! —respondió Marek.

Aleksander miraba con gesto compungido cómo Marek anudaba un trapo blanco a un palo astillado. Este gesto, pensó, era el motivo por el que su amigo se mostraba tan pesimista y enfurecido con el destino. Aleksander, sin embargo, aún confiaba en que alguien desde el más allá le echaría una mano.

—Bastante has sacrificado tú ya en esta guerra —le dijo a Aleksander con ojos de infinita tristeza que ya empezaban a dejar correr algunas lágrimas—. Seré yo quien salga ahí afuera para ofrecer nuestra rendición.

—Un final bastante poco épico el nuestro —respondió socarronamente intentando contrarrestar gravedad al gesto de su amigo y hacerle más fácil aquel maldito trance.

—Nadie, nunca, nos podrá negar que hicimos cuanto estuvo en nuestra mano —dijo Marek—. Entregarse ahora supone renunciar a la lucha por el momento. Ahora toca resistir. Resistir para poder contar al mundo lo que hicieron estos desalmados y, quién sabe, para poder hacer justicia algún día. Esa será a partir de ahora nuestra lucha. Ha sido un honor compartir contigo todo esto. Tú has sido un ejemplo para todos, querido Aleksander —en ese momento se levantó para fundirse con su amigo en un abrazo. Tal vez las fuerzas que les quedaban daban para poco más que eso.

Aquel día el calendario informaba, a quien quisiera saberlo, que era un domingo 2 de octubre de 1944.

PARTE TERCERA

Los campos. El destino

15
Campo de tránsito de Pruszków–Campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. Octubre de 1944.

Tras la rendición de los últimos combatientes del Armia Krajowa estos habían sido agrupados en la iglesia de San Adalberto, que aún permanecía erguida en el barrio de Wola. Desde allí fueron conducidos a una estación ferroviaria situada en la zona oeste de Varsovia, lugar desde el que partirían para Pruszków a primera hora de la mañana del 3 de octubre de 1944.

La última vez que Aleksander vio a Marek este portaba la bandera blanca mientras salía de las ruinas del edificio donde se habían refugiado antes de entregarse. Aleksander pudo ver desde el escondrijo cómo su amigo era subido a un camión a golpe de culatazos de los Mauser alemanes. Entonces tuvo la impresión de que sería la última vez que lo vería. Y no se equivocaba. Él salió en último lugar, con los brazos en alto, exhibiendo el brazalete del AK, lo que le sirvió para hacerse pasar por polaco ario y evitar así ser tomado por judío. Esta última condición habría dado con sus huesos en cualquiera de las cuatro cámaras de gas de Birkenau.

—*Schnell, Schnell!* —comenzó a proferir uno de los SS, apremiando a Aleksander a subir al vagón de carga que se encontraba parado en la estación.

—¡Quita tus sucias manos de encima, maldito cabrón! —fue la respuesta que dirigió al soldado en polaco. Aleksander, a pesar de todo, accedió a trompicones al tren, donde ya se encontraban algunos prisioneros polacos.

—Eres muy audaz. Te podían haber pegado un tiro ahí mismo —le espetó un soldado del AK que ya ocupaba un lugar en el suelo del convoy. Su aspecto, envejecido por la lucha, no se correspondía con la juventud del muchacho—. Me llamo Cyryl. He combatido en Zoliborz hasta nuestra rendición. Te puedes sentar aquí si quieres.

—Esos cerdos no merecen más que mi desprecio. ¡No tolero que me toquen siquiera! —respondió Aleksander, ofuscado.

—Aún no me has dicho tu nombre —le recriminó Cyryl.

—Aleksander, me llamo Aleksander —respondió el judío según se sentaba—. Me he rendido junto a mis compañeros en Mokotów. ¿Sabes adónde nos llevan?

—Según parece nos dirigimos a Pruszków. Mi alemán no es demasiado bueno, pero me ha dado para preguntarle a uno de esos SS. Me ha parecido entender que es allí a donde vamos.

—¿Pruszków? ¿Qué demonios es eso? —preguntó Aleksander inquieto.

—Veo que no estás muy familiarizado con el mundo ferroviario. Se trata de unos talleres de reparaciones de ferrocarriles que funcionaban hasta que empezó la guerra. No se encuentran muy lejos de Varsovia, a tan solo unos pocos kilómetros de aquí —le respondió Cyryl.

—¿Nos van a poner a arreglar trenes? —preguntó Aleksander socarrón.

—Bueno, ese no sería un mal destino, y además cerca de casa. Pero mucho me temo que no. Creo que han debido convertir Pruszków en una especie de campo de tránsito para prisioneros. Estoy seguro de que nos tendrán allí unos días para luego llevarnos a campos definitivos —Cyryl parecía estar bien informado.

—«… Aunque con esta gente nunca se sabe», te ha faltado decir… ¿Conoces a Marek Edelman? —preguntó Aleksander.

—No, nunca he oído hablar de él. ¿Es un compañero?

—Más que un compañero es casi un hermano. Ha combatido conmigo hasta última hora y ha sido él quien ha debido humillarse ondeando la bandera blanca. Te preguntaba por si lo habías visto, me gustaría no perder el contacto con él —Aleksander albergaba el temor de no poder ver más a su amigo Marek y esa idea le resultaba especialmente incómoda.

—Vaya, lamento no poder ayudarte… —le dijo Cyryl algo apesadumbrado.

—No te preocupes, intentaré encontrar su rastro cuando lleguemos a Pruszków. Bueno, parece que esto se pone en marcha.

Cuando aquel vagón de carga se completó con un buen número de fatigados combatientes (más de los que allí cabían), el tren inició la marcha. Aunque ya era octubre el calor dentro del vagón era sofocante pero, a pesar de todo, las condiciones se pudieron hacer más o menos soportables porque el viaje hasta el destino fijado fue relativamente breve. La llegada al mismo se produjo hacia mediodía de ese mismo martes 3 de octubre. Pruszków, como había informado Cyryl, era una sucesión de inmensas naves que, a pocos kilómetros de Varsovia, cumplía la misión propia de unos talleres de reparaciones de ferrocarriles. Allí serían encerrados alrededor de seiscientos cincuenta mil polacos durante los meses de agosto, septiembre y octubre de 1944, tras la finalización del alzamiento de Varsovia. Al aproximarse

el convoy a aquel campo de tránsito, Aleksander pudo observarlo a través del ventanuco del vagón. Cyryl también se acercó; lo que veían no les gustaba nada.

—¿Es aquí donde quieren meternos? —exclamó Aleksander.

—No pensarías que iban a llevarnos al Hotel Bristol de la calle Krakowskie —le respondió Cyryl con sorna.

—Creo que entre el lujoso Hotel Bristol y esta pocilga hay lugares que podrían ser considerados más o menos dignos — Aleksander se quedó paralizado al contemplar aquella barahúnda de personas hacinadas, raíles en desuso, viejos almacenes ennegrecidos por la tizne y todo el desfile de soldados de las SS con sus perros pastores alemanes deambulando entre el caos para poner orden.

—Creo que ya hemos llegado. Podemos bajar y disfrutar de todo esto. Eso sí, te sugiero que no vuelvas a hacerte el héroe porque lamentaría mucho ver tus sesos desparramados por el suelo —cuando Cyryl terminaba de decir esto se abrió la puerta.

Una bocanada de aire penetró en el vagón cuyo ambiente estaba apestosamente sobrecargado.

Pero el aire que penetró desde el exterior no era puro sino que se trataba de una mezcla de humo y de un penetrante olor a grasa. Pruszków era de todo punto un lugar inapropiado para acoger en condiciones dignas a las miles de personas que allí se hacinaban. Se trataba de varsovianos, ciudadanos y combatientes, que serían transferidos desde ese lugar a otros campos de concentración. La mayoría tenía que dormir en las fosas de reparación de los talleres, otros tenían que hacerlo sobre los raíles abandonados y los demás dormitaban donde podían. Cuando Aleksander descendió del tren fue recibido con un culatazo en su costado. Un soldado alemán le gritaba en aquella lengua infernal apurándolo para que avanzara hacia la derecha del andén. La bienvenida estaba siendo poco amable. Cuando quiso darse cuenta, había perdido de vista a Cyryl. Pensó que le habría sido de gran ayuda permanecer junto a él. Exhausto, llegó empujado hasta un almacén donde terminó sentándose en el suelo entre dos ancianos. Ambos permanecían apoyados sobre la pared, con la cabeza agachada, en actitud completamente ausente. Los soldados de las SS vigilaban todo el perímetro y no permitían la menor licencia a los habitantes de aquel infecto lugar.

—*Zieh das Armband aus!* —las voces insolentes que aquel soldado de las SS profería sacaron a Aleksander del sopor que empezaba a experimentar. No entendía nada de lo que aquel maldito nazi le estaba diciendo.

Viendo el soldado que el polaco no reaccionaba, le elevó el rostro con la punta de su ametralladora.

—*Zieh das Armband aus!!* —repitió el alemán en un tono cada vez

más enfurecido.

Ante el cariz cada vez más amenazante de la situación, Aleksander estuvo tentado de hacer acopio de fuerzas para tirar de aquel bastardo hacia sí y arrancarle su rostro a dentelladas. Pero al recordar las palabras que hacía unos momentos le había dicho Cyryl, desistió de ello.

—Se refiere al brazalete del AK que llevas puesto en el brazo. Te está pidiendo que te lo quites. A su manera, claro… —le dijo una joven que se encontraba sentada cerca de él.

El judío se quitó de mala gana el distintivo mientras sostenía la mirada del alemán. En todo caso su rostro ennegrecido por la pólvora y su indumentaria serían suficientes para acreditar su condición de combatiente polaco alejando las sospechas de ser hebreo; no le haría falta, por tanto, aquel brazalete. Al final el SS se alejó del lugar con su propósito conseguido.

—Muchas gracias. De no ser por ti me habría metido en un lío fabuloso porque estaba dispuesto a romperle la cara —le dijo Aleksander a la chica.

—Es lo que se merecen, desde luego… —respondió ella.

Solo transcurrieron dos días en el campo de tránsito antes de que Aleksander subiera de nuevo a un tren. Durante ese tiempo las enfermeras de la Cruz Roja y los efectivos polacos del Consejo General de Protección —cuyo trabajo permitían los alemanes para aliviar la situación— atendieron a los heridos y asistieron algunas necesidades de los deportados. Muchos de los alimentos fueron suministrados por granjeros de la zona, aunque el auténtico problema era abastecer de agua a la población allí recluida. En aquellas dos jornadas Aleksander deambuló por el campo preguntando por Marek, pero nadie supo darle razón alguna. Sencillamente no estaba allí. Sí pudo encontrar a algunos compañeros de armas con los que departió y compartió comida, pero ningún rastro pudo hallar de su amigo. Fue a partir de entonces cuando el judío empezó a elaborar el duelo por la pérdida de Marek, un duelo innecesario porque este había sido deportado a Berlín-Blankenburg (un subcampo de Sachsenhausen cerca de la capital alemana) y sobrevivió a la guerra. Pero Aleksander nunca lo supo, y eso hizo que añadiera en vano un elemento más a la nómina de personas queridas que perdió durante aquellos años.

—*Schnell!*, *Schnell!* —Aleksander tuvo que oír de nuevo aquellas malditas palabras que pronunciaba un soldado alemán y que le apremiaban para subir al tren.

—Parece que nos vamos —le dijo Irenka. Así se llamaba la chica que conoció a su llegada a Pruszków y que le salvó la vida cuando el incidente del brazalete con el soldado de las SS.

Irenka había sido una de aquellas valientes mujeres que habían

combatido con el AK desempeñando labores de correo. A pesar de las tareas que acometió llevando mensajes de un barrio a otro durante el alzamiento de Varsovia, sus ropas y su piel aparecían tiznadas por la pólvora, lo que la convertían en una luchadora más. Aquella suciedad, que también se hacía presente en la piel y la ropa del judío, apenas pudo ser removida de sus cuerpos durante los dos días de permanencia en el campo de tránsito: el abastecimiento de agua en Pruszków no era precisamente una cuestión bien resuelta. El tiempo que Aleksander permaneció en el campo de tránsito lo pasó en compañía de aquella chica que, como él, también estaba sola.

—¿Adónde nos llevan ahora? —preguntó Aleksander a su compañera.

—No lo sé con certeza, pero ya sabes que en Varsovia se hablaba de que hacia el este existen campos adonde muchos de nosotros ya han sido llevados antes. Es probable que nos dirijamos allí, lo más seguro es que sea Auschwitz —respondió Irenka.

—Y también sabrás que campos como Auschwitz disponen de cámaras de gas donde miles han sido ejecutados ya, ¿no? —Aleksander cernía una lúgubre sombra sobre su destino.

—Siempre he oído que ese destino final está reservado para los judíos. Nosotros no lo somos. Somos polacos combatientes, nada más. No creo que estén pensando en liquidarnos —respondió Irenka en un intento por disipar los negros augurios de su compañero.

—Confío en que sea como dices —respondió Aleksander lacónico, ocultando su condición hebrea.

Los prisioneros de guerra y los ciudadanos polacos detenidos (él lo sabía) eran llevados a Auschwitz como un destino intermedio a otros campos de prisioneros, pero no eran asesinados (no obstante, Aleksander no podía evitar pensar en esa posibilidad). Nunca estuvo más agradecido a sus padres que aquellos días: la decisión de estos de no haberlo circuncidado le podría salvar la vida. De igual modo, algunos otros judíos que se encontraban entre los detenidos pudieron también hacer valer la suerte que les procuraban unos documentos arios falsos, evitando de ese modo los crematorios.

El viaje hasta Auschwitz, realizado en el transporte conocido como «Evakuierte Warschau», duró un día. Durante el mismo Aleksander perdió de vista a Irenka y volvió a quedarse solo. Las condiciones de este traslado fueron bastante más penosas que las que tuvo que sufrir en el corto desplazamiento desde Varsovia hasta Pruszków. Aparte de que el viaje fuera más largo, las circunstancias del mismo resultaron más duras debido a la escasez de espacio, de comida y de agua. Prácticamente no había sitio para descansar y los deportados tenían que turnarse para echarse sobre el suelo. Con todo, las difíciles condiciones fueron mucho mejores que las que tuvieron que soportar

los judíos que eran llevados a Auschwitz desde toda Europa. Estos eran hacinados en incómodos vagones de ganado que albergaban a más gente de la que cabía y donde el sofoco y la falta de aire hacían del ambiente algo irrespirable. El hedor en aquellos trenes de judíos se hacía insoportable porque a la obligada falta de aseo de los viajeros se le unía el que debían hacer sus necesidades en un simple cubo compartido por todos. Tan atroces eran aquellas condiciones que muchos llegaban muertos a su destino.

—¡Nos detenemos! —dijo alguno de los que iban allí hacinados.

Efectivamente el tren se detuvo y las puertas del vagón se abrieron de par en par dejando entrar al mismo, ahora sí, una bocanada de aire fresco procedente del amplio prado en el que el convoy se había parado.

—*Sie haben fünf Minuten!* —gritó uno de aquellos SS para indicar a los prisioneros que tenían cinco minutos para bajar a hacer sus necesidades.

El tren de Aleksander, cargado de combatientes varsovianos, pudo hacer al menos dos paradas en su camino en las que permitieron bajar a los prisioneros para aliviarse y tomar el fresco. Eso sí, la vigilancia de los soldados de las SS era férrea y, de hecho, algunos presos fueron acribillados cuando, aprovechando estas circunstancias, intentaban escapar corriendo entre la maleza cercana a la vía. La llegada a Auschwitz se produjo en la mañana del viernes 6 de octubre de 1944.

El convoy se detuvo cuando alcanzó la rampa que se encontraba en el interior de Birkenau, plataforma que había sido construida hacía pocos meses para facilitar la llegada de los más de cuatrocientos mil judíos húngaros en la primavera y verano recién terminados. Aquello era aproximadamente como Aleksander lo había imaginado: al descender del vagón pudo observar a un enjambre de prisioneros que se ocupaban de ayudar a desembarcar a los recién llegados. Los soldados de las SS, por su parte, no perdían oportunidad de gritarles *«Polnische Banditen!!»* (bandidos polacos) mientras los desposeían de cualquier cosa de valor: un reloj, un anillo, dinero…

—¡Bájese! ¡Rápido! —aquel ser vestido con un traje de rayas y un gorro a juego se dirigía a Aleksander en polaco.

—¿Eres polaco? —le preguntó.

El prisionero evitaba mantener contacto ocular con Aleksander y solo afirmó ligeramente con la cabeza. Daba la impresión de que tenía prohibido el contacto con los recién llegados.

—Sí, soy judío polaco. No puedo hablar —respondió finalmente.

—De acuerdo —le dijo Aleksander en actitud respetuosa—. ¿Estamos en Auschwitz?

—En Birkenau, sí. Es lo mismo. Auschwitz-Birkenau. Bienvenido al infierno.

—Solo una pregunta más, ¿existe alguna posibilidad de salir…? —la frase se vio interrumpida por un fuerte puñetazo que Aleksander recibió en el estómago y que le hizo caer al suelo retorciéndose. Desde allí pudo observar a aquel mando de las SS desenfundando su pistola para dirigirla directamente sobre la cabeza del prisionero y volarle la tapa de los sesos. El judío supo más tarde que aquel interno había incumplido la norma de no hablar con los recién llegados.

—*Steh auf, polnische Banditen!!* —le dijo aquel asesino alemán en su propia lengua exigiéndole que se levantase.

Aunque Aleksander no entendía su idioma, no le costó concluir que haría bien en incorporarse de inmediato. Aún doblado por el golpe, el judío se aprestó a unirse a la fila de prisioneros de Varsovia que se dirigían a un lugar indeterminado del campo. En ese momento, ante la visión del charco de sangre en el suelo, se sintió terriblemente culpable por haber expuesto a aquel desgraciado a la impiedad del nazi. La sensación de pesar por la muerte de aquel pobre judío hizo mella en su ánimo hasta socavar la poca moral que atesoraba.

Nunca se perdonaría haber sido el responsable de aquella cruel pérdida. Imaginaba la biografía de aquel desdichado e intuía la figura de una enamorada esposa contemplando el cadáver desfigurado de su marido sobre el suelo o recreaba la dolorosa escena de unos hijos devotos llorando en el andén la muerte de su padre. Se acordó entonces de Dios y a Él se dirigió en silencio para rogar su perdón.

—Ojalá se pudran tus entrañas —masculló evitando ser oído por aquella bestia nazi con forma humana. Aleksander transitó rápidamente de lo divino a lo humano.

Mientras se desplazaba junto a la recua de prisioneros varsovianos, consternado por el incidente, tuvo oportunidad de explorar el entorno. La vista no podía alcanzar los confines del campo porque su magnitud era inabarcable para los ojos de un ser humano. La mirada de Aleksander se fue desplazando por la multitud de barracones que poblaban la inmensa extensión donde podía adivinar a miles y miles de seres humanos hacinados. El sentimiento de compasión que experimentó al ver todo aquello se vio acrecentado cuando, hacia el final de la vía, pudo percatarse de la existencia de las cámaras de gas y de los hornos crematorios. El humo que incesantemente salía de las enormes chimeneas impactó sobre su conciencia dejándolo en estado de *shock*.

—¡Muévete, maldito bandido de Varsovia! —le espetó en polaco un tipo con chaqueta negra y un brazalete con la palabra «*kapo*».

Aquella bestia inmunda era uno de los muchos que trataban con mayor crueldad a los prisioneros del campo. Generalmente se trataba de asesinos y convictos que salvaban el pellejo a costa de vender sus crueles servicios a los nazis del Lager. Aleksander se movía como un

autómata siguiendo la marcha sobre el barro hacia el lugar al que los prisioneros del alzamiento eran dirigidos. No era él quien andaba. Algo, algún extraño mecanismo, lo hacía por él. Los hombres del transporte, y él con ellos, fueron conducidos hacia una explanada que quedaba delimitada por otros barracones. Allí, tumbados sobre el suelo embarrado, tuvieron que pasar la noche al raso. Solo al día siguiente, 7 de octubre, fueron llevados a primera hora hasta un bloque en el que serían desinfectados para, posteriormente, ser ubicados en un pabellón solo para ellos.

—Al menos desde aquí no podemos ver las cámaras de gas — le dijo Aleksander a uno de sus compañeros de infortunio.

Este, de nombre Wincent, compartía con él cautiverio en el pabellón en el que se hallaban confinados cumpliendo la cuarentena, situado en el número 13 del sector BIId del campo de Birkenau.

—Nos podemos considerar gente con suerte. Los crematorios parecen estar reservados solo para los judíos —dijo Wincent mirando por la ventana junto a Aleksander. Su nuevo amigo había combatido también en Mokotów, aunque Aleksander no había tenido antes contacto con él.

—Creo que nadie merece eso. No veo por qué los judíos han de tener ese cruel destino —a Aleksander le costaba mucho contener la rabia pero en ningún momento podía delatarse como lo que era ni tampoco podía compartir con su compañero la profunda tristeza que le producía recordar a su hermana y a su familia.

A todos los efectos él había sido considerado como un combatiente más del AK polaco, lo que le evitó el fatal destino que él conocía y que se estaba produciendo a diario a unos cientos de metros de allí. No podía decir a nadie, absolutamente a nadie, que él también era judío.

—Yo también lo creo así, Aleksander. Asesinar de ese modo no es propio de seres humanos —apuntó Wincent—. Nadie podía esperar esto de los que siempre han sido considerados como refinados y cultos alemanes. Pero hemos de dar gracias porque nuestro futuro es algo más halagüeño que el de esos pobres judíos. Nosotros no nos veremos obligados a hacer cola en las cámaras de gas, somos combatientes polacos de Varsovia.

—Al menos podemos confiar en que esta solo sea una «parada técnica» antes de continuar a un campo final. Si allí solo nos obligan a trabajar duro creo que podremos superarlo —añadió Aleksander.

—Eso es lo que nos han dicho los nazis aunque ¿quién puede creer a estas alturas a esos malnacidos? —se preguntó Wincent en voz alta.

El contacto con sus compañeros había conseguido que Aleksander rehiciera en algo su ánimo. Pero su mundo (a pesar de que su destino no estaría unido a aquellas tétricas cámaras de gas) se había desmoronado por completo. Sin un futuro al que encomendarse, sin un

Dios al que rezar en esos momentos (su fe era vacilante en esos momentos), a solas con su desesperanza… tuvo que hacer frente a aquel cautiverio de incierta resolución.

***

La llama del combate parecía no querer extinguirse. En su primer día de estancia en Auschwitz-Birkenau Aleksander fue testigo, siquiera distante, de cómo la resistencia no se apagaba y se hacía presente también en aquel infierno terminal. Hacia el mediodía de aquel 7 de octubre se produjo una importante agitación entre los nazis. Todo comenzó con una explosión al final del campo, en la zona de las cámaras de gas. Aleksander, dada la distancia, solo pudo apreciar un sordo estruendo que, tal vez apaciguado por la lejanía, llegó hasta él en forma de rumor. De inmediato pudo contemplar a través de las ventanas del bloque 13 un desordenado ir y venir de guardias alemanes que, armados hasta los dientes, se dirigían en una misma dirección. Las sirenas sonaban sin detenerse y pronto pudo oírse desde lejos un intercambio de disparos y algunas explosiones más.

En poco más de media hora terminó todo aunque, durante un tiempo más, pudieron escucharse disparos aislados provenientes del bosque de Brzezinka cercano al campo. Según se supo luego, los SS estaban disparando sobre aquellos prisioneros que habían escapado y corrían entre los árboles buscando una salida en su desesperación.

—Esos *sonderkommandos* son valientes. Cómo me hubiese gustado estar ahí ahora mismo —dijo Wincent asomado a la ventana del pabellón desde donde observaba la tremolina producida por la rebelión acaecida en el crematorio número IV. Aleksander, curioso por saber lo que ocurría, se acercó hasta él.

—¿Cómo sabes que han sido ellos? —preguntó Aleksander.

—Todos en el campo lo saben ya. Está en boca de todo el mundo. Ese maldito *kapo* que acaba de traernos esta mierda de sopa nos lo ha confirmado. Por cierto que ha tardado poco en marcharse para ver si podía cazar a unos cuantos. ¡Deberíamos haberle metido su cabeza en ese apestoso caldo! —Wincent hablaba enardecido por lo que estaba ocurriendo en las zonas de los crematorios.

—¿Y no podríamos unirnos ahora mismo a ellos? —preguntó Aleksander.

—¿Estás ciego? Asoma la cabeza y lo verás. Ahí mismo, en la puerta. Han redoblado la guardia de soldados para evitar que nadie salga de los barracones. Si lo hacemos nos vuelan la cabeza en un instante. Además, parece que ya ha pasado todo.

—Ya veo… No parece buena idea hacer nada —Aleksander pareció recapacitar, lo que le valió para atemperar su furor rebelde.

Los judíos responsables de las cámaras de gas y de los hornos crematorios (aquellos que estaban obligados a conducir a sus hermanos a la muerte y luego quemarlos tras extraer las piezas dentales de oro que pudieran tener y cuantos objetos de valor escondieran en sus cuerpos) se habían rebelado ese día haciendo volar el crematorio y la cámara de gas número IV. Sabiendo que su hora les había llegado porque los nazis iban a liquidarlos para que fueran reemplazados por otro equipo de judíos, los *sonderkommandos* decidieron adelantar su acción de voladura a ese mismo día. Llevaban varias semanas acumulando pólvora que era suministrada por algunas presas que trabajaban en el complejo de Monowitz — un subcampo de Auschwitz— y planeaban haber volado por completo la instalación. Pero la precipitación de la voladura, debido a la aún escasa acumulación de pólvora, solo fue parcial. En cualquier caso aquellos resistentes consiguieron acabar con la vida de quince alemanes, aunque los prisioneros muertos en la acción y los posteriormente ejecutados superaron los quinientos judíos.

Las horas pasaban lentamente sin que hubiese demasiadas noticias de lo ocurrido aquel mediodía en el campo. Solo la irrupción en el barracón de aquel cruel *kapo* arrojó algo de luz sobre el asunto cuando les habló por la tarde.

—¡Esos malditos judíos han tenido la osadía de desafiar a las autoridades del campo volando una parte del crematorio número IV! —dijo en polaco dirigiéndose a los combatientes de Varsovia que se hallaban allí ubicados—. Más de doscientos de ellos han sido eliminados y ahora serán ejecutados los responsables de este asunto… ¡Y los que caerán en los próximos días, no tengáis duda!

—Este desgraciado lo celebra como si fuera su propia victoria —le dijo en voz baja Aleksander a Wincent.

—Cuatro sucias judías han sido encontradas culpables de haber reunido pólvora con la que pretendían dinamitar la instalación. ¡Ahora serán ahorcadas! —al decir esto el *kapo* blandía ostensiblemente su porra para reforzar su autoridad y para advertir de las intenciones que tenía de utilizarla si fuera preciso—. ¡Todos fuera!

Los casi doscientos prisioneros que se encontraban en el barracón salieron a la explanada donde formaron. Custodiados por soldados de las SS, fueron obligados a contemplar el paso de cuatro mujeres judías que, maniatadas y con claros signos de haber sido torturadas, iban en el cajón descubierto de un camión. Su destino estaba claro: serían colgadas y nadie podría hacer nada por evitarlo. Cuando el camión estuvo a la altura de los resistentes de Varsovia, una de las mujeres, tal vez consciente de estar en presencia de los bravos combatientes, se

dirigió a ellos para gritarles a pleno pulmón: «¡Seguid luchando!». Sin poder ya contenerse, Aleksander le devolvió la arenga y respondió enardecido:

—¡Tened fuerza y valor!

El espíritu resistente de Aleksander, que él creía muerto, resurgió con fuerza; desde ese momento se propuso continuar con vida para poder, algún día, vengar la muerte de tantos de los suyos. Pero solo pudo ser consciente de ese propósito durante unos instantes, porque la furia con que el *kapo* descargó el bastón sobre su cabeza lo dejaría inconsciente.

16
Campo de exterminio de Auschwitz–traslado al campo de concentración de Mauthausen. Octubre de 1944.

Habían pasado solamente quince días cuando los habitantes del bloque 13 de Auschwitz–Birkenau recibieron la orden de formar en filas de a cinco en la explanada frente al pabellón. Una vez más los culatazos de los fusiles alemanes iban acompasados de aquellas malditas palabras: *Raus!, raus!; schnell!, schnell!* (¡fuera!, ¡fuera!; ¡rápido!, ¡rápido!). Era la segunda vez que salían del barracón en dos semanas. En la primera salida Aleksander terminó en el suelo inconsciente y durante los dos días siguientes tuvo que bregar con un fuerte dolor de cabeza y una cierta desorientación. La bocanada de aire fresco que él esperaba saborear tras salir al aire libre no fue tal; las cenizas de los hornos crematorios y el nauseabundo olor le impidieron disfrutar de lo que había esperado con tantas ansias. Parecía haber llegado el día en que iban a ser trasladados de campo. Por fin abandonarían la estancia en aquel lugar en el infierno, experiencia que había dado para la contemplación de los mayores horrores: ejecuciones, palizas, ahorcamientos, hambre, hacinamiento, esqueletos andantes… y sobre todo humo, mucho humo, todo el humo que podía producir la combustión de miles y miles de cadáveres de seres humanos que cada día eran asesinados en el campo. Eso es lo que podían contemplar desde la ventana del barracón día tras día. Con todo, el ritmo de exterminio mientras Aleksander permaneció en el campo había disminuido ostensiblemente con respecto a meses anteriores.

—¿Crees que cumplirán su palabra? ¿Nos llevarán a un campo de trabajo? —Aleksander trasladaba sus dudas a Wincent, quien se había convertido en su acompañante durante aquellos días en el barracón.

—Cruza los dedos, ya sabes que estos no son de fiar —le respondió.

—Bueno, ya has oído el silbato de la locomotora. Ese es un sonido nuevo estos días. Parece que es cierto que hay un tren dispuesto para

la salida —el judío quiso compartir con su amigo la esperanza que esta circunstancia le provocaba.

—Espero que lleves razón… Y ahora deja de hablar. No quiero tener que volver a recogerte del suelo con la cabeza golpeada — Wincent reconvenía a Aleksander porque ambos estaban en formación y no les era permitido hablar entre ellos.

El embarque se produjo rápidamente, de manera ordenada y sin incidencias, más allá de los habituales gritos, empujones, amenazas y culatazos. Los resistentes de Varsovia, reducidos ahora a meros prisioneros de guerra desposeídos de equipaje, de su identidad y de la dignidad propia de cualquier ser humano, fueron hacinados en los vagones que la *Deutsche Reichbahn* utilizaba para el transporte de ganado y que, en los últimos años, se habían destinado al traslado de seres humanos a los mataderos de Treblinka, Belzec, Chelmno, Sobibor, Majdanek o Auschwitz-Birkenau. Antes de subir al tren los prisioneros habían tenido que firmar un documento en el que juraban que no iban a contar nada de lo que vieron en Auschwitz… so pena de muerte.

—Y aún querrán estos hijos de puta que no contemos lo que hemos visto… —le decía Wincent a Aleksander.

Ambos se encontraban sentados en el suelo de aquel apestoso vagón en la postura antinatural que se veían obligados a adoptar fruto de la falta de espacio.

—Ya los conoces, son unos cínicos —le respondió.

—¿Dónde crees que nos llevan? —preguntó Wincent.

—Parece que nos movemos hacia el oeste, pero no tengo ni idea de cuál es el destino final. Solo espero que lleguemos pronto porque no sé cuánto tiempo podremos aguantar en estas condiciones —respondió.

Las circunstancias en las que se produjo el viaje no pudieron ser más nefastas. Para cubrir los algo más de quinientos kilómetros que separaban Auschwitz de Mauthausen el tren tuvo que emplear ocho días. Las comunicaciones ferroviarias a aquella altura de octubre de 1944 estaban saturadas y más de una vez tuvo el convoy que detenerse para dejar paso a otros transportes de abastecimiento de víveres para el frente o para el traslado de tropas alemanas. Las condiciones infames que Aleksander soportó en su primer traslado de Pruszków a Auschwitz fueron multiplicadas por ocho, el número de jornadas en las que hubo de hacer frente al hacinamiento, al hambre, a la sed y al sofoco.

—Nunca me lo habías contado. Estoy sobrecogido —le decía Wincent durante el tercer día de viaje en aquel vagón infernal.

—Estos quince días en Auschwitz han estado tan salpicados de acontecimientos que no he tenido tiempo de decirte nada —le respondió Aleksander.

—Ahora entiendo tu rabia, tus ganas de unirte a la lucha del crematorio y tu forma de dirigirte a aquella pobre judía que iba a ser ahorcada. Todos hemos sufrido pérdidas en la guerra, la de mi hermano me ha dejado marcado, pero las tuyas son sencillamente insufribles —Wincent mostraba su admiración por la capacidad de Aleksander de mantenerse con vida y haber renunciado a volarse él mismo la tapa de los sesos para terminar con todo su sufrimiento.

Pero Wincent no supo del origen judío de su compañero y de su familia. El relato que este hizo de la muerte de sus familiares fue narrado de manera que no pudiera darle pie a conocer las auténticas razones del fallecimiento de los suyos. Solo una vez deslizó Wincent el parecido entre la persecución de su familia y la que estaban sufriendo los judíos, pero Aleksander supo inventar explicaciones convincentes para alejar de él la duda: su hermana y su familia habían sido delatados por unos vecinos envidiosos, y sus padres y Estanislava habían dado su vida durante el alzamiento de Varsovia.

—Ha sido todo tan injusto —decía Aleksander con profunda tristeza—. Ninguno de ellos cometió nunca afrenta alguna. No merecieron el acoso, la persecución y la humillación a la que fueron sometidos. Y mucho menos merecieron la muerte.

—Comprendo que estés furioso y que el odio te corroa por dentro. Y lo de tu esposa durante el alzamiento… ¡Caray! ¡Qué gran mujer!

—Aún no sé si la he perdonado. De no haber hecho aquello tal vez ahora estaríamos juntos, no lo sé… —obvió decirle a su compañero, claro está, que la dramática muerte de Estanislava había acaecido realmente durante el levantamiento del gueto.

Al darse cuenta de la amargura que embargaba a su amigo, Wincent respetaba su intimidad y dejaba que se desahogara. En la soledad de sus pensamientos, y al compás del espeso traqueteo del tren sobre las vías, pensaba Aleksander si no habría sobrevivido para cumplir la misión de la justa venganza. Pero tan descarnado sentimiento daba paso de inmediato a la culpa que sentía por haber sido él quien permaneciera con vida. Experimentaba un inmenso pesar que hacía que el llanto aflorase en la quietud del nauseabundo rincón del vagón. Pero el judío se enjugaba de inmediato las lágrimas para cargarse de razones que justificasen su determinación de seguir hacia adelante. Y cuando agazapado en aquel repulsivo lugar pensaba que ya no podría más, solía caer en un estado de sopor que le conducía al sueño. Un sueño agitado en el que tan pronto se veía abatiendo a un nazi gigantón como se contemplaba a sí mismo cargando a Estanislava de explosivos para, después, empujarla hacia una patrulla de las SS y ser él mismo quien detonaba la carga explosiva prendida al cuerpo de su esposa.

—Estabas volviendo a soñar —le dijo Wincent a Aleksander cuando

este recobró la conciencia alterado por el contenido de la pesadilla.

—Ya ves que ni en sueños puedo descansar —respondió Aleksander recobrándose de la desazón.

Ambos amigos tenían que hacer grandes esfuerzos a la hora de hablar. La sequedad de sus gargantas, fruto de la falta de agua, y los labios agrietados les hacían difícil y hasta doloroso comunicarse. O llegaban pronto al destino o terminarían con sus vidas allí mismo, porque la extenuación, el hambre, la sed y la falta de aire empezaban a comprometer seriamente su existencia. Pero el miércoles 25 de octubre de 1944 Aleksander y Wincent llegaban al campo de concentración ubicado en la pequeña localidad de Mauthausen, a tan solo veinte kilómetros de Linz, Austria. Allí, en medio de la iniquidad y la desesperanza, la vida del primero daría un giro, un giro que lo situaría mirando al sur de España donde, finalmente, podría aliviar en cierto modo sus heridas.

17
Campo de concentración de Mauthausen. Octubre 1944–mayo 1945.

—¿Alguien sabe trabajar la madera? —preguntó aquel SS que, presuntuoso, se paseaba ante el grupo que formaban aquellos pocos cientos de prisioneros que recién se habían bajado del tren que les trajo desde Auschwitz.

Aquello sonó como música celestial para sus oídos. Rápidamente Aleksander, haciendo acopio de las pocas fuerzas que aún tenía, intentó elevar la voz para responder, pero sus palabras eran inaudibles más allá de un par de metros. El SS, de hecho, no lo oyó. Este se dirigía en dirección opuesta a la que ocupaba el judío sin poder saber que allí tenía a uno de los mejores ebanistas de Varsovia.

—¡Aquí, señor! —se oyó por fin.

Pero la voz no procedía de la maltratada garganta de Aleksander, sino de la de un compañero de filas que se encontraba a su lado y que aún podía hacer valer su capacidad de hablar en voz alta.

—¿De quién se trata? —preguntó el mando nazi girándose hacia el lugar desde el que habían hablado.

—Es mi compañero, señor. Parece que él es carpintero… — respondió—, solo que casi no puede hablar.

—Que venga hasta aquí —el SS había llegado hasta el lugar en el que se hallaba Aleksander formado. Este se adelantó entre sus compañeros hasta situarse frente al alemán—. ¿Sabes trabajar la madera?

—Podría hacer con la madera cualquier cosa que usted pueda soñar. Soy su hombre —le respondió Aleksander en un tono bajo aunque, ahora sí, suficientemente audible.

—Llévenlo hasta la ducha, ofrézcanle comida y agua y dejen que duerma cuanto quiera. Mañana empieza a trabajar en Gusen —ordenó a sus subordinados.

Con paso quedo acompañó a los dos SS que le ayudaron a subir a un pequeño camión. Cuando estuvo acomodado en la trasera del mismo se acordó. Lo buscó con la mirada hasta que pudo dar con él.

Lo miró desde lejos y pudo ver como levantaba su mano a modo de despedida. Esa sería la última vez que viese a Wincent. Una pérdida más que sumar a su ya larga lista. Pero la suerte del judío accediendo a las condiciones que le ofrecería el comando de maderería era impagable. Por lo pronto se podría asear, comería, bebería y dormiría: un sueño hecho realidad.

***

Gracias a su conocimiento y habilidad con la madera, Aleksander fue destinado a la serrería de Gusen, subcampo de Mauthausen que se hallaba a cinco kilómetros de este. Aunque el lugar era un matadero más —y el sitio al que estaban destinados los moribundos—, el comando de maderería era una realidad separada, un mundo aparte alejado de la muerte. Adscrito a la oficina de gestión de construcciones de las Waffen SS, el papel de este comando especializado resultaba fundamental y los prisioneros que allí trabajaban recibían, por tanto, un trato especial. El primer día que tuvo un tronco entre las manos se llegó a emocionar y lloró, olvidándose por un momento del sórdido lugar en el que se encontraba. Recordó una vez más a su familia, volvió a sentir el aroma del café que su hermana les servía mezclándose con el efluvio de las virutas, vio de nuevo a los viejos clientes que hoy ya estarían muertos… sintió tantas y tantas cosas que en ese instante pudo transcender los límites del campo para volver a la calle Górczewska mecido por la nostalgia. Pero el trabajo en el aserradero de Gusen, a pesar de todo, no le había impedido mirar algunas veces hacia aquellas lúgubres paredes de la cantera Kastenhofen imaginando cómo sería su caída desde lo alto. Su desesperanza le llevó a considerar en varias ocasiones la posibilidad de terminar con todo de una vez. Era la primera vez que el desdichado judío contemplaba el suicidio como una solución a su pesada carga. No obstante intentaba afanarse en el trabajo diario para olvidar aquella idea.

—¡Vamos! ¡Daos prisa con esas traviesas! ¡No quiero problemas con la entrega! —animaba Aleksander a sus compañeros de taller.

—Trabajamos tan rápido como podemos, jefe. No pensará que con el hambre que tenemos podemos hacer las cosas mejor —le respondió uno de sus subalternos que era también polaco.

—¿Os vais a quejar? Mirad a vuestro alrededor y contadme lo que veis. Ya podéis alegraros de trabajar bajo techo y tener algo que llevaros a la boca. Aquí no moriréis de inanición ni de frío como ocurre ahí afuera. A menos que nos retrasemos con las entregas, claro

—respondió Aleksander reconviniendo a su subordinado.

Hacía algún tiempo que Aleksander desempeñaba las funciones de jefe del comando maderero. Dadas sus cualidades y la seriedad en las entregas que había demostrado, se había ganado aquel puesto en reconocimiento a ello.

—Habrá que darle la razón al patrón —respondió otro de los trabajadores polacos haciéndose oír por encima del ruido de las máquinas—. En lo que va de semana ya han caído veinticuatro en nuestro barracón.

—Pues sí. La cantera no es precisamente una garantía de vida, sino todo lo contrario —apostilló Aleksander—. Si no caes abatido por la extenuación, caes por el precipicio de la cantera, muchas veces empujado por esos malditos *kapos* alemanes. Así que si no queréis tener ese indeseable final apretad el paso e id terminando el trabajo.

En aquel taller el polaco era el responsable de coordinar y realizar las tareas propias para la fabricación de puntales para la cantera, traviesas para los raíles por las que circulaban las vagonetas que arrastraban los presidiarios, y todo lo necesario para la reparación de los barracones de madera que ya construyeran los reclusos españoles en 1940, al inicio del funcionamiento de Mauthausen. La maestría y el valor de su trabajo consiguieron que más tarde fuese ascendido también a jefe del pabellón donde pernoctaba (si a dormir en aquel catre de mala muerte se le podía llamar pernoctar; su «muesca» en el tobillo izquierdo, por si las penurias fueran pocas, le hacía sentir pinchazos debido al frío y a la humedad, lo que complicaba, más si cabe, la conciliación del sueño. Pero al menos dormía en un camastro para él solo…).

Durante los seis meses que permaneció en el campo, Aleksander tuvo que mantener la más absoluta de las discreciones en cuanto a su auténtica naturaleza judía y siempre contaba a todos que había terminado allí por participar en el alzamiento de Varsovia como un soldado más del Armia Krajowa. Por esa razón, al ser tomado por polaco «ario», pudo establecer contacto con muchos de los españoles que se encontraban confinados en el campo, ya que los alemanes prohibían a estos comunicarse con los judíos. Así conoció que muchos de ellos habían formado parte de la resistencia contra los nazis en Francia pero la mala suerte, las delaciones y la sombra de la maldita Gestapo, habían conseguido que unos cuantos miles de españoles terminaran en Mauthausen. Otros habían sido capturados antes como miembros de la Legión Extranjera Francesa, a la que se habían alistado para combatir el nazismo, o fueron detenidos por formar parte de los efectivos de las Compañías de Trabajadores Extranjeros.

—¿Ves todo eso? Pues lo construimos nosotros —le decía Antonio a Aleksander señalándole unos barracones.

Antonio Terres, el republicano español, intentaba hacerse entender en castellano, pero Aleksander, a pesar de su origen sefardí y de conocer algunas expresiones en ladino, encontraba ciertas dificultades para comprender. Aunque pronto, con el paso de los días y de las conversaciones tenidas con él después del trabajo, pudo ir superando ese hándicap.

—¿Cómo has podido aguantar estos cuatro años? —le preguntó.

—Al principio el trabajo extenuante no te dejaba tiempo para nada, por eso no tuve tiempo de pensar en arrojarme por la cantera. Más tarde, cuando me pasaron al almacén de pertenencias de los deportados, me animé a seguir viviendo. Las condiciones son mucho mejores allí —le respondió el español.

— Sí, mucho mejor el almacén de pertenencias —fue todo lo que acertó a decirle Aleksander a su amigo español. Solo había comprendido esto último.

—Escúchame bien, querido amigo. No nos queda otra que aguantar. Aguantar hasta el final para aguarle la fiesta a estos cabrones y que no se salgan con la suya —dijo Antonio.

—Aguantar, estoy de acuerdo —Aleksander solía responder a lo que él entendía según su escaso conocimiento de la lengua española y, al mismo tiempo, chapurreaba sus mensajes de la mejor manera que podía—. Admiro vuestra valentía, la de los españoles. Y por eso sois simpáticos.

—Creo que quieres decir que «simpatizas» con nosotros. Simpáticos o no, no estamos dispuestos a que nos pisen el cuello. Y por ello, cuando nuestros compatriotas alcanzan el final de la escalera de la muerte, profieren aquello de «¡Hemos ganado otra batalla!». No cualquiera es capaz de encumbrar la cima de los ciento ochenta y seis escalones de la cantera Wienergraben de Mauthausen. Muchos han muerto allí.

—Muchos mueren allí, sí —dijo Aleksander—. Y yo quiero ser como vosotros. Vengo del gueto. Allí también éramos muy valientes.

La actitud heroica y rebelde de los españoles avivó aún más la llama indomable que existía dentro de Aleksander y que parecía no querer apagarse nunca. Los españoles le insuflaron el ánimo suficiente para volver a confiar en la resistencia como modo de lucha. La suya sería una resistencia silente, abnegada, pero lucha al fin y al cabo. Aleksander, por tanto, confraternizó de inmediato con los republicanos de origen español (antes de convertirse en resistentes en Francia, los españoles habían combatido en su país contra el ejército de Franco y, tras perder la contienda, se exiliaron a ese país). No paraba de repetírselo a sí mismo: compartía con ellos su espíritu levantisco e inconformista y, además, los veía como a sus compatriotas ya que él siempre llevaba a gala (en su fuero interno) su

origen sefardí. Esto último, claro está, nunca se lo desveló a nadie. Ni siquiera a su amigo José Santín.

18
Campo de Mauthausen–Gusen.

—¡Maldito apátrida! ¡No sirves para nada! ¡Llevadlo a la enfermería, allí sabrán qué hacer con él! —Ludwig Füssl, uno de los oficiales responsables del servicio de trabajo, daba órdenes para que José Santín, un español extenuado por el acarreo de piedras de granito de gran peso, fuese conducido hasta el dispensario del campo como paso previo a ser llevado hasta la cámara de gas.

Aleksander, que a la sazón se encontraba fuera del aserradero ayudando a cargar material acabado en un camión, no pudo evitar oír aquello. Al percatarse de que aquel desgraciado a quien el SS estaba desahuciando era un español (a quienes los nazis consideraban apátridas), sintió removerse algo dentro de él que le empujó a interceder por su vida. Sin pensarlo dos veces, y aun a riesgo de poner en peligro su propio destino, salió impulsado hacia el lugar en el que se desarrollaba la escena. Descubriendo su cabeza ante el responsable del servicio de empleo del campo (aquel gorrillo de rayas lo acompañaba desde el principio), se dirigió a él en tono firme pero respetuoso.

—Discúlpeme, *herr* Füssl, pero ese hombre podría serme de mucha utilidad en la serrería —Aleksander se lo estaba jugando todo a una carta. El nazi lo miro de arriba a abajo y dejó pasar unos instantes antes de decir nada.

—Pretende hacerme creer que este despojo humano es capaz siquiera de mantenerse en pie —le dijo.

—Permítame, *herr arbeitsdienstführer*, pero veo trabajar cada día a este hombre desde mi puesto y sé que aún puede dar mucho de sí —Aleksander intentaba entenderse con aquel mando en un alemán precario aunque suficiente para poder comunicarse. El tiempo que llevaba en el campo le había obligado a aprender algo de aquella maldita lengua para sobrevivir.

—Esto puede ser divertido… —intervino Füssl—. Vamos a jugar a un juego. Si su amiguito el apátrida es capaz de correr hasta el final del aserradero y volver en menos de treinta segundos, se habrá salvado. En caso contrario hará una visita al castillo de Hartheim. Ya

pensaré después si usted le acompaña en la excursión. ¿Quieres jugar, sucio español? —preguntó el nazi dirigiéndose a Santín.

José Santín asintió con su cabeza y se irguió como queriendo hacer valer la confianza que sentía en poder culminar con éxito aquel reto.

—Sí, quiero jugar —respondió el español con una inusitada seguridad.

—De acuerdo. Yo también apuesto por él —dijo Aleksander.

El judío no había sentido más miedo en su vida pues temía no solo por la vida del español sino por la suya propia. Comenzaba a pensar que aceptando el desafío al que se exponía aquel desconocido había firmado la sentencia de muerte de ambos.

—Bueno, acabemos de una vez con esto —propuso Füssl—. A una señal mía saldrás corriendo hasta aquella pila de virutas. Coges un puñado de ellas y vuelves. Yo iré contando en voz alta. Ya sabes cuál es el premio.

—Estoy preparado —respondió José Santín.

—Puedes hacerlo —le animó el judío.

El nazi, junto a sus dos acompañantes de las SS, se echó a un lado para poder disfrutar de una mejor perspectiva que les permitiera contemplar el fracaso de aquellos dos energúmenos con trajes de rayas. Los tres dibujaban una cínica sonrisa. Aquellas caras contrastaban con el rostro hierático de Aleksander.

—¡Ahora! —gritó el nazi para dar la salida.

José Santín respondió de inmediato a aquella voz y empezó a correr hacia el montón de virutas impelido por una fuerza sobrehumana. Nadie podía entender cómo aquel cuerpo extenuado por el trabajo podía tener aún energías para hacer aquello.

—¡Vamos! ¡Vamos!… —le gritaba Aleksander enardecido. A fin de cuentas aquello era casi una competición deportiva y entendía que esa clase de arengas estarían permitidas.

—*¡Dreizehn! ¡Vierzehn! ¡Fünfzehn!*… —el nazi llegó a la mitad de su cronometraje cuando el español cayó sobre el montón de virutas. Raudo se levantó y, girándose sobre sí mismo, encaró la carrera final hacia la meta, que no era otra que la vida. En su mano derecha llevaba un puñado de virutas.

—¡Adelante! ¡Lo vas a conseguir! —seguía animando Aleksander.

—*¡Zwanzig! ¡Einundzwanzig! ¡Zweiundzwanzig!*… —proseguía Füssl desde su emplazamiento.

El español se acercaba raudo hacia aquella posición mientras el judío empezaba a sentirse aliviado porque a José Santín aún le podían sobrar uno o dos segundos. El nazi, en cambio, mudó su rictus por otro más serio al ver que el prisionero iba a conseguir ganar aquel desafío.

—*¡Achtundzwanzig! ¡Neunundzwanzig!*… —el alemán seguía

contando pero estaba a punto de perder la apuesta.

Justo antes de pronunciar «treinta», José Santín alcanzó la meta para después caer de rodillas.

La respiración agitada le impedía hablar pero su mano derecha lo hizo por él. Elevándola hacia el cielo y a la vista de aquel maldito *arbeitsdienstführer*, la abrió de par en par para dejar caer desde lo alto las virutas que había cogido. Ahora solo quedaba que el nazi cumpliera con su palabra lo que, dada la naturaleza de aquellos sanguinarios, aún estaba por ver. Aleksander, entretanto, contenía la respiración esperando el veredicto del alemán.

—Hay que reconocerte el mérito. Admito la derrota. No otra cosa debe hacer un alemán cuando se conduce como un caballero en el juego —el nazi, de aquel desvergonzado modo, tuvo que admitir que había perdido el envite—. Está bien, te lo puedes quedar. Pero que se ponga a trabajar de inmediato.¡Aquí no venimos de vacaciones!

—Trabajar, sí, ¡de inmediato! —respondió rápidamente Aleksander aliviado.

El *arbeitsdienstführer* se alejó del lugar junto a sus dos escoltas. Cuando se hubieron distanciado lo suficiente, José Santín, agotado por la carrera, se incorporó sin ayuda hasta ponerse en pie. Dirigiéndose hacia ellos sin que estos pudieran oírlo, lo dijo en voz alta:

—Y treinta…! ¡Gano yo!

—¿Cómo has hecho eso? —le preguntó Aleksander asombrado.

—No me lo preguntes… Yo tampoco lo sé —le dijo José Santín a Aleksander, exhausto tras el esfuerzo—. Estoy en deuda contigo. Espero que alguna vez pueda pagarte lo que has hecho hoy por mí.

El polaco no conseguía entender del todo lo que le decía aquel español a quien acababa de salvar la vida, aunque sospechaba que su propósito era agradecerle su intercesión: de no haber mediado ante el mando de las SS, José habría terminado gaseado en el Castillo de Hartheim, donde eran exterminados muchos de los prisioneros de Mauthausen-Gusen.

—*El Dio es tadrozo ma no olvidazo* —le respondió Aleksander en ladino.

Pensó que el español sabría reconocer la antigua lengua castellana y por eso hizo uso de aquella expresión que su madre, sefardita, solía utilizar para agradecer a Dios que siempre estuviera ahí. «Dios es tardío, pero no olvidadizo» quiso decirle el judío evocando a un Dios con el que no mantenía relaciones demasiado fluidas.

—Bueno, no es que yo sea muy creyente —respondió José—. Solo me fio de la Virgen del Carmen de Estepona. Pero sí, habré de conceder que puede que Dios esté más atento de lo que parece, ¿no has querido decir eso? —preguntó Santín al interpretar que el polaco hizo un esfuerzo para hablarle de Dios en un extraño castellano. El

español le tendió la mano para darle las gracias.

—¿«Viergen del Carmien»? ¿«Estipona»?… ¿Qué es todo eso? —le preguntó Aleksander.

Poco imaginaba que aquellos vocablos iban a tener tanta trascendencia en su vida. Por el momento solo se quedó con las ganas que tenía de conocer a aquel español más profundamente. El milagro que acababa de protagonizar Santín convenciendo al nazi de que aún resistía confirmaba su idea de que los españoles estaban hechos de otra pasta. Y él quería conocer el fundamento de aquella sustancia. Desde aquel día ambos trabaron una sólida amistad. Sus conversaciones eran profusas y enriquecedoras, a pesar de que al principio las dificultades con el idioma complicaban algo las cosas. Pero tal era la pasión que puso Aleksander por aprender el idioma español que, finalmente, pudieron intercambiar ideas, opiniones, sueños y proyectos con una cierta fluidez. Y también consiguió que José Santín se ubicara junto a él en el aserradero. El buen oficio del polaco hizo que los mandos alemanes le concedieran ciertos privilegios, entre los que se encontraba el poder elegir a los trabajadores del taller maderero.

19
Campo de Mauthausen–Gusen. Invierno de 1944-1945.

El español que había estado a punto de morir gaseado llevaba cuatro años en el campo cuando Aleksander llegó. Durante ese tiempo Santín había ido sobreviviendo a duras penas empleado en trabajos de acarreamiento del granito de Kastenhofen en vagonetas. Aquel artilugio rodante le evitó la tarea de tener que portar peso a su espalda lo que, a buen seguro, le salvó la vida. Sin embargo, durante aquellos años la salud de José había empezado a quebrarse debido a la falta de alimentación y al cansancio crónico. El trabajo en el taller bajo la supervisión de Aleksander le permitió, sin embargo, recuperarse de su debilidad, no solo porque era importante poder trabajar protegido de las inclemencias climáticas, sino también porque la alimentación de los trabajadores de la madera era algo mejor que la del resto de prisioneros.

—Si no comes más te vas a quedar en los huesos —le dijo el polaco a su amigo.

—Puede que tengas razón, Aleksander. A partir de ahora voy a repetir primer y segundo plato y no voy a decir nunca que no a los postres de chocolate —respondió con sorna.

—No te lo tomes a broma, Santín. Aunque la comida no es mucha ya sabes que puedo «negociar» para conseguir alguna más —le reconvino—. Tu aspecto ha mejorado pero aún estás débil.

—Sinceramente, no creo que comer más de esa bazofia me vaya a hacer ningún bien —dijo el español.

—¿Bazofia? ¿Qué es bazofia? —preguntó Aleksander espoleado por la curiosidad que sentía por las nuevas palabras en español que iba escuchando.

—Mierda, porquería, basura… —le contestó.

—Ya veo que no te gusta mucho la comida del campo… Anda, termina de cortar esas vigas. No quiero que estos malditos alemanes nos castiguen sin comer «bazofia» por no terminar el trabajo.

Desde que José Santín se situó bajo la protección del judío polaco se aplicó con denuedo a las labores propias del oficio y se dejó llevar

en todo momento por su benefactor. Aleksander, por su parte, encontró un amigo en quien confiar y por esa razón siempre le encomendaba tareas que le permitieran estar junto a él. No solo buscaba el polaco la compañía de la que carecía desde que perdió a Marek, sino que perseguía un segundo beneficio: el aprendizaje del español y el conocimiento de España, el lugar de sus ancestros. Poco a poco, con paciencia infinita, José le fue enseñando palabras, frases y expresiones que Aleksander fue aprendiendo rápidamente. A su vez, este no desaprovechaba la oportunidad de hablar con cuantos españoles pudo para, de ese modo, ir soltándose cada vez más con la lengua. Valiéndose del papel y de los lápices de carpintero que había en el taller, encontraba siempre la ocasión de escribir palabras y frases de utilidad que Santín le enseñaba y que luego intercambiaba con los españoles. Las nociones que tenían de ladino le pudieron ayudar en algo. Ello le sirvió para alejarse mentalmente del infernal lugar en el que se hallaba y que quedaba encuadrado por las enormes paredes de granito que se elevaban hasta el cielo desde sus pies; un lúgubre panorama que quedaba borrado cuando se afanaba en el aprendizaje del nuevo idioma. Esa fue para él su particular forma de resistencia. Su madre habría estado realmente orgullosa de él.

Cada vez que conseguían terminar un trabajo a tiempo o eran felicitados por los supervisores alemanes (cosa excepcional), José y Aleksander se miraban y proferían al mismo tiempo: «*El Dio es tadrozo ma no olvidazo*». Esa era la consigna que utilizaban para animarse. Sus conversaciones se desarrollaban cada vez con mayor fluidez y así pudo José darle a conocer las bondades de su tierra de procedencia: el color dorado de los atardeceres de Estepona, los vientos de poniente y levante que traviesos se relevaban para jugar con las personas, la amabilidad de la gente… Aunque José Santín había partido para Cataluña siendo un niño, había vuelto al sur en varias ocasiones. Su rincón malagueño era para él su verdadero hogar.

—¿Qué te parece si a partir de hoy te llamo Sandro? —le preguntó un día Santín a su protector polaco.

—¿Sandro? ¿Qué nombre es ese? —preguntó Aleksander a su vez asombrado.

—¡Sandro! Es más corto, más fácil de pronunciar y… no sé, ¡más español! ¡Sandro! ¿No te gusta?

—Bueno… no está mal. Pero no es el nombre que eligieron mis padres —Aleksander se mostraba pensativo, tanto que hasta había dejado de cepillar la viga que tenía entre manos para poder valorar mejor la propuesta de su amigo.

—Para mí es más familiar, más cercano —opinó Santín.

—Si a ti te lo parece… La verdad es que no está mal. ¡Sandro!… ¡De acuerdo! Puedes llamarme así si te apetece —concedió finalmente

el polaco.

Aunque Aleksander dudó al principio porque sentía que cambiando su nombre traicionaba la voluntad de sus padres asesinados, al mismo tiempo se sentía redimido con la idea de que alcanzar España sería una buena manera de rendirles tributo; para conseguir ese sueño tenía que empezar a hacerse llamar por otro nombre que resultara más familiar en español. Ese sería el peaje que tendría que empezar a pagar. Y estaba dispuesto a hacerlo. Desde ese día empezó a distanciarse emocionalmente de su nombre original y creció en él un apego progresivo por el nuevo.

—Ya verás como acabas por acostumbrarte. Y cuando llegues a España te será útil llamarte así.

—Ya sabes que quiero ir a tu país cuando salga de este agujero y tal vez «Sandro» lo tenga más fácil que «Aleksander» — dijo el polaco admitiendo que era buena idea haberse cambiado de nombre.

—Seguro que estarás encantado cuando conozcas Málaga. Allí podrás ser feliz.

—¿Tú no vendrás? —dijo el judío con preocupación.

—No será fácil acompañarte. Aunque nada desearía más que volver a mi tierra, el régimen de Franco no nos pone fácil la vuelta a España.

—Pero tú no tienes crímenes de sangre —objetó Sandro.

—Querido amigo, la estancia en un campo de concentración como este es suficiente motivo para ser considerado un «español peligroso» —dijo Santín con tristeza—. Y además, no sé hasta qué punto sería capaz de vivir con tranquilidad en una España gobernada por un dictador.

—Cuando todo esto acabe las cosas serán distintas. Haremos lo necesario para que puedas entrar en el país y puedas ser feliz allí —le dijo el polaco sin demasiado convencimiento.

—Todo se andará, querido Sandro, todo se andará…

—Confío en ello —le dijo el polaco poniendo su mano en el hombro de su amigo—. Pero antes tenemos que salir de este lugar… Espero que los aliados se den prisa en darles a los nazis su merecido.

Sandro y José, a pesar de los negros presagios de este, aprendieron a soñar juntos e imaginaban su futuro en libertad en el sur español. Si tenían suerte y salían con vida de aquel infecto agujero, los dos se dirigirían a la costa de Málaga, a Estepona, lugar de nacimiento de José. Eso, al menos, es lo que necesitaba pensar el español para sobrellevar la pesada carga del día a día. Tal fue la conexión que establecieron los dos prisioneros que llegó un momento en que el polaco era capaz de describir a la perfección cómo eran los atardeceres sureños, cómo exactamente la tonalidad del mar andaluz y cómo el dibujo que trazaban las gaviotas en su vuelo. Pudo conocer también del carácter alegre y jovial de los marineros malagueños y

podía llegar a ver, con solo cerrar los ojos, el sol del verano ocultándose tras las montañas. Eso conseguía distraerlo del entorno gris que tenía que habitar en aquel campo de concentración alemán y le hacía encontrar un motivo para vivir cada día; las ideas de terminar con su vida fueron sustituidas por las amables imágenes de un futuro en paz.

En la transformación de su personalidad también influyó la necesidad que Sandro tuvo de ocultar su origen judío. Él había sido desplazado a Mauthausen desde Auschwitz al ser considerado un rebelde «ario» que había participado en el alzamiento de Varsovia en 1944, pero no por ser judío. De haberse conocido su naturaleza hebrea habría sido eliminado en el acto.

—Cuando vayas a Estepona no puedes dejar de visitar la Bodeguita del Chato —le decía José con una sonrisa fruto de la evocación—. Está en la calle Santa Ana, en el centro del pueblo. No te puedes hacer una idea del buen vino que gastan por allí. Eso al menos es lo que decía mi padre porque yo solo recuerdo que de niño lo acompañaba a aquel lugar tan entrañable en el que la conversación y la amistad fluían a raudales. Si algún día vas tienes que preguntar por don Pedro, él sabrá bien cómo tratarte.

—¿Por qué siempre vas tan rápido y dices tantas cosas a la vez? —le regañó a José el polaco—. Espera un momento que lo escriba. «Bo-de-gui-ta-del-Chi-a-to…».

—… del «Cha-to», Sandro, del «Cha-to»… en la calle Santa Ana —le corrigió José.

—Del «Chato»… «calle Santa Ana». ¡De acuerdo! —celebró Sandro al escribir correctamente el nombre y la dirección del sitio.

—«*El Dio es tadrozo ma no olvidazo*», ¿no? —dijo sonriente el español.

—Sí, querido amigo, Dios me está ayudando con tu idioma porque de otro modo no puedo explicarlo —se refería Sandro a cuán rápido evolucionaba en el aprendizaje de la lengua—. Pero una cosa tengo que decirte: si alguna vez voy allí será contigo.

—Cuenta con ello. Seré yo mismo quien te presente a don Pedro. Si se acuerda de mí, claro… —dijo José con nostalgia y siendo consciente de estar engañando piadosamente a su amigo.

No imaginó Sandro en ese momento que, efectivamente, iría un día a la Bodeguita del Chato de Estepona, conocería a don Pedro y disfrutaría del calor del sitio y de su gente. Solo que entonces no podía saber que entre esa gente no estaría su amigo José Santín.

Los dos hombres trabajaban de sol a sol pero no les pesaba. Mientras cumplieran con los plazos de entrega de las piezas y estas se ajustasen como debían a su lugar de destino, no eran molestados en absoluto. Se evitaron así las palizas, los golpes y las humillaciones que

presenciaban cada día porque frente a ellos se extendía un panorama de desolación, desesperación y muerte del que, por el momento, se sentían a salvo.

Los meses más fríos de enero, febrero y marzo fueron transcurriendo sin sobresaltos aunque en unas condiciones realmente lamentables (siendo las suyas mucho mejores que las de sus compañeros). La alimentación seguía siendo escasa y las noches eran sufridas con el castañeteo de dientes y las molestias producidas por el hacinamiento. Sandro tuvo mejor suerte porque, como jefe de barracón, podía tener un cubículo aparte dentro del pabellón, así como una manta para él solo. José, por el contrario, dormía con el resto de prisioneros; sus incomodidades y la exposición al contagio de enfermedades eran, por tanto, mayores.

***

—¿Te ocurre algo? —preguntó Sandro a su amigo una mañana en el taller. La demora en la respuesta le empezó a preocupar—. Te pregunto si te ocurre algo.

—¿Me hablas a mí? —preguntó a su vez Santín, buscando en el espacio el origen de aquella pregunta. Al español se le veía desorientado.

—Estoy aquí. Soy yo quien te ha preguntado. ¿Estás bien? — Sandro dejó su banco de trabajo para acercarse hasta su amigo, preocupado por su extraña actitud.

—Sí, sí, me encuentro bien. Es solo que estaba distraído — respondió sin convencimiento.

Fue a principios del mes de abril cuando Sandro había empezado a notar a José un tanto ausente e incapaz de hilar las conversaciones que se mantenían en el taller entre los que estaban allí trabajando. Aquel día las ausencias del español eran realmente preocupantes.

—¿Qué es eso que tienes ahí? —Sandro se había percatado de unas erupciones que se entreveían sobre el pecho de su amigo, bajo el uniforme de rayas, y que, parecía, se estaban extendiendo hacia el resto del cuerpo.

—¿Eso? No es nada —respondió mirando hacia otro lado, como queriendo quitarle importancia.

Aquello sería el principio del fin. En pocos días José Santín no podía mantenerse en pie debido a su extrema debilidad, a sus fuertes dolores y a la fiebre alta. Parecía claro que su amigo había contraído el tifus, como también parecía claro que, de ser descubierta esta circunstancia por cualquier *kapo* o supervisor de las SS, las horas de

vida de José estarían contadas. Sandro no podía hacer otra cosa que destinar parte de su ración de sopa a la alimentación de su amigo, pero este rechazaba la comida. Por lo demás, las compresas frías para bajar la fiebre o los masajes que le pudiera realizar en las partes doloridas de su cuerpo, solo podían servir para aliviar mínimamente los síntomas. La falta de medicamentos y la improcedencia de avisar a los supervisores de los SS para evitar la ejecución inmediata del enfermo hacían imposible cualquier otro proceder. Y la enfermedad seguía avanzando. Mantener a José en el taller ya era imposible, y un día no pudo asistir al severo recuento de la mañana.

—No puede levantarse —le dijo a Sandro el compañero de camastro de José—. Ha estado toda la noche delirando, con fiebre y dolorido. Pero si no sale al recuento podemos despedirnos de él.

—¡Santín! ¿¡Me oyes Santín!? —le gritó Sandro a su amigo en actitud desesperada. Pero este no tenía fuerzas para orientar siquiera su cabeza hacia aquella voz—. Tienes que hacer un esfuerzo. Iremos al recuento y en cuanto lleguemos al taller podrás acostarte todo el día. ¡Yo estaré vigilando!

—¡Recuento! ¡Todos afuera malditos vagos! —la desagradable voz de aquel *kapo* llegaba nítida hasta Sandro apremiando a este a hacer algo.

—Es inútil —le dijo el compañero de infortunio de Santín a Sandro —. Salgamos ahí afuera si no queremos ponernos en peligro. El destino de José ya está decidido —y agarró al polaco por el brazo para conminarlo a salir. Los más de doscientos prisioneros ya se hallaban formados en la *appellplatz*.

Sandro, mientras se alejaba lentamente de su amigo, no pudo evitar sentir sus ojos arrasados en lágrimas. Santín, por su parte, ni siquiera era consciente de la situación y balbuceaba palabras ininteligibles entre el delirio y la fiebre.

—¿Se les han pegado las sábanas a los señores? ¿Tan mal han dormido que vienen llorando? —preguntó con voz templada Ludwig Füssl. Aquel apaciguamiento en su tono solo podía presagiar lo peor.

—Señor, hemos tenido que atender a un enfermo que se encuentra ahí adentro. Si pudiese venir algún médico para… — Sandro no pudo terminar la frase porque en ese momento recibió un fuerte puñetazo en el estómago que lo dobló en el suelo.

—¿Desde cuándo debéis ocuparos de los enfermos? —al decir esto golpeó también al compañero que había acompañado a Sandro—. ¡Sucios y malditos polacos! ¡Llamen al doctor Heim!

Uno de aquellos esbirros de las SS se alejó para buscar al doctor Aribert Heim, el cruel doctor del que todos habían oído hablar y de quien destacaban su sadismo, su deshumanización y su locura.

—Esto no puede augurar nada bueno —le dijo el compañero de

barracón en voz baja mientras se retorcía de dolor por el golpe recibido—. Este hijo de puta va a acabar con la vida de Santín.

Sandro, fruto del puñetazo, de la rabia que le invadía y de la tristeza que empezaba a sentir no dijo nada.

—Aquí los señores se entretenían jugando a ser médicos esta mañana. Ahí dentro hay un casi cadáver. Mire a ver qué puede hacer usted —le dijo Füssl al médico según este se acercaba.

—¿Dónde se encuentra el individuo? —preguntó el galeno.

—Está en la última cama de la fila derecha, en la de en medio —respondió Sandro como pudo.

Requerido por el sádico nazi, el judío se levantó para acompañarlos. Tanto el supervisor como el médico (a quien todos conocieran en el campo como Doctor Muerte) iban protegidos por un pañuelo sobre la boca y la nariz. Los prisioneros que se encontraban concentrados en la plaza conformada entre los pabellones y junto a las tétricas moles de granito observaban mudos la escena, sabedores de que el maldito médico estaba a punto de cobrarse una nueva vida.

La vuelta a la oscuridad exigió de Sandro un esfuerzo de adaptación de la vista. En pocos segundos pudo reconocer cada rincón del pabellón y dirigió a los dos nazis hacia el lugar donde se encontraba José Santín. No podía hacer otra cosa. Mientras avanzaban por el pasillo Sandro le iba pidiendo perdón en silencio a su amigo conociendo, como conocía, que estaba conduciendo a sus matarifes hacia la presa. En un esfuerzo sobrehumano el polaco judío quiso creer al cruel supervisor cuando este le dijo que el doctor le inyectaría un potente antibiótico para intentar salvar a aquel buen trabajador. Deseó con todas sus fuerzas poder creer aquello, pero a la vista de la jeringa y su inusual larga aguja pensó que el destino de la misma no era otro que el corazón de su amigo. El fenol solo tardó unos pocos minutos en hacer efecto. José Santín Escudero había pasado a la historia. Sandro tuvo que contener la rabia que sintió y la ira que se desató dentro de sí porque no quería acompañar a su amigo en su viaje sin retorno. Pero se propuso una vez más sobrevivir. José había muerto pero el sur de España seguía muy vivo. Más vivo que nunca.

20
Liberación del campo de Mauthausen. Mayo de 1945.

Sandro no vio huir a los SS. Aunque después supo que habían empezado a hacerlo en el campo principal el jueves 3 de mayo, no fue hasta el sábado 5 cuando tuvo la certeza de que la liberación del campo estaba cerca. En Gusen se había seguido trabajando como habitualmente, ajenos al hecho de que los americanos ya estaban por allí. Conocedor del desbarajuste del campo auxiliar en cuanto a la coordinación secreta de los prisioneros, y ante la inexistencia de guardias alemanes que le cortasen el paso, Sandro se dirigió al campo principal de Mauthausen donde, supuso, las cosas estarían más organizadas. No se equivocaba. En el campo principal el Comité Internacional de Prisioneros —organización clandestina que se había conformado durante los años de cautiverio— había conseguido hacerse con el control del campo una vez hubieron huido los nazis. Sandro tuvo entonces conocimiento de que la 11 División Acorazada del Ejército Norteamericano —conocida con el sobrenombre de Thunderbolt— había llegado hasta el campo ese mismo sábado, pero se habían retirado del mismo por orden del mando superior porque liberar Mauthausen no era su misión.

—Hace dos días que esos cobardes alemanes se fueron con el rabo entre las piernas —le decía un prisionero español a Sandro al ver que este miraba todo aquello con cara de asombro.

El hispano, un tanto desarrapado por las circunstancias sufridas, blandía un fusil Mauser requisado de la armería del campo aunque, en aquello momentos, no tenía contra quién utilizarlo.

—¿Quieres decir que han huido? —preguntó.

—Esos gallitos eran muy valientes con nosotros, los débiles, pero cuando han tenido que plantar cara a los americanos se han meado en los pantalones —contestó el español.

—¿Quién tiene ahora el control del campo? —en Sandro parecía resurgir el alma inquieta del rebelde.

—El Comité Internacional de Prisioneros —le respondió—. Pero si quieres ser útil debes pegarte a nosotros, los españoles. ¿De dónde

vienes?

—Soy polaco, pero espero poder decir pronto que también soy español. Cuando todo esto termine quiero ir a tu país —respondió Sandro.

—Eres afortunado. Ya me gustaría poder decir lo mismo — dijo el español con tristeza—. Pero antes de hacer planes hemos de ocuparnos de ordenar todo esto un poco.

Sandro conoció en ese momento que hacía dos días que todos los guardias y mandos de las SS habían empezado a retirarse ante la evidencia de que los americanos se acercarían pronto por allí. Los españoles, muy numerosos, fueron los encargados de recibir a los liberadores con pancartas de salutación y vítores. Un número muy superior de prisioneros, sin embargo, no reunía siquiera las condiciones físicas para vitorear a nadie: bastante ocupados andaban en mantenerse aún con vida. Ante la retirada momentánea de los americanos —volvieron al cabo de veinte horas de haberse marchado — el caos empezó a propagarse por el lugar: fueron frecuentes las huidas hacia granjas cercanas para atiborrarse de comida (lo que produjo varias muertes ya que los cuerpos de los famélicos prisioneros no estaban acostumbrados a digerir tanto alimento), no había personal sanitario para atender a la población recluida, algunos buscaron tomarse la justicia por su mano y se emplearon en perseguir a los alemanes para vengarse… Todo era bastante desordenado. Sandro, que se encontraba en mejores condiciones físicas que la mayoría de sus compañeros, ayudó en lo que pudo coordinándose para ello con el Comité Internacional de Prisioneros: trasladó a los enfermos a los barracones más seguros, procuró alimento de los almacenes para los más necesitados y también ayudó a incinerar cadáveres para evitar la propagación de enfermedades. Cuando los americanos volvieron — bien entrado ya el domingo 6 de mayo— la situación del campo, aun estando sin control, había mejorado algo. Fue entonces cuando se pudieron coordinar las actuaciones necesarias para ayudar a los sobrevivientes del horror.

—Al final teníais razón: los aliados acabarían espantando a los nazis —Sandro entablaba conversación con Antonio Terres.

El español había conseguido sobrevivir también al infierno de Mauthausen-Gusen y era testigo, junto al judío polaco, de la alegría de la liberación. Veían a muchos abrazándose, lanzando gritos de júbilo o arrojando los gorros al aire.

— Bueno, ya te lo dije: teníamos que aguantar para aguarle la fiesta a esos malditos. Y les hemos ganado, querido Sandro —le dijo su amigo Antonio dirigiéndose a él por su nuevo nombre.

—Sí, hemos ganado. Pero hemos dejado atrás tanto… —la emoción del momento y el recuerdo de los suyos hicieron que Sandro no

pudiese terminar la conversación que estaba teniendo con el español.

El polaco se alejó algo del bullicio buscando un poco de sosiego para su alma que, en esos instantes, se encontraba escindida entre la alegría del momento y la tristeza del recuerdo por todo lo acontecido. Al pasar por uno de aquellos vehículos que los americanos habían desplazado a la zona reparó en el espejo que el mismo tenía a modo de retrovisor. Hacía muchos meses que Sandro no contemplaba nítidamente su propio rostro: solo había podido mirarlo asomándose a los charcos que se formaban en el campo o poniéndose frente a los mugrientos cristales de las ventanas de los barracones. Ahora tenía la oportunidad. Entre temeroso y curioso se fue acercando lentamente al espejo. Allí pudo contemplar un rostro demacrado, presidido por unos ojos hundidos sobre unas pronunciadas cuencas, ojos vencidos y cansados desde los que se proyectaba una mirada de fatiga y sufrimiento. Aquella mirada, aunque era la propia, le pareció la de un extraño que, desde el otro lado del cristal, le pidiera compasión y aliento. Desde ese instante se comprometió a rescatar a la persona que le observaba con infinito pesar, aquel ser que no era otro sino él mismo. Esa mirada le acompañaría el resto de su vida. Tras observar su cara volvió la vista hacia su cuerpo y tomó conciencia del traje de rayas con el que había permanecido en aquel infierno durante seis meses. De repente cayó en la cuenta de que él era uno más de aquella masa de uniformes, que su destino había sido común al de esos desgraciados y que su aspecto decrépito en nada se diferenciaba del que estos presentaban, por más que él estuviese algo mejor alimentado. Pensó cuántas cosas más compartiría con ellos. Y cayó entonces en la cuenta de que su condición, a pesar de su similitud, era distinta: él era un judío que había conseguido sobrevivir a la locura nazi pero sus compañeros eran, sobre todo, presos políticos, principalmente republicanos españoles que habían compartido su cautiverio. Y había otro asunto que los diferenciaba: él era libre para poder volver a su país, Polonia, pero los españoles no podían hacerlo al suyo porque Franco no les reconocía la nacionalidad española. Sandro se sentía mal al pensar que, paradojas de la vida, él sí podría viajar a España —ya vería cómo hacerlo —, no así sus compañeros. Había descartado volver a Polonia, como también lo desestimaron muchos de sus compatriotas. Allí nada ni nadie le esperaba. Además, no deseaba volver a enfrentarse con el desprecio, con el ostracismo y con el desdén de quienes en su día pudieron ayudar a los judíos y no lo hicieron. La tierra de promisión, para él, se encontraba ahora en otro lugar.

—Te acuerdas ahora de Santín, ¿verdad? —Antonio Terres, preocupado por Sandro, no había quitado la mirada de su amigo y se había acercado a consolarlo.

—De Santín y de los míos. No tengo motivos para sentirme feliz. Esta vez Dios ha llegado tarde —dijo Sandro llorando abiertamente.

—Bueno, yo no es que me lleve especialmente bien con Dios, ni siquiera le hablo. Pero al menos tú estás vivo para seguir adelante —intentó animarle Antonio Terres.

—¿Seguir adelante? ¿Para qué? ¿Alguien me devolverá a los míos? ¿Alguien puede borrar todo el sufrimiento? —preguntó mezclando el llanto con la rabia.

—Seguir adelante para recordarte una y otra vez que no pudieron contigo, querido Sandro. Y para construir un nuevo futuro —le dijo Terres.

—¿Un nuevo futuro? ¿Por qué yo? ¿Por qué precisamente yo he tenido que sobrevivir? ¿He hecho algo para merecer seguir con vida? ¿No lo merecían ellos más que yo? —Sandro estaba hecho un mar de lágrimas.

Se arrodilló sobre la tierra y, hundiendo su rostro en sus castigadas manos, lloró desconsoladamente, como un niño que hubiera perdido a su madre en el bullicio. El español quiso respetar su dolor y lo dejó solo para que pudiera desahogarse. Entre las rendijas de sus dedos aparecía un basto uniforme de rayas blancas y azules. Al percibir aquella infame visión fue la primera vez que Sandro sintió compasión de sí mismo. Estaba solo, humillado, desposeído, desnortado, se sentía culpable. Así permaneció durante bastante tiempo, castigándose a sí mismo y deseando haber muerto hacía tiempo junto a los suyos. Se levantó de la tierra, volvió a mirar a su alrededor y, haciendo un esfuerzo por superar la mirada borrosa que le procuraban sus lágrimas, descubrió un paisaje infinitamente bello, pleno de verdor, de árboles que crecían orgullosos, de otros que ya eran centenarios, de extensas praderas y colinas… todo eso había estado allí presente para él durante seis meses, pero solo ahora se hacía visible. Se tuvo que secar sus humedecidos ojos con la manga de la sucia y ajada chaqueta para poder ver todo mejor. De algún modo, la naturaleza sosegó su alma. Se calmó. Por un momento su cabeza dejó de funcionar. Ahora no pensaba en nada. Se dejó acariciar por la brisa de esa hora. Y vio cómo las ramas se mecían al albur de ese airecillo. De repente, en un instante, recobró el ánimo, como si un reloj que hubiera estado programado para aquella hora hubiera empezado a sonar en su interior. ¿Dónde estaba el sur? ¿En qué dirección se encontraba España? Eran preguntas que surgieron súbitamente en su mente. Solo el color del mar azul que él imaginaba y el consuelo de una tierra de promesa podían paliar, siquiera en escasa medida, su inmenso dolor. «¿Cómo llegaré hasta allí? ¿Qué haré en el camino?», eran preguntas que repiqueteaban una y otra vez en su conciencia. Tendría que construir un nuevo mundo para él, solo, con sus manos, con su

decisión y su empuje, sin dejarse arredrar por nada ni por nadie. ¿Podría hacerlo? Tenía que intentarlo. Se lo debía a su familia muerta, se lo debía a su amigo muerto pero, por encima de todo, se lo debía a sí mismo… A él, que aún tenía vida. No había luchado como lo había hecho para abandonarlo todo ahora. No moriría en la orilla, viviría en la orilla, en la orilla de un mar Mediterráneo que lo estaría esperando al otro lado del continente. ¿Cuándo empezaría el camino? «Ahora. En este momento», decidió Sandro. Y diciéndose esto giró su cuerpo hacia el sur y empezó a andar. En ningún momento volvió la vista atrás…

PARTE CUARTA

Al encuentro de Sefarad

21
Marchas de la liberación y campo de liberados en Innsbruck. Mayo-noviembre de 1945.

Sandro anduvo durante días acompañando a las columnas de liberados. Circulaban por los márgenes de las carreteras. Abriendo el paso y custodiando la marcha se encontraban los *jeeps* americanos. Por el camino fueron haciendo paradas por pueblos y aldeas donde la Cruz Roja atendía las necesidades de los integrantes de la comitiva. Los más débiles habían sido evacuados a los hospitales más cercanos, sobre todo a Linz, o bien hacia los puestos sanitarios de campaña cuando su situación no revestía gravedad. Eran miles y miles los evacuados que se dirigían hacia el oeste, a los territorios que habían sido liberados por los aliados. Como Sandro, la mayoría de judíos que sobrevivieron no querían o no podían volver a sus países de origen. Compartió camino, por tanto, con judíos alemanes, eslovacos, austríacos, ucranianos y polacos. Con estos últimos entabló una relación de camaradería que le permitió hacer el camino más amable y encontrar el apoyo y la comprensión de quienes habían corrido la misma suerte en la patria común que dejaban atrás para siempre. Según pasaban los días las columnas iban estando cada vez menos nutridas pues muchos de los componentes hebreos de las mismas elegían alojarse en campos de refugiados y centros urbanos donde esperarían la oportunidad para embarcarse en dirección a América, hacia Inglaterra o hacia la propia Palestina, lugar este último donde esperaban poder vivir algún día en el estado de Israel. Sandro, como tantos otros, fue atendido por la Administración de las Naciones Unidas para la Ayuda y la Rehabilitación, organismo internacional que se ocupaba de la coordinación de los campos y centros de refugiados. De esta institución obtuvo una documentación que le permitiría cierta libertad de movimiento por el continente aunque, eso sí, no le aseguraba la entrada en España como él deseaba; las particularidades del régimen franquista no garantizaban el asentamiento de un judío en aquel país sin mayores problemas. Se dejó guiar por dicho organismo pero también, y sobre todo, por el Comité Judío Americano para la

Distribución Conjunta, de quien recibió comida y ropa y, posteriormente, mayores prebendas y favores. Sandro no escatimó a la hora de relatar al comité los pormenores de su azarosa participación en los acontecimientos acaecidos en su Polonia natal, lo que conmovió a los miembros del mismo.

—Su historia me parece sencillamente increíble. Creo que no deberían reparar en hacer los esfuerzos necesarios para ayudarle —James Mill, delegado americano del Comité Judío en Austria, se dirigía al embajador de España en ese país, don Juan Schwart Díaz-Flores—. Podrían repetir la jugada y seguir haciendo valer el decreto de Primo de Rivera de 1924.

—Debo decir que me ha impresionado la historia de ese tal Aleksander Kreczkiewicz —dijo el embajador—. Y sí, no veo por qué no podríamos reconocerle la nacionalidad española en virtud del decreto y de su origen sefardita.

—Aunque usted y yo sepamos que ese decreto dejó de tener efecto hace ya unos años, ¿verdad, señor Schwart? —el delegado judío le guiñó un ojo en actitud cómplice.

—A usted no puedo ni quiero engañarle. Ya sabe que muchos de los suyos han sido salvados por nuestros diplomáticos haciendo trampas, porque el decreto fue suprimido por la república española en 1931. Ahí tiene sin ir más lejos a Ángel Sanz-Briz en Budapest. Él solo ha conseguido salvar a más de 5000 judíos engañando a los alemanes con el decreto caducado. Pero si es a los nazis a quienes les hemos colado el engaño no veo reproche alguno en haberlo hecho —respondió con aplomo el diplomático español.

—Bien, pues entonces, dado que usted es embajador de España en Austria y ya que el señor Kreczkiewicz Bensheton se encuentra en este último territorio afirmando ser sefardita, podría usted extenderle un visado de entrada a España —propuso Mill sin olvidar citar el segundo apellido sefardí de Sandro.

—Puedo hacer algo mejor que extender un visado de entrada —dijo el embajador—: me pondré en contacto con don Eduardo Propper de Callejón. Es un diplomático español de alto rango en Francia y estará encantado de tramitar el papeleo necesario para poder prescindir del visado y adquirir directamente la nacionalidad española. Lo conozco bien, no tendrá inconveniente en hacerlo.

Eduardo Propper de Callejón era un convencido monárquico casado con una Rothschild que sentía el deber moral de proteger a los judíos, como ya había hecho en los años anteriores; y ello a pesar de las dificultades que oponía el gobierno de Franco y de los quebraderos de cabeza que ello le supuso.

—¡Caray, esas sí que serían buenas noticias para Sandro! — dijo Mill entusiasmado.

—¿No era Aleksander? —preguntó extrañado el señor Schwart.

—Sí, pero él prefiere que le llamen Sandro. Hace poco que se hace llamar así. Un compañero de cautiverio de España le propuso ese nombre para darle un aire más español —respondió el americano.

—Suena más bien a italiano, aunque a oídos de un español no se hace raro. Méritos para conseguir la nacionalidad española no le faltan, desde luego. Me pondré de inmediato a ello. Pronto tendrá noticias mías, señor Mill —y dicho esto el embajador español se levantó para despedir a aquel diligente delegado del Comité Judío.

El polaco no podía creer que, por fin, la fortuna llamara a su puerta. Durante todo el procedimiento de tramitación de su nacionalidad Sandro tuvo que esperar pacientemente en un campo cerca de la ciudad austriaca de Innsbruck, lugar cercano a la frontera con Suiza. Corría el mes de agosto cuando fue informado de que su situación se empezaría a tramitar de inmediato. Habían transcurrido algo más de dos meses desde la liberación de Mauthausen y el judío ya empezaba a vislumbrar un horizonte más despejado de nubes sobre su futuro. Supo armarse de paciencia; la espera comenzó a partir de aquel momento en sosegada actitud aunque, eso sí, aún tuvo que hacer frente a algunos episodios de melancolía e inhibición que, en ocasiones, lo sumieron en un estado cercano al estupor. Pero por fin llegó noviembre.

—¿Así que es usted el señor Kreczkiewicz? —el propio diplomático español Eduardo Propper de Callejón, acompañado del comisionado James Mill, estaba a punto de hacer entrega al polaco de la documentación que acreditaba su nacionalidad española bajo el nombre de Sandro Bensheton.

El porte de aquel diplomático, en comparación con las ropas más que discretas que vestía Sandro, establecían un contraste más que notable.

—Sí, soy yo. Le estoy muy agradecido por su visita —respondió azorado Sandro.

Ni el lugar —un discreto barracón del campo— ni su indumentaria estaban a la altura de aquella visita.

—No tiene que agradecerme nada. Más bien somos nosotros quienes tenemos que darle a usted las gracias por su entrega y sacrificio. Debo decirle que su historia nos ha impresionado y que sentimos con orgullo que sea un compatriota nuestro quien la haya protagonizado —dijo el diplomático mientras estrechaba su mano.

—Siempre a su servicio, señor Propper —Sandro estaba emocionado. Escuchar la palabra «compatriota» en boca del diplomático español le había conmovido.

—Debe saber que ha sido el mismísimo embajador de España en París, Miguel Mateu y Pla, quien ha extendido el documento de

nacionalidad, en el que se ha añadido una adenda donde se especifica que es usted un español «limpio», sin vinculaciones con el frente republicano ni crimen alguno cometido.

—¡No sé qué decir! —la alegría que sintió empezó a humedecer sus ojos.

—Aún hay más, Sandro —dijo James Mill también emocionado.

—Sí, así es. El embajador en París le hace también entrega de este pasaje de barco entre Marsella y Barcelona. El señor Mateu y Pla fue alcalde de Barcelona hasta hace unos meses y desea que entre usted en España por su ciudad —el diplomático le entregó todos los documentos, asegurados con una cinta roja—. A través de esta carta le desea, además, toda suerte de felicidad en la nueva etapa que para usted se abre.

Sandro no pudo contenerse por más tiempo y rompió a llorar. Más tarde supo que su historia había conmovido tanto al embajador que este se había saltado algunas instrucciones del régimen y optó por recompensar generosamente el sufrimiento de ese valiente judío… sefardí. En su fuero interno, el embajador español siempre había sostenido que los Reyes Católicos se equivocaron al expulsar a los ancestros de Sandro y, de algún modo, quiso reparar el histórico desafuero con ese pequeño gesto.

22
Villa Air-Bel, Marsella, sur de Francia. Diciembre de 1945.

No tardó mucho Sandro en alcanzar la Costa Azul francesa desde Suiza. La documentación de la que estaba provisto gracias a la Administración de las Naciones Unidas, así como el dinero que le fue facilitado, le fueron muy útiles para circular libremente hasta el destino marsellés. En la costa francesa le esperaba un miembro del Comité Judío que lo alojó en un coqueto chalet a las afueras de Marsella. El embarque para Barcelona se produciría a primeros de enero porque el mar no presentaba las condiciones debidas en aquel agitado mes de diciembre de 1945. Pero ello no suponía ningún problema porque el pasaje que se le había entregado estaba abierto a cualquier fecha. Sandro, en todo caso, agradeció el gesto que con él tuvieron facilitándole un alojamiento donde esperar pacientemente a coger su barco. Así se pudo regocijar durante un tiempo en las instalaciones de aquella casa de campo que tenía por nombre Villa Air-Bel, donde cada pocos días era visitado por una colaboradora del Comité Judío, Margaret, una chica judía americana curtida en la ayuda y asistencia a refugiados. Aunque Sandro no era tal cosa, el trato que dicha institución le dispensó le ayudó a gozar de una alimentación y un vestido adecuado así como de unas instalaciones de ensueño donde esperar su embarque.

El atractivo de Margaret, por su parte, había despertado en Sandro algo parecido al deseo que llevaba ya muchos meses sin experimentar. Desde que murió Estanislava nunca sintió la necesidad de estar con una mujer, pero las nuevas circunstancias, en las que se veía acompañado de aquella bella dama en un lugar tan íntimo y retirado de todo, le hicieron albergar ciertos pensamientos que consiguieron encender en él una cierta pasión. Pero Sandro actuó diligentemente, primero alejando de sí esos inquietantes pensamientos y luego haciendo valer el respeto del luto por su esposa fallecida. El polaco (ahora también español) debía tener la cabeza centrada en las tareas que tendrían que ser atendidas en los próximos días; no podía dejarse

distraer por la belleza de Margaret.

Lo primero que llamó la atención de Sandro al llegar a Villa Air-Bel fueron las pinturas que estaban realizadas al fresco sobre las paredes. No eran obras al uso sino más bien imágenes oníricas que sugerían escenas de sueños y realidades imposibles. También le sorprendió mucho encontrar poesías escritas en las paredes. La extrañeza del polaco por la enigmática casa no pasó desapercibida para la generosa colaboradora del Comité Judío.

—¿Así que no sabes por qué están ahí esas pinturas y poesías? —le preguntó Margaret un día.

—Lo cierto es que me parecen un poco desconcertantes — respondió Sandro sin dejar de fijar la vista en aquellos murales.

Los dos se hacían entender en español porque Margaret siempre se había interesado por esa lengua y se manejaba con cierta soltura fruto de los intercambios lingüísticos con sus vecinos puertorriqueños de Nueva York.

—Por esta villa han pasado un buen puñado de intelectuales que huían del nazismo. Fue entre 1940 y 1941, hace tan solo cinco años — comenzó a explicarle Margaret—. La villa fue alquilada por un tal Varian Fry, un periodista de mi país que actuó en nombre del Centro Americano de Socorro, una institución filantrópica que acudió en ayuda de los intelectuales europeos cuando los nazis ocuparon Francia. Desde que los habitantes de la casa huyeron felizmente a América nos hemos hecho cargo nosotros del alquiler para continuar dándole utilidad.

—¡Caray, sí que tiene historia esta casa!

—Pues sí. Aquí han esperado pacientemente sus visados para Estados Unidos algunos de los más importantes pintores, escritores y pensadores. ¿Conoce usted por ejemplo a André Breton? —preguntó Margaret.

—No tengo el gusto.

—Pues es considerado uno de los más importantes escritores del surrealismo. También hace poesía y ensayo. Esa que usted ve ahí, sobre la chimenea, es suya —Margaret señalaba una poesía que había escrita en aquel lugar—. ¿Y esa pintura? ¿Le sugiere algo?

—Un poco rara, ¿no? —respondió Sandro al tiempo que fijaba la vista en un extraño fresco que parecía reflejar la colorida cabeza de un caballo.

—La hizo Chagall.

—¿El pintor?

—El mismo. Veo que lo conoce —dijo Margaret.

—¡Esto es un pequeño museo! Una lástima que no se pueda visitar…

—Pues sí, por aquí han pasado, que yo sepa, un tal Duchamp…

Max Ernst… ¡y muchos más! Los meses que ocuparon la casa mientras esperaban escapar a América los emplearon en hacer de las suyas… sobre las paredes.

—Alguno de ellos dejó olvidado el sombrero —dijo Sandro señalando un sombrero Fedora color marrón que se hallaba sobre un armario.

—Si te queda bien te lo puedes llevar. Te guardaré el secreto. Total, nadie lo va a reclamar —dijo Margaret.

Sandro se dirigió hacia el armario y, empinándose un poco venciendo el hándicap de su pierna izquierda, consiguió agarrarlo. Cuando recobró la postura se caló el fieltro y se miró en el espejo que estaba frente a él. Le quedaba perfecto. Volvió a quitárselo y sopló para quitarle el polvo. Cuando se lo hubo calzado de nuevo se giró a Margaret y le preguntó.

—¿Cómo se me ve?

—Está usted muy guapo, señor Bensheton. Y siempre podrás decir que el sombrero perteneció a Breton, eso te hará parecer muy interesante. Además, te va a ser de mucha utilidad cuando decidas pasear por cubierta. Por cierto, tu barco para Barcelona parte pasado mañana. Este dinero es para ti.

***

El día siguiente lo pasó Sandro inquieto y sin rumbo fijo deambulando por Villa Air-Bel. Igual salía al exterior que volvía a entrar, tanto se detenía a mirar los frescos de las paredes como volvía a salir buscando el canto de aquel pájaro que endulzaba sus horas. A pesar de los esfuerzos que realizaba por mantener a Margaret fuera de su mente, cada hora que discurría le resultaba más difícil hacerlo. Y aquella poesía de Breton sobre la pared no hacía más que devolverlo a ella:

Mi mujer de cabellera de fuego de madera

De pensamientos de relámpagos de calor

De cintura de reloj de arena…

Las horas pasaban lentas y la noche fue para él una larga travesía que tuvo que acometer a solas batiéndose con el deseo y la duda. Tuvo que recordarse una y otra vez que su futuro era España, que Margaret estaba allí hoy como mañana estaría en otro lugar. No podía seguirla. Tenía que guiarse por su corazón y este, a pesar de todo, le marcaba como rumbo el sur. Pero por fin llegó la mañana y con ella la claridad

del día que le ayudó a disipar las tinieblas de la indecisión.

Margaret apareció en la puerta de la villa sobre el asiento de atrás de un Lincoln Continental negro, un vistoso coche americano que, a buen seguro, habría llegado hasta Francia embarcado por el Comité Judío. Un miembro de dicho comité se encontraba al volante; él sería quien lo llevara hasta el puerto de Marsella mientras Margaret quedaba arreglando la casa de campo para alojar a nuevos huéspedes.

—Bueno, ha llegado el día —le dijo Margaret a Sandro.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí. Siempre te recordaré —le dijo a su vez Sandro algo nervioso.

—Es a esto a lo que me dedico. No necesito el agradecimiento, aunque me agrada saber que te he podido ser de utilidad —Margaret no podía evitar dibujar una ligera sombra de tristeza en su rostro; el hispano-polaco había despertado en ella sentimientos dormidos y ahora le costaba trabajo despedirse de él.

—Solo espero que sigas cuidando de otros tan bien como has cuidado de mí —Sandro le extendió la mano para despedirse pero entonces Margaret se acercó hasta él para besarlo en la boca.

—Quiero que te lleves este recuerdo de mí. Si hubieras estado aquí más tiempo seguro que no te habría dejado partir a España —le dijo emocionada.

—Entonces deberé irme cuanto antes, porque tal vez yo llegaría a sentir lo mismo —respondió—. Me tengo que ir.

—Te deseo todo lo mejor, querido Sandro.

—Y yo a ti, mi querida Margaret.

Tras decir esto, el judío se dirigió hacia el auto, donde le esperaba con la puerta abierta aquel discreto colaborador que generosamente lo trasladaría hasta el Puerto Viejo marsellés. La pequeña maleta que portaba fue acomodada en el mismo asiento de atrás donde se ubicó Sandro. Al cerrar la puerta vio dibujada en el cristal la figura de una mujer que llevaba su mano derecha hasta la mejilla para secar una lágrima que, suponía, había empezado a caer. Estuvo tentado de bajar del coche y quedarse para siempre junto a aquella poesía que ahora se desplegaba ante él y que no era sino la materialización de las palabras de Breton escritas sobre la pared. Pero no podía hacerlo.

—Nos podemos ir ya —impelió al conductor.

Aunque lo profirió con firmeza, no estaba seguro de haber tomado la mejor decisión.

***

Sandro no pudo conocer mucho de la ciudad de Marsella. Solo tuvo

ocasión de deleitarse con lo que veía a través de la ventanilla del coche a esa hora del mediodía. Le resultó deslumbrante la avenida Canebière que desembocaba en el Puerto Viejo, en la que pudo observar los fabulosos edificios que fue admirando, especialmente el majestuoso Palacio de la Bolsa. El ajetreo de la avenida, con su elegante tranvía y la vida bullendo por toda la zona aquella mañana del 7 de enero de 1946, le devolvió por fin a la realidad. Durante aquel trayecto Sandro revivió la Varsovia que siempre había conocido e incluso quiso ver en muchos de aquellos edificios un trasunto de los que él tan bien había conocido de su ciudad natal. La elegancia y el postín de Marsella eran muy similares a los que ofrecía Varsovia antes de la guerra. Pero su ciudad, a diferencia de la urbe francesa que ahora conocía en su esplendor, había sido barrida del mapa. El recuerdo lo puso muy triste pero pronto remontó su ánimo ante la visión del mar: ¡en sus cuarenta años de vida Sandro nunca lo había visto! Solo lo conocía por láminas, fotografías y cuadros pero nunca había tenido la oportunidad de contemplar el soberbio espectáculo. Aquel escenario de inmensidad que apareció ante sus ojos le hizo emocionarse. Y una vez más lloró, esta vez mezclando los sentimientos entre sí: lloraba emocionado porque aquel horizonte marino escondía promesas de un mejor futuro pero, sobre todo, lloraba de tristeza porque nada de aquello lo podía compartir con nadie, exceptuando el conductor del vehículo, quien, a propósito y discretamente, se ocupaba de sus quehaceres. Haber dejado atrás a Margaret también pesaba sobre su corazón y eso avivaba aún más el llanto. Pero de inmediato pensó en los suyos. A ellos les dedicaría la travesía, a ellos entregaría los esfuerzos que a partir de ese instante tuviera que emplear, por ellos lucharía para sobrevivir dignamente. En la tierra de sus ancestros. Las esperanzas que ante él se materializaban eran inmensas, tan inmensas como inabarcable era aquel océano. «¡Dios me asista! ¡Qué grande es el mar!» —pensó sorprendiéndose al invocar de nuevo al Creador.

— «*El Dio es tadrozo ma no olvidazo*» —profirió entonces en voz alta. El chófer giró la cabeza sin entender nada, pero de inmediato siguió a lo suyo.

***

Con los cuellos del abrigo levantados y el sombrero Fedora bien calado, despedía Sandro aquella tarde el Puerto Viejo de Marsella. Acodado en la cubierta de popa a pesar del frío imperante, fue viendo cómo el buque se alejaba de Marsella para adentrarse en el mar. Pero,

al salir de la bocana, aún tuvo tiempo de centrar su atención en un escarpado islote. Se trataba de la isla de If, ocupada casi en su totalidad por una fortificación donde, según le había contado Margaret, había estado confinado el conde de Montecristo, Edmundo Dantés, hasta que pudo escapar muchos años después. El personaje de la famosa obra de Alejandro Dumas le recordó a él mismo y a su propia historia. Quiso ver en la novela de Dumas la metáfora de su vida reciente: años de sufrimiento que culminaban con el éxito de una salida victoriosa.

Aún sonriendo giró su cuerpo hacia proa avanzando con la dificultad que le procuraba su cojera y el vaivén del barco al albur de las olas. Quería así dejar atrás el recuerdo de Margaret. Barcelona le estaba esperando. Quería verla llegar de frente.

***

No eran más de las ocho de la mañana cuando un nutrido grupo de viajeros se arremolinaba en las cubiertas del buque para divisar, en la lejanía, la costa española. Aunque aquella hora no era tan luminosa, Sandro, levantándose de su hamaca y haciéndose hueco entre el pasaje, pudo avistar el puerto de Barcelona. La costa se iba haciendo cada vez mayor en su campo de visión hasta que la ciudad, al cabo de unos minutos, apareció casi sin quererlo ante sus ojos. Sandro sonrió y miró al cielo. Guiñando un ojo quiso dedicar esa victoria a su familia. Al bajar de nuevo la mirada hacia la ciudad, se acordó de su amigo José Santín y lo echó en falta como nunca. Había llegado a Barcelona. Había llegado a España. Sefarad le acogía con los brazos abiertos. En esta ocasión no lloró.

23
Barcelona, España.
Enero de 1946.

Lo primero que hizo Sandro al pisar suelo español fue arrodillarse sobre el muelle y besar el suelo. Se emocionó mucho pensando en cuán orgullosa estaría su madre de ver a su hijo pisando tierra española en Barcelona y retornando en nombre de todos los suyos a la Sefarad perdida. Los Bensheton habían vuelto a casa después de cinco siglos de ausencia. Dejaba atrás meses y meses de sufrimientos, de tragedias, de humillaciones… Ahora tocaba volver a construir, en ausencia de los suyos, pero para los suyos al fin y al cabo. Mientras mantuviera elevado el espíritu hacia el cielo, que contemplaba el retorno de la estirpe a Sefarad, todo sería más fácil. Con sus energías y con la fuerza que le otorgaba el apellido sefardí de su madre la empresa se tornaba ilusionante.

Encontró en Barcelona una ciudad vibrante, a pesar de que hacía pocos años que había salido de una guerra civil donde fue duramente castigada por las tropas franquistas durante su asedio y por la aviación italiana que la bombardeó en 1938. Sandro recreó entonces la imagen de su amigo José Santín defendiendo la ciudad integrado en aquella «quinta del biberón». Se lo imaginaba corriendo como él solo sabía hacer para buscar refugio de las bombas o para alcanzar posiciones desde las que atacar a los nacionales. Imaginando a Santín se veía a sí mismo combatiendo en Varsovia. Ese espíritu irreductible y guerrero es el que unió para siempre a Sandro con el español.

La bulliciosa Barcelona le impresionó gratamente. En cada rincón, en cada calle, en cada bar, veía a su amigo. Sintió amargamente no estar con él en esos momentos. Se sintió muy solo, así que decidió no demorar mucho la estancia en la ciudad. Además, tenía que racionar el dinero que le había donado el Comité Judío Americano si quería llegar a Estepona con recursos suficientes. Así que, de inmediato, se apresuró a buscar un lugar cerca del puerto donde alojarse, pues su intención era solucionar rápidamente el transporte por mar hasta Málaga. Una vez allí podría viajar fácilmente hasta Estepona. El hispano-polaco arrastró consigo la pequeña maleta atada con cuerdas

hasta la puerta de una pensión que encontró en los aledaños: «Pensión Ciudadela», rezaba en el cartel sobre la entrada.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Sandro en voz alta, dirigiendo su voz hacia la puerta que se encontraba tras el mostrador.

—Ya va, ya va… —oyó responder.

La recepción de la Pensión Ciudadela no era más que un discreto tablero que se ubicaba bajo una escalera, en la planta baja de aquel vetusto edificio. Un casillero del que pendían algunas llaves y un cartel anunciando una velada de boxeo celebrada hacía un año era todo lo que podía verse.

—Busco una cama —le dijo escuetamente al encargado de aquel agujero, que había dejado su siesta matutina para atenderle.

Sandro intuyó que aquella persona, vestido con una chaqueta ajada que dejaba entrever una desgastada camisa de cuadros marrones, sería quizá aquel «Tigre del Raval» que anunciaba el cartel de boxeo: la enormidad de su cuerpo y su nariz aplastada soportaban esa deducción.

—Tengo alguna. ¿Cuántos días? —respondió con aspereza aquel sujeto.

—Todavía no lo sé. Quiero ir pronto a Málaga, pero necesito un barco —respondió.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad? —preguntó el presunto boxeador—. Lo digo porque habla muy raro.

—En realidad sí soy de aquí, aunque acabo de llegar —apuntó Sandro—. Es difícil de explicar.

—Bueno, en realidad no es que me importe mucho. Son doce pesetas la dormida, ¿le interesa? —zanjó la conversación.

—¿Quiere decir que dormir cuesta doce pesetas cada noche? —preguntó Sandro.

—Así es. Lo toma o lo deja —dijo secamente el dueño de la pensión.

—De acuerdo. Le pagaré una noche y si me hace falta dormir más le pagaré cada día —respondió Sandro.

—Más le vale hacerlo porque si no tendrá que irse.

Tras abonarle el precio de la primera noche el judío siguió a aquel desagradable personaje, que le condujo hasta su habitación. Antes de despedirse, Sandro aún tuvo tiempo de preguntarle:

—¿Sabe usted si sale pronto algún barco para Málaga?

—Eso tendrá que preguntarlo en el puerto, pero creo que salen con bastante frecuencia. Aunque también podría coger alguno de los trenes que van a esa ciudad.

—Preguntaré entonces en el puerto, muchas gracias —respondió gentilmente, a pesar de lo desabrido que era aquel tipo.

Sandro rehusó confesar ante el encargado de la pensión que la idea

de viajar en tren la había descartado por completo porque, a buen seguro, ello le provocaría una crisis de ansiedad. Todavía resonaba en su cabeza el traqueteo de los malditos trenes que lo habían llevado no hacía mucho a los campos de Pruszków,
Auschwitz y Mauthausen.

Al compás de su cojera, calado con el sombrero Fedora que había tomado prestado de André Breton y amparado por la seguridad que le otorgaba el disponer de documentación española, Sandro se encaminó al puerto tras haber descansado un rato y saciado su hambre degustando unos embutidos en el bar anejo a la pensión. No quería demorar el momento de encontrar un trasporte por mar hasta Málaga. Cualquiera que viera salir a Sandro del establecimiento donde se alojaba hubiera pensado de él que sería un viajante de Ratafia que viniera de Besalú a hacer sus ventas en la gran ciudad. Ni Sandro podría saber en ese momento qué era aquel licor llamado Ratafia ni tampoco sería capaz de ubicar Besalú en la provincia de Gerona, pero una cosa sí sabía: se sentía muy cómodo en aquellas primeras horas de estancia en España… a pesar de los malos modos de aquel púgil de poca monta que lo había atendido en la pensión.

La tarde la dedicó Sandro a preguntar por los buques que viajarían hasta Málaga en las jornadas siguientes. La llegada a Sefarad constituyó para él el nacimiento de una nueva estrella que iluminaba con fuerza su suerte: al día siguiente, por la tarde, partía desde Barcelona un carguero que se dirigiría a Valencia para dejar allí parte de su carga pero cuyo destino final era Málaga. Por un módico precio podría acomodarse en una precaria hamaca durante los dos días que duraría la singladura. Se ahorraría así las doce pesetas de la pensión pero, sobre todo, no tendría que ver más aquella desagradable nariz achatada del tipo de la pensión.

Una vez adquirido el pasaje, y contento por las perspectivas que se abrían ante él, aprovechó el resto del tiempo para pasear por Barcelona. Descubrió así el barrio gótico, donde pudo conocer el lugar en el que se asentaron los judíos durante siglos. Paseando por sus sinuosas calles sintió por vez primera vibrar dentro de sí su espíritu hebreo y experimentó una fuerte conexión con el pasado histórico familiar. Nunca imaginó que su llegada a España iba a ser tan excitante. En ese instante se sorprendió a sí mismo por su capacidad para volver a sentir algo parecido a una paz interior que creía desterrada en él para siempre. Sus severas heridas parecían encontrar, por fin, una esperanza de sanación. Pero sus fantasmas se materializaron a la vuelta de una esquina.

—¿Nos muestra su documentación? —de los dos agentes uniformados, era el del espeso bigote quien hablaba.

Aquellos dos agentes de la autoridad, de largo uniforme con capa,

extraño gorro y fusil colgado sobre su hombro, consiguieron intimidar a Sandro. La sola visión de aquellos miembros de la Guardia Civil española, por asociación con los uniformes de las SS, le condujo a experimentar una acentuada ansiedad que le hizo conducirse con inseguridad y torpeza.

—Soy… español. No he hecho nada —dijo tartamudeando, al tiempo que buscaba en el bolsillo de su abrigo la documentación que le requerían.

—Solo le estamos pidiendo que se identifique, si no ha hecho nada no tiene por qué temer —dijo con calma el segundo agente.

—Aquí la tienen —Sandro les ofreció su documentación con mano temblorosa.

Durante unos minutos el guardia civil del bigote inspeccionó todos los documentos aportados por el judío, incluida la carta de bienvenida del embajador de España en París. Aquellos pocos minutos se convirtieron en horas para Sandro.

—¡Caramba! ¡Sí que tiene usted buenos padrinos! —dijo por fin el agente dándole los documentos a su compañero para que también los comprobara.

—Perdone… no sé a qué se refiere —Sandro aún desconocía algunas palabras; «padrino» estaba entre ellas.

—Que no tiene por qué preocuparse. Está usted amparado nada menos que por nuestro querido exalcalde, que es ahora todo un embajador. No cabe duda de que sus papeles están en regla y su nacionalidad española fuera de toda duda. Es un honor para nosotros poder ayudar a un patrocinado del señor Mateu y Pla. ¿Hay algo que podamos hacer por usted?

—Es usted muy amable. Bueno, la verdad es que estoy un poco perdido. Las calles son todas iguales y creo que me costará llegar hasta mi pensión —dijo Sandro algo más tranquilo tras aquella breve conversación con el agente; había entendido lo suficiente como para poder relajarse algo más.

—¿Sabe cómo se llama su pensión? —preguntó el segundo agente al tiempo que le devolvía la documentación.

—Pensión «Ciudadiela» o algo así —respondió.

—Sí claro, sabemos cuál es. Se trata del tugurio que regenta ese cascarrabias que se hace llamar «El Tigre del Raval». Haría usted bien en dejarla cuanto antes. Aquel sitio no es demasiado recomendable —dijo el bigotudo agente.

—Les estoy muy agradecido —dijo Sandro dirigiéndose a ambos—. Seguiré su consejo: mañana mismo me iré de allí para viajar hasta Málaga.

—Es lo mejor que puede usted hacer. Le acompañamos hasta su pensión, señor Bensheton —dijo el guardia civil segundo.

Sandro no terminaba de acostumbrarse a ser llamado por el apellido de su madre, pero no tenía ganas de explicarle aquello a los dos agentes. Al llegar a su destino los atentos guardias le indicaron la dirección de su cuartel por si necesitase algo de ellos. Eso le ayudó a tranquilizarse, lo suficiente como para que pudiera conciliar el sueño sin demasiado problema.

Esa noche soñó que habitaba una de esas magníficas casas de la judería de Barcelona.

***

El Estrella del Sur era un barco de cabotaje sin demasiadas pretensiones ni comodidades. El tiempo que empleó en su travesía hasta Málaga lo aprovechó Sandro para pasear por cubierta cuando el frío se lo permitía. Se estaba más caliente bajo la manta de que estaba provista su hamaca, aunque el movimiento de oscilación del barco lo sobrellevaba mejor si paseaba. Aunque no llegó a marearse, Sandro sintió al principio cierta incomodidad. Pero pronto logró habituarse y ya no prestaba atención a la agitación. Como no había más entretenimiento que mirar el mar, ocupó mucho tiempo en ello. En eso y en hacer balance de lo que había sido su pasado. Era difícil sacarse de la cabeza aquellos pensamientos e imágenes traumáticos. Pero el horizonte que ahora contemplaba allá a lo lejos se le antojaba una metáfora de su vida en la que aún se hallaba la esperanza de construir un futuro que pudiera, algún día, dar sentido a todo. Contemplar el mar, por otra parte, era para él un placer recién descubierto que no estaba dispuesto a desaprovechar.

El único hito que se produjo en el viaje fue la llegada a la luminosa Valencia. Pero Sandro tuvo que conformarse con observar la ciudad desde la cubierta porque no estaba permitido el descenso a tierra de los pocos viajeros que iban en el Estrella del Sur. La ciudad, vista desde el barco, no le pareció tan impresionante como Barcelona, aunque sí pudo apreciar la grandeza y elegancia de la misma, siquiera fuera atisbando algunos de sus edificios a lo lejos y el bullicio del puerto al que acababan de llegar. Al cabo de pocas horas, realizada la descarga que le había llevado hasta el puerto levantino, el buque desatracó y continuó viaje hasta Málaga.

24
Málaga.
Enero de 1946.

Habían pasado dos días desde que Sandro embarcara en Barcelona y a aquella hora ya divisaba el puerto de Málaga desde la cubierta del navío. Cada vez estaba más cerca de su destino y eso le hacía vibrar. Notó cómo el tiempo allí, aun siendo enero, se había tornado más amable, y la luz más resplandeciente. A esa primera hora de la tarde el buque atracó y Sandro pudo descender al ritmo que le permitía su renquera y el peso de su pequeña maleta. Le gustaba mucho lo que veía, no tanto el aspecto de la ciudad (que ofrecía una apariencia algo más desaliñada que las ciudades de Barcelona y Valencia) pero sí la luz, el ajetreo del puerto y la amabilidad con que fue tratado al llegar por cuantos tuvieron a bien servir al viajero recién desembarcado.

—¿Le puedo ayudar en algo? —le preguntó un desconocido que se le acercó. Parecía ser un estibador del puerto que, al ver a Sandro tirando de su maleta y desafiando a su pierna izquierda, se apiadó de él.

—Muchas gracias, es usted muy amable. En realidad necesito comer algo y encontrar un sitio para dormir. Y también saber cómo puedo llegar hasta Estepona.

—No es usted de aquí, ¿verdad? —le preguntó el desconocido. Era la segunda vez que le preguntaban esto en poco tiempo.

—Imagino que lo dice por mi acento… En realidad vengo desde muy lejos, pero me puede usted considerar español — repuso Sandro con orgullo.

—Bueno, «compatriota», le voy a recomendar un sitio que le va a venir que ni pintado —le respondió—. Si quiere le puedo ayudar con la maleta. Está aquí mismo.

Durante el camino Sandro fue hablando con el desconocido. Hubiera deseado caminar a solas por la preciosa avenida rodeada de álamos por la que abandonaban el puerto hacia la izquierda. Pero no pudo dejar de agradecer a aquella persona (más tarde supo que se llamaba Manuel) que le condujese hasta la animada taberna situada a media altura de la hermosa avenida. Le gustó mucho Málaga. Lo poco

que pudo ver de la ciudad se le antojó muy interesante y el carácter de la gente que fue conociendo a partir de entonces le hizo sentir muy cómodo. Esas personas contrastaban bastante con el tipo chato de la pensión en Barcelona. Realmente aquello era como José Santín le había descrito.

—¡Ea, ya hemos llegado! ¡Taberna Casa Guardia! —dijo Manuel.

—Le estoy muy agradecido. ¿Le debo algo?

—Nada, por Dios; es un placer ayudar a un «compatriota». Hoy por ti, mañana por mí —le respondió amablemente, aunque preguntándose aún cómo un señor de mediana edad que se bajaba de un barco para descubrir un nuevo paisaje y hablando un extraño castellano podía considerarse a sí mismo español.

—«Hoy por ti, mañana por mí». Me gusta la frase —dijo Sandro agradecido.

—Pues nada, amigo, se la regalo, por si le hace falta utilizarla algún día. Por cierto, no me ha dicho usted cómo se llama.

—Sandro, mi nombre es Sandro.

—Pues muy bien, Sandro, sea usted bienvenido a Málaga. Yo me llamo Manuel. Una última cosa. Para llegar hasta Estepona tiene usted que coger un autobús de línea que sale desde el final de esta avenida, caminando hacia arriba. En tres o cuatro horas estará usted en ese pueblo. Le deseo que tenga un buen viaje
—dijo el malagueño.

—Antes descansaré —dijo Sandro mirando la taberna a la que acababan de llegar—. Le vuelvo a dar las gracias por su amabilidad. Y por haberme traído la maleta.

—No las merece, Sandro. Disfrute de su estancia. ¡Y buen viaje a Estepona! —le deseó Manuel estrechando su mano.

Antes de penetrar en la Taberna Casa Guardia, Sandro se sentó sobre su pequeña maleta rígida y miró a su alrededor. Intentó de ese modo recobrar el aliento tras la reciente caminata mientras se ubicaba en el lugar. La valija que portaba no daba mucho de sí y solo le permitía guardar allí una muda de ropa interior, unos calcetines, una camisa, un pantalón y una chaqueta. El resto de sus posesiones las llevaba puestas, incluyendo un traje que le hacía parecer lo suficientemente decente, un grueso abrigo que le venía prestando un impagable servicio durante los últimos meses, el elegante sombrero Fedora que le dotaba de un cierto aire de distinción y una bufanda a cuadros que le había sido de gran utilidad durante la travesía. El Comité Judío le había facilitado lo imprescindible para aparentar ser una persona de la que poder fiarse. Al contemplarse así, Sandro sintió una especie de autocompasión: le resultaba muy triste saberse vestido de prestado porque él, que era un acomodado Kreczkiewicz de Varsovia, tenía que someterse a una ayuda que nunca hubiese

imaginado necesitar cuando regentaba el próspero negocio familiar de la calle Górczewska. «Pero en cualquier caso ya casi he llegado a mi destino», pensó. Aún debería descansar en una buena cama al menos por una noche. Mañana sería otro día y se dirigiría hasta el autobús que lo llevara finalmente a Estepona.

«No llevo ni una hora en Málaga y ya he hecho un amigo: Manuel. Qué gran tipo», se dijo. El encuentro con el malagueño le había servido como bálsamo, pues sentía que las personas aún mantenían dentro de sí la suficiente humanidad como para volver a confiar en ellas. La ayuda que otros le habían brindado en los últimos meses, la comprensión y confianza que le habían ofrecido, contribuyeron grandemente a afianzar ese pensamiento. Animado por esas disquisiciones, entró en la taberna.

—¿Qué va a ser, señor? —le preguntó el camarero al verlo entrar.

—Perdone, ¿qué quiere decir usted? —le preguntó Sandro desconcertado. No acababa de entender bien qué significaba esa extraña expresión.

—¿Que qué va a tomar?

—¡Ah, de acuerdo! ¿Qué hay en esos barriles?

—Vino moscatel. Pruébelo, verá como le gusta —respondió el camarero percatándose de que el viajero, obviamente, no era malagueño.

—Está bien. Póngame un vaso de ese vino —pidió Sandro.

Durante las horas siguientes permaneció en la Taberna Casa Guardia comiendo y bebiendo. De ese modo pudo saborear algunos mariscos típicos de la zona (poca cosa, dado su precario presupuesto), lo que le hizo corroborar que José Santín no exageró cuando le describía las bondades de la costa del sur de España. En su Varsovia natal había degustado algunos cangrejos del río Vístula que en nada se parecían a aquellos manjares que ahora disfrutaba. También tuvo la oportunidad de participar en algunas conversaciones. Le gustaba esa gente, le gustaba el ambiente, le gustaba Málaga… tanto que no reparó en que el vino se le subía a la cabeza. Al final de la tarde tuvieron que ayudarle a llegar a la habitación que había reservado en la pensión y que se encontraba puerta con puerta con la taberna; dicho alojamiento estaba regentado por el mismo dueño del bar. Cuando llegaron a la habitación los dos generosos parroquianos que habían cargado con él y con sus pertenencias, lo depositaron en el catre. «Pero qué buenos tipos son esta gente», pensó. Y mientras se decía esto, se quedó dormido hasta la mañana siguiente.

***

—¡Sandro, son las ocho y media! Si no se apresura perderá el autobús de las diez para Estepona —el tabernero apremiaba a Sandro al otro lado de la puerta.

—¡Voy! ¡Enseguida me levanto! —dijo Sandro incorporándose de la cama para comprobar que un fuerte de dolor de cabeza le oprimía las sienes.

—¡Dese prisa! Le iré preparando un café y unos arenques ahumados.

Al parecer, hasta donde alcanzaba a recordar, Sandro había advertido el día anterior al tabernero de su intención de viajar a Estepona. Así que esa mañana este golpeó su puerta con energía con la antelación suficiente para que el judío pudiese asearse, desayunar y alcanzar el autobús. Aquejado de una fuerte resaca, se aseó y vistió lo más rápido que pudo para bajar a dar cuenta del desayuno. Una vez abonada la cuenta y recibidas las oportunas instrucciones del amable dueño del local, se encaminó a coger el transporte que lo llevaría hasta Estepona.

***

Llevaba más de una hora de camino en aquel autobús y Sandro no lograba alejar de sí aquel incómodo dolor de cabeza fruto del exceso de vino de la jornada anterior. El inicio del viaje en autobús, por tanto, no estaba siendo todo lo agradable que él hubiese deseado. Solo al cabo de un rato empezó a sentirse mejor. Fue entonces cuando pudo deleitarse algo más con el paisaje mediterráneo, que ofrecía una sucesión de playas arenosas, vegetación de pitas y un inmenso mar azul que brillaba bajo los rayos del sol, dibujando en su paño un precioso y deslumbrante fulgor; el día era especialmente radiante. Todo para él era nuevo; ese paisaje empezaba a surtir en él un benéfico sosiego y una paz interior que nunca antes había conocido.

Al pasar por Fuengirola, al cabo de un buen rato de viaje, reparó en sus magníficas playas, sobre las que descansaban unos pequeños botes con los que los pescadores sacaban del mar todo lo mejor que tenía dentro. Se percató de la bondad del clima malagueño. Pensó en los fríos inviernos polacos, de cuya rigurosidad ya había dado cuenta su cuerpo tantas veces. Le pareció increíble que enero pudiera mudar su piel de ese drástico modo. También se detuvo Sandro a contemplar el vuelo de las gaviotas; era tal y como se lo había descrito José Santín. En realidad todo era según se lo había dibujado su amigo. Tal vez por ello, en esos momentos, se sorprendió a sí mismo al sentir algo parecido a la felicidad. Era ese un sentimiento que para él había

estado vetado durante los últimos años, y aunque no podía evitar acordarse de los suyos y de su patria, decidió que había llegado el momento de concederse una oportunidad. ¿No sería eso lo que habrían deseado sus padres para él? ¿No sería ese futuro el que, de haber estado en sus manos, le habría regalado Estanislava? Los nazis le habían robado todo, pero no podrían arrebatarle lo que ahora era tan real. Esta vez no.

Pasadas las doce del mediodía Sandro pudo ver escrito el nombre de Estepona en aquel indicador que informaba de que el pueblo quedaba a solo diez kilómetros. Entonces sintió un fuerte cosquilleo en el estómago. Del bolsillo de su abrigo —prenda que resultaba del todo innecesaria— extrajo una cartera donde guardaba el escaso dinero que le iba quedando. Calculó que tendría fondos para poder pernoctar en una pensión y alimentarse durante algo más de dos semanas. Tendría que ser comedido en el gasto y, tan pronto como pudiera, encontrar algún trabajo que le permitiera ganarse la vida dignamente. Su oficio de carpintero, estaba seguro, le abriría muchas puertas. Mezclado con los billetes de cinco pesetas encontró la dirección que con tanto celo guardaba: «Bodeguita del Chato, Calle Santa Ana». Si era como Santín le había dicho, allí encontraría la ayuda necesaria para empezar a trazar su nuevo camino. Mientras pensaba en esto el autobús se fue acercando a su destino. Sandro empezó a sentir una inquietud interior que le proporcionaba tanto una sensación de molesta ansiedad como una opuesta de chispeante expectación.

Con un decidido chirriar de los frenos y una vez detenido el vehículo, el conductor se levantó de su asiento para, mirando hacia el pasaje, decir en voz alta: «¡Estepona! ¡Hemos llegado a Estepona!». Sandro se apeó nervioso del vehículo y se vio de pie ante una larga avenida que discurría paralela al mar. A su derecha había una larga fila de casas pero solo unos pocos metros más allá se percató de la existencia de un callejón que se adentraba hacia el pueblo. Por lo que sabía, según Santín le había explicado, la taberna que buscaba se encontraba en una calle cercana al mar pero en el interior del pueblo, así que decidió coger por ese callejón y preguntar más adelante.

No bien hubo doblado por el callejón hacia la derecha, observó el rótulo con el nombre de la calle: Santa Ana. Parecía que estando en España todo le venía de cara, todo menos la resaca de ese día que, afortunadamente, ya estaba superada. A aquella hora el tránsito de vehículos y lugareños no era destacado, antes al contrario apareció ante él un amable panorama de gentes tranquilas que conversaban sentadas a la puerta de las tabernas o descansaban en un banco. No tuvo que preguntar siquiera pues, siguiendo la calle arriba, enfilando su suave pendiente, su vista se topó con el cartel que pendía sobre la puerta, donde se podía leer: «Bodeguita del Chato». Al acercarse

contempló excitado una hermosa fachada blanqueada por la cal de la que pendían unas bonitas y cuidadas macetas. La emoción estaba a punto de sobrepasarle. Se armó de una amplia sonrisa y se acercó hasta la puerta. El polaco se abrió paso a través de una extraña cortina de canutillos y se adentró en el local tras bajar un par de escalones. La agitación le embargaba al pensar en José Santín y en cuán feliz se habría sentido de estar con él en ese instante.

Sandro observó de un vistazo la taberna. Acodados sobre la barra se encontraban tres personas que charlaban animadamente entre ellas; en las mesas había dos más. Lo primero que le llamó la atención fueron los toneles de vino que se encontraban apilados tras la barra, más que nada porque le recordaron esos otros de los que había bebido el día anterior. Al revivir el malestar que el alcohol le había producido, desvió rápidamente la mirada hacia otro sitio, esta vez hacia el fondo del local, donde se encontraban colgadas ristras de pimientos secos, ajos, chacinas y embutidos de la zona, así como unas extrañas patas de cerdo desecadas. Al otro extremo de la barra, sentado sobre una silla artesanal, se encontraba un señor mayor, de unos setenta años, que dormitaba con una mano apoyada en su mejilla y el codo apoyado en una pequeña mesa.

El ambiente le resultó muy entrañable y acogedor, sabedor de que el lugar en el que se encontraba era justo el que su amigo Santín le había indicado y al que venía con frecuencia acompañando a su padre. Se lo imaginó sentado en una de aquellas sillas con las piernas colgando, bebiendo algún tipo de refresco y empapándose de la filosofía que emanaba de las conversaciones de los parroquianos que allí se encontrarían. Aunque él no tenía esa experiencia tabernera de Varsovia, sí había sido capaz de captar la profundidad de esos adorables lugares a partir del relato que su amigo le había hecho.

—¿Qué va a ser? —el tabernero llevaba un mandil atado a la cintura y una especie de tiza —según le pareció— apoyada sobre una de sus orejas. Eso le hizo gracia pero, por educación, contuvo la risa. Sandro sí fue capaz ahora de entender lo que le preguntaban.

—Algo que no tenga alcohol, por favor —respondió.

—¿Le parece bien una zarzaparrilla? —eso era demasiado para él. La nueva palabra le resultó lo suficientemente endemoniada como para renunciar a repetirla.

—De acuerdo, eso estará bien. Siempre que no sea vino… —le respondió Sandro sin saber muy bien qué estaba pidiendo.

—¿Es usted nuevo por aquí? —le preguntó el tabernero sin demasiados tapujos.

—Bueno, de algún modo sí. Vengo de muy lejos, pero estoy aquí para quedarme.

—Pues sea usted bienvenido, señor… Perdone, ¿cuál es su nombre?

—preguntó de nuevo el camarero.

—Sandro, me puede usted llamar Sandro.

—Pues sea usted bienvenido, señor Sandro —le saludó cordialmente.

—¿Y usted cómo se llama? —preguntó el polaco, intrigado.

—Pedro, mi nombre es Pedro, para servirle a usted —respondió.

No podía creerlo. ¿Estaría en presencia de aquel «don Pedro» del que le hablase Santín y a quien este conoció durante su infancia? Pero no, no podía ser. El amable tabernero que le estaba atendiendo era de la misma edad de Sandro y, en consecuencia, no habría podido atender a Santín cuando era niño.

—Disculpe la pregunta, pero… ¿conoce usted a alguien que se llama igual pero a quien se le conocía como «don Pedro»? — preguntó Sandro, ahora sí, muy intrigado.

—Se le conocía y se le conoce. Es mi padre. Él ha regentado este negocio hasta hace pocos años, ahora me toca a mí estar al frente. ¿Cómo sabía usted que había por aquí un…«don Pedro»?

—Bueno, es una larga historia. Si tiene tiempo se la puedo contar.

—Deseándolo estoy, querido amigo. A esta hora de la tarde no hay mucho que hacer —respondió—. ¿Le importa que la escuche también mi padre?

—¡En absoluto! Será un placer conocerle y contársela también a él —aseguró Sandro.

—Muy bien. ¡Padre, acérquese! —llamó el tabernero a la figura que, sobresaltada, se levantó con la ayuda de un bastón para dirigirse lentamente hacia ellos. Don Pedro resultó ser aquel señor mayor que Sandro vio dormitando al entrar.

Desde ese día Sandro y Pedro se hicieron muy buenos amigos. El relato que hizo el polaco sobre el destino de José Santín Escudero conmovió profundamente tanto al padre como al hijo. Ambos lo recordaban, mejor Pedro-hijo por ser de su misma edad y haber jugado con él muchos días en la puerta de la taberna. Los dos se entristecieron al conocer las circunstancias y el destino fatal de su paisano. Sin embargo, Sandro no quiso en ese momento hablarles de su propia historia. Se limitó a narrarles cómo coincidió con Santín en Mauthausen pero sin detenerse a contar la manera en que él mismo había llegado hasta el campo de trabajo. Padre e hijo parecieron entender que a Sandro no le resultase fácil hablar de todo aquello y respetaron su deseo no preguntándole.

Como la bodeguita tenía algunas habitaciones de alquiler en la planta superior, Sandro se acomodó allí y, por fin, pudo descansar. Así fue como el judío encontró lo que podía considerar el inicio de su nuevo camino. Y la suerte le siguió sonriendo porque Pedro, al conocer del oficio de Sandro, le propuso hacerse cargo de las reformas

que pretendía acometer para acondicionar mejor el local. Sería cuestión de algo más de un mes y luego podría quedarse en el negocio echando una mano. La idea de hacerse cargo de la reforma le pareció al polaco poco menos que fantástica, no así tanto la de hacer de tabernero porque, en esas lides, no se veía con soltura suficiente. Ya vería…

Finalmente transcurrieron unos pocos meses entre la reforma, la reapertura del negocio y el día a día en que Sandro se sumió sirviendo vinos y chacinas a la numerosa clientela de la nueva Bodeguita del Chato. Pero él no se sentía a gusto haciendo aquello. Recibía, eso sí, un salario suficiente para poder tener cubiertas sus necesidades, y la comida y el alojamiento corrían por cuenta de la casa. Eso incluso le permitió ahorrar algún dinero. Transcurridas algunas semanas Sandro se decidió a hablar con su amigo para mostrarle su agradecimiento y, a la vez, su deseo de buscar algún trabajo que tuviera más relación con su oficio. Pedro no solo no lo tomó a mal sino que, comprendiéndolo, le aconsejó visitar un lugar donde podría encontrar un empleo de su agrado.

—Se trata de un pequeño hotel a la salida del pueblo, en la Playa del Cristo —le dijo su amigo—. Lo están ampliando y creo que les vendrían muy bien unas manos expertas como las tuyas. No tiene pérdida. Debes preguntar por el Hotel Águeda Playa.

Y tomando nota de la referencia Sandro fue hacia allí. Corría el mes de agosto de 1946.

PARTE QUINTA

Águeda

25
Hotel Águeda Playa, Estepona. Agosto de 1946. El encuentro.

El Hotel Águeda Playa estaba situado junto a una evocadora ensenada a la entrada oeste de Estepona. Su localización era perfecta porque desde allí se accedía casi de inmediato a la arena de la Playa del Cristo. Se trataba de un modesto alojamiento que tenía en realidad categoría de hostal, pero cuya propietaria, Águeda Guzmán, lo había elevado de estatus nombrándolo «hotel» de forma caprichosa; ella se regocijaba en su fuero interno con esta situación.

En sus inicios, allá por los primeros años treinta, el hostal fue construido por los padres de Águeda sin demasiadas pretensiones, más como un lugar de vacaciones para los familiares y amigos que como un establecimiento hotelero que viniera a atender las inexistentes necesidades de un turismo que aún no había llegado; eran aquellos los difíciles años de la guerra y la posterior posguerra. Pero el crecimiento demográfico de Estepona propició el inicio de un cierto despegue turístico. La generosa y espaciosa construcción de dos plantas fue ampliada con el tiempo en su extensión y en sus pretensiones y pasaría a llamarse Hotel Águeda Playa. Fue en aquellos años de ampliación del hostal cuando llegó Sandro.

Siempre recordaría Águeda el tórrido agosto de 1946, cuando vio aparecer por el camino la silueta de un vacilante hombretón que podía frisar la cuarentena. Cuando rememoraba aquel momento evocaba el acercamiento de una figura en la que pronto pudo apreciar aquella cojera que no se compadecía con la buena hechura del mozo. Este apareció cubierto con un sombrero Fedora color café que cubría un pulcro peinado con raya a la derecha. Su pecho fuerte y proporcionado y su buena disposición de hombros tampoco sintonizaban con su renquera que, desde lejos, delataba algún tipo de defecto. Pese al calor de ese día Sandro vestía un elegante traje de lino marrón que parecía haber sido hecho a su medida. Aquella estampa, discretamente rematada con un fino bigotillo (que Sandro se había dejado crecer recientemente), se plantó ante las narices de Águeda, que en ese momento lucía unos esplendorosos veintinueve años. A

pesar de su edad y de su insultante belleza, la mujer no había permitido situarse a la sombra de ningún hombre, porque siempre se había dedicado al cuidado de sus padres —prematuramente ancianos — pero, sobre todo, porque no toleraba que ningún varón tomase por esposa a alguien como ella, libre y autosuficiente, que tuviera que ocuparse de quitarle las botas por la noche.

—Disculpe, señora, busco trabajo. Me han dicho en el pueblo que tal vez aquí les podría ser útil —explicó Sandro al tiempo que descubría su cabeza.

—También resulta muy útil decir primero buenos días, ¿no le parece? ¿Quién es usted? —respondió con cierta hosquedad Águeda.

No estaba siendo ese día precisamente redondo para las obras de ampliación del Hotel Águeda Playa: las maderas que se necesitaban para apuntalar la estructura aún no habían llegado a pesar de las promesas de la carpintería de Estepona que las iba a suministrar. Tras una llamada telefónica realizada por Águeda para mostrar sus quejas, se le había informado de que el carpintero cortador había sufrido un accidente laboral y nadie podría ocuparse de esa tarea hasta dentro de dos días. Eso la puso de muy mal humor porque, aunque ya no daría tiempo a abrir las nuevas instalaciones para ese verano, sí quería, al menos, poder llegar a otoño con todo más o menos terminado.

—Le pido perdón. Buenos días. Me llamo Sandro, señora. Tengo experiencia con la madera. Siempre me he dedicado a ese negocio y sé todo sobre el trabajo con la misma. Creo que podría ayudarles — Sandro extendió su mano para saludar a la mujer.

—¿Usted no es de aquí, verdad? —le espetó Águeda mientras sacudía la mano que se le había ofrecido y esbozaba una maliciosa sonrisa al pensar que un golpe de suerte le había plantado ante sus narices a todo un carpintero cortador.

—Lleva razón. No es la primera vez que me lo preguntan. Soy polaco aunque tengo la nacionalidad española. He venido a España hace un tiempo y necesito trabajar —respondió Sandro con un fuerte acento del Este que lo delataba de inmediato pero que, sin embargo, le permitía hacerse entender sin demasiadas dificultades.

—¿Sería usted capaz de cortar unas vigas de madera y traerlas hasta aquí con esa camioneta? —le preguntó Águeda esperando que la respuesta fuese afirmativa, al tiempo que le indicaba el paradero del vehículo aparcado junto a la carretera.

Aquel extranjero le causaba buena impresión, aunque su cojera le hacía desconfiar de su capacidad para conducir la camioneta de carga.

—Si puedo disponer de las herramientas necesarias no tendría ningún problema —respondió rápidamente con una sonrisa confiada en sus labios.

—Dispone usted de toda una carpintería, con sus herramientas, su

capataz, sus carpinteros y sus correspondientes incompetentes —replicó Águeda sardónica.

—No entiendo eso último, lo siento —dijo Sandro algo desconcertado.

—No se preocupe usted, son cosas mías —respondió—. Por cierto, mi nombre es Águeda, Águeda Guzmán. Soy la propietaria del establecimiento.

—Se me olvidó preguntar por su nombre. ¡Qué torpeza la mía! Perdóneme —replicó algo inquieto al mismo tiempo que empezaba a sentirse confiado en que aquel trabajo podría ser suyo—. Mi nombre completo es Aleksander Kreczkiewicz, pero prefiero que me llamen Sandro, Sandro a secas.

«¿"Kriskievich"? ¿Pero qué demonios de apellido es ese? Lo daré por bueno si al final resulta ser un buen carpintero», pensó la mujer para sí. Aquel forastero estaba empezando a gustarle. Sus modales eran exquisitos y no conseguía intuir siquiera en él aquellos aires sobrados de algunos hombres que se le habían acercado en los últimos años; su trato era respetuoso, condescendiente y educado. Y su uso del español, a pesar del afectado acento, era más que correcto y revelaba las maneras de una persona cultivada. Pocas veces había advertido todas esas cualidades en alguien.

—Si me espera aquí un momento a que haga una llamada telefónica le confirmaré de inmediato si puede trabajar aquí o no —le dijo Águeda buscando su aprobación.

—Sí, sí, no hay problema. Me quedaré aquí esperando. Tengo todo el tiempo del mundo —respondió complaciente.

Sí, le gustaba a Águeda la actitud de aquel señor del traje de lino y sombrero Fedora que ahora sostenía con sus dos manos más abajo de la entrepierna. Y aquel pequeño y fino bigote tampoco le quedaba nada mal. Pero que nada mal…

***

—Como comprenderá, la política de la empresa no permite trabajar a nadie que no esté contratado por la misma. Lo que me propone usted es muy arriesgado. ¿Qué pasa si sufre un accidente?
—le decía a Águeda el responsable de la carpintería, que esa misma mañana había fallado estrepitosamente en la entrega del pedido. Se le notaba nervioso al teléfono.

—Y como usted comprenderá, señor Domínguez «e hijos»
—le dijo con retintín aludiendo al nombre de aquella informal empresa—, no es mi problema si uno de sus trabajadores no puede

atender la faena y tener que ser yo la que se fastidie. Y también comprenderá, por cierto, que no es el suyo el único negocio de carpintería que hay en Estepona. Colgarle el teléfono y coger el listín telefónico para buscar otro que me pueda atender será todo uno. ¿Lo toma o lo deja?

—¡No, por Dios, no hay que ponerse así!… —respondió Domínguez hecho un manojo de nervios consciente de que podía perder un buen negocio—. Está bien, que se pase por aquí su muchacho. Pero si le pasa algo no quiero saber nada.

—Así está mejor —profirió Águeda triunfante—. Lo tiene usted ahí en quince minutos.

—De acuerdo, aquí lo espero —y colgó con cierto enfado.

«¡Habrase visto! ¿Qué demonios se piensa esta gente que es una? ¿Un pelele?», pensó Águeda al notar la irritación del otro. Mientras así discurría volvió a salir del hostal y se dirigió hacia donde había dejado a Sandro al borde del camino. Este se abanicaba con su sombrero mientras esperaba en actitud paciente.

—Todo solucionado, puede trabajar hoy con nosotros y, si su habilidad es la que dice, tal vez pueda seguir aquí hasta el final de la obra —le dijo ella mientras se iba acercando.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señora.

—Espero que su agradecimiento me lo devuelva en forma del buen trabajo que realice. ¿Puede conducir la camioneta a pesar de… eso? —le preguntó mientras le indicaba con cierto pudor su pierna izquierda.

—Sí, sí… —respondió con azoramiento—. Esta cojera me acompaña durante estos últimos años y ya nos hemos hecho amigos: ella me deja hacer cosas y yo dejo de recriminarle que me pudo haber jodido la vida.

—¡Por Dios, esa lengua! —le reconvino socarronamente—. No es propio de alguien que lleva un sombrero y un traje tan elegante.

Águeda descubrió en ese momento que, por primera vez en toda su vida, había sido capaz de lisonjear a un hombre. La sensación que tuvo en ese instante se podía equiparar a aquello de lo que había oído hablar referido a tener «mariposas en el estómago». ¿Se estaba reblandeciendo después de todo? Rápidamente se obligó a sí misma a borrar de su mente (y de su cuerpo) todo rastro de lo que acababa de sentir y pasó a darle algunas instrucciones al recién llegado. Así, le indicó la dirección de la carpintería y le enseñó cómo debía meter la marcha atrás en la camioneta; el resto ya sabría Sandro cómo hacerlo.

—De acuerdo, señora. Estaré aquí en un par de horas. Le estoy muy agradecido… y le pido disculpas por mi lenguaje.

Sandro enfiló con la camioneta la pendiente que salía del hostal hacia arriba hasta alcanzar la carretera. Águeda, por su parte, no pudo

evitar quedarse mirando fijamente cómo el polaco se iba alejando hacia su destino. La nube de polvo que levantaba el vehículo le dificultó pronto divisar a Sandro dentro de la cabina. A pesar de todo ella hacía esfuerzos por adivinar su silueta en la lejanía e incluso puso su mano derecha a modo de visera para mejorar las condiciones de visibilidad. Al verse sorprendida en esa actitud saltó como un resorte y se dijo a sí misma: «¿Pero estás chalada? ¿Qué estás haciendo? ¿Te vas a entretener ahora con estas cosas?», y se giró bruscamente en dirección al hostal, donde algunos hombres del pueblo trabajaban haciendo mezcla unos y enluciendo las paredes otros.

Pero sí, justo ese día, Águeda, la bella e inaccesible Águeda, empezó a estar chalada. Y sí, a partir de aquel momento iba a empezar a estar entretenida, entretenida con el amor que empezó a sentir por Sandro desde bien pronto y entretenida con la historia del que luego sería su marido y de las situaciones que habría de vivir con él. En el fondo tenía que estar muy agradecida a la carpintería de Domínguez e Hijos. Nunca sabría cómo pagarles su incompetencia.

Así fue como Sandro llegó a la vida de Águeda. O como ella abrió la puerta de su corazón a aquel polaco de apellido impronunciable que se presentó en su vida un día de agosto de 1946.

La complicidad y la mutua admiración que fueron sintiendo los dos desde el principio lograron que el deseo de permanecer juntos fuera cada vez mayor, tanto que un día Águeda le propuso ir a vivir al hotel. Argumentó que no tenía por qué gastar su dinero en la pensión del Chato porque con la ampliación que se estaba produciendo ya se habían construido habitaciones suficientes como para que ocupase una de ellas. ¡Y no le cobraría nada por ello! Sandro veía en aquello un abuso por su parte, pero terminó aceptando la generosa oferta. La verdad es que todo serían ventajas y, por otro lado, podría dedicar más tiempo al trabajo. Aunque la verdadera ventaja que Sandro veía en todo aquello era que, pernoctando allí, podría estar más tiempo cerca de aquella fabulosa mujer.

Día a día Águeda fue testigo del afán con que se empleaba el recién llegado en el trabajo diario. Su cojera, que tan pronto llamó la atención de Águeda, pasó a ser vivida por esta como un donoso gesto que hacía que Sandro ejecutara un ligero brinco cuando se desplazaba de un lado a otro. Aquello le producía una gran ternura.

—¿Cómo lo lleva hoy, señor «Krikevich»? —le preguntaba picarona, consciente de haberle deformado el apellido hasta hacerlo irreconocible para un oído polaco.

—Sandro, Águeda, llámeme Sandro. ¿No ve que nunca aprenderá a pronunciar mi apellido? —le replicaba mientras le guiñaba un ojo indulgentemente.

Transcurrió menos de un año hasta que ambos se declararon su

amor con los clientes y los empleados del hotel por testigos. Fue en junio de 1947, coincidiendo con la inauguración de la temporada de verano en las nuevas instalaciones del establecimiento (aunque, secretamente, hacía ya algunos meses que ambos se habían hecho esa confidencia en la intimidad). Sandro no sintió al principio ningún remordimiento pues sabía que Estanislava habría deseado que él continuase adelante con su vida. Así que se dio permiso para alimentar la ilusión de la nueva pasión que nacía en Estepona. Y, además, creía que el destino le había reservado ese lugar especial donde el amor y el desarrollo de un nuevo sentido para su vida podía empezar a resurgir de las cenizas: de las cenizas del gueto de Varsovia, de las cenizas de una ciudad entera que cayó a plomo bajo el fuego y las bombas, de las cenizas que había contemplado en los campos de exterminio nazis de los que consiguió salir vivo finalmente… Cuando Sandro se recostaba en la cama de su tranquila habitación, arrullado por el ir y venir de las olas de la Playa del Cristo, no podía por menos que recordar cómo hacía solo unos pocos años su vida era un auténtico infierno. No podía creer que todo hubiese dado aquel giro copernicano. Tampoco podía entender el capricho del azar por el que aquellos años de absoluto sufrimiento parecían dar paso ahora a una vida de promesas, de horizontes y de ilusiones. Sin embargo, fue precisamente entonces cuando, de manera inopinada, Sandro comenzó a sentir el efecto de aquel poso de culpabilidad que fue aumentando con el tiempo. ¿Por qué tuvo que ser él quien sobreviviera y no Estanislava, o sus padres, o su hermana, o sus dos adorables sobrinos? Al principio esa emoción no se dejó notar mucho porque era más poderosa aquella otra que le hablaba de la pasión que sentía por Águeda. Pero ese sentimiento de culpa fue aumentando con el tiempo y, aunque hubiera largas temporadas en las que casi
desaparecía, tarde o temprano volvía para atenazarle. Sin embargo, Águeda siempre estuvo a su lado, en lo bueno y en lo malo, como les recordó el cura que los casó en la parroquia del Carmen en ese recordado año de 1948.

Sí, aquellos dos enamorados se casaron por la Iglesia en agosto de 1948, tras algo más de un año de noviazgo. La pareja obtuvo para esa boda el visto bueno de don Gregorio —párroco de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen— una vez fue autorizada por el propio obispo de Málaga, Ilustrísima Reverendísima don Ángel Herrera Oria, eso sí, bajo la condición previa de que el judío se bautizara. La situación de viudedad de Sandro no suponía, por otra parte, ningún inconveniente para llevar a término el enlace. A él no le importó demasiado cristianizarse porque su espíritu no se regía precisamente por su religiosidad pero, sobre todo, porque estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario con tal de permanecer junto a Águeda.

Sandro, por otra parte, nunca se había sentido incómodo desde su llegada a España, ni mucho menos perseguido u objeto de sospecha por su condición de judío. Le ayudó mucho el que hiciera tiempo que las listas elaboradas en 1941 por los distintos Gobiernos Civiles —listas en las que se contenían los datos de los aproximadamente seis mil hebreos que vivían ese año en el país— permanecieran ocultas o hubieran sido destruidas para entonces. La elaboración de estos registros, ordenada por el gobierno de Franco aquel año de 1941, había tenido como destino las manos del propio Himmler con el fin de ayudar en los planes de la Solución Final de la cuestión judía que tramaron los nazis. Pero cuando Alemania perdió la guerra, el gobierno de Franco quiso desvincularse de cualquier atisbo de colaboración con el nazismo y ordenó la ocultación o destrucción de esas listas.

Todo jugaba a favor de Sandro, así que la boda con Águeda se solemnizó como deseaban. Don Gregorio se sintió especialmente satisfecho a la hora de dispensar los dos sacramentos: convertía al judío y conseguía que Águeda, «la del hotel», volviera a pisar su iglesia después de tantos años. Una jugada perfecta. La celebración del evento, como no podía ser de otro modo, tuvo lugar en el Hotel Águeda Playa.

26
Hotel Águeda Playa, Estepona. Los primeros años.

A la vuelta de su viaje de novios por Madrid, Toledo y Sevilla, el nuevo matrimonio se había asentado, por fin, en su nuevo apartamento del Hotel Águeda Playa. Aquellos días de vino y rosas transcurridos entre las tres ciudades les sirvieron para sentirse aún más a gusto el uno con el otro. Había sido su primer viaje juntos y habían conocido rincones de los que él solo tenía noticia por fotografías o por los relatos de los turistas que pasaban por el hotel. A Sandro le llamó especialmente la atención la ciudad de Toledo porque su judería permanecía intacta y encajaba a la perfección con el imaginario que él mismo había construido sobre Sefarad. La visita a la Sinagoga del Tránsito, con sus objetos litúrgicos y sus candelabros de siete brazos tan familiares para él, le hizo sentir nostalgia de su hogar polaco y del ambiente entrañable que se producía durante la celebración de la festividad de Hanukkah. Fue en Toledo donde adquirió su candelabro, un candelabro que lo acompañaría el resto de sus días y que le permitiría celebrar esa fiesta cada año (y ello pese a su nueva condición de cristiano). Lo adquirió en una tienda de regalos que, haciéndose pasar por tal, era regentada por un entrañable señor de cierta edad que —según supo Sandro— era en realidad un judío que se manejaba desde la discreción de una tienda de *souvenirs* para poder ofrecer objetos semitas.

—Se trata de un candelabro de Hanukkah, la Fiesta de las Luces judía, querida Águeda —le explicaba Sandro a su esposa pacientemente—. Es una festividad que suele celebrarse en diciembre. Durante ocho días, a la caída de la tarde, se ha de encender una vela.

—¿Qué simboliza? —preguntó interesada Águeda.

—Con la fiesta de las Luminarias los judíos conmemoramos la victoria de los macabeos sobre los seleúcidas.

—No sé quiénes son esos señores —dijo Águeda bromeando.

—¡Águeda! ¿Es que no me puedes tomar en serio aunque solo sea un momento? Me hace mucha ilusión tenerlo conmigo. Siempre recordaré la fiesta de Hanukkah en casa —dijo Sandro melancólico—.

Nos juntábamos los abuelos, los tíos, los primos… Fueron para mí unos años muy felices. Es el mejor homenaje que puedo hacer a los míos.

—Perdona, mi amor, es que nunca había oído hablar de ello —se justificó dándose cuenta de que había podido herir los sentimientos de su esposo—. En cualquier caso lucirá muy bonito en el apartamento y hará juego con la decoración de Navidad que siempre instalo cuando llega diciembre.

—Seguro que se llevarán bien, querida —le dijo a su mujer besándola en la mejilla.

De ese modo, durante muchos años, coexistieron la decoración navideña (consistente en espumillón colocado por doquier y en un pequeño Belén) con el candelabro judío. Era una bonita manera de que convivieran los símbolos de dos religiones que habían encontrado la unicidad en el matrimonio de la malagueña con el varsoviano.

Aunque Sandro era un experto en la madera, con el paso del tiempo se fue especializando en otras áreas de mantenimiento del hotel. Águeda, sin embargo, no veía con buenos ojos que el «dueño consorte» del hotel se empleara en esas tareas y prefería verlo dedicado al papeleo, a las relaciones públicas o, simplemente, a no hacer nada. Pero Sandro no se sentía cómodo relegado a un papel subsidiario al de su esposa y por eso quería hacerse valer para que nadie le reprochase estar ahí por simples méritos maritales. Y por eso le espantaba la idea de pasar su vida matando el tiempo paseando por las dependencias del Águeda Playa como si fuera un señoritingo.

—¿Preferirías verme sentado en la terraza con un Dry Martini observando por encima de las gafas a las chicas que se pasean en bañador por el hotel? No seas ridícula, Águeda. ¡Te equivocas conmigo! —le espetaba a su esposa cuando se veía en ese trance—. Estas manos son aún capaces de realizar muchos trabajos.

—No me cabe ninguna duda, Sandro, pero no acabo de ver qué necesidad tienes de ocuparte de esas cosas. Podemos pagar a un empleado para que se encargue. Pero da igual, ¡haz como tú veas!

—Pues entonces seguiré ocupándome yo del trabajo —respondía Sandro enfurruñado.

Esa era la frase con la que siempre zanjaba Sandro la discusión con su mujer sobre el asunto. Cuando se enfadaban él arrugaba su pequeño bigote y, con ese trote tan gracioso fruto de su cojera —que tanta ternura le inspiraba a su mujer— se dirigía mohíno a la terraza del hotel a sentarse en una mesa alejada y hacer como que leía el periódico. A veces los enfados de Sandro parecían más propios de un niño. Sin embargo, no pasaba mucho tiempo hasta que Águeda se acercaba a ese lugar y empezaba a decirle palabras de halago.

—Llevas razón, cariño. No se me ocurre nadie que pueda hacer el

trabajo mejor que tú.

—Ya… ¡Ahora no me vengas con esas! —le respondía Sandro mirando al horizonte.

—¿Qué haría yo sin esas manos? —Águeda cogía las manos de su marido para dibujarlas con las suyas; sabía muy bien cómo pedir disculpas.

Ella era consciente de que relegando a su marido a un segundo plano le hacía sentir mal y le daba pie a pensar si no serían su cojera o sus traumas los que hacían de él un incapacitado para el trabajo. Pero Águeda se daba cuenta rápidamente del error que cometía e intentaba repararlo de inmediato. En realidad los enfados nunca duraban mucho porque ambos eran de buen carácter y, sobre todo, porque se querían lo suficiente como para no estropear su relación por estas cosas. Al final Sandro volvía a sus tareas de mantenimiento como si nada hubiera pasado. Ella, por su parte, desempeñaba las funciones de dirección del hotel, ocupación que en Estepona extrañaba a todos que ejerciera. Pero le encantaba su trabajo. El trato con los clientes era muy cercano y le entusiasmaba, por ejemplo, pasear por las mesas del restaurante para preguntarles cómo iba todo.

El negocio iba prosperando con paso firme y decidido. La situación estratégica a pie de playa y la construcción de la piscina que habían acometido hicieron del Hotel Águeda Playa un referente en aquella zona de la costa. Para cuando llegara la década de los sesenta el establecimiento estaría preparado para acoger a un turismo cada vez más elitista: ya empezaban a dejarse caer los primeros turistas extranjeros aunque esto, cuando se trataba de ciudadanos alemanes, era para Sandro más un inconveniente que una ventaja.

En aquellos años, durante los relatos sobre sus traumas que Sandro compartía con su esposa, tenía que hacer grandes esfuerzos por contener los sollozos que le producía el recuerdo de Estanislava, de su familia y del trágico final al que todos se habían visto abocados. Cuando él abordaba esas memorias, ella acompañaba a su marido en su estremecimiento y solo acertaba a asentir con su cabeza mientras acariciaba su rostro.

—Vi a tantos caer… —repetía gimiendo cuando narraba el infierno en que se vio sumido.

Su historia era larga e impactante, y por ello tuvo Águeda que permitirle contarla a su ritmo, sin que tuviera que verse atenazado por la urgencia de dar a conocer a su esposa todos los detalles cuanto antes. Consciente como era del profundo dolor que todo aquello le producía a Sandro, respetó los tiempos para que él pudiera ir elaborando el relato de su vida reciente y la asimilación de sus heridas.

—No debes tener prisa en hablar sobre ello, querido Sandro.

Puedes contármelo con tranquilidad, yo siempre estaré aquí para escucharte —le decía Águeda a su marido.

Hablar sobre todo eso le llevó a su marido algunos meses. Así se lo aconsejó el doctor Carrizosa —un médico amigo de la familia desde hacía muchos años—, a quien Águeda acudió algunas veces con su esposo. Querían encontrar alguna solución a esas noches de sobresaltos en las que Sandro se despertaba sudoroso, con la respiración agitada y el rictus contraído. Las pesadillas, por temporadas, eran muy recurrentes. Dada la renuencia que él tenía a acudir con regularidad a aquel médico, su esposa consultaba con el galeno desde la discreción acerca del problema de su marido, haciéndole partícipe de los avatares de su reciente pasado. El doctor le aconsejó que no lo presionara pero que, al mismo tiempo, le ofreciera la oportunidad de desahogarse cuando él lo necesitase. Y también le recetó unas pastillas que Sandro a duras penas tomaba.

—Debes darle tiempo y toda tu comprensión —solía recomendarle.

No tuvo ella que hacer muchos esfuerzos para que Sandro hablara de sus traumas pues él había depositado en su esposa tal confianza que se vaciaba espontáneamente. Y encontraba como resultado un valioso consuelo. La elaboración del duelo por tantas pérdidas y por el trauma de los campos en los que se vio confinado se pudo llevar a cabo con el tiempo, con el paso de los años. La cercanía de Águeda le ayudó enormemente.

Y así fue transcurriendo el tiempo…

PARTE SEXTA

Las luces y las sombras.

27
Hotel Águeda Playa, Estepona. Mayo de 1960.

—Aquí tiene el periódico, señor Kreczkiewicz, calentito, recién traído de imprenta como quien dice —le dijo Andrés a Sandro mientras extendía su brazo para ofrecerle el *Diario Sur* al otro lado del mostrador.

El jefe de recepción era una excepción por cuanto tenía permitido llamar a Sandro por su apellido. El hecho de que fuese capaz de pronunciarlo tan correctamente le llevó al judío a decidir que su fiel empleado podía llamarlo de aquella manera.

—Muchas gracias, Andrés —respondió con una ligera inclinación de cabeza—. A esto le pones un café y unas tostadas y ya tiene uno las pilas puestas para empezar el día: nutrido e informado.

A aquella temprana hora Sandro ya había dado su largo paseo por la playa. Como cada mañana antes de desayunar en el apartamento, se pasaba por recepción para recoger un ejemplar del *Diario Sur* y para interesarse por la carga de trabajo de ese día. No tenía que demorarse mucho pues Águeda no era capaz de respetar esa rutina y se adelantaba haciendo el café y las tostadas; de hecho, cuando Sandro subía por la mañana desde la playa, antes de pasar por recepción, ya podía oler el aroma del suculento desayuno que se enfriaría de inmediato.

—¿Qué tal se presenta hoy el día? —preguntó antes de girarse hacia el apartamento impelido por la nefasta idea de que el café y las tostadas empezarían a tener ya la temperatura de un fiambre.

—Bueno, señor Kreczkiewicz, hoy tendremos el día… un tanto agitado. Ya sabe usted que llegando el mes de mayo esto empieza a bullir. Para la una de la tarde… esperamos un autobús procedente del aeropuerto de Málaga… —respondió Andrés.

El jefe de recepción parecía estar reservando alguna clase de información porque la que ofrecía resultaba un tanto escueta y trasladada en un tono inseguro. En realidad el bueno de Andrés quería evitar poner en conocimiento del patrón que el autobús traía nada menos que a treinta turistas alemanes. Sabía hacía tiempo de la

«manía» que Sandro tenía por esa gente. O, al menos, él daba por entendido que era simplemente eso, aunque las razones para la aversión que el judío sentía por los teutones resultaban ser de bastante mayor calado.

—¿No serán alemanes? —preguntó temiéndose lo peor.

—Pues sí, señor Kreczkiewicz… Se trata de unos quince alemanes —mintió en la cifra—. Pero la buena noticia es que se irán pasado mañana —eso sí era cierto—. Espero que no se vea muy incomodado. Y en cuanto al periódico, no se preocupe, haré lo de siempre; se lo llevaré yo mismo al apartamento estos días.

Aquello era lo único bueno de todo el asunto. Al confinarse en el apartamento Sandro podía disfrutar del café y las tostadas calientes al no tener que pasar por recepción para recoger el diario. El empleado respetaba el extraño encierro que protagonizaba su jefe cada vez que llegaban aquellos turistas e intentaba ser lo más amable posible.

—Está bien, Andrés. Se lo agradezco —le dijo—. Y no olvide avisarme cuando se hayan marchado.

La aversión de Sandro hacia los alemanes no podía entenderse como una simple excentricidad o como fruto de un prejuicio. Por más que él había intentado racionalizar que no todos los nativos de Alemania eran culpables de su tragedia personal (y por extensión de la Shoá) y que, de hecho, el proceso de desnazificación llevado a cabo recientemente había limpiado en gran medida de nazis el país, no podía evitar experimentar una desatada ansiedad al tener contacto con ellos; y, sobre todo, al escuchar su lengua.

Los pocos turistas teutones que habían aparecido por el Hotel Águeda Playa en los años precedentes tenían por costumbre apostarse en la barra del bar demasiado temprano para tomar cerveza. Y aunque eran muy educados, bajo los efluvios del alcohol comenzaban a hablar en voz muy alta en esa lengua cuyos sonidos tenía Sandro incrustados en su memoria.

—¿Pero es que esos condenados no saben hablar de otra manera? —le preguntaba entonces Sandro a su esposa.

—¿A ti qué más te da? No hagas por escucharlos —le respondía esta.

—Me gustaría, Águeda. Pero me resulta imposible no oírlos. Sus voces resuenan aquí dentro —decía Sandro señalando su cabeza con el dedo índice.

Y es que cuando los escuchaba hablar se retrotraía de inmediato al gueto, a los trenes y a los campos de concentración y de exterminio, reviviendo de nuevo la tragedia como si el escenario cambiase súbitamente y empezase a llenarse de siniestros personajes. La ansiedad le acometía entonces sin piedad y tenía que refugiarse en su apartamento para calmarse; aun así, hubo veces en que terminó en el

dispensario médico del pueblo, donde debieron inyectarle tranquilizantes.

Si algún sonido tenía nítidamente registrado en su cabeza aquel era el de la palabra «*schnell*», término proferido de manera reiterada por los miembros de las SS para apremiar a los deportados: para la subida a los trenes, para las marchas al inhumano trabajo forzado… «*schnell!, schnell!*». Más de una vez tuvo Sandro que exponerse al maldito sonido de esas palabras durante los funestos años en que se desarrolló su tragedia. Algún tiempo después, ya en la calma de su refugio español, tuvo que volver a oír aquello cuando unos padres alemanes apresuraban a sus hijos en la propia recepción de su hotel porque iban a perder el autobús que les llevaría al pueblo. «Schnell!, schnell!», tuvo que soportar una vez más. Fue ese uno de esos momentos en que Sandro tuvo una fuerte reacción emocional que le condujo a una notable subida de tensión. El doctor Carrizosa hubo entonces de atenderlo en el mismo apartamento aplicándole inyectables.

—¿Ya traes el periódico? —preguntó Águeda al verlo entrar en la terraza del apartamento—. Pues el café y las tostadas ya se habrán enfriado. Te lo volveré a calentar todo —en realidad a Sandro no le importó demasiado tener frío el desayuno un día más; saber que quince alemanes se alojarían en su hotel a partir de mediodía había sido suficiente para hacerle perder el apetito.

— No te preocupes, Águeda, hoy no tengo hambre. Ya comeré algo más tarde —le dijo mientras hojeaba el periódico sin poder concentrarse en su lectura. Intentaba simular que todo estaba bien pero su desazón se hacía patente.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su mujer preocupada—. Te noto raro, ¿no habrás tenido esta noche otra de esas pesadillas?

La debilidad que Sandro experimentaba con Águeda le hacía imposible ocultarle nada.

—Bueno, a ti no te puedo mentir… Hoy vienen alemanes. ¡Nada menos que quince! —le dijo apesadumbrado—. Tú lo sabías, ¿no? —le inquirió.

—¡Vaya por Dios! Ya sabía yo que algo no iba bien… —dijo Águeda moviendo la cabeza de un lado a otro—. Sí, lo conocía, pero no quise decirte nada por si pudieran haber pasado desapercibidos —le respondió ocultando que, en realidad, el número de turista sería exactamente el doble.

—No se me ocurre la manera en que quince alemanes puedan pasar desapercibidos. Al parecer se van pasado mañana, aunque supongo que eso también lo sabes —dijo Sandro fingiendo que leía el periódico. Nada estaba más lejos de su capacidad de concentración en ese momento.

—Sí, lo sé. Mala directora sería si no estuviera al tanto de ello. Y

por eso he pensado que esta noche nos podíamos distraer un rato cenando en el pueblo. Y mañana, si quieres, podemos llegarnos hasta Marbella para pasar el día —le propuso.

—¿Pero por qué debo vivir siempre huyendo? ¿No huí ya bastante durante aquellos años? —respondió con cierta brusquedad. Águeda se quedó mirándolo compasivamente porque en el fondo lo entendía—. Lo siento, tú no tienes la culpa… —le dijo bajando por fin el periódico y mirándola a los ojos. Águeda también tenía sus sentimientos y, a veces, se sentía dolida por algunas reacciones de su marido.

—Haremos lo que tú quieras, Sandro —dijo ella con cierta resignación.

—No, no, me parecen bien tus planes. Me apetece pasar contigo estos dos días para olvidarnos un poco de este asunto. Ahora que empieza la temporada estará bien comenzar con fuerzas — dijo mientras se acercaba a ella para abrazarla.

Águeda se dejó querer y, por una vez, sentía que era ella la protegida en lugar de su marido.

—Pues he de decirte que me apetece mucho la idea… —de repente la mujer esbozó una sonrisa maliciosa y le espetó sin pensarlo demasiado—: ¿Y por qué no nos vamos hoy mismo a Marbella y nos quedamos allí hasta pasado mañana? Lo puedo dejar todo listo en menos de una hora.

—¿Lo harías por mí? —preguntó Sandro con ojos de enamorado mientras se afilaba su pequeño bigote.

—Ya sabes que haría eso y mucho más, tonto —respondió.

—Pues entonces… ¡hagámoslo!

Sandro dejó el periódico sobre la mesa de la terraza. En ese momento no pudo percatarse de una noticia que aparecía en una pequeña columna situada en la parte inferior izquierda de la portada. En ella se daba cuenta de la captura de Adolf Eichmann en Argentina: uno de los principales responsables nazis de la Solución Final había sido atrapado por miembros del Mosad israelí. Cuando dos días más tarde leyera aquella información oiría hablar por primera vez del servicio secreto de Israel. Algunos años más tarde los conocería en persona. Y tendría la oportunidad de volver a hacer cosas importantes…

28
Hotel Águeda Playa, Estepona. Mayo de 1960.

Tal y como habían planeado, volvieron al pueblo dos días después. A la llegada al hotel el lugar estaba expedito de alemanes y Sandro pudo respirar de nuevo aliviado.

—Bienvenidos de nuevo a casa. ¿Qué tal ha ido todo por Marbella? —se interesó el recepcionista.

—Muy bien, Andrés, aunque como en casa de uno en ningún sitio —respondió rápidamente Sandro.

—Parece que mi marido haya envejecido veinte años de repente. Como en casa en ningún sitio, dice. No le hagas caso, Andrés, estos dos días le han venido de fábula. ¿No cuentas nada de nuestro baile al son de la orquesta del hotel? —le preguntó a su marido con la intención de cazarlo en una contradicción.

—Vale, sí… Aunque si bueno es bailar, mejor es llenar la panza mirando al mar desde la terraza —respondió irónico moviendo su pequeño bigote de manera traviesa.

Era extraño oír hablar a Sandro de aquel modo porque no era la comida un placer al que se entregara con fruición. La apariencia delgada del polaco hablaba a las claras de su mesura con la misma. La verdad es que para tener cincuenta y cuatro años se conservaban bastante bien; ya se ocupaba él de ofrecer siempre la mejor imagen de sí mismo y, tal vez por esa razón, fuera tan frugal en su alimentación. Los largos paseos por la playa también le ayudaban a mantenerse en forma, a pesar de que su cojera le impidiese hacerlo al ritmo que él hubiera deseado.

A esa hora de la tarde el Hotel Águeda Playa permanecía tranquilo. Los turistas se repartían entre la playa, la siesta en sus treinta habitaciones o las hamacas desordenadas de la piscina. Así que el matrimonio se despidió de Andrés y se dirigió al pasillo del *hall,* en cuyo final se encontraba la puerta de acceso al apartamento privado. A Andrés siempre le despertaba gran afecto contemplar a su jefe alejándose por el pasillo al ritmo del balanceo que le procuraba su cojera. El fiel recepcionista solo sabía que Sandro había tenido un

percance en la guerra, pero nunca quiso preguntarle para no parecer demasiado entrometido (ya llegaría el día en que conociera el origen de aquel defecto…).

Al entrar en el apartamento Sandro sintió una especie de vacío que le indujo a pensar que, tal vez algún día, deberían tener un perro. Imaginaba ser recibido por un peludo agitando la cola y esa idea le seducía bastante. Ya se lo había planteado alguna vez a su mujer, pero ella se mostraba remisa a la idea. Según accedía a sus estancias se percató de que no había recogido la prensa del día. La pereza de tener que volver a recepción le hizo decidir echar un vistazo al periódico que dos días antes había dejado sobre la mesa de la terraza; se conformaría con eso.

Tras recoger el ligero equipaje que traían, Sandro y Águeda se sentaron plácidamente en la terraza para relajarse observando el mar. El café que prepararon les hizo aún más grata la tarde, que aquellos días de mayo no era aún tan calurosa. Sandro desplegó el periódico con displicencia, consciente de que las noticias no serían precisamente «frescas», pero al menos se distraería un rato. Y si el sueño de la tarde le vencía, tampoco se estaría perdiendo nada importante. Pero al posar la vista en la portada del diario pudo ver el titular:

«Adolf Eichmann ha sido llevado a juicio en Israel».

Y continuaba el subtítulo:

«Agentes del Mosad, tras localizar al nazi en Argentina, lo han capturado y puesto a disposición de la justicia israelí».

La noticia venía fechada el 27 de mayo de 1960. Aquel nombre, Eichmann, le resultaba vagamente familiar. La comunicación, servida por una agencia de noticias internacional, informaba escuetamente sobre su detención:

> *Adolf Eichmann —que se había hecho llamar Ricardo Klement durante su huida en Argentina— ha sido apresado en la zona norte del Gran Buenos Aires. Un comando de seis agentes del servicio secreto israelí, el Mosad, ha sido el encargado de seguir la pista del alemán responsable de la organización de la Solución Final que terminó con la vida de millones de judíos en Europa durante el Holocausto. Los perseguidores han seguido la pista guiados por la información del cazador de nazis Simon Wiesenthal y por la información ofrecida por un vecino judío de Eichmann. Se ha procedido a su traslado a Israel donde será juzgado.*

—Adolf Eichmann… —profirió Sandro en voz alta en actitud pensativa—. ¿Te suena de algo ese nombre? —se dirigió a Águeda. Esta permanecía con los ojos cerrados mientras tomaba el sol de la tarde.

—¿Pero otra vez estás a vueltas con los alemanes? —se enfadó su mujer sin llegar a abrir los ojos.

—¡No, no, no es eso!… Dice el periódico que han capturado a este

Adolf Eichmann en Argentina y que se encuentra en Israel para ser juzgado. Se trata de uno de los mayores asesinos nazis, responsable de organizar la muerte de millones de mis congéneres. El caso es que yo he escuchado antes ese nombre… ¡Claro! ¡Adolf Eichmann! Huyó de Alemania al finalizar la guerra y se le estaba buscando para que rindiese cuentas ante la justicia. Él es uno de los muchos que faltaron en Núremberg. Ahora tendrá que pagarlas todas juntas.

—Si ese individuo es un hijo de puta nazi bien capturado está. Y si después del juicio lo cuelgan por el cuello, la humanidad se habrá deshecho de un demonio más —parecía que Águeda estaba intuyendo cuál iba a ser exactamente el final del nazi.

—Sí, es una magnífica noticia. La justicia debe ser implacable con esta gentuza. ¡Cómo me gustaría poder colaborar con esos agentes para poner ante un tribunal a toda esa escoria! —dijo Sandro con rabia.

Águeda se incorporó en su sillón y se quitó las gafas de sol para mirar directamente a su marido, persiguiendo con ese gesto dotar de seriedad a lo que iba a decir.

—Tú ya hiciste todo lo humanamente posible en la lucha contra esos malnacidos —dijo su mujer con rictus grave—. Fuiste un valiente y plantaste cara a esos cerdos, ¡no una, sino dos veces! —enfatizó—. Ahora puedes descansar tranquilo y sentirte satisfecho. Serán otros quienes sigan en esa lucha, pero tú no te mueves de aquí —le dijo con cierta ironía pero con una determinación que dejaba traslucir el orgullo que sentía por el pasado de su marido.

Aunque sabía de las escasas posibilidades que existían de que su marido se enrolase en ninguna acción de ese tipo, la sola idea la ponía nerviosa. Por eso fue tan cortante.

—No se me ocurriría volver de nuevo a la lucha. Eso ya terminó para mí, pero la sangre me hierve al saber de estas informaciones —le contestó—. Tener noticias de que muchos de estos crueles asesinos aún siguen sueltos me indigna profundamente. Ninguno de ellos debería encontrar en la tierra agujero alguno en el que poder esconderse. Y sin embargo, fíjate, unos en Argentina, otros en Paraguay, el diabólico Mengele dicen que en Brasil… todos de vacaciones con la connivencia de algunos gobiernos. Son todos unos… —Sandro torció el gesto, agachó la cabeza y prefirió callar. En su pequeño bigote se podía percibir un ligero temblor.

—Y lamentablemente no hay que irse tan lejos —añadió Águeda conectando con la indignación de su marido—. Ya sabes que aquí en España se dice que algunos nazis viven protegidos bajo el régimen de Franco. Pero no deberías preocuparte, querido. Es muy probable que vivan escondidos y sin más ánimo que encontrar en sus escondrijos la paz que no merecen. A estas alturas no serían capaces de matar ni a

una mosca. Sería bueno que te olvidaras de eso. Ahora estás muy lejos de todo aquello y así seguirá siéndolo.

—Quién sabe lo que son capaces de hacer. Y quién puede asegurar que quienes les protegen y detentan el poder en el régimen franquista no tienen intenciones oscuras con respecto a nosotros los judíos —apuntó Sandro apesadumbrado.

—Escúchame bien, Sandro. Nadie en nuestro país tiene la más mínima intención de delatar a nadie y el gobierno de Franco está en otras cosas. No tienes motivos para preocuparte. Además, hace años que eres católico —Águeda intentaba sosegar a su esposo.

—Llevas razón. Aunque a veces me cuesta no sentir ansiedad al pensar que todavía muchos de ellos andan sueltos.

—¡Pero ahora no te pueden hacer nada! ¡Puedes estar seguro! Franco dejó de hacer carantoñas a los nazis cuando estos perdieron la guerra y todos los que apreciaban ese monstruoso régimen alemán se olvidaron rápidamente de él —repuso Águeda.

—Nunca te lo he contado por no preocuparte… —Sandro se incorporó para ponerse frente a Águeda—. Hace años que don Gregorio, el cura que nos casó, me contó algo sobre unas listas que el director general de seguridad del gobierno de Franco ordenó elaborar a los gobernadores civiles acerca de los judíos. Quería disponer de un registro donde constase nuestra filiación personal y política, nuestros medios de vida, el grado de peligrosidad y esa clase de cosas.

—¿Cuándo te dijo eso? —preguntó Águeda, interesada.

—Hace unos años. Si no recuerdo mal me comentó que esas listas habían sido elaboradas a principios de la década de los cuarenta pero que para entonces, cuando él me lo refirió, hacía tiempo que habían quedado en el olvido.

—Tú lo acabas de decir, Sandro, ¡hace años de todo eso! ¿Te vas a preocupar ahora? —dijo Águeda mientras le cogía las manos a su marido—. Todo lo que se le ha oído a Franco sobre el asunto es que salvó a muchos de los tuyos permitiéndoles pasar por España de camino hacia otros países.

—Ya… entiendo lo que dices, pero a veces no puedo evitar sentir preocupación —dijo Sandro.

—Pero son preocupaciones infundadas. ¡No va a ocurrirte nada! De eso puedes estar seguro —repuso Águeda besando a su esposo en la mejilla.

Sandro volvió a recostarse en su sillón algo más tranquilo, aun cuando la idea de que algunos antiguos nazis podían vivir cerca de él no dejaba de rondarle la cabeza. Experimentaba la inquietud lógica de un superviviente de la Shoá. No obstante aquellos eran los años de perseguir a los verdugos y las víctimas podían vivir tranquilas alejadas de las antiguas persecuciones. Todo lo tranquilas que sus traumas les

permitiesen…

PARTE SÉPTIMA

El dilema

29
Hotel Águeda Playa, Estepona. Septiembre de 1969.

Los años fueron transcurriendo. Desde que conoció la detención de Eichmann allá por 1960, Sandro no había dejado de pensar en la idea durante todo ese tiempo: se planteaba el modo en que podría colaborar para descubrir y delatar a aquellos nazis que se sospechaba vivían protegidos en España. Eso sí, lo tenía que hacer a espaldas de Águeda, en la privacidad de su pensamiento. Su información sobre la existencia de esos asesinos en el país
—concretamente en la Costa del Sol— era vaga y se fundaba más en rumores que en certezas. Además, no podía imaginar cómo él, un simple propietario «consorte» de un pequeño hotel, podría llevar a cabo un trabajo de esa índole. Por otro lado, las autoridades franquistas no serían demasiado proclives a interrumpir la apacible vida de los nazis que pudieran vivir en España. La empresa se antojaba complicada, pero no dejaba de fantasear con la misma.

La recreación en su mente de esta idea se vio alimentada por otro hecho y es que, a raíz del apresamiento de Adolf Eichmann en la Operación Garibaldi, su juicio en Jerusalén y su posterior ajusticiamiento en 1962, Sandro había empezado a oír hablar de la persecución de los responsables del Holocausto que algunos cazanazis habían emprendido. La aparición de noticias relacionadas con estos asuntos en el malagueño *Diario Sur* eran muy escasas y esporádicas, pero Sandro las leía con avidez. Los esfuerzos de los judíos por hacer justicia años después del Holocausto se veían, al parecer, apoyados por el Mosad, la agencia de inteligencia israelí, de la que el polaco había oído hablar vagamente. Era difícil conocer de esta agencia pues a su carácter discreto (dadas sus funciones de espionaje) se unía el hecho de que los países aliados habían perdido el interés por la captura de los jerarcas nazis y se centraban más en librar la guerra fría contra la URSS; para ellos el Mosad era un organismo hebreo con motivaciones particulares al que no prestaban demasiada atención ni apoyo. Pero a Sandro la existencia de este servicio de inteligencia le resultaba muy motivante.

—¿Has oído hablar del Mosad? —le preguntó a Andrés en una de esas tardes en que la recepción del hotel estaba tranquila y ambos compartían un agradable rato de conversación.

Su empleado era una persona de dilatada cultura y conocimientos y por esa razón le gustaba abordar con él diferentes temas sobre los que siempre terminaba aprendiendo algo.

—Imagino que te refieres al servicio secreto judío, ¿no es así? —le respondió el recepcionista.

—Exactamente. ¿Conoces algo sobre ellos? —insistió Sandro poniendo sus esperanzas en la erudición e inquietud intelectual de su empleado. En situaciones informales ambos se tuteaban.

—Algo he oído, pero su obligado secretismo hace difícil conocer mucho sobre el espionaje israelí —parecía que Andrés podría ofrecerle alguna información—. Al parecer llevan algún tiempo a la caza de los nazis que escaparon de Núremberg. Hay que reconocer su valor y, personalmente, les entiendo: tienen todo el derecho del mundo a que se haga justicia con los responsables de millones de muertes.

—Así lo creo yo también —dijo Sandro, satisfecho con la respuesta de Andrés.

—Ahí estuvo lo de Eichmann. Ese asesino cayó finalmente en sus redes y terminó ejecutado legalmente. Creo que se merecía ese final, qué quiere que le diga —el recepcionista se mostraba bastante en sintonía con lo que Sandro opinaba.

—Sí, estoy al tanto de lo de Eichmann. Hace años me interesé por el asunto y lo seguí a través de la prensa —añadió Sandro—. ¿Cómo estás tan informado?

—Ya sabes, me gusta leer, documentarme. Las matanzas de la Segunda Guerra Mundial me impresionaron mucho y en estos últimos años he intentado ilustrarme y estar al tanto de lo acontecido posteriormente.

—Veo que las noches en blanco de la recepción dan para mucho —le dijo Sandro.

—Sí, para qué negarlo —Andrés sonreía—. He tenido mucho tiempo para ponerme al día. Ahora se oye hablar mucho de un tal Simon Wiesenthal. Es un pertinaz cazanazis de origen austríaco que se dedica junto a su mujer a sacar de sus madrigueras a esos malnacidos.

—¿Wiesenthal? Sí, fue él quien ayudó en la captura de Eichmann, pero no conozco mucho más de él —dijo Sandro.

—Pues sus méritos no son pocos, aunque el Mosad siempre le restó importancia al papel que jugó.

—¿Y qué le ha hecho a Wiesenthal entregarse a la causa de ese modo?

—Razones no le faltan —respondió Andrés de inmediato—. Es judío y pasó, en cuatro años, por cinco campos de concentración nazis.

Más de una vez estuvo a punto de morir, aunque finalmente fue liberado en un campo llamado Mauthausen, ¿lo conoce?

—Ya lo creo que lo conozco… Me tienes que disculpar, debo ir a ver cómo está Águeda —solamente oír el nombre de aquel campo en Austria le hizo sentir una importante desazón que le obligó a concluir de manera abrupta la conversación.

El recepcionista, sorprendido por la repentina reacción de su jefe, no podía intuir que aquel campo del que le hablaba era el mismo en el que Sandro había padecido durante ocho meses de su vida. El judío no tenía pensado por el momento hablar con Andrés sobre el asunto. Aunque algún día compartiría su historia con él…

30
Hotel Águeda Playa, Estepona. Primeros años 70.

Los días transcurrían para Sandro entre deseos de justicia y obligaciones más prosaicas, la primera de las cuales era, a pesar de su esposa, ocuparse del mantenimiento del hotel. Cuando no había faenas que realizar —cosa bastante extraña en el día a día— Sandro se acercaba a leer el periódico junto a la recepción, lo que le brindaba la oportunidad de comentar la actualidad con Andrés y de profundizar en las historias relacionadas con la persecución de los nazis. A esas alturas el recepcionista ya había empezado a atar cabos en relación a la historia del «señor Kreczkiewicz»: sospechaba que la vida de su jefe y amigo encerraba muchos secretos que algún día serían desvelados.

Y si alguna vez se colaba en el hotel algún turista alemán, el judío se refugiaba en la tranquilidad de su apartamento para leer el diario o para hacer lo que le viniera en gana. Ser el jefe le brindaba ciertas ventajas, una de ellas era poder disponer de su tiempo como le apeteciera, aunque Sandro siempre prefiriese cumplir con las obligaciones que él mismo se imponía contraviniendo el criterio de su esposa. En todo caso, Águeda hacía tiempo que había desistido de relegar a su esposo a la tarea de «contar nubes», convencida de que para él resultaba terapéutico mantenerse ocupado. «Tal vez lleve razón», pensó el día en que decidió dejar a su marido en paz y que este se emplease en lo que hacía… o en lo que le diese la gana. Ella, por su parte, siempre andaba ajetreada de un lado para otro: revisaba la limpieza de las habitaciones, metía la nariz en los guisos que se elaboraban en la cocina, supervisaba la entrada y salida de turistas, comprobaba el estado de la piscina, cuidaba de que la disposición del mobiliario del restaurante estuviera en orden y hacía, en definitiva, cuanto entendía necesario para que el funcionamiento de su hotel fuera óptimo.

Para entonces, en aquellos años setenta que vieron crecer el turismo en la Costa del Sol, el Hotel Águeda Playa tenía a disposición de los turistas treinta habitaciones, un restaurante con veinticinco mesas, un coqueto bar con terraza en la piscina y un acceso directo a

la tranquila Playa del Cristo. El establecimiento se había consolidado como referente turístico en la zona y daba trabajo a un recepcionista y su asistente, cinco camareros, dos cocineros y dos camareras de habitaciones. A ellos había que sumar a Sandro como responsable de mantenimiento, aunque Águeda nunca lo consideró un empleado más.

El hotel prosperaba al ritmo que lo hacía la Costa del Sol. Estepona empezaba a desperezarse de su siesta pueblerina para empezar a deambular por la modernidad que trajo el turismo bajo el brazo. Y el hotel de Águeda fue uno de los primeros establecimientos del pueblo que supo aprovechar la oportunidad. Pero, con todo, fue Torremolinos el pueblo que más empezó a crecer y a tener renombre internacional. La localidad vio erigir en su término grandes hoteles y edificios de apartamentos. Entre ellos destacó el moderno y revolucionario Hotel Pez Espada, un soberbio establecimiento de cinco estrellas que empezó a ser conocido como «el transatlántico de La Carihuela».

—Dicen que es el no va más —le decía Águeda a su esposo a cuenta del lujoso hotel torremolinense.

—El Hotel Águeda Playa tampoco está nada mal, querida —le decía él para contentarla.

Mientras Sandro soñaba con la detención de nazis, su esposa fantaseaba con poder convertir su hotel en un trasunto del Pez Espada y poder albergar en él algún día las actuaciones de grandes estrellas internacionales, tal y como acontecía en aquel cinco estrellas de La Carihuela. Imaginaba a Antonio Machín cantando en la terraza del Águeda Playa o se veía a ella misma haciendo los honores de una presentación rimbombante: «Señoras y señores, la dirección del Hotel Águeda Playa se complace esta noche en presentarles la actuación de la incomparable, de la magnífica, de la adorable…¡Rita Pavone!». Aplausos, vítores, gente puesta en pie en la terraza con vistas a la Playa del Cristo… Todo eso imaginaba, consciente como era de la imposibilidad de ver realizado dicho sueño. Pero disfrutaba haciéndolo. Algún día se desplazaría con Sandro hasta Torremolinos para disfrutar del Pez Espada. Y quién sabe, tal vez pudiera copiar alguna de esas ideas que hacían de aquello algo tan mágico y deseado por lo que se empezó a conocer entonces como la «jet-set internacional». Tendría que planteárselo a su marido con tiempo porque él siempre prefería vivir en la seguridad de su hotel y de su apartamento con acceso a la playa. Raras eran las veces en que el matrimonio pernoctaba fuera de allí. Para Sandro el paraíso en Estepona era no solo su hogar, sino también su refugio, el seno materno que le ofrecía la necesaria seguridad y sosiego.

—¿Te has dado cuenta de que desde que regresamos de nuestro viaje de novios casi no hemos vuelto a salir de aquí? —le solía decir Águeda a Sandro.

—Claro que me he dado cuenta. Que me lo digas una vez a la semana desde hace veinte años ayuda mucho —acostumbraba a responder su marido, algo molesto.

—En serio, Sandro, deberíamos plantearnos hacer algún viaje. Sabes que me gustaría conocer otros sitios.

—Está bien, déjame que lo piense… —terminaba siempre diciendo para conformarla.

Ella, en cualquier caso, era consciente de la necesidad que tenía su marido de encontrar reposo para su espíritu, de enjugar el sentimiento de culpa que lo invadía algunas veces y de disponer de un anclaje en una apacible realidad que calmara el dolor de sus heridas psicológicas, permitiéndole olvidar el infierno de su vida hasta 1946. Por eso, a pesar de su insistencia, nunca le importó sacrificar esa inquietud viajera.

Él, por su parte, era a su vez conocedor de los deseos de su mujer por salir ocasionalmente del paraíso para conocer otros oasis. Por eso, cuando Águeda le habló con tanto entusiasmo de Torremolinos, le respondió con un condescendiente «no te preocupes, querida, algún día iremos allí».

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —contestó Sandro—. Y hasta veremos cantar a ese Antonio Machín que tanto te gusta.

31
Hotel Águeda Playa, Estepona. Mayo de 1971.

Sandro no tenía amigos íntimos. Sí disponía, en cambio, de muchos conocidos con quienes podía hablar sobre temas banales. Pero tal vez el día a día y la cercanía le permitieron encontrar en el bueno de Andrés a la persona con quien poder desahogarse hablando sobre sus cosas. Era, por tanto, lo más parecido a tener un amigo íntimo. Con el paso del tiempo el polaco vio en él a alguien más que el recepcionista del Hotel Águeda Playa y este vio en su jefe —más de diez años mayor que él— a una persona sensible con muchas cosas por decir y necesitado de alguien en quien depositarlas. Andrés sentía que muchas de esas cosas aún debían ser contadas. Y es que, desde que había desarrollado esa confianza con su patrón y conocido el interés de este por el asunto de las detenciones de nazis a cargo del Mosad, empezó a atar cabos sobre el pasado de Sandro Kreczkiewicz. Las conversaciones que ocasionalmente tenían al socaire de las noticias aparecidas en prensa le dieron pistas suficientes para saber que la animadversión por los alemanes tenía que ver con su pasado en Polonia y con su condición judía. Aunque Sandro nunca hablaba abiertamente de su judaísmo ni hizo ostentación alguna del mismo, su empleado pudo adivinar el significado de aquel candelabro de Hanukkah que tenía en el apartamento.

—Hace tiempo que ardo en deseos de aclarar algunas cuestiones —en la intimidad, Andrés tuteaba a Águeda dada la confianza que ambos tenían de tantos años. Los dos tomaban un café en la barra de la piscina mientras Sandro sesteaba en el apartamento.

—¡Uy!, ¿qué intriga es esa, Andrés?

—Verás… no es que me guste meter la nariz en ciertos guisos pero o mucho me equivoco o Sandro es judío. Y no solo eso sino que creo que durante la guerra lo tuvo que pasar muy mal allá en Polonia. ¿Ando muy descaminado? —Águeda, sorprendida por lo expeditivo que había sido su empleado y amigo, dejó sobre la barra el café que estaba tomando y levantando lentamente la cabeza para mirar a Andrés, le dijo:

—¿Hace cuánto que lo sabes?

—¡O sea que es verdad! —corroboró el recepcionista—. Lo imaginé desde un principio, cuando os vi llegar de vuelta de vuestro viaje de novios con un candelabro de Hanukkah.

—¿Y lo de la guerra? ¿Cómo has sabido de su sufrimiento? — Águeda, lejos de molestarse por las deducciones que hacía Andrés, sentía que el recepcionista podía convertirse en alguien con quien compartir las inquietudes que sentía por Sandro.

—Bueno, Águeda, es fácil deducirlo: cualquier judío que habitase Polonia aquellos años habría sufrido necesariamente la persecución de los nazis. Su cojera, la animadversión que tu marido siente por los alemanes… todo ello refuerza aún más mi teoría.

—¿Por qué no hablas con él sobre ello? —le preguntó Águeda de repente.

—Bueno… no estoy seguro… no sé si debería. Tal vez sería meterme donde no me llaman.

—¿Por qué no pruebas? Solo puedo decirte que a Sandro le vendría muy bien poder contar con alguien como tú para sacar fuera su sufrimiento.

—O sea, que sufrió… —dedujo apesadumbrado.

—No poco, querido Andrés… Su vida hasta llegar aquí fue el mismo infierno en la tierra, con eso te lo digo todo.

—¡Caray! —acertó a decir Andrés cariacontecido.

—Estoy segura de que a ti te lo contará. Y eso le hará mucho bien. Debes ser tú mismo quien descubra su historia. Puedes estar seguro de que no te quedarás impasible.

De este modo, el recepcionista se propuso a partir de aquel momento afrontar el reto de desentrañar el pasado de Sandro.

***

La propia biografía de Andrés vendría a justificar esa actitud de curiosidad y búsqueda de la verdad ya que él había sido un notable alumno con un destacado interés por el conocimiento. De hecho, todo el afán en su época de estudiante, había sido el de ir a la Universidad, objetivo por el que se había esforzado enormemente. Su vocación adolescente, de hecho, se orientó por el estudio de la Historia y siempre había soñado con convertirse en un eminente profesor de dicha materia, sin descartar haberse dedicado a la investigación de legajos antiguos, mapas olvidados y crónicas abandonadas en el fondo de las estanterías de ilustradas academias de Historia. En realidad todo le llamaba la atención y, tanto ayer como hoy, se esforzaba por

mantener un conocimiento cabal de todos los acontecimientos políticos, sociales e históricos que tenía oportunidad de presenciar. Ya desde su primera juventud, allá por los convulsos años treinta en España, se convirtió en un lector diario de prensa y no perdía oportunidad de recortar las crónicas de actualidad más interesantes que coleccionaba en unas carpetas atadas con cintas de las que ya entonces atesoraba unas cuantas. Los prolegómenos de la Guerra Civil española y su posterior desarrollo quedaron por ello bien documentados entre los anaqueles de su habitación. Pero su ansiado deseo por convertirse en universitario se vio cruelmente truncado ante la imposibilidad de su familia de otorgarle aquella oportunidad. Nunca experimentó ninguna clase de reproche hacia sus progenitores, antes al contrario, siempre les profesó una incondicional adoración y gratitud por el esfuerzo que habían hecho desde una humilde barca de pescadores con la que intentaban traer el sustento a casa cada día.

Andrés nunca había pensado dedicarse a la mar, intención que su padre conoció desde un principio y razón por la que este permitió que su hijo dedicara muchas horas al estudio; confiaba el pescador en que un golpe de suerte o una beca de la que se pudiera haber beneficiado, le permitieran alcanzar la Universidad. Pero ninguna de estas dos circunstancias se dio finalmente: la suerte porque se mostró esquiva y la beca porque, a pesar de su falta de recursos, parecía estar destinada a otro. El inicio de la Guerra Civil (de la que se vio exento de participar por razones de su edad) y la convulsión que esta supuso para el normal funcionamiento del sistema de enseñanza, tampoco ayudaron en nada a alcanzar su propósito.

Andrés siempre recordaba con ternura el día en que su padre le tuvo que poner frente a la realidad y, con los ojos enrojecidos, le dijo que su sueño no sería posible. No contaría el chaval con más de dieciséis años cuando se dio de bruces con aquello aunque, dada su madurez, supo encajar el golpe con ánimo y tuvo que ser él quien consolara a su progenitor. Este, por su parte, le prometió que no tendría que buscarse la vida a bordo de la humilde barca y que haría todo lo posible por buscarle un destino más halagüeño. Fue así como, años más tarde, entregando unas cubas de pescado al dueño del hostal que se encontraba en la Playa del Cristo (según acostumbraba a hacer el pescador con don Anselmo, el padre de Águeda), le preguntó si no tendría un hueco para su hijo en aquel negocio. La suerte aquella vez se mostró menos escurridiza y permitió que Andrés empezase a trabajar en el incipiente negocio como contable. Desde aquel momento se convertiría en uno de los más eficientes trabajadores del hostal Águeda Playa que recién empezaba a funcionar de cara al público. El tiempo, y su buen hacer, permitieron que terminase siendo el máximo responsable de la recepción del que mucho más tarde se

convertiría en el Hotel Águeda Beach.

Andrés, no obstante, nunca perdió su vocación investigadora y estudiosa, y no desperdiciaba la oportunidad de profundizar en el conocimiento de la historia haciéndose de algunos libros de segunda mano que adquiría en el pueblo o que se traía de Málaga cuando podía viajar hasta allí. Y nunca perdía la ocasión de asistir a cuantas conferencias, escasas entonces, se celebraban en el ayuntamiento de Estepona. No fueron pocas las veces que el propio alcalde le pedía consejo a la hora de ordenar la vida cultural del pueblo, acercándose para ello hasta el hostal de la Playa del Cristo. De algún modo el recepcionista, a pesar de su juventud, era «una autoridad» en el municipio.

Cuando al morir sus padres Águeda tomó las riendas del negocio, encontró en Andrés el apoyo necesario para salir airosa: siempre encontraba respuestas a la hora de tomar decisiones comerciales o financieras, y en todo momento le fue bien gracias a sus consejos. De ese modo Andrés pasó a formar parte imprescindible del espíritu del Hotel Águeda Playa… hasta llegar a hoy.

32
Estepona-Fuengirola.
Mayo de 1971.

—Puedes intentarlo si quieres, pero ya sabes que Sandro no es amigo de viajes —le decía Águeda a Andrés ante la proposición que este hacía.

—Bueno, tampoco llamaría yo «viaje» a llegarse hasta Fuengirola. Serán solo unas horas, el tiempo de llegar hasta allí, saludarlo y volvernos para estar aquí por la tarde —informaba Andrés.

—No, no, si a mí me parece perfecto. Creo que salir de aquí le irá muy bien, aunque tampoco entiendo el propósito del viaje… Bueno, el propósito de «llegarse hasta Fuengirola» —decía Águeda mostrando un ligero desconcierto.

—Se trata de José María Sandoval, el primo de mi mujer. Es el comisario de la Policía Armada de Fuengirola. Me gustaría que tu marido lo conociera porque este próximo mes de julio quiere venir al hotel con su familia a pasar una semana. Le he hablado mucho de este lugar. Qué mejor que sea el propio dueño del establecimiento quien le extienda la invitación. Además, a Sandro le vendrá muy bien airearse un poco —mintió el recepcionista.

En realidad el auténtico propósito de Andrés era poner en contacto a Sandro con el comisario porque ambos podían tener algunas cuestiones sobre las que hablar. Pero prefirió ocultar a su patrona esta información, sabedor de que el tema de los cazanazis la ponía algo nerviosa; no en vano la oía rezongar cuando los sorprendía hablando sobre el tema en recepción.

***

Era José María Sandoval una *rara avis* que no se ajustaba en absoluto al arquetipo de mando policial franquista adherido al régimen y valedor del mismo. Antes al contrario, siempre se mostró muy crítico con este aunque, por razones del cargo, siempre supo disimularlo muy

bien. Su trabajo como responsable policial en una tranquila localidad de la Costa del Sol le permitía pasar desapercibido para sus superiores y nunca era molestado con asuntos que lo comprometieran, así que era un disconforme que vivía feliz. Había llegado a ostentar su autoridad ateniéndose a las reglas del juego que marcaba el régimen pero, eso sí, nunca fue un adulador del mismo ni tuvo que ver mancillada su dignidad. El comisario tenía además el honor de ser amigo personal de Ángel Sanz-Briz, quien fuera encargado de negocios de la embajada de España en Budapest y quien hubo de asumir las tareas propias de embajador en unos momentos muy delicados cuando, en la primavera y verano de 1944, se produjo la deportación de los judíos húngaros al campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. Su amigo Ángel —con quien Sandoval trabó amistad durante las temporadas en que este viajaba a Fuengirola para pasar algunos días de vacaciones con su familia— compartió con él su desazón, su indignación y su impotencia por la falta de colaboración del gobierno franquista para salvar al máximo número de judíos de Budapest. Le había dolido especialmente al diplomático que hubiera tenido que ser él mismo quien hiciera frente con su propio dinero al alquiler de los apartamentos donde protegió a cientos de judíos de origen sefardí. Así consiguió salvar a más de cinco mil personas cuyo horizonte más que probable hubiera sido una muerte segura. Desde que Sandoval conoció esta historia por boca de Ángel Sanz-Briz su simpatía e interés por los judíos fue creciendo aún más.

En las sobremesas de los almuerzos familiares el comisario solía compartir este tipo de asuntos con Andrés: Sanz-Briz, Budapest, Auschwitz… despertaban bastante interés en los dos, aun cuando en España estos temas resultaban casi desconocidos para la mayoría. Hacía tiempo que Andrés quería presentarle a su jefe, del que tanto le había hablado y de quien ahora sabía era uno de aquellos judíos polacos perseguidos por el Tercer Reich. Pensó que al policía le gustaría conocer a un superviviente del Holocausto y hasta ofrecerle a este la oportunidad de hacer justicia. Las razones por las que el recepcionista concluyó que Sandro había sido víctima del nazismo habían empezado a acumularse hacía tiempo, pero ahora habían sido ya confirmadas por Águeda. Cuando alcanzó esa certeza pensó de inmediato en el primo de su esposa. Y es que Sandoval siempre había mostrado un especial interés por la persecución de los hebreos acaecida en el pasado reciente y le producían una incontenible indignación las medias tintas con las que el régimen de Franco se había conducido en ese asunto. De alguna manera, desde su pequeño mundo, el comisario se sentía en deuda con el pueblo judío por ello.

Andrés sabía que José María Sandoval había ofrecido al Mosad todas las facilidades para hacerse cargo de los nazis que se

encontraban instalados en la costa. Durante uno de los muchos encuentros familiares en que ambos coincidían, el policía le hizo algunas confidencias en las que le desveló cómo hacía pocos años que había contactado con el servicio secreto israelí. Las reuniones con dicho servicio de inteligencia, según le contó, habían sido propiciadas tras su asistencia a un acto interconfesional organizado por la comunidad judía de Madrid en la parroquia madrileña de Santa Rita en 1967. Sandoval quiso acercarse así a algunas autoridades judías que ya se encontraban afincadas en España con el beneplácito y la simpatía impostada de Franco. Fue allí donde conoció a un tal Max Mazin, uno de los miembros destacados de la comunidad quien, a su vez, y dado el interés y disposición que el comisario le mostró hacia «la causa», le facilitó los contactos con un oficial de información del Mosad, Yoel Ostrovsky, que ya se encontraba operando en Madrid. La misión de ese agente israelí no era otra que, precisamente, captar colaboradores españoles cuya posición pudiera ayudar en las tareas de espionaje. Aquel encuentro, por tanto, resultó providencial. Fue a partir de ese momento cuando Sandoval se convertiría en un eficaz colaborador del servicio de inteligencia judío pasando a coordinarse con el departamento de Recolección de Información del mismo. La inmejorable situación del comisario— desde la que podía estar al tanto de los movimientos de los nazis en la Costa del Sol— resultó de una gran utilidad para el Mosad. Lógicamente, todas las actividades encomendadas por dicho organismo se llevarían a cabo sin conocimiento de la superioridad policial. El policía era un heterodoxo y le gustaba conducirse bajo sus singulares criterios y decisiones, razón por la que no tuvo inconveniente alguno para manejarse bajo esa premisa. De alguna manera, el comisario siempre había mostrado su rabia e indignación con el exterminio de seis millones de judíos europeos porque opinaba que, en gran medida, dicha matanza se produjo por la desidia de muchos países que, a su entender, habían mirado hacia otro lado. Y España no se posicionó precisamente de una forma clara en ese asunto; eso le sublevaba especialmente.

José María Sandoval siempre tuvo un gran interés por el mundo sefardí y su expulsión de España; no sabía bien por qué, pero casi podía sentir que sus orígenes procedían de aquellos expulsados o, más bien, de los *anusim* que quedaron en España practicando el criptojudaismo. Algo dentro de sí le llamaba poderosamente a hacer justicia. Y justo a esa misión se entregó.

***

—La verdad es que no entiendo cómo me has convencido —Sandro se dirigía a Andrés mientras este conducía su Morris Mini Cooper S por la carretera de la costa hacia Fuengirola. Tenía que hablarle en voz alta porque el calor de aquel mes de mayo de 1971 les obligaba a viajar con las ventanillas del vehículo bajadas.

—Tú ya verás como merece la pena, mi primo es una persona encantadora, por más que sea todo un comisario de la Policía Armada del régimen —le dijo el recepcionista.

—No lo pongo en duda, Andrés, pero no sé qué pinto yo conociendo a un mando policial franquista, ni cuál es tu interés en todo esto —recelaba Sandro.

—A lo mejor te sorprende saber que tal vez tengáis algunos «asuntos en común» de los que hablar —en ese momento de relajación, viajando ambos en el pequeño Mini, Andrés tuvo la osadía de espetárselo—. Creo que mi primo les tiene tanta inquina como tú a los alemanes y hasta sabe de la ubicación en la costa de algunos nazis a los que le gustaría echarles el guante. Quizá quiera compartir esa información contigo —Sandro congeló el gesto.

—¿No estarás hablando en serio? ¿Me estás diciendo que me llevas junto a alguien que conoce del paradero de esos malnacidos y tú vas y me metes en este fregado? ¿Qué te hace pensar que no te estás excediendo? ¿Quién has creído que soy? —dijo Sandro con un visible enfado.

Aquella idea, la de ser informado sobre la ubicación cercana de quienes fueran responsables de la destrucción de su vida y contra quienes él mismo había luchado, más que satisfacerle le ponía en principio muy nervioso.

—He supuesto que…, dado tu interés por lo de Eichmann, no sé…, te sería de gran valor saber que hay quienes comparten contigo tu deseo de hacer justicia —se justificó Andrés. El recepcionista comenzaba a ser presa de cierto nerviosismo.

—¿Y por qué crees que yo tengo deseos de hacer justicia o de perseguir a nadie? —continuó Sandro molesto—. Creo que has ido muy lejos en tus suposiciones. Es más, te agradecería que en cuanto pudieses te dieras la vuelta.

Realmente al judío le importunó mucho esa situación porque, de algún modo, rompía con la discreción que él mismo había mostrado sobre este tema durante muchos años. No había descartado compartir con su amigo su azaroso pasado, pero hubiera preferido ser él quien eligiese el cómo y el cuándo. Pero, allá en el fondo, Sandro sintió removerse algo que zarandeó brevemente su estómago, como si la ola de calor que le había subido por el cuerpo al conocer las intenciones de Andrés trajera consigo al final una cierta sensación de regocijo.

—Te he de pedir entonces disculpas, Sandro… Llevo tiempo

pensando que tu pasado tiene mucho que ver con la persecución nazi. He ido atando cabos… Águeda no me lo ha negado y, es más, me invitó a que lo descubriera por mí mismo. La animadversión que sientes por los alemanes… no es común en la gente corriente y un candelabro de Hanukkah no lo tiene cualquiera en su casa… Y luego está lo de Eichmann y tu interés por el Mosad, tu apellido polaco, tu cojera de la pierna izquierda… Monto el puzle y me sale el resultado: aquellos cabrones te jodieron bien la vida… ¿no es cierto? —Sandro no respondió a la pregunta de inmediato, estaba muy sorprendido por el exabrupto que su compañero de viaje acababa de proferir; no era propio de él.

El polaco dejó transcurrir apenas dos minutos para después girar su rostro hacia Andrés y espetarle:

—¡Tú qué cojones sabrás!

El silencio se mantuvo durante unos momentos, tiempo durante el cual Andrés, ciertamente preocupado por la inesperada reacción, no supo decidir si lo mejor sería dar la vuelta y volver a Estepona; su ansiedad se lo impedía.

Mientras el recepcionista dudaba qué hacer, la cabeza de Sandro evocó las palabras que su amigo Marek le dirigiera aquel domingo 2 de octubre de 1944 cuando se rindieron a los nazis: «… Toca resistir, resistir para poder contar al mundo lo que hicieron estas ratas y, quién sabe, para poder hacer justicia algún día». Aquel mensaje, adormecido en su memoria durante casi treinta años, resonó con fuerza en su conciencia y le despertó súbitamente del letargo.

—Yo tenía treinta y tres años cuando aquellos hijos de puta invadieron Polonia y empezaron a joderme la vida… —comenzó a decir Sandro.

PARTE OCTAVA

La caza

33
Fuengirola, mayo de 1971. Comisaría de la Policía Armada.

El camino hasta Fuengirola fue lo suficientemente largo como para que Sandro pudiera esbozar el sufrimiento experimentado bajo el yugo nazi, su participación en la resistencia y su huida a España pero, a la vez, demasiado corto como para haber podido profundizar en su relato. De hecho, a Andrés le supo a poco aquella breve confesión que acababa de escuchar. Era la primera vez que el judío hablaba abiertamente sobre su pasado a alguien distinto de Águeda. Ahora se veía no solo enfrentado a una nueva situación que le retaba a descubrir su historia personal, sino que en breve tendría que compartirla con un mando policial a quien le unía su odio por los nazis. Eso si él consentía, porque siempre quedaba la opción de dar marcha atrás. Pero la idea de poder conocer de primera mano el paradero de algunos nazis y las intenciones de un comisario de policía para con ellos, le hacían sentirse empujado hacia adelante. Las palabras de Marek, extraídas del fondo de su memoria, habían adquirido sentido en ese incómodo viaje en coche; las condiciones que se le abrían a partir de ese momento podían venir a colmar su sentido. A sus sesenta y cuatro años ya era hora de ir haciendo algo antes de que el tiempo y los achaques se lo impidiesen.

—Y ahora que lo sabes todo, sigue adelante. Quiero conocer a ese primo tuyo —le dijo Sandro a Andrés mientras se enderezaba en el sillón y posaba la mirada al frente de la carretera. Para entonces ya estaban entrando en Fuengirola.

El pueblo se encontraba en ese punto exacto de su desarrollo en que las barcas de pescadores se entremezclaban en el paisaje con los grandes y modernos edificios de apartamentos y con los nuevos hoteles que se estaban erigiendo. Destacaba sobre todos ellos el Estrella Polaris, un imponente edificio que había sido inaugurado hacía dos años y del que Sandro quedó maravillado al pasar delante de él. Comparado con el Águeda Beach aquel hotel le pareció descomunal. Sandro recordaba cómo era Fuengirola la primera vez que la vio al llegar a la costa en autobús; le parecía increíble la

transformación experimentada en tan poco tiempo. El tránsito de pueblo a ciudad se producía a una velocidad vertiginosa, tanto que las autoridades, imbuidas por el furor del desarrollismo, habían olvidado ocuparse de construir una nueva comisaría de policía porque posiblemente aquello no fuese tan glamuroso.

La comisaría de la Policía Armada de Fuengirola, un tanto vetusta e indigna para el fin que albergaba, ocupaba un edificio bajo en el centro del pueblo. Podía pasar desapercibida de no ser porque en su fachada pendía una bandera nacional y en su acera se encontraban aparcados dos vehículos celulares Seat 1500 de color gris, el mismo color de los uniformes de los dos agentes que hacían guardia en la puerta.

El cuerpo de la Policía Armada era muy respetado y no cualquiera podía tener el paso franco hacia las dependencias policiales así como así. Pero Andrés y Sandro, sin embargo, fueron muy bien recibidos.

—Buenos días, don Andrés, el señor comisario les está esperando —le dijo uno de los agentes al recepcionista mirando a los dos recién llegados.

La familiaridad con la que el policía se dirigió a Andrés le reportó a Sandro bastante tranquilidad, sosiego que le fue de mucha utilidad para apaciguar el nerviosismo que, desde hacía años, le causaban los uniformes.

—Muchas gracias, agente. Imagino que nos recibirá donde siempre, ¿no? —preguntó Andrés.

—Pasando el mostrador, entre por la puerta de la derecha y después al fondo del pasillo, efectivamente.

Al llegar a la puerta del comisario Sandro tuvo una sensación mareante al pensar que estaba a punto de tener acceso a una información de la que casi nadie disponía y que lo situaría en una posición de ventaja para poder colaborar —si es que podía hacerlo— en hacer justicia con los criminales nazis. Esa era la intención que le llevaba hasta allí.

—¡Mi querido primo Andrés! —profirió con efusividad Sandoval mientras se levantaba.

—Veo que me sigues manteniendo los privilegios —respondió el recepcionista abrazando al comisario.

—Ya sabes que esta es tu casa y que siempre entrarás por la puerta principal. Qué menos puedo hacer que cuidar de la familia —dijo Sandoval guiñando un ojo—. Y usted debe ser Alejandro, ¿verdad? —le preguntó al judío de inmediato interesándose vivamente por él y extendiéndole la mano para estrechársela.

—Sandro, señor comisario, mi nombre es Sandro —le respondió.

—Claro, ¡Sandro! Tantas veces me ha hablado Andrés de usted y ahora voy yo y olvido su nombre —se excusó.

Y era cierto. Su primo le había hablado de él con profusión, deteniéndose en todos los detalles que le habían llevado a concluir que su jefe había sido un judío combatiente en Polonia.

—Pero, por favor, no me trate de usted, no soy tan mayor a pesar de mis sesenta y cuatro años —le respondió Sandro, relajado ante la confianza y el calor que el comisario le mostraba. Aprovechó la ocasión para hacer valer su buen estado de forma hablando de la agilidad que todavía mostraba.

—De acuerdo, Sandro, así lo haré. Entenderás que entre estas cuatro paredes siempre he de cuidar las formas, pero bueno, tú eres casi de la familia; al verte he reconocido a un viejo amigo —le respondió sonriendo el comisario al tiempo que le pasaba el brazo por el hombro.

—¿No nos vas a ofrecer nada, comisario tacaño?—le espetó Andrés a Sandoval con retranca.

—Claro, claro, ¿dónde tendré la cabeza? —se excusó.

Sandoval tomó nota de los deseos de sus invitados: un café solo para Andrés y uno cortado para Sandro. Mientras este último saboreaba su taza cayó en la cuenta de que en el augusto despacho no faltaban la bandera nacional, la insignia policial en un marco sobre la mesa o las diferentes condecoraciones prendidas sobre la pared, pero echaba en falta el preceptivo y reglamentario retrato del Caudillo en lugar preeminente.

—Solo lo coloco cuando recibo visitas de cierto rango —dijo el comisario a Sandro, respondiendo a una pregunta que este no había formulado pero que Sandoval había intuido que se estaba haciendo—. No soy de los, digamos, acérrimos del régimen — aquella confesión temprana llamó la atención de Sandro (y también la de Andrés) por la osadía de realizarla ante casi un extraño. Pero lejos de hacerle sentir incómodo, la franqueza del comisario le ayudó a relajarse al constatar que Sandoval depositaba tanta confianza en él.

José María Sandoval no alcanzaba a tener los cincuenta años. Y esos eran justo los que aparentaba. Su generosa estatura, unida a la elegancia con que vestía su traje gris hecho a medida, le hacía dueño de un porte respetable que le era de gran utilidad ante sus subordinados. No había en su rostro ningún fino bigote (como solía observarse sobre el labio superior de la mayoría de afectos al régimen) ni su pelo estaba engominado como acostumbraban a lucir muchos. Pero su aspecto infundía respeto sin necesidad de esos aderezos tan rancios, y ello a pesar de que su cabello andaba «algo suelto» y su corbata no aparecía anudada en su nuez sino que más bien estaba en posición de alivio.

—No sé, pero con todos mis respetos, me parece muy arriesgado tener al Generalísimo castigado en el encierro de un escritorio —se

permitió decir Sandro alentado por la confianza que le otorgó Sandoval desde el primer instante.

—Y ahí es donde lo tengo —afirmó mientras extraía de un cajón un marco con el retrato de Franco—. En este sitio está muy bien. Yo no le molesto a él y él no me molesta a mí.

A Sandro le sorprendió mucho la actitud de Sandoval, a pesar de que ya había sido advertido por Andrés de la heterodoxia de su primo.

Por aquellos años, el régimen empezaba a disgregarse en familias y los contubernios y planes de algunas de ellas para el futuro inmediato de España pasaban por plantear un período de transición a la democracia comandado por la figura del príncipe Juan Carlos de Borbón. No le resultaba demasiado extraño, por tanto, que el comisario empezara a desmarcarse del franquismo. Aunque, eso sí, siguió opinando que la temeridad del policía era muy comprometedora.

Sandro empezaba a sentirse muy confortado por el comportamiento y la actitud de Sandoval. Eso le empujó a tomar la iniciativa.

—Bueno, señor comisario… —empezó a decir Sandro. Sandoval le interrumpió de inmediato.

—Ahora eres tú quien me trata de usted. Me puedes llamar Sandoval, querido Sandro.

—Ya sabes, siempre es bueno mostrar respeto. Me sale solo. Es la costumbre en el hotel y me ha ido bastante bien para el trato con la clientela —respondió azorado el judío—. Y hablando del hotel, no es de eso de lo que hemos venido a hablar aquí hoy, ¿me equivoco, Sandoval?

Sandro pensó que no debía dejar pasar más tiempo antes de empezar a colaborar con la justicia (o con quien fuese) para poner en su sitio a los malditos criminales nazis. Su pasado se hizo presente y adquirió la fuerza indómita que le permitió ir directamente al grano. Andrés se sorprendió por el arrojo con que su amigo y patrón se estaba desenvolviendo en aquella situación por él propiciada.

—Efectivamente, mi querido Sandro, hemos venido a hablar de esos hijos de puta nazis cuyo olor a podrido llega hasta estas costas del Mediterráneo. Y tú tienes más razones que yo para querer arrojarlos al mar, ¿no es así?

—Así es, Sandoval. No te equivocas en lo más mínimo —respondió Sandro muy serio.

34
Mayo de 1971, Fuengirola.

Durante más de hora y media Sandoval y Andrés atendieron el relato que Sandro fue ofreciendo sobre su pasado en Polonia: la historia familiar, cómo fueron expulsados al gueto, la deportación de su hermana Dora junto a su familia, los pormenores del levantamiento comandado por Mordejai, la muerte de sus padres y de su esposa, el alzamiento de Varsovia, los campos de la muerte… Su restringida audiencia oyó aquello en una actitud de absoluto respeto, de asombro e incredulidad, de empatía y conmiseración. Solo ocasionalmente se atrevieron a interrumpirle para hacerle algunas preguntas y precisar aún más la historia; únicamente de ese modo podrían creer lo que estaban escuchando. El comisario había dado instrucciones para que no le interrumpieran ni le pasaran ninguna llamada que no fuese urgente, así que durante ese tiempo Andrés y Sandoval fueron todo oídos.

Era la primera vez en más de veinte años que Sandro narraba su historia de manera ordenada, cronológica y en toda su extensión. Sentía que contarlo le hacía bien. Y, además, le empujaba a ello el convencimiento de que depositar allí sus experiencias podría servir para alentar al comisario a hacer cuanto estuviera en sus manos para poner en su sitio a los asesinos que pudieran esconderse en los contornos. Se veía aliviado aunque, en algunas partes de su narración, tenía que detenerse ante la dificultad que suponía descarnar de nuevo su alma ante los recuerdos que, ineludiblemente, le conducían a experimentar fuertes reacciones emocionales. Pero, una vez superadas dichas emociones, sentía sobre sí el desahogo de la descarga del peso de la memoria. Airear las evocaciones, no dejarlas dentro de sí como había hecho durante tantos años (si exceptuaba lo que había contado a Águeda), contribuía a su sosiego.

Durante muchos años Sandro había actuado bajo una clara disociación inconsciente de su persona, lo que le llevó a reprimir todos los recuerdos sobre los años de la infamia. Acceder a ellos le podía resultar lesivo para su precariedad psicológica, razón por la que, como mecanismo de defensa, se había escindido en dos personas: Aleksander

y Sandro. Quien hoy hablaba en la comisaría de Fuengirola era Aleksander.

—Ese olor…, lo tengo ahora mismo en mi nariz. Aún hoy lo puedo percibir —rememoraba Sandro refiriéndose al humo de Birkenau. En momentos de la narración como ese tenía que hacer una pausa para rearmar su ánimo.

Tanto Andrés como Sandoval mantuvieron el tipo aunque, de vez en cuando, al primero se le podía ver enjugándose alguna lágrima que se desprendía de unos ojos enrojecidos por la tensión sostenida al conocer todo aquello. Era la primera vez que oía a su jefe —y sobre todo amigo— hablar de ese modo. La conversación que habían mantenido esa mañana en el coche solo había sido el preámbulo de una historia atroz cuyo drama se estaba ahora desgranando ante sí. Más de una vez tuvo que salir el comisario a llenar una jarra de agua para hacer más fácil el mal trago del momento.

La conmiseración que el recepcionista y el comisario sentían por los judíos tras el conocimiento de su reciente persecución se vio reafirmada tras escuchar a Sandro. Y en el interior de Sandoval creció aún más su compromiso con el deber moral de hacer cuanto fuera posible para desenmascarar a aquellos nazis que disfrutaban de una inmerecida vida sosegada en la Costa del Sol.

—¡Estáis invitados a comer! —dijo Sandoval súbitamente en un intento por poner un fin amable al sufrimiento que estaban experimentando—. Os quiero informar de lo que conocemos sobre algunos de esos bastardos que se encuentran escondidos entre nosotros. Sandro, quiero que sepas que pondré a tu disposición todo lo que esté al alcance de mi mano para que puedas ver ante un tribunal a algún que otro alemán. Y si para ello tengo que operar al margen de la ley, lo haré.

—No me cabe duda, querido primo —respondió Andrés—. Si eres capaz de guardar el retrato de Franco en un cajón no veo por qué no ibas a conducirte a tu manera en este asunto.

—Ya podréis imaginar que nadie más que yo quiere ver a esos tipos entre rejas, pero no acabo de ver qué papel podría tener yo en esta historia —intervino Sandro.

—Ya veremos. Lo que sí tengo claro es que debes contemplar todo desde primera fila —respondió el comisario—. Por lo pronto voy a reservar en el restaurante donde pienso invitaros. Allí podremos hablar con tranquilidad.

—Yo debería llamar a mi esposa para informarle de que llegaré más tarde; ¿podría utilizar el teléfono? —preguntó Sandro.

—Por supuesto, tú mismo —respondió Sandoval mientras le acercaba el aparato—. Tal vez alegre a tu mujer conocer las razones que te entretienen por aquí.

—¡No, no, Águeda no debe saber nada por el momento! Estas historias la ponen muy nerviosa y no creo que aprobara mi implicación en el asunto. Ya tendré tiempo de explicarle más adelante —repuso Sandro.

—Está bien. Hazlo como tú veas —le dijo el comisario.

***

Llegaron al restaurante sobre las dos de la tarde. El lugar había sido bien elegido por Sandoval. Se trataba de un establecimiento a pie de playa, de esos sitios que empezaban a proliferar por toda la costa y que, especialmente en Fuengirola, se habían hecho ya muy populares. La mesa que estaba reservada para el comisario, siguiendo su petición, se encontraba apartada del bullicio que había en la sala. En el trayecto hasta la misma el comisario tuvo oportunidad de volver a observar la cojera que presentaba el judío. En esta ocasión, tras haber oído la historia de aquel valiente, la percibió con una especial admiración. Veía en Sandro al bravo combatiente forjado en diversas batallas, aunque le costaba imaginar a aquella persona de aspecto bondadoso y dócil disparando contra los SS, deambulando entre los desechos de las alcantarillas de Varsovia o haciendo frente a los campos de concentración y exterminio. Sandoval sintió que estaba ante un pedazo vivo de la historia. Estaba emocionado.

Fue el propio dueño del restaurante quien los acomodó en su mesa. Pronto se vieron rodeados de camareros que, solícitos, atendían las indicaciones del policía en relación a los caldos y la comida.

—¿Me permitiréis recomendaros un buen vino para acompañar el almuerzo? —preguntó Sandoval.

—Por mi parte puedes pedir el que más te guste, yo no suelo beber en las comidas —respondió Sandro—. Pero eso sí, un poco de jamón no vendría nada mal.

—Pues entonces pediremos el mejor jamón que tengan. ¿Andrés?

—Yo acompañaré a Sandro en su abstinencia. Tengo que conducir luego —respondió el interpelado.

—Bueno, pues dejemos el vino selecto para otro momento. Me conformaré con tomar un vino de la casa. Vosotros pedid lo que os apetezca.

Los tres hombres se sentían a gusto pese a que hacía solo unos momentos habían transitado por el lado más dramático de la vida de uno de ellos. Aunque Sandro y el comisario se habían conocido hacía apenas tres horas, ambos experimentaban una agradable sensación de ser íntimos desde siempre. Por ello la conversación discurrió sin

ambages, sin tapujos y en tono distendido. Muy pronto quiso Sandoval informar a sus acompañantes sobre el asunto que les había llevado hasta allí.

—… No os negaré que hace algunos años vengo manteniendo contactos con el Mosad israelí a título particular —decía el comisario mientras, como en un acto reflejo, miraba a un lado y a otro para tomar precauciones y no ser escuchado—. Fui yo quien se acercó hasta ellos hace ahora cuatro años. A partir de ese momento empezaron a saber de mis filias y mis fobias así que, dada mi posición, decidieron que debería colaborar con el servicio secreto israelí extraoficialmente.

—Debo entender que vieron en ti a alguien en quien confiar. ¿Qué le contaste de ti y de tu «filia» por los judíos? —preguntó Andrés.

—Desde que mi amigo Ángel Sanz-Briz me puso al tanto de lo ocurrido en Budapest con los sefardíes, y aun ya antes, yo simpatizaba con la causa judía y me sublevaba especialmente el crimen odioso cometido contra ellos… contra vosotros, vamos —corrigió mirando a Sandro—. Bastó que me posicionase de ese modo para que de inmediato vieran con buenos ojos las oportunidades que yo les brindaba.

—¿Mantienes contacto regular con ellos? —preguntó de nuevo Andrés intrigado. Antes de responder, Sandoval hizo sitio a las viandas que los camareros depositaban en la mesa y espero a que estos se fueran.

—No, no son muchos los contactos que he realizado. Tal vez nos hayamos reunido en cinco o seis ocasiones en estos cuatro años, aunque siempre que tienen alguna novedad me la comunican por teléfono. De igual modo yo los contacto si tengo alguna información relevante en torno a los movimientos de los alemanes. La discreción impone esa manera de proceder. Fundamentalmente tengo encomendado hacer un seguimiento de los movimientos que hacen los nazis: si cambian de domicilio, sus hábitos, sus negocios, las reuniones que mantienen, sus visitas… esa clase de cosas.

—Pues sí que debes tener faena con este asunto —repuso Andrés.

—Si hoy os lo cuento es porque hace solo dos días se pusieron en contacto conmigo para informarme de los últimos movimientos de Fredrick Jensen y para autorizarme a establecer contacto con quien yo considerase oportuno para establecer una red de colaboradores. Por eso he propiciado el encuentro de hoy.

—¿Quieres decir que cuentas con nosotros para que hagamos de «agentes colaboradores»? —preguntó Andrés pavoneándose de su nuevo estatus.

—Así es, querido primo.

—Deben confiar mucho en ti, ¿no es así? —preguntó Sandro interesado a la vez que emocionado al saber que ahora estaba más

cerca del Mosad y que podría colaborar con ellos de algún modo—. Y por cierto, ¿quién es ese tal Jensen?

—Pues sí. Les he dado motivos sobrados para que vean en mí a un eficaz colaborador. Les he ido pasando información sobre los movimientos de algunos hitlerianos que andan por aquí instalados, como Fredrick Jensen, un noruego que no se toma muchas molestias en ocultar su orgullo nazi. Es un cabrón que ayudó a escapar de Mauthausen al Doctor Muerte.

—¿¡El Doctor Muerte!? ¿¡Te refieres a Aribert Heim!, ¿¡El Carnicero de Mauthausen!? —Sandro dejó caer el tenedor sobre el plato y giró la cabeza hacia Sandoval con la cara desencajada.

—El mismo —respondió el comisario asombrado por el grado de conocimiento que Sandro tenía del personaje. Con un gesto de la mano le invitó a bajar la voz—. Claro… tú estuviste en Mauthausen… ¿Le conociste?

—¿Que si le conocí? ¡Más que eso! El Carnicero de Mauthausen visitó a mi amigo José Santín en el barracón para asesinarlo. Yo lo pude ver todo. La exploración que realizó consistió en voltear su debilitado cuerpo con su bota y terminar administrándole una inyección que aceleró su muerte. Era uno de los mayores hijos de puta de Gusen. Su especialidad era la tortura, la experimentación más sádica y la administración de inyecciones de fenol en el corazón a los prisioneros que elegía al azar; para él era un placer ver cómo morían. ¿Y dices que quien le ayudó a escapar de los americanos vive aquí?

—Sí, muy cerca —respondió Sandoval—. Jensen vive en Marbella. Allí, y en el valle del Guadalhorce, es donde se refugian la mayoría de los nazis retirados en la Costa del Sol.

—Daría lo que fuese por echar el guante a ese malnacido. Si aquel médico pudo escapar al menos sería un placer sentar en el banquillo a su ayudante —Sandro recuperó de repente la vitalidad combativa que había estado en él latente durante los últimos casi treinta años. El brillo especial de sus ojos y la determinación con que decía aquello asombraron tanto a Andrés como a Sandoval. Este último se sintió además satisfecho al pensar que no se había equivocado con el judío.

—En este caso es el Mosad quien se está ocupando. Ese no es nuestro «negociado». También andan ocupados con Wolfgang Jugler, quien fuera guardaespaldas de Hitler, aunque este, al parecer, se mueve entre la Costa del Sol, Egipto y Turquía. Es más resbaladizo.

—¿Y cuál sería entonces tu negociado? —preguntó intrigado Andrés.

—«Nuestro» negociado, querido primo, «nuestro» negociado —respondió el comisario enfatizando el pronombre—. Este no es un asunto oficial. Como ya os he dicho me valgo de mis canales de información y de mi cargo para obtener ciertas «ventajas», pero en

esta historia puedo incluir a quien yo quiera porque no guarda relación con la comisaría. Y a quien quiero es a vosotros dos. La implicación de Sandro en esto es indiscutible —ahora miraba directamente al judío—. Imagino que te seducirá la idea de poner a disposición de los tribunales a los que tanto daño te hicieron. Aunque todo ello, claro, estará sujeto a tu decisión, querido amigo. Tú, Andrés, nos puedes acompañar en esto —le dijo ahora a su primo—. El nivel de implicación de cada uno está por determinar y el paso a la acción puede ser cuestión de semanas o de meses.

—Bien, pero si este Jensen no nos incumbe, ¿cuál es entonces… «nuestro» negociado? —preguntó inquieto Sandro.

—Nuestro negociado tiene nombre y apellidos. Se llama Léon Degrelle.

35
Hotel Águeda Beach, Estepona. Junio de 1971.

Los días siguientes a la entrevista mantenida con el comisario Sandoval fueron jornadas de ajetreo en el Águeda Beach. Durante aquel mes de junio de 1971 las entradas y salidas del hotel tenían más que entretenidos a Águeda, a Sandro y a Andrés. Entre estos dos últimos se había establecido una importante complicidad en relación a lo hablado hacía unas semanas con el comisario Sandoval. Pero la carga de trabajo del hotel facilitó la discreción que debían mantener, ya que no tuvieron tiempo de hablar del tema. Sandro, además, andaba muy atareado en relación al cambio de nombre que Águeda había decidido para el establecimiento: este había pasado ahora a adoptar un aire más cosmopolita con aquel «Beach» culminando su denominación. La pequeña vorágine en la que se vio envuelto el polaco fue la excusa perfecta para demorar la charla que tenía pendiente con Águeda. A la vuelta de Fuengirola Sandro no había informado a su mujer de los auténticos propósitos del viaje.

—Vendrá con su familia a pasar unos días en julio. Está deseando conocer nuestro hotel. Es una persona encantadora; ya verás, te gustará mucho —fue todo lo que le dijo Sandro a su mujer sobre el asunto.

Ciertamente Sandoval acudiría al hotel el mes siguiente, como así lo habían acordado durante la reunión mantenida con él. Al menos era cierto que quería conocer el hotel del que tanto le había hablado su primo el recepcionista. Eso le hacía sentir mejor a Sandro porque, en el fondo, no había mentido a su esposa… solo que no le había contado todo. Así que la conversación que debía mantener con Águeda apremiaba porque él prefería que a la llegada del comisario al hotel su mujer estuviera informada de todo. Sandoval, de hecho, le había sugerido que así lo hiciera para contar con ella y «meterla también en el ajo», según palabras textuales del policía.

Una vez que el polaco hubo concluido con el lío de los ajustes por el cambio de nombre del hotel y entendió que Águeda podía relajarse durante unas horas, le propuso salir a cenar la noche del siguiente

sábado. Ella aceptó entusiasmada porque le encantaba pasear del brazo de Sandro por el centro del pueblo al compás de su cojera. Y también le gustaba lucir su belleza y, por qué no, enseñorearse con el espléndido juego de collar y pendientes de perlas que su marido le regaló una Navidad. Águeda se deleitaba además contemplando el porte de este tocado con su viejo sombrero Fedora… aunque el calor empezase a apretar. Así que, con la intención de desvelar a su mujer el auténtico propósito de su encuentro con el comisario en Fuengirola, Sandro le propuso una cena informal en la Bodeguita del Chato aquel sábado. Desde que llegó a España en 1946, había establecido una relación emocional con aquel sitio. El regalo que le hizo su amigo y compañero José Santín al darle a conocer el lugar era algo que él siempre quería honrar.

A Águeda le pareció muy bien la elección porque ella misma había trabado una buena amistad con Paloma, la esposa de don Pedro. Siempre le gustaba saludarla y ponerse brevemente al día sobre las novedades del pueblo. De este modo, ese sábado de finales de junio se dirigieron acicalados a pasear por Estepona para recalar después en la Bodeguita del Chato. Allí tendría Sandro que poner a Águeda al día. Temía su reacción pues era conocedor de la indisposición que ella tenía con los asuntos relacionados con los cazanazis. Sandro confiaba en que la atmósfera del lugar, el sabor del vino y la buena compañía consiguieran hacer entrar en razón a su esposa. Él estaba dispuesto a colaborar con el Mosad y atrapar a Léon Degrelle. Solo esperaba que ella lo comprendiera y no se interpusiese.

Don Pedro y su esposa se mostraron, como siempre, muy obsequiosos en el recibimiento de Sandro y Águeda. Tras una distendida conversación, y una vez compartieron una copa de vino mientras las mujeres se ponían al día de las novedades del pueblo, el matrimonio se acomodó en una mesa discreta que se ubicaba al final de la barra y que don Pedro había reservado para ellos.

—¿Estás hablando en serio? —le preguntó Águeda clavando su mirada en los ojos de Sandro mientras sostenía paralizada la copa de vino a media altura. Su tono, no obstante, era sereno—. ¿Me estás diciendo que estarías dispuesto a embarcarte en esa aventura?

—Tengo esa necesidad, Águeda. Siento que aún estoy a tiempo de librar esta batalla final. A mis sesenta y cuatro años no me quedan muchas oportunidades de hacer justicia con esos asesinos que destrozaron mi vida y la de mi familia —le decía Sandro en tono parecido al ruego. Agradecía que su esposa le hubiera escuchado sin interrumpirle durante el relato que le hizo de la reunión en Fuengirola con el comisario Sandoval.

—Sí, pero tu familia soy yo ahora y no estoy dispuesta a que te ocurra nada —le contestó pensativa. Tras una tensa pausa cogió la

mano de su marido y mirándole a los ojos le dijo—: ¿sabes qué? Siempre será mejor para los dos que yo esté a tu lado para protegerte —a Águeda le salió, una vez más, su vena protectora—. ¿Qué puedo hacer yo para ayudaros a atrapar a ese cabrón?

Sandro, como en un acto reflejo, echó su cuerpo hacia atrás, descolgó levemente su mandíbula inferior y abrió sus ojos como hacía tiempo no había hecho.

—¿Me quieres decir que no solo no te importa que yo me implique sino que tú estarías dispuesta a involucrarte también? —le preguntó Sandro sin salir aún de su asombro.

—¿Ves como haces bien en seguir mis consejos cuando te digo que al ducharte te des bien en los oídos? Parece que escuchas perfectamente —le dijo picarona su mujer. Sandro no podía creer lo que estaba oyendo. Águeda, tan beligerante con la idea de los cazanazis, había dado un giro de ciento ochenta grados y ahora… ¡se ofrecía, incluso, para colaborar!—. Mira Sandro, durante estos últimos tiempos he pensado mucho sobre ti, sobre tu pasado, sobre el daño que sufriste. Me he puesto muchas veces en tu lugar y he llegado a la conclusión de que un combatiente del gueto, un soldado del alzamiento y un superviviente de los campos de concentración no iba a acabar sus días jugando a la petanca en la playa. Aún estás…, aún estamos —corrigió— a tiempo de terminar la fiesta con fuegos artificiales. ¡Qué diantres!

—¿Qué quiere decir diantres? —preguntó Sandro ante el desconcierto que aún le producían algunas palabras desconocidas para él; nunca le había oído decir aquello a su esposa.

—Que sí, Sandro, que si hay que dar caña a esos malnacidos habrá que hacerlo. Y que si hubo gente que te acompañó en la lucha hace muchos años, hoy seré yo quien lo haga. Ya sabes que Águeda es mucha Águeda y voy a ayudarte a librar esta última batalla.

—¡Qué diantres! —casi gritó Sandro al tiempo que se levantó para abrazarla.

Ante esa exaltación de alegría don Pedro se levantó del taburete en el que estaba sentado al final de la barra y se acercó hasta ellos.

—¿Tenemos algo que celebrar? —preguntó sonriente mientras blandía en su mano derecha una botella de vino tinto. Sabía que el Rioja era irresistible para Águeda.

—Ya lo creo que sí. ¡Ábrenos esa botella de vino! Y venid a acompañarnos. ¡A mi mujer le gustan los fuegos artificiales! — dijo Sandro entusiasmado.

Don Pedro miró a Águeda como queriendo desentrañar en su rostro qué significaba aquello de los fuegos artificiales, pero ella solo le respondió con un gesto de extrañeza que dio paso a una amplia sonrisa. Era la primera vez en demasiados años que Sandro pudo

tomar distancia de su difícil pasado para situarse ahora desde la perspectiva que le confería el estatus de alguien que podría hacer justicia con el mismo. Todo lo relacionado con su historia personal era triste y le producía una importante desazón, pero ahora le inundaba un extraño entusiasmo al pensar que, no solo podría colaborar en la puesta a disposición de la justicia de un importante nazi, sino que su esposa le acompañaría en aquella empresa. Ese espíritu que recién descubrió en Águeda —el combativo, el inconformista, el osado…— le recordó al de Estanislava. Por eso Sandro sintió removerse algo dentro de sí. Pero la vergüenza que le produjo esa sensación lo empujó a olvidar aquel recuerdo; pensaba, tal vez equivocadamente, que sintiendo eso traicionaba a Águeda; pero ¿quién podía poner coto a los sentimientos?

***

La mañana siguiente les amaneció algo más tarde de lo habitual. El efecto del vino y la noche que habían pasado buscándose entre las sábanas consiguieron retrasar el despertar de Sandro y Águeda. Eran algo más de las once cuando él se levantó para preparar el café que lograra espabilar a ambos. Lo apacible de ese domingo contrastaba con la agitación que aún sentía Sandro en su interior. Tener la certeza de que su mujer ya no censuraría en él su disposición a colaborar con el Mosad y saberse además acompañado por ella en ese lío, le hacían sentir muy satisfecho. Ardía en deseos de hablar con Sandoval, pero no sería hasta el día siguiente, lunes, cuando podría hacerlo llamándole a la comisaría. Tampoco podría informar a Andrés sobre el particular porque, precisamente, aquel domingo era su día de descanso y no quería molestarle con una llamada telefónica. No obstante, pasada la efervescencia de la noche anterior, Sandro empezó a preocuparse tras considerar algunas cuestiones que le rondaban por la cabeza: ¿cuál sería su papel en esta historia? ¿Y el de Águeda? ¿Se expondrían a alguna clase de peligro? ¿Cómo, cuándo y dónde actuarían? Y sobre todo no dejaba de pensar en una cuestión fundamental: ¿quién era ese Léon Degrelle? La información proporcionada por Sandoval relativa a estos interrogantes había sido más bien escueta (el comisario les había emplazado para ampliarles los datos más adelante). Solo les informó de que el belga era un importante nazi, fundador en su país de un partido adherido al nacionalsocialismo, sentenciado a muerte en Bélgica por la comisión de crímenes de guerra y de quien el mismísimo Hitler dijo que, de haber tenido un hijo, le hubiese gustado que fuera como él. Eso era

más que suficiente para poner el foco de atención en ese objetivo.

36
Hotel Águeda Beach, Estepona. Junio de 1971.

—Léon Degrelle… Intento hacer memoria pero creo que nunca antes he escuchado ese nombre —decía Andrés dirigiéndose a quienes eran sus jefes y, a partir de entonces, compañeros de una futura e incierta misión.

Los tres se encontraban reunidos en la terraza del bar. Esa tarde de lunes la piscina no estaba muy concurrida por lo que podían hablar tranquilamente sin temor a ser escuchados. Sandro había querido reunir a Andrés para darle la noticia de que Águeda, como dijo el comisario Sandoval, «estaría en el ajo». El recepcionista se alegró de que su jefa hubiese apostado por ayudar a su esposo y se uniese a la causa que, por otro lado, aparecía por el momento tan desdibujada.

—Yo tampoco, Andrés —contestó Sandro—. Cuando esta mañana he hablado con Sandoval para informarle de que Águeda se suma a la misión me ha vuelto a pedir calma y me ha emplazado a una próxima reunión en la que nos informará con más detalle del personaje y de los planes que el Mosad tiene para él.

—Para él y para nosotros —interrumpió Águeda—. Supongo que los israelíes dispondrán de un plan donde encaje de algún modo nuestra participación.

—Eso es lo que me ha dicho Sandoval. Pero aún debe informar al servicio secreto de que ya cuenta con unos colaboradores en la costa que harán lo posible por ayudar a atrapar a ese Degrelle — dijo Sandro.

—Espero que los judíos no opongan ninguna objeción — intervino Andrés.

—No veo por qué tendrían que hacerlo. Según tu primo el hecho de que uno de los colaboradores sea yo les dará garantías suficientes. El Mosad es muy sensible con los temas relacionados con la Alemania nazi y si alguien combatió a aquellos cabrones fue precisamente este que os habla. No sé si alguno de los agentes israelíes podría tener un currúculum como el mío.

—«Currículum», Sandro, se dice «currículum» —le corrigió su

esposa con cariño.

—¡Bueno, como se diga! —la conversación discurría relajadamente —. Mi condición de judío y mi cu-rrí-cu-lum serán avales suficientes. Sandoval dice estar seguro de ello. Además, fue a él a quien dieron vía libre para valorar quiénes debían conformar la red de colaboradores.

—Bien, pues solo queda conocer la manera en que podremos integrarnos en esa misión. Tendremos que esperar noticias de mi primo a ver qué nos dice.

—No tenemos prisa. Al parece ese tal Degrelle no ha hecho las maletas en muchos años. No tenemos motivos para pensar que las vaya a hacer ahora —apuntó el polaco.

Sandro —y el resto de la «célula»— vieron como los días pasaban sin que nada ocurriese. El judío no dejaba de pensar sobre el caso e imaginaba —por similitud con el apresamiento de Eichmann en Argentina— que su colaboración pasaría por alguna clase de vigilancia del nazi, de ofrecer información sobre su paradero y movimientos, de abordarlo por la calle para distraerlo… o algo similar. Cualquiera de aquellas opciones era para él excitantes, pero también le producían una extraña tensión al pensar que en sus manos estaría capturar a un nazi. Hacía años que había perdido todo contacto con ese sórdido mundo del nacionalsocialismo, y Sandro no estaba seguro acerca de cuál sería su reacción cuando se tuviera que enfrentar de nuevo a uno de aquellos monstruos. ¿Debía tener miedo a sus propias reacciones? El temor era algo que estaba dispuesto a asumir porque la recompensa sería superior a este.

Durante unos días todo quedó congelado porque no tuvieron noticias de Sandoval. Empezó a cundir entre ellos la sensación de que la «misión Degrelle» había sido una ensoñación, una ficción, una ocurrencia del comisario carente de todo fundamento y de la que hasta él mismo ya se habría olvidado. Pero una de esas cálidas tardes de junio el recepcionista llamó a Sandro al apartamento. Su primo, el comisario, quería hablar con él.

—Sandro, me alegro de saludarte —le dijo Sandoval en tono cordial al otro lado del teléfono—. Espero que todo vaya bien. Te recuerdo que en poco más de una semana me tienes allí con la familia. Estoy deseando conocer tu hotel-mansión.

—Un placer oírte, Sandoval. Bueno… ya verás que el hotel es más discreto de lo que te imaginas, aunque creo que os gustará —Sandro se sentía un tanto decepcionado imaginando que el motivo de la llamada era tan solo el de formalizar su próxima estancia en el Águeda Beach.

—Estoy seguro de que estaremos muy a gusto, pero no era eso para lo que te llamaba.

—Tú dirás. Estamos a la espera de noticias.

—Quiero que esta semana vengáis a Fuengirola. Los tres. Será para mí un honor conocer a tu esposa. Las referencias que tengo de ella son extraordinarias —dijo el comisario.

—Sí… claro… qué voy a decir yo —a Sandro empezaba a molestarle que Sandoval no acabara de meterse de lleno en harina—. ¿Para qué nos quieres ver?

—Bueno, te recuerdo que estamos comprometidos en una misión con el Mosad. Tenemos que reunirnos. Han visto con buenos ojos vuestra colaboración y, aunque todavía hay que diseñar el plan de acción, quiero que conozcáis más sobre el objetivo y que podamos ir perfilando algo sobre la misión. Aunque nos veremos en tu hotel dentro de unos días, no creo que sea el mejor escenario para hablar; ya sabes, la mujer, los niños, los turistas… —aquello ya le sonó mejor al polaco.

—Bien, de acuerdo, dime tú el día.

—¿Os va bien este jueves por la mañana? —preguntó Sandoval.

—Perfecto. Cambiaremos el turno de Andrés en recepción, no creo que tenga ningún problema —le dijo Sandro.

—De acuerdo, pues os recibiré el jueves a las once.

—Allí estaremos. Saluda a tu esposa de mi parte.

Cuando Sandro colgó sintió que algo se movía dentro de él. «Esto se pone en marcha», pensó para sí.

37
Comisaría de la Policía Armada, Fuengirola. Julio de 1971.

—Hace ya algunos años que lo localizamos en Constantina, un pueblo de Sevilla. Allí era el amo y señor de una hacienda conocida por el nombre de La Carlina.

Quien así hablaba, en perfecto español, era Igon Mossenson, un agente del Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales de Israel (el Mosad) que esa mañana de jueves había acudido a la cita que el comisario Sandoval había concertado con Sandro, Águeda y Andrés. A estos les sorprendió mucho encontrarse de bruces con el servicio secreto israelí pues pensaban que la reunión sería solo con el comisario. Aquel inesperado encuentro emocionó especialmente a Sandro, quien no cabía en sí de satisfacción al tomar contacto con el servicio de inteligencia judío. El agente que hablaba en ese momento, un curtido oficial israelí adscrito al Departamento de Recolección de Información en el Extranjero, se hacía acompañar por otra oficial de la que los asistentes al encuentro solo pudieron conocer su nombre: Bárbara. Se trataba de una bella mujer de mediana edad de la que nadie habría pensado que se pudiera dedicar a las tareas de inteligencia; hubiera podido pasar, fácilmente, por una de aquellas suecas que venían a tomar el sol a España. Ambos oficiales eran «katsas» del Mosad, acrónimo de «oficial de información» en hebreo.

—Y desde Constantina Degrelle vino a parar aquí —informó Sandoval.

—Efectivamente, ahora reside en un apartamento de La Carihuela, pero durante muchos años vivió en esa especie de «castillo» de la provincia de Sevilla. Y digo así porque es justamente como se le conocía a la fabulosa hacienda que ocupaba: «El Castillo Blanco». Está a las afueras de Constantina, aunque hoy está abandonado. Es este sitio concretamente —Mossenson les fue pasando una serie de fotografías en las que se podía ver una casa deslumbrante rodeada de jardines y estanques que habrían hecho las delicias de cualquier príncipe de cuento. Sobre aquel complejo sobresalía una recia torre

que encumbraba todo aquello. Las fotos reflejaban tiempos mejores que los que atravesaba ahora la hacienda—. Degrelle abandonó el lugar hace unos ocho años acosado por las deudas y los embargos y se mudó a la Costa del Sol —prosiguió el oficial—. Es un gran experto en obras de arte y le gusta visitar a coleccionistas de la zona. Y también aprovecha para visitar con frecuencia a su amigo Girón de Velasco. Con él empezó hace tiempo a hacer negocios inmobiliarios aquí en Fuengirola.

—Así que… ¿el exministro de Franco es amigo suyo…? — intervino Andrés entre afirmando y preguntando.

—Así es —respondió Mossenson asintiendo con su cabeza—. Hace tiempo que tenemos conocimiento de las estrechas relaciones que ambos mantienen. Girón es perfecto conocedor de la identidad de su amigo, y cuando este lo requirió hizo todo lo necesario para protegerlo de cualquier pretensión del régimen de Franco de entregarlo a las autoridades belgas. Degrelle fue condenado a muerte en Bélgica por delitos de colaboración con el invasor nazi y por ser responsable de varias muertes, entre otras las de veintiocho partisanos a los que ordenó fusilar. Pero la protección de la que gozó desde su llegada a España impidieron su entrega.

—Y aunque Girón ya no sea hoy ministro, aún conserva mucha influencia sobre el régimen; tanta como para poder garantizar que su amigo no sea molestado —quien ahora hablaba, también en un perfecto español, era Bárbara.

Todos pudieron oír por primera vez la voz de aquella atractiva mujer cuyo timbre grave le confería, si cabe, aún mayor atractivo. La oficial era más joven que su compañero, aunque bien podrían haber pasado por una de esas parejas en las que un ricachón de edad madura se encapricha de una belleza rubia. Y es que Mossenson pasaba ya ampliamente de la cincuentena y su generosa calva delataba en él una mayor experiencia de la que pudiera atesorar su compañera.

—Y no solo es protegido de Girón —dijo Mossenson—. Cuando Degrelle llegó a España en 1945 a bordo del avión de Speer logró el auxilio del mismísimo Serrano Suñer. De no haber sido por ellos hoy Degrelle ocuparía un bonito nicho en Bruselas después de haber sido ahorcado por los tribunales belgas.

Los asistentes a la reunión mostraban su asombro por la cantidad de información que los efectivos del Mosad tenían sobre el nazi. Pero aún tendrían que conocer algunas cosas más sobre el objetivo.

—Un momento. ¿Ha dicho Speer? ¿Se refiere al arquitecto de Hitler? —preguntó curioso Sandro.

—Sí, Albert Speer. Degrelle tuvo la osadía de birlarle el avión en Oslo —respondió Mossenson.

—El nazi belga llegó hasta Noruega huyendo del avance de los

aliados —continuó Bárbara—, pero cuando los alemanes se rindieron en ese país tuvo que salir precipitadamente en el bimotor de Speer. Iba acompañado de cuatro oficiales más.

—Sabemos que consiguieron llegar milagrosamente hasta España —ahora era Mossenson quien hablaba—. Fue a la altura de San Sebastián cuando el combustible se terminó y el aparato, un Heinkel 111, se precipitó hacia la playa de la Concha, hasta donde descendieron planeando. Aunque Degrelle sobrevivió, tuvo que ser atendido de graves heridas en el Hospital Militar Mola de esa ciudad.

—Luego hemos sabido que, tras casi un año de convalecencia en el hospital, fue pasando por diferentes lugares seguros y evadiendo la solicitud de entrega del gobierno belga. Ahí es donde tuvieron un importante papel los gerifaltes franquistas que quisieron protegerlo —explicaba Mossenson—. ¿Cómo lo hicieron?, escenificando una falsa fuga de Degrelle. Esa supuesta huida del nazi se publicó en toda la prensa occidental y el asunto pareció quedar así aparentemente finiquitado. Sabemos que estuvo en Madrid, donde tuvo una recaída de sus heridas al conocer de la muerte de sus padres en Bélgica, y luego se vino a Málaga para buscar un clima más amable, concretamente a La Carihuela, aunque antes de afincarse definitivamente aquí pasó en La Carlina unos años, como ya les hemos dicho.

—¡Caray, qué historia! —interrumpió Águeda que hasta ese momento había permanecido en silencio dirigiendo su atención simultáneamente a quien hablaba en cada momento.

—Pues eso es solo el principio. La vida de Léon Degrelle desde que llegó a España ha sido una sucesión de identidades falsas, desplazamientos de un sitio a otro, protección del gobierno, negocios, trapicheos con obras de arte y otras mil historias que definen a este poliédrico personaje —dijo Mossenson—. El caso es que estando en Málaga conoció a Girón de Velasco a través de Hans Hoffmann, el cónsul general honorario de Alemania en esta ciudad.

—¡No podía ser otro! —dijo ahora Andrés saltando como un resorte —. Este es el diplomático de quien se afirma que en su día fue un destacado miembro de la Gestapo y del partido nazi. A pesar de las evidencias él siempre lo ha negado pero… ¡he aquí la prueba de su auténtica condición!

—¿Cómo sabes tú eso, Andrés? —le preguntó muy sorprendido su primo, el comisario de Fuengirola—. Eres una caja de sorpresas.

—Bueno, entre lo que uno lee en la prensa y lo que habla con los turistas que atiendo en la recepción voy acumulando mi información. Te podrías sorprender de las que cosas que conozco, querido primo.

—Pues ya veis, Degrelle siempre ha gozado de una protección al más alto nivel y por eso hemos tenido tantos problemas en estos años

para conocer los entresijos de su vida y de sus movimientos —dijo Bárbara.

—¿Y a qué se dedica ahora? —preguntó Sandro.

El judío se mostraba contenido en sus intervenciones porque le costaba trabajo hacer frente a la incomodidad que le producía volver a tomar contacto con el mundo de los nazis y todo lo relacionado con los perpetradores de su desgracia. Águeda se dio cuenta de la dificultad de su marido y permanecía atenta por si tuviera que «salir al rescate». Pensó entonces si había sido una buena idea permitir a Sandro implicarse en este asunto. Tal vez debería hablarlo a solas con él. Por el momento solo permanecería atenta.

—Como ya he comentado vivía en la hacienda que habéis visto en las fotos, La Carlina, pero ahora está afincado aquí desde hace unos diez años —respondió el israelí—. En Constantina estuvo viviendo bajo el nombre de José León Ramírez Reina y, además, hace años que goza de la nacionalidad española. En el pueblo se le conocía como «don Juan de La Carlina», aunque pocos habitantes podrían informar a ciencia cierta sobre las actividades que Degrelle desarrollaba. Nosotros sí sabemos que entonces se dedicaba al negocio urbanístico dirigiendo una empresa constructora con la ayuda de Falange Española; con ella viene realizando aún hoy distintas obras para el gobierno franquista.

—Otra de sus actividades principales es la compra y venta de obras de arte. Es lo que más tiempo le ocupa y, al parecer, no pierde oportunidad de desplazarse a donde haga falta para valorar la adquisición de diferentes cuadros y objetos que puedan ser de su interés —informó Bárbara.

—Por esa razón decía yo antes que se afincó aquí —apuntó Sandoval. El comisario había permanecido la mayor parte del tiempo concentrado en las notas que iba recogiendo en su libreta. Ahora parecía recuperar el contacto con el mundo.

—Sí, así es —intervino Bárbara—. Usted ya sabe por su trabajo, señor comisario, que aquí en la costa es cada vez más frecuente encontrar a expertos en arte, peristas, tasadores y demás ralea que pretenden hacer fortuna con el tráfico de obras artísticas. Es el entorno ideal para alguien como Degrelle y por eso parece que decidió cambiar de residencia.

—¿Y no sería una buena idea echar el guante a este tipo dejando que se cueza en la propia salsa de su ambición? No son pocos a quienes detenemos por delitos de robo y tráfico ilícito, tal vez Degrelle cayera más tarde o más temprano en nuestras redes — sugirió el comisario.

—No, señor Sandoval. Nuestros planes para Degrelle son muy distintos. Si optásemos por esa posibilidad solo podríamos aspirar a que el nazi fuera acusado de un delito del que, dada la protección de

la que goza, podría salir indemne y que nada tendría que ver con su sórdido pasado. Además, él se cuida mucho de interponer a mediadores a través de gente de confianza tomando la precaución de que nada pueda estar conectado con él. Sería difícil imputarle cualquier ilícito —dijo Mossenson—. Queremos repetir lo de Eichmann, seguir sus pasos, tenderle una trampa para sedarlo y embarcarlo en un avión de Israel Airlines rumbo a Jerusalén. Allí sería juzgado y condenado de acuerdo a nuestros tribunales de justicia.

—Muy complejo el asunto, ya se lo adelanto yo —le respondió Sandoval.

—No más que el asunto de Eichmann. Aquello sí que se antojaba imposible y fíjese lo que conseguimos —repuso Bárbara.

—Pero hay que tener en cuenta que el alemán no gozaba de ninguna protección en Argentina y vivía como un trabajador más en las afueras de Buenos Aires. Era una presa más fácil. Pero Degrelle… eso es harina de otro costal —repuso Sandoval desafiante.

—Contamos con esa dificultad, sí. Pero también es cierto que contamos con su ayuda como comisario de la Policía Armada, ¿me equivoco? Esa ayuda tan importante no la tuvimos cuando lo de Eichmann —ahora Mossenson se dirigía a Sandoval buscando en él la confirmación de que su compromiso con la causa de Degrelle era incondicional y de que estaba convencido de colaborar con la misión.

—Faltaría más, señor Mossenson. Pondré a su disposición cuanto esté en mi mano para atrapar a este individuo —respondió Sandoval algo incómodo ante las dudas que se podían estar generando sobre su grado de compromiso.

Águeda había permanecido en silencio durante la mayor parte de la reunión. Pero su curiosidad natural y el deseo de poder comprender mejor qué demonios pintaba ella en todo aquel fregado de Degrelle le hicieron irrumpir en mitad de la conversación con una pregunta:

—Ustedes sabrán disculpar mi interrupción pero llevamos casi una hora hablando del tal Léon Degrelle y he de confesarles mi desconcierto. ¿Alguien podría explicarme qué ha hecho exactamente para que quieran capturarlo? —preguntó mientras daba vueltas a su collar de perlas mostrando una actitud entre sobrada y vanidosa. Águeda era así.

—Lleva usted razón —interpuso Mossenson mientras abría su maletín para extraer algunas fotos—. Tal vez debieran saber quién es este pájaro y cuáles son sus conexiones con los crímenes del Tercer Reich.

El oficial israelí empezó a hacer circular entre los reunidos una serie de fotografías de Degrelle que habían sido tomadas en su hacienda de La Carlina hacía unos años. Las imágenes habían sido capturadas por algunos colaboradores del ejército americano de la

guarnición del escuadrón 872º AC&WS que residían en el Acuartelamiento Aéreo de Constantina y cuyas casas habían sido construidas precisamente por el nazi. Estos soldados americanos colaboradores habían sido testigos de la egolatría de Degrelle y de la autosuficiencia con que se manejaba. En las imágenes que fueron contemplando, Sandro, Águeda y Andrés pudieron ver el gesto adusto de un señor de poco más de cincuenta años en cuyo rostro —presidido por dos pequeños ojos negros que de tanto buscarse aparecían muy juntos— se veían las arrugas incipientes que habían sido moldeadas por el vapuleo del tiempo dedicado a la guerra, a la conspiración y a la animosidad. La cercanía de los soldados americanos con Degrelle les permitió a estos tomar algunas fotos de primer plano, aun cuando tuvieran que adoptar ciertas precauciones: al nazi no le gustaba demasiado que le hiciesen fotografías aunque su vanidad hacía que muchas veces se dejase querer por la cámara. Tal era la proximidad del mismo con esos soldados que, con ocasión de las bodas de sus hijas Anne y Godlieve en la hacienda, fueron invitados a esos eventos donde Degrelle compareció como padrino luciendo impúdicamente todas sus medallas y cruces gamadas. Algunas de las escenas que ahora contemplaban los reunidos en la comisaria de Sandoval eran, precisamente, de aquellas bodas en las que el papá nazi aprovechó para lucirse y mostrarse orgulloso de su condición. Las imágenes mostraban a Degrelle en todo su esplendor. En algunas otras fotos se le podía ver paseando por los jardines de ensueño de La Carlina o dando de comer al ganado de la finca. También había algunas instantáneas donde paseaba por el pueblo y saludaba a los lugareños; no en vano hizo mucho por ellos ofreciéndoles trabajos y otros beneficios. Los habitantes de Constantina se mostraban muy agradecidos y obsequiosos con «don Juan de La Carlina».

Mossenson también les repartió otra serie de fotografías tomadas por él mismo en las que se podía observar al belga «tratando de negocios» con algunos traficantes de arte. En ellas Degrelle paseaba por el puerto deportivo de Marbella o estaba sentado en alguna de las múltiples terrazas acompañado de esos delincuentes y cotejando ciertos documentos de cuadros, esculturas y restos arqueológicos. Posiblemente aquellas instantáneas que Mossenson mostraba ahora, y la identidad delincuencial de los acompañantes que en ellas aparecía, habrían valido como prueba de cargo para acusar a Degrelle de adquirir ilícitamente obras de arte. Pero, como había dejado claro, no era ese el propósito de la misión.

—Se le ve con aplomo al personaje —Sandro miraba las imágenes del nazi. El judío hacía esfuerzos por reprimir su rabia.

—Y a fe que lo tiene —observó el oficial israelí—. Léon Degrelle es un tipo que siempre ha tenido una indeclinable voluntad de poder. Es

un maestro de la seducción, de la sugestión y de la manipulación. De haber tenido oportunidad, seguro que habría competido con Goebbels para ostentar el cargo de ministro de la propaganda del Tercer Reich. Nuestros psicólogos lo describen como un ser narcisista y mitómano.

—Respondiendo a su pregunta, señora Kreczkiewicz —dijo Bárbara respetando el tono educado—, deben saber que Léon Degrelle ha sido el mayor exponente del nacionalsocialismo en Bélgica. Su egolatría y sus profundas convicciones nacionalistas le llevaron a fundar en 1930 un partido populista llamado REX, un movimiento de corte revolucionario que vino a coincidir en el tiempo con la doctrina nacionalsocialista de Hitler.

—Su propósito inicial fue gobernar el país desde una dictadura presidida por él mismo, aunque al final las cosas no salieron como él había planeado: no consiguió el apoyo suficiente en las elecciones de 1936, donde solo obtuvo veintiuno de los ciento cincuenta escaños del parlamento belga —Mossenson había extraído de su carpeta unas notas mecanografiadas y perfectamente ordenadas que le ayudaban en la exposición.

—Y fue en enero de 1941 cuando Degrelle declaró públicamente la unidad del movimiento rexista con el nazismo y el fascismo, de quienes recibió apoyo financiero y logístico —la oficial hacía uso de sus apuntes igualmente—. También en 1941, con Hitler ya en el poder y estando el conflicto mundial en pleno apogeo, fundó la Legión Valona para combatir a los comunistas en el frente del Este en la Operación Barbarroja.

—Esa es otra… —interrumpió Mossenson poniendo cara de desprecio—. Dice mucho del perfil de este individuo que él mismo se alistara como soldado raso de esa división en un intento por escenificar histriónicamente su compromiso. Pero las formaciones de combate que él organizó practicaban el pillaje, el asesinato, la violación, la delación y el linchamiento. Cuando los voluntarios belgas de la Legión Valona fueron diezmados, Degrelle se incorporó a las Waffen-SS, el cuerpo de élite nazi, buscando la cercanía y la aprobación del Führer… Perdonen, ¿les estoy aburriendo?
—preguntó a la concurrencia al reparar en que casi estaba pronunciando una clase magistral.

—Nada más lejos de eso —respondió Sandro dando un respingo al sentir interrumpida la cautivadora narración.

—Continúe, por favor —rogó el comisario—. No puede ser más interesante —Águeda y Andrés también le conminaron a continuar con sus gestos.

—Bien, ¿por dónde íbamos? —dijo Bárbara tomando el relevo de su compañero mientras ponía en orden sus notas—. ¡Ah sí!… Pasaremos por alto los muchos méritos militares que se le reconocieron. Pero sí

es importante saber que en 1944 recibió la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, la Cruz de Caballero con Hojas de Roble y, por fin, la Cruz Alemana de Oro, uf… —rezongó después de pronunciar aquella retahíla—. Fue con ocasión de la entrega de una de estas condecoraciones cuando Hitler dijo de él que de haber tenido un hijo le hubiera gustado que fuera como él. Eso nos da idea de quién estamos hablando.

—¡Joder! —se le escapó a Andrés.

—Y no hemos de olvidar su antisemitismo —irrumpió Mossenson —. Desde el periódico que él mismo fundó… ¿Cómo era su nombre?

—… *Le Pays Réel*, Igon —le ayudó Bárbara tras consultar sus notas. Parecía que entre ellos se llamaban por su nombre dejando a un lado los formalismos.

—*El País Real*…, gracias, Bárbara. Como os decía, desde esa publicación azuzó la persecución a los judíos, haciendo para ello denuncias y señalando objetivos mediante un estilo incendiario. Ni que decir tiene que fue colaborador en la persecución de nuestros hermanos cuando Hitler ocupó Bélgica en mayo de 1940.

—Al mismo tiempo Degrelle niega el exterminio, no acepta la existencia de las cámaras de gas y se permite afirmar que «a partir de 1945 algún mecanismo de la sensibilidad humana se averió como consecuencia de la persecución de nazis para ser juzgados». Es literal, lo tengo aquí —Barbara blandía uno de sus papeles.

—De hecho este miserable opina que la persecución y puesta a disposición de la justicia de los nazis no ha sido sino una cruel caza del hombre. Y no solo eso —añadió el israelí—. Desde Bélgica siempre se ha mantenido la acusación de haber sido él el responsable directo de varias muertes, entre ellas el fusilamiento de veintiocho partisanos. Por esta razón, y por otras muchas, Degrelle fue desposeído de su nacionalidad belga tras ser juzgado *in absentia* y condenado a muerte por colaboración con el invasor nazi.

—Como ya saben, a pesar de la reclamación por parte de su país, la protección de la que goza en España ha impedido la entrega a las autoridades flamencas durante estos últimos veinticinco años —añadió Barbara.

—¿Y no tiene familia? —preguntó Sandro intrigado.

—Cuando vino a España llegó solo —continuó la agente—. Sus padres, su esposa y sus cinco hijos quedaron en Bélgica. Anne, su mujer, fue condenada a diez años de cárcel por el mero hecho de ser su esposa. Sus hijos quedaron bajo la custodia de la abuela materna y durante años no tuvo ninguna clase de contacto con ellos. Solo al cabo de mucho tiempo pudo traer hasta La Carlina a dos de ellos. El resto siguieron haciendo su vida en Francia. Su mujer murió en Bélgica y él se volvió a casar en España. Realmente desconocemos el tipo de

relación que mantiene con su actual esposa.

—Bien, ¿y cómo han pensado atrapar a Degrelle? ¿Cuál es el plan? —preguntó muy interesado el comisario Sandoval.

—Sabíamos que esa pregunta no tardaría mucho en ser formulada —dijo sonriendo Mossenson y mirando a su compañera. Ella también sonreía—. Es lógico que tengan inquietud por conocer el plan.

—Bueno, comprenderán que estemos ansiosos por saber la manera en que podemos ayudar. Por eso hemos venido aquí hoy, ¿no? —terció Sandro.

—Está bien. No les haremos sufrir más. Vayamos por partes —intervino el oficial israelí—. La experiencia tenida en el caso del secuestro de Eichmann en Argentina nos ha servido para disponer de algunas certezas que, aplicadas a nuestro caso, deberían dar el mismo resultado.

—En ambos casos, el de Eichmann y el de Degrelle, encontramos un elemento común: no llevan ninguna protección. Bueno, en el caso del alemán habría que decir mejor «no llevaba» —ahora era Bárbara quien hablaba—. A pesar de que el belga está en el centro de atención de los servicios secretos de los países aliados y de nosotros mismos, él no toma ninguna protección especial. Debe de pensar que tener tras de sí a Girón de Velasco y gozar de la protección de diplomáticos y gerifaltes del régimen franquista son motivos suficientes para sentirse seguro.

—Únanle a ello el carácter narcisista, ególatra y megalomaníaco de Degrelle y entenderán por qué no adopta medidas especiales que garanticen su seguridad. Y no es solo eso sino que, impunemente, hace ostentación de su condición de nazi —dijo Mossenson.

—En relación a las certezas de las que hablábamos antes —continuó Bárbara— sabemos que la mejor manera de hacernos con Degrelle es sedándolo. A Eichmann lo narcotizamos una vez capturado, lo que nos permitió su fácil manejo posterior, pero en el caso del belga hemos pensado en drogarlo desde el principio para poder facilitar su conducción posterior hasta una vivienda franca de la que disponemos cerca del aeropuerto de Málaga. Desde allí, llegado el momento, dispondremos de un vuelo hasta Tel-Aviv. Nuestras oficinas en Israel se encargarán de la organización del mismo.

—¡Caray, es como si estuviera viendo una película! —profirió Águeda sin pudor.

—Y nosotros… ¿qué tendríamos que hacer? —preguntó Andrés interesado.

—Los tres, Sandro, Águeda y usted, tendrán que ofrecernos el apoyo logístico que nos da el Hotel Águeda Beach —le respondió el oficial israelí—. Y su coordinación, claro. Y usted, señor Sandoval, deberá disponer las cosas para que podamos tener libre la huida una

vez capturado el objetivo: no controles policiales ese día, no regulación del tráfico por parte de la Guardia Civil de Carretera, disponer de un vehículo lanzadera delante de nosotros para abrirnos el paso… no sé si tendrá usted eso al alcance de su mano.

—No se preocupe, señor Mossenson, la mano del comisario Sandoval es más larga de lo que parece. Tendré que pedir algunos favores importantes, pero delo por hecho.

—O sea… —repuso Sandro— que la captura se llevaría a cabo en nuestro hotel, ¿no es así?

—Efectivamente, Sandro —confirmó Bárbara muy seria—. Nos hace falta un lugar tranquilo donde poder organizar una cita con Degrelle, un encuentro con alguien que le seduzca. Ese día el lugar debe estar despejado, ya sabe, pocos o mejor ningún cliente, personal de permiso durante la jornada, paso franco por todas las instalaciones del hotel…

—Disculpe, oficial, ha mencionado usted una cita seductora para Degrelle, ¿acaso piensan en mí como «señorita de compañía» para ese encuentro? —preguntó escamada Águeda. Los dos oficiales judíos, pese a la seriedad del asunto, prorrumpieron en risas ante aquella pregunta.

—¡No, señora Kreczkiewicz! No estamos dispuestos a otorgarle a Degrelle el placer de gozar de tan exquisita compañía —aclaró Mossenson mientras notaba como a Águeda se le empezaban a ruborizar las mejillas—. Su acompañante será otra persona.

—Disculpen mi osadía, me he dejado llevar por el argumento de la película y no he sabido parar… —se disculpó Águeda un tanto avergonzada. Sandro por su parte la miró con una mezcla de condescendencia y enfado: disculpaba su atrevimiento pero censuraba en su mujer el exceso de autoconfianza en su atractivo.

—¿Quién será entonces esa acompañante y con qué propósito aparecerá en escena? ¿Alguien relacionado con los intereses inmobiliarios de Léon Degrelle? —preguntó el comisario haciendo uso de su natural tendencia profesional a no dejar cabos sueltos.

—No será ninguna mujer ni tampoco nadie relacionado con los negocios inmobiliarios que se trae Degrelle entre manos — negó Mossenson—. Su acompañante está conectado con el mundo del arte.

—¿Entonces? —preguntó ahora Andrés que ya se sentía como uno más de aquellos agentes y quiso hacer una pequeña demostración de su destreza inquisitiva.

—Su acompañante será Erik el Belga —respondió Bárbara con contundencia.

—¿Erik el Belga? ¿El ladrón de arte? —Sandoval estaba muy sorprendido.

—El mismo —respondió Mossenson secamente.

—¿Vamos a contar con un delincuente? Les recuerdo que la ficha policial de Erik el Belga en España contiene algunas detenciones por intentos de sustracción de obras religiosas en el norte de España —repuso Sandoval con algo de indignación haciéndose eco de las fechorías del belga que ya empezaban a ser conocidas en ambientes policiales.

—Donde usted ve un delincuente, nosotros, señor Sandoval, vemos un colaborador, una oportunidad. Erik el Belga apunta maneras y sus deseos por ayudar en la misión y su compromiso con la misma están fuera de toda duda —respondió el oficial israelí—. Tenemos que aprovechar ahora que está en España.

—¿A qué se refiere cuando dice que «apunta maneras»?

—Bueno, señor comisario, no sabemos si conocerán la historia pero deben saber que el belga es un declarado enemigo del nazismo. Su padre sufrió el rigor de los nazis en un campo de concentración y, como venganza, Erik les hizo víctimas de una jugada maestra —decía Mossenson haciendo ahora de abogado del diablo—. El hecho de que su padre fuera deportado por sus ideas liberales al campo de trabajo de Saint Cyprien, en el sur de Francia, y la idea de que los colaboracionistas belgas tuvieran mucho que ver con ello, hacen que el falsificador muestre ávidos deseos de colaborar con nosotros.

—¡Vamos, que estaría encantado de joderle la vida a Degrelle! —el policía profirió aquello con cierto ímpetu.

—Más que encantado, señor Sandoval —aseguró Bárbara—. Le seduce enfocar esta misión como «un asunto entre belgas». Siente que sería una forma de vengar el daño que hicieron a su patria toda una caterva de colaboracionistas entre los que Degrelle se encuentra como máximo exponente.

—Me ha llamado la atención una cosa que ha dicho, señor Mossenson, ¿a qué «jugada maestra» protagonizada por este ladrón se refiere? —preguntó Sandro.

—Verán —continuó Bárbara—, hace ya muchos años que en Alemania fue robado un importante retablo, el retablo de la colegiata de Oberwesel, y Erik se ofreció al gobierno alemán con el fin de recuperarlo para el país. Aparentemente fue así. Erik cobró una alta suma a la entrega de lo que, al parecer, era aquella notable e histórica obra de arte sustraída. Pero hete aquí que, ¡al cabo de veinte años!, los alemanes descubrieron que era una falsificación: Erik el Belga los había engañado y había obtenido una cuantiosa suma de dinero por el timo. Según él mismo nos ha confesado, aquello fue una venganza por el Holocausto nazi, aunque cometida contra los herederos.

—Un tío con las ideas claras, ¿no? —intervino Andrés.

—Debemos concluir, por tanto, que ya han tenido contactos con él, ¿verdad? —quiso saber Sandro, a quien la figura de aquel ladrón de

altos vuelos le caía cada vez más simpática.

—Algunos hemos tenido, sí —respondió el israelí—. Erik nos ha hablado sobre su interés por afincarse en Málaga para atender mejor sus… «negocios». Está dispuesto a concertar una cita con Degrelle para tratar la venta de alguna pieza que, a buen seguro, le puede interesar al nazi.

—¿Se dan ustedes cuenta de que están informando con pelos y señales a un comisario de policía de las intenciones de un delincuente? —Sandoval estaba ostensiblemente molesto.

—Nos damos perfecta cuenta, señor comisario, pero si en su momento pedimos su colaboración no era precisamente para que su ayuda se limitase a ofrecernos un café en su despacho — Mossenson adoptó un tono serio.

—Bien… pueden contar con mi discreción, pero comprenderán que hay algunas cosas que me resultan más difíciles de aceptar que otras. Esta es una de ellas.

—Agradecemos su esfuerzo, señor Sandoval —dijo Bárbara—. Creemos que para alcanzar el fin merece la pena sacrificar algunos principios, ¿no cree? —el comisario no quiso responder a aquella pregunta. Al poco, se levantó para mirar a través de la ventana pretendiendo así disimular su contrariedad aunque, en realidad, estaba delatando su incomodidad con ello.

—Disculpen que les pregunte, pero ¿Erik el Belga es judío? — preguntó Sandro.

—No. Él se declara católico, pero le gusta hablar de España como el paraíso perdido de Sefarad. De hecho quiere afincarse aquí para recuperar ese tesoro —le respondió Bárbara.

«Vaya», pensó Sandro. «Creo que serán muchas las cosas que me unan a Erik el Belga. Estoy deseando conocerlo».

—Pues parece entonces que el perfil es perfecto para encajarlo en la misión: tiene inquina a los nazis, es un experto en arte como Degrelle y dispone de la mercancía necesaria para colocarla en el anzuelo donde pique este —Andrés desplegaba ya abiertamente sus habilidades deductivas como agente.

—El perfil es perfecto, sí. Pero sobre todo «necesario» — repuso Bárbara.

—Una última cosa antes de concluir. Hemos resuelto que el nombre de la misión sea «operación Águeda». Esperamos que no le importe, señora Kreczkiewicz. Hemos pensado que si la misión Garibaldi se llamó así por ser ese el nombre de la calle donde vivía Eichmann al ser cazado, tal vez sea un buen augurio denominar a esta misión con el nombre de la dueña del lugar donde, confiemos, será capturado Degrelle.

—Será para mí todo un honor, señor Mossenson —respondió

Águeda de inmediato, esta vez un poco más contenida aunque halagada en su fuero interno.

—¿No deberíamos conocer más detalles de la operación antes de terminar con la reunión? —el comisario lanzó la pregunta a los dos efectivos del Mosad mientras volvía desde la ventana.

—Por hoy creo que ya hemos tenido bastante. Próximamente volveremos a contactarles —respondió Mossenson—. Queremos que la siguiente vez que nos reunamos conozcan a Erik. Pero antes de organizar el encuentro tenemos que buscar un lugar donde podamos pasar desapercibidos, vamos, donde podamos «integrarnos en el paisaje» sin levantar sospechas en nadie. ¿Se les ocurre algún sitio?

—Hay un lugar donde podríamos vernos con discreción mezclándonos entre la gente y actuando con naturalidad —Águeda quiso también darse importancia.

—¿De qué lugar se trata?

—Del Hotel Pez Espada, en Torremolinos. Podemos asistir a su parrilla para cenar y disfrutar de alguno de sus espectáculos. Todos pensarán que somos un grupo de matrimonios y amigos que nos reunimos una noche de fin de semana para pasarlo bien.

—Me parece buena idea. Y, además, allí actúa de vez en cuando Antonio Machín —apuntó Sandro, adivinando el deseo de su esposa por ver cantar al cubano.

—Bien, puede ser una buena idea. Avisaremos pronto del día en que nos veremos allí. Y si fuera posible oiremos cantar a ese tal Machín… —Mossenson concluyó dedicando una sonrisa a Sandro y a Águeda.

***

—No he tenido ocasión de decírselo antes, señor Kreczkiewicz — quien así hablaba era el oficial israelí que, al concluir la reunión, había invitado a Sandro a acompañarlo hasta un rincón del despacho de Sandoval—. He de decirle que será un verdadero honor para nosotros contar con usted para esta misión. No siempre tiene uno la oportunidad de trabajar junto a un combatiente del gueto de Varsovia y del alzamiento de la ciudad, o junto a quien fue capaz de sobrevivir a los campos de trabajo y exterminio. Quiero que sepa que estamos especialmente emocionados por tenerle cerca. Queremos que vea usted desde un lugar privilegiado cómo atrapamos a un nazi para ponerlo a disposición de nuestra justicia.

—Se lo debo a mi familia, se lo debo a mi pueblo y se lo debo a la Historia, señor Mossenson. Juré hacer todo lo posible por no

abandonar nunca la lucha. Durante estos últimos años me he dedicado a recomponerme y ahora que he dejado atrás los sesenta años no quiero traicionar ese espíritu que me hizo plantar cara a los alemanes durante esos años. Aún hoy tenemos trabajo que hacer. Soy yo quien debe estarles agradecidos por haberme permitido tomar parte en todo esto. *Shalom*, señor Mossenson.

—*Shalom*, señor Kreczkiewicz.

Hacía casi treinta años que no había tenido ocasión de pronunciar en voz alta esa bella palabra.

38
Hotel Pez Espada, Torremolinos. Agosto de 1971.

La cita estaba fijada para el sábado 21 de agosto de 1971. Mossenson y Bárbara habían tenido la gentileza de fijar la fecha coincidiendo con la actuación ese día de Antonio Machín; sabían que eso gustaría mucho a la señora Kreczkiewicz y, por extensión, a su marido. Tras hacer las gestiones necesarias consiguieron reservar una mesa para ocho personas en La Parrilla, aquel afamado asador del establecimiento donde actuaría el cubano. Al hacer la reserva hicieron notar que se trataba de una reunión de unos amigos que celebrarían el cumpleaños de uno de ellos. Las artes precautorias de los agentes del Mosad le recomendaron también encargar cuatro botellas de champán francés para adornar el evento como lo que pretendía ser: una reunión de amigos que salían de celebración a divertirse en lugar de una variopinta reunión de agentes israelíes, policías, héroes del gueto de Varsovia y ladrones de arte cuyo fin era capturar a uno de los más destacados nazis refugiados en el sur de España.

Los dos efectivos del Mosad —que pasarían por ser matrimonio soslayando la distinta edad que aparentaban— habían contactado para la ocasión con Erik el Belga, que asistiría acompañado de una bella holandesa a la que haría pasar por su esposa. Este anuncio no gustó demasiado a Mossenson ni a Bárbara, aunque tuvieron que ceder a su deseo porque esa fue una de las condiciones que les impuso para su asistencia. Confiaban en que el belga supiera bien lo que hacía y de quién se acompañaba. En cualquier caso ambos podrían pasar también por matrimonio, lo que no haría levantar las sospechas de nadie. El ladrón era un experto en el arte del enredo así que la pose de fingidos esposos debería salirle de manera hasta natural. Sandoval, por su parte, acudiría solo, igual que Andrés, mientras que Sandro iría a la velada acompañado de Águeda, como no podía ser de otra manera. El comisario diría en casa que ese sábado tenía trabajo, lo cual era bastante normal dado su cargo. Andrés informaría de que ese día tenía guardia en la recepción por lo que su esposa, Fátima, no sospecharía nada; al menos al principio no quería que su mujer estuviera al tanto

de la misión que pronto iban a encarar. Así se lo habían sugerido también los dos agentes del Mosad.

Días antes del encuentro Mossenson se encargó de hacerles llegar a cada uno de los asistentes la instrucción de que, en la reunión, deberían mantener una actitud espontánea, cercana y amigable con el resto de asistentes; se suponía que los tres «matrimonios» y los dos «versos sueltos» eran amigos desde hacía mucho tiempo y el comportamiento, por tanto, tendría que parecer natural; no debían levantar sospechas. Aquella indicación le hizo sentir algo incómodo a Sandoval pues presentía que su encuentro con Erik el Belga no iba a ser fácil. Pensaba que la barrera que se interpondría entre ambos le dificultaría comportarse de manera amigable; no podía evitar dejarse llevar por su condición de comisario de policía.

Erik había empezado a delinquir en España hacía poco tiempo y aunque ya había sido detenido en un par de ocasiones en el norte, aún no había adquirido la fama que tuvo posteriormente. Su imagen, por otro lado, tampoco era conocida y, además, Mossenson le había exigido asistir a la reunión con la apariencia algo cambiada. No había riesgo, por tanto, de que pudiera ser reconocido. El propósito de la reunión no era otro que el de propiciar una primera toma de contacto de todos los implicados en la misión, así como que pudieran conocer a Erik. Él sería quien jugase un papel medular en la misma: ni más ni menos que engatusar y sedar a Léon Degrelle. Como la actuación de Antonio Machín estaba fijada para las once de la noche la citación se estableció a las nueve en La Parrilla del Hotel Pez Espada. Allí ocuparían la mesa reservada para cenar, haciendo así tiempo para la actuación del cantante y para descorchar las botellas de champán que a esa hora ya estarían bien frías.

—¿Podéis creer que tengo como mariposas en el estómago? No sé a qué se puede deber, si a la emoción que me produce participar en esta reunión de la operación que lleva mi nombre o a la idea de que en pocas horas estaré escuchando cantar a Machín *Camarera de mi amor* —decía Águeda al son del agradable vaivén del flamante Citroën GS de color verde que conducía Sandro. Hacía solo dos semanas que la pareja había comprado el coche y ahora se dirigían en él hacia Torremolinos acompañados de Andrés.

Para la ocasión todos vestían sus mejores galas (Andrés tuvo que cambiarse en el hotel para no suscitar el recelo de su esposa) porque, a pesar del importante trasfondo del encuentro, nadie quiso renunciar a hacer valer algo de su vanidad ni desaprovechar la velada para disfrutar de una noche agradable. Andrés sentía alguna clase de remordimiento por estar haciendo aquello a espaldas de su mujer, pero la ocasión requería la necesaria discreción que aconsejaba no hacer partícipes a las esposas de la operación en ciernes. Erik era la

excepción, circunstancia esta que no terminaba de agradar, sobre todo, a Sandoval.

—Casi se podría decir que esta es tu noche, querida —le dijo cariñosamente Sandro.

—Bueno, lo que a mí me hace realmente ilusión es conocer el Hotel Pez Espada, qué queréis que os diga. Tanto he oído y tanto se ha dicho de él que estoy deseando visitarlo —parecía que Águeda se dejaba llevar más por la frivolidad de la cita que por el importante calado que esta contenía.

—Lo cierto es que la noche va a estar llena de alicientes. Conocer a Erik el Belga tampoco es un asunto menor —le dijo Sandro a Andrés girando la cabeza. Su amigo se encontraba sentado en el asiento de atrás del vehículo.

—He de confesar que yo estoy bastante intrigado con el personaje —intervino el recepcionista. Y tirando de erudición continuó—. Hace algún tiempo leí que hizo un intento de robo en la catedral del Burgo de Osma, aunque fue detenido a tiempo junto a algunos de sus compinches. Si mal no recuerdo, se le conocen actuaciones en Castilla la Vieja, en Navarra y en Cataluña, fundamentalmente hurtos de obras de arte religiosas que, según parece, sustrae por encargo.

—Pues la verdad, no sé a vosotros, pero a mí no me apetece nada compartir la cena con un ladrón. Y menos aún hacerlo mientras oigo a Machín —dijo Águeda.

—La idea no es de lo más apetecible. Y no solo tendrás que tragar ese sapo sino que deberás fingir que estás encantada de estar con él —le respondió a propósito Andrés.

—Bien sabe la Virgen del Carmen que si lo hago es por mi marido —dijo Águeda. Sandro miró a su esposa y le dedicó una franca sonrisa.

—Pues, a pesar de todo, yo creo que al final el belga nos caerá bien a todos —intervino Andrés cambiando súbitamente de opinión.

—¿En qué te basas para decir eso? —le preguntó Sandro interesado sin quitar la vista de la carretera.

—Bueno, hace pocos años cayó en mis manos un ejemplar de *El Norte de Castilla*, ya sabéis, el diario que se edita en aquella región. Se lo dejó atrás un cliente del hotel y tuve a bien echarle un vistazo. Ya sabéis de mi curiosidad por estar al tanto de las cosas que ocurren en el mundo.

—Doy fe —añadió Sandro—. No conozco a nadie a quien le guste más leer que a ti. Menos de ayudarme con la instalación eléctrica del hotel, creo que sabes de todo —el recepcionista obvió el comentario malicioso y continuó explicándose.

—El caso es que en ese ejemplar dominical había un pequeño dosier donde se hacía una semblanza de Erik con motivo del intento de robo de El Burgo de Osma. Por lo que el periodista afirmaba en su

reportaje, y su trabajo de investigación parecía bastante serio, el belga solo roba por encargo y, en su afán de satisfacer los «pedidos» también hay mucho interés por preservar el patrimonio. Erik, al parecer, entiende que el gobierno español no pone suficiente entusiasmo en cuidar los tesoros artísticos y cree que, de algún modo, las obras de arte están mejor cuidadas si quienes las custodian son coleccionistas de arte.

—Pues no me parece que tenga que ser este Erik quien decida quién debe custodiar las obras de arte de todos los españoles. Y menos si su decisión es para dárselas a sus amiguitos caprichosos y ricachones —dijo Águeda con cierto enfado.

—La verdad es que el personaje es bastante controvertido. No se conoce mucho de él, pero lo que informaba el periodista dibuja un retrato algo más amable del que se puede tener de él *a priori* —respondió Andrés.

—¿Le da de comer a los niños pobres de Las Hurdes? —preguntó Águeda sarcástica.

—No seas tan irónica, querida —le enmendó Sandro molesto.

—Pues no lo sé. Lo que sí conozco del belga, por lo que leí en su día, es que siempre se ha negado en redondo a sustraer tallas de vírgenes que tengan una especial devoción. Nunca ha robado, por ejemplo, la imagen de ninguna patrona —respondió Andrés haciendo de abogado de oficio del ladrón—. Así que no tienes que temer por tu Virgen del Carmen, querida Águeda.

—Se las tendría que ver conmigo, no te digo más… —respondió Águeda lacónica.

—Yo prefiero reservarme mi opinión. Esperaré a conocerlo en persona para enjuiciarlo —repuso Sandro.

—Pues tienes razón, querido amigo. Estoy contigo —dijo Andrés.

—Claro, claro…cómo no —añadió tímidamente Águeda.

—Bueno, pues ya estamos llegando —dijo Andrés—. Ahí mismo lo tenéis: el Hotel Pez Espada.

Allí estaba el Transatlántico de La Carihuela. Así era como se le conocía al fabuloso hotel de siete plantas que había sido construido hacía algo más de diez años. A pesar del tiempo que llevaba erigido ninguno de los asistentes al encuentro de aquella noche había tenido oportunidad de visitarlo en todo ese tiempo. La atrevida factura del hotel, fresca y desenfadada, anunciaba un incipiente espíritu de oposición a la moral franquista y a su encorsetamiento, y proponía un atrevido juego donde el ocio, la diversión y la «relajación de las costumbres» pudieran tener perfecta cabida. Esta moderna edificación en «estilo del relax» se había convertido en el santo y seña del despegue turístico de la Costa del Sol, tanto era así que la nómina de personajes famosos que habían elegido sus instalaciones para hacer

alarde de sus frivolidades iba desde Rita Hayworth a Rock Hudson o desde Ava Gardner a Sophia Loren. Y también los príncipes Rainiero y Gracia de Mónaco o los duques de Windsor, por nombrar a algunos miembros de la realeza europea, se habían alojado allí.

—Y aquí fue también donde se produjo la sonada bronca de Frank Sinatra con la policía —apuntó Andrés volviendo a hacer alarde de conocer casi de todo—. Fue hace cinco o seis años, creo recordar.

—¿A qué te refieres, Andrés? —le preguntó Sandro intrigado mientras caminaban hacia la entrada del Pez Espada.

—Bueno, no conozco bien los detalles pero, al parecer, el cantante estaba con una actriz cubana (Ondina Canibano si no recuerdo mal) y un reportero del diario *Pueblo*, junto a un fotógrafo que le acompañaba, pretendieron sacar partido de ello. Según se dice volaron algunas copas y la dirección del hotel tuvo que avisar al responsable gubernamental de seguridad. Seguro que Sandoval os podrá contar la historia mejor que yo —dijo Andrés.

—¡Ah, sí! —repuso Águeda dando un respingo como si acabara de descubrir la fórmula de la Coca-Cola—. Fue por eso por lo que Frank Sinatra se fue de España diciendo que nunca más volvería mientras viviera Franco, ¿no? Lo leí en *Sábado Gráfico*.

—Efectivamente —respondió Andrés—. Pero no se quedó ahí la cosa sino que aún tuvo la osadía de remitir un telegrama al Generalísimo donde le decía algo así como «Felicidades en el vigésimo quinto año de su benevolente régimen. Muérase». Y también dijo que la policía española era peor que la Gestapo. Desde luego no se puede decir que Sinatra no le echó arrestos a la situación.

—Sí, sí, muy valiente ese gallito… ¡pero qué sabría ese cantamañanas de lo que era capaz de hacer la Gestapo! —Sandro no se pudo reprimir.

El Hotel Pez Espada era, en cualquier caso, un templo donde practicar el *dolce far niente*. Y hacia ese lugar se dirigían precisamente Sandro, Águeda y Andrés tras haber aparcado en las inmediaciones. Eran las nueve en punto. Allí los estarían ya esperando Sandoval, Mossenson, Barbara y Erik el Belga con su acompañante. Pero se equivocaron en sus predicciones porque una voz desde más atrás llamó su atención. Era Sandoval, que recién había también aparcado y los llamaba para unirse a la comitiva.

—¡Caray, sí que somos puntuales! —dijo Sandoval mientras saludaba uno por uno a sus compañeros de misión. Prestó especial atención a Águeda, a quien volvió a agradecer el buen trato dispensado por su establecimiento durante su reciente estancia en compañía de su familia—. No creo que tenga que recordarlo, pero ya sabéis: todos los que esta noche nos reunimos somos amigos de siempre.

—Sí, como también es íntimo nuestro amigo Erik el Belga… —dijo imprudentemente Águeda.

—Admito que a mí también me costará trabajo estrechar su mano pero, llegado el momento, tendré que hacer un sobreesfuerzo —dijo Sandoval—. No me gusta confesarlo, pero he estado practicando ante el espejo toda la tarde. Espero que no se me note mucho el malestar.

Los cuatro, impecablemente engalanados para aquella noche de agosto, hicieron su entrada triunfal en el espacioso vestíbulo del hotel. Las magníficas dimensiones del mismo dejaron pequeñas a aquellas figuras que se recreaban mirando las majestuosas escaleras que, situadas a la izquierda de la entrada, daban acceso a los pisos superiores del hotel. Y también detuvieron su mirada sobre las espectaculares lámparas que otorgaban al ambiente una agradable luminosidad. Águeda, en su fuero interno, fantaseaba en ese momento con la idea de poder algún día regentar un hotel como aquel, pero por el momento se debió contentar con coger algunas ideas decorativas del fabuloso establecimiento. Sandoval se adelantó al grupo para dirigirse a la recepción del hotel y preguntar. El comisario nunca dejaba nada suelto; le gustaba ser resolutivo y expeditivo en sus acciones, aunque estas no estuvieran relacionadas con la investigación de ningún crimen sino con algo tan simple como preguntar por la ubicación de La Parrilla.

Atravesando el magnífico y prolongado *hall* de entrada — cuyo suelo estaba jalonado de una atrevida sucesión de elegantes formas redondeadas blancas sobre fondo negro— y custodiados por las fabulosas columnas con formas acuáticas, llegaron hasta la terraza donde Mossenson y Bárbara, Erik e Ingrid (así se llamaba la acompañante del belga según conocieron de inmediato) les estaban esperando. Lo que sucedió a continuación dejó a todos boquiabiertos: nada más llegar a La Parrilla Erik se levantó de su asiento para salirles al encuentro y, llamando a cada uno por su nombre, se deshizo en elogios hacia ellos y en adorables galanterías hacia Águeda. Su español estaba influido por un fuerte acento francés.

—¡Querida Águeda, te conservas tan guapa como siempre! —le decía a la esposa de Sandro acompañando el elogio de una amplia sonrisa mientras le plantaba dos besos en las mejillas. El polaco no pudo hacer mucho por cambiar su rictus de asombro—. ¡Andrés! ¡Cuánto me alegro de verte! ¡No pasan por ti los años! — continuaba la farsa ante la estupefacción disimulada de todos por la habilidad del ladrón de guante blanco para identificar correctamente a cada uno de ellos. Tal vez fuera esa una más de sus singulares «artes»—. ¡Sandro, ven a mis brazos! ¡No sabes cuántas ganas tenía de verte!

—¡Ganas las que tenía yo de verte a ti, bribón! —le dijo Sandro algo excitado mientras se lanzaba a abrazarlo fingiendo una

inexistente amistad.

Parecía que el judío se alegrara realmente de verlo. Y así era en realidad: Sandro había simpatizado con el belga desde el momento en que conoció que era un convencido antinazi y que se había ofrecido para capturar a Degrelle arriesgando su propia vida. Erik le devolvió el abrazo y bromeó con él a cuenta de su corbata.

—¡Hombre, Sandoval! ¡Qué bien te trata la vida! —continuó saludando.

—No tan bien como a ti, mi querido Erik —le respondió el comisario un tanto azorado por la situación—. No hay ningún belga en el mundo que viva mejor que tú —Sandoval se sorprendió a sí mismo actuando de ese modo. En realidad no le hicieron falta los ejercicios ante el espejo que había realizado aquella tarde para preparar el encuentro. Erik le había facilitado mucho la tarea.

El belga les condujo hasta la barra de la terraza donde les esperaban Mossenson, Bárbara e Ingrid. Allí los saludos fueron también muy afectuosos pero desprovistos de la pasión que aquel había desplegado hacía solo unos instantes. El dúo que conformaban Erik e Ingrid podía pasar como una más de las muchas parejas de extranjeros que se veían cada vez con más frecuencia en la Costa del Sol. Su aire cosmopolita y sus atuendos modernos con un cierto punto de provocación les hacían distinguirse claramente de sus acompañantes españoles, aunque algo menos del «matrimonio» del Mosad. Erik vestía un ligero atuendo compuesto de un vaporoso traje blanco de lino al que acompañaba una camisa negra de grandes cuellos desabrochada hasta el pecho. Un pañuelo de cachemir colocado en la garganta de manera desenfadada remataba su indumentaria junto a unas grandes pulseras que lucía en su muñeca derecha. Erik era mucho más joven que sus acompañantes aunque su lustroso y nutrido bigote, unido a las entradas que empezaba a lucir en la parte alta de su frente, le otorgaban un aspecto mucho más mayor. Aunque no formaran parte de su indumentaria, los cigarrillos que el belga encendía con fruición constituían también parte de su estética. La mirada vivaracha del belga era algo que llamaba de inmediato la atención, así como su locuacidad y su permanente sonrisa. Algo en lo que debieron coincidir todos al conocer al ladrón era en la dificultad para imaginar a aquella singular persona cometiendo un delito. La idea turbia que se habían hecho de él distaba mucho de lo que estaban presenciando ahora.

Ingrid, por su parte, era una joven de origen holandés que aparentemente parecía buscar fortuna en la Costa del Sol: la típica rubia extranjera de las que se podían ver a cada momento por la playa. Su pelo largo recogido en una cola caía sobre un leve vestido de *Op Art* que se ceñía a su pequeña cintura por un gran cinturón de

color rojo y que apenas marcaba sus pequeños pechos. La chica habría podido pasar perfectamente por una de esas go-gós que tanto se estilaban en las discotecas costasoleñas. Lo cierto es que la estética de Ingrid desentonaba bastante con el collar de perlas de Águeda. Pero es que esta casi doblaba en edad a la acompañante del belga. Solo Bárbara vestía en sintonía con Ingrid; si las dos rubias hubieran competido en un concurso de belleza, el certamen habría estado bastante reñido entre esas dos seguras finalistas.

Cuando todos se saludaron ocuparon la mesa que tenían reservada. Sandro quiso situarse al lado de Erik así que se reordenó la distribución de los comensales. Tenía mucho interés por intimar con quien sería el artífice último del apresamiento de Léon Degrelle. Sin saber muy bien por qué, el judío tenía el presentimiento de que compartiría muchas cosas con el ladrón. Y lo quiso comprobar.

Justo enfrente del lugar que ya ocupaban los ocho «amigos» se situaba el escenario donde en breve actuaría Antonio Machín. Águeda podría escuchar al cantante a tan solo unos pasos de ella.

La terraza empezaba a animarse al ritmo de las mesas que se llenaban con los asistentes al espectáculo y con los comensales que disfrutaban de la cena. El calor sofocante del día había dado paso a una temperatura más agradable, aunque los ventiladores de la terraza y los abanicos que se agitaban con profusión ayudaban a refrescar algo más la atmósfera. El propósito del Mosad de celebrar aquel encuentro en un ambiente distendido que permitiera a la reunión mimetizarse con el entorno se alcanzó sin ningún problema.

Mientras se deleitaban con los pescados y mariscos, los asistentes fueron intimando casi sin quererlo. Sandro, en su conversación con Erik, pasó de temas banales a asuntos de mayor calado relacionados con la cuestión que les convocaba esa noche. Sin embargo, aunque el judío tenía mucha curiosidad, no le preguntó nada acerca de su «trabajo» como ladrón de arte. Más se centró en sondear el origen del antinazismo del belga y su disposición para atrapar a Degrelle. Del mismo modo, Erik conoció algo más de la historia del polaco, biografía que los agentes del Mosad le habían esbozado al belga en uno de los encuentros que con él mantuvieron en los días precedentes. Este le trasladó a Sandro la admiración que sentía por su persona y, de algún modo, le vino a decir que la captura de su compatriota sería algo que le gustaría brindarle como gesto de gratitud por su papel como combatiente y resistente frente al nazismo. Oír eso llenó a Sandro de una mezcla de orgullo y de cierto pudor. Finalmente, con la relajación que le procuraba el champán, Erik le dijo al judío:

—Escúchame bien. No veo la hora en que pueda sentarme frente a ese cabrón de Degrelle para meterle doblado un falso tríptico flamenco; *La Lamentación de Cristo, San Pedro, Santa Ana y la tentación*

en el Jardín de Edén se llama el conjunto —Erik enfatizó el carácter fraudulento de la obra que intentaría vender al nazi como todo un experto en arte que era—. Ya sabes que el belga (no yo, el otro) es un fanático religioso a quien no le costará rendirse a los pies de esa maravilla que he pintado yo mismo copiando al artista flamenco Ambrosius Benson. Como me llamo Erik que antes de que haya tenido tiempo de recrearse suficientemente en la foto de la obra que le mostraré, habrá caído sedado y estará listo para que estos del Mosad se lleven el paquete donde les parezca más oportuno.

—Y yo haré lo que sea necesario para que todo sea como tú dices —le respondió Sandro con entusiasmo aunque sin tener ni idea de qué tríptico le estaba hablando.

Mossenson y Bárbara actuaban de anfitriones durante la velada. Aunque ellos eran los encargados de ir haciendo las sugerencias para deleitar en la mesa —no obstante su desconocimiento de la cocina malagueña— y marcaban el ritmo con el que las botellas de champán se iban descorchando, no quitaban el ojo a Erik mientras este hablaba apasionadamente con Sandro. No deseaban que una imprudencia por parte del belga le hiciera hablar más de la cuenta o que el nombre de Degrelle pudiese llegar a los oídos de cualquiera de los comensales que se encontraban cerca de ellos.

Los dos israelíes aprovecharon la cena para conocer de primera mano, por boca de Águeda y de Andrés, qué estancias del hotel serían las más apropiadas para organizar la operación. Sandoval participaba activamente dando su cualificada opinión acerca del operativo. Durante la cena los israelíes no dejaron de valorar opciones, sopesar decisiones y preguntar en detalle por los accesos y salidas de la planta baja del hotel Águeda Beach. Vistos desde lejos nada podía alertar a nadie de la naturaleza de la conversación que mantenían: todo aparentaba una reunión de amigos hablando de sus cosas. Las risas ocasionalmente fingidas de Bárbara se ocupaban de que eso pareciera así. Ingrid, por su parte, parecía algo descolgada de la reunión, aunque no perdía oportunidad de acercarse al belga para apoyar la cabeza en su hombro y seguir de cerca la conversación que este mantenía con Sandro. Aquel gesto de la rubia le incomodaba a Erik porque todavía, a pesar del paso del tiempo, le molestaba la cicatriz que le había dejado un balazo en el cuello. Aquel episodio se produjo hacía unos años, cuando el policía que detuvo su coche en Alemania tras robar una talla gótica de una Virgen, no dudó en disparar al darse el vehículo a la fuga.

En un determinado momento el director del hotel Pez Espada, haciendo las veces de maestro de ceremonias, se encaramó al escenario para glosar el prodigio de la voz del cubano que estaba a punto de actuar. Después de una breve perorata, por fin, dio paso al

cantante:

—… y así, la dirección del hotel Pez Espada se complace esta noche en traerles ante a ustedes al incomparable, a la voz más melódica y aplaudida del momento… Para toda su distinguida clientela… ¡Antonio Machín!

Fue entonces cuando empezaron a sonar los primeros acordes a ritmo de cha-cha-cha con que empezaba su canción *El huerfanito*, al tiempo que las luces de la terraza se apagaban para dar paso a la luz cenital del entarimado. Allí estaba Machín con sus maracas. Y allí estaba Águeda emocionada contoneando su cuerpo como podía al ritmo de la música; aunque bailar sentada fuera tan difícil. Algunos comensales, ante el gesto de extrañeza del cantante, salieron a bailar a la pista desinhibidos por el alcohol. Unos pocos extranjeros, que no debían saber mucho sobre Machín, se emplearon en extraños y ridículos bailes que conseguían arrancar la sonrisa de algunos asistentes mientras que otros, seguidores más ortodoxos del cantante, mostraban su desagrado por el impropio espectáculo: no habían pagado una entrada tan cara para presenciar un número de circo.

Cuando empezó a sonar *Dos gardenias* tras un cerrado y enfervorecido aplauso del público, Mossenson hizo una indicación para que el camarero les acercase otra botella de champán. Empezó a dudar si había hecho bien en ser tan generoso con el alcohol porque no quería malograr el sentido de la reunión. Pero su preocupación empezó a desvanecerse al oír aquella melodía. No cantaba mal ese tal Antonio Machín. Pero que nada mal…

***

Después de algo más de dos horas de actuación y de que los asistentes a la misma despidieran a Antonio Machín con una cerrada ovación, se volvieron a encender las luces de la terraza y una nueva orquesta subió al escenario para continuar con la velada. Ahora sí fueron muchas las parejas que, correctamente, salieron a la pista para bailar.

Las tres mujeres de la operación Águeda se levantaron para ir al tocador mientras que los hombres aprovecharon para arremolinarse alrededor de la última botella de champán. Erik prefirió no continuar bebiendo porque sentía que ya había tenido suficiente, así que pidió a sus acompañantes que informaran a Ingrid cuando volviera de que la esperaría en la habitación. Todos quedaron asombrados al conocer que la pareja se alojaba en el hotel porque dormir allí no era precisamente barato. Sandoval prefirió no hacer cábalas para averiguar de dónde habría sacado el belga la pasta, pero por unos

instantes pensó si no sería el propio Mosad quien estaría ofreciéndole algún dinero por su participación en la misión. Antes de despedirse, Erik animó a sus nuevos amigos a hacer un pequeño círculo en torno a sí para decirles:

—¡A ese cabrón lo tenemos que coger por los huevos! Sois grandes. Buenas noches —les espetó sin más dándose la vuelta a continuación. Antes de eso había besado con descaro a Sandoval en la frente cogiendo su cabeza entre las manos, lo que obligó al comisario a forzar una sonrisa que le hizo parecer aún más ridículo. Parecía claro que, efectivamente, el belga había bebido bastante.

El resto de la velada dio para que Ingrid acudiese a la llamada de su Casanova y para que el resto de los reunidos se fueran despidiendo. Sandro tendría que conducir hasta Estepona para llevar a su esposa y a Andrés. Había tenido la precaución de no beber mucho y se encontraba en perfectas condiciones para manejar su flamante auto. Mossenson se preguntaba si, en realidad, había merecido la pena el encuentro. Al menos habían conseguido concretar el escenario donde se produciría la captura del nazi. Además, todos habían conocido al belga, aquel que protagonizaría la captura de Léon Degrelle. Y también habían disfrutado de ese desconocido cantante que tanto les había gustado. Bárbara, por cierto, estaba encantada con la actuación. Los israelíes aprenderían para siempre lo que eran unas maracas así como el nombre de su más ilustre intérprete. Mossenson tuvo que admitir que sí, que la velada, a fin de cuentas, había valido la pena.

***

Mucho tiempo después, ante la experiencia vivida por Antonio Machín en la actuación en la Parrilla del Hotel Pez Espada aquel 21 de agosto de 1971, declararía a la prensa que había notado a su público cambiado. Le pareció aquella una velada un tanto extraña, con comportamientos fuera de lugar y situaciones inverosímiles. No lo decía por la heterodoxa reunión en torno a la operación Águeda, cuyos componentes lo habían escuchado respetuosamente desde la primera fila, sino por aquellos desinhibidos que habían salido a hacer el ridículo a la pista de baile mientras él cantaba. Y es que los tiempos estaban cambiando.

39
Apartamento de Léon Degrelle. La Carihuela, Torremolinos, Málaga. 2 de octubre de 1971.

Como acostumbraba a hacer, esa tarde de principios de octubre sostenía una vez más en sus manos aquellas condecoraciones: la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro con Hojas de Roble y la Cruz Alemana de Oro, las más alta distinciones otorgadas por el Tercer Reich. Las había conseguido como reconocimiento a la valentía mostrada en el campo de batalla y a su éxito en el liderazgo de las tropas. Le gustaba recrearse en el profundo significado que para él tenían tan altas condecoraciones. Y como si de un ritual se tratase, lo siguiente que hizo tras depositar las distinciones sobre un pequeño plato de cobre fue coger la fotografía en la que se le veía estrechando la mano del mismísimo Adolf Hitler en aquel ya lejano mes de agosto de 1944. Léon Degrelle guardaba muy gratos recuerdos del momento que reflejaba la fotografía, pues durante el mismo no solo le cupo el honor de recibir el reconocimiento formal a su valor y destreza, sino que también fue entonces cuando el Führer le dirigió aquellas palabras que él ya siempre recordaría: «Si tuviese un hijo, me gustaría que fuese como usted». Cada vez que realizaba el ritual de acariciar sus condecoraciones, contemplar la foto y recordar las palabras del líder, la emoción le embargaba. Y esa tarde no sería muy distinto.

Dejando de nuevo la foto sobre el escritorio Degrelle se giró hacia la ventana para contemplar el mar que se le ofrecía ante sí dibujando la costa de Málaga. Y quedándose pensativo empezó a cavilar sobre su propia persona. Pensaba en todo lo que había mediado entre Léon Degrelle y José León Ramírez Reina, dos mismas personas en una sola, dos mundos no opuestos pero sí muy distintos: el valeroso guerrero que se inspirase en los cruzados para contribuir a la construcción del Reich de los mil años y para guiar como líder a un pueblo, frente al señorito de provincias que se dedicaba al tráfico de arte y al negocio inmobiliario en el sur de España. No eran realidades tan encontradas porque José León Ramírez Reina aún conservaba dentro de sí la

vocación de poder de Léon Degrelle y también el brío del orador, y las convicciones y los ideales del General, y el honor de saberse siempre soldado, y el aire mayestático de la estirpe única… Fue la caza del hombre, desatada a partir del año de la derrota de la Alemania nazi, la que truncó todo. El pisoteo de los vencidos y la invención de las peores infamias fueron las que le habían traído hasta aquí. Los vencedores se habían deshonrado ellos mismos cuando, a partir del ultrajante año de 1945, decidieron emprender esa injusta persecución contra él y los suyos. La diáspora a la que tuvieron que verse abocados su mujer y sus hijos, los años de las falsas identidades, la deslealtad de Franco por no haber sido el propio Caudillo quien elevara la voz en su defensa, el ir y venir llevado por la protección de los suyos en España pero manejándose desde la clandestinidad… todo eso suponía una absoluta infamia. Él, que había enardecido a las masas para conquistar su destino, él, que había combatido al enemigo comunista en el frente del Este, él, que había soñado con muchos un futuro de luminosidad… tenía que verse ahora empujado a permanecer en la sombra ocupando un discreto segundo plano.

¿A él pretendían imputarle actuaciones en pro del genocidio judío? ¡Ningún documento podía probar la existencia de la patraña del Holocausto! ¿El supuesto exterminio en las cámaras de gas de Auschwitz de millones de judíos con gas Zyklon-B? ¡Eso no resistía un examen científico serio! Todo eran exageraciones alocadas, mentiras y falsas confesiones arrancadas mediante la tortura y el terror en las prisiones soviéticas o americanas y bendecidas por la farsa de los juicios de Núremberg.

Degrelle ocupaba la tarde con sus disquisiciones, esas que le suscitaban un importante nivel de tensión psicológica por saberse víctima del descrédito y la deshonra más injustas; y se sentía vapuleado por la vileza y la maldad de quienes se inventaban esas historias con el fin de ajusticiar a los mejores. ¿Por qué nadie hablaba de la pasividad con que de Gaulle presidió en 1944 y 1945 la masacre de miles y miles de adversarios a quienes se les bautizó como «colaboracionistas»? ¿Y los bombardeos de Gran Bretaña sobre ciudades libres como Copenhague?, ¿alguien diría algo sobre eso?, ¿alguien hablaría en voz alta sobre los bombardeos de terror ordenados por Churchill sobre la población civil del Tercer Reich? ¿Y los Estados Unidos? ¿No adquirieron su preponderancia gracias a la esclavización de millones de negros marcados a fuego y al exterminio de los pieles rojas para robarles la tierra que les pertenecía ancestralmente? ¿Y qué decir de la Unión Soviética? ¿Es que acaso eran admisibles los *gulags*?, ¿es que se podía aplaudir la masacre de millones de personas caídas bajo el yugo del marxismo? La animadversión que Degrelle sentía por el comunismo y por Stalin le

había hecho incluso reflexionar por escrito:

> «El propio Stalin, el más atroz asesino del siglo, el tirano implacable, integral, hizo masacrar con furor demencial a su pueblo, a sus colaboradores, a los jefes de su Ejército, a su familia… y recibió un rimbombante sable de oro del rey más conservador del mundo, el rey de Inglaterra, que no fue capaz de comprender lo que la elección de tal regalo para semejante criminal tenía de macabro y de paradójico.
>
> Pero si nosotros, los supervivientes "fascistas" de la Segunda Guerra Mundial pretendiésemos tener la impertinencia de insinuar un gesto de defensa verbal por un instante, inmediatamente comenzarían mil demócratas a cacarear frenéticamente, aterrando a nuestros propios amigos que, suplicantes, nos repetirían: ¡Cuidado!, ¡cuidado!… ¿Cuidado de qué?
>
> (…)
>
> Y un cuarto de siglo después, cuando nuestros más queridos parientes han muerto en sus celdas o han sido asesinados; cuando nosotros mismos hemos llegado en nuestros alejados destierros al límite mismo de nuestra capacidad de soportar, las democracias, biliosas, continúan persiguiéndonos con un odio inextinguible».

El exgeneral belga se martilleaba la cabeza una y otra vez con estas reflexiones. Pero su excitación se apaciguaba cuando volvía la vista hacia la foto del escritorio. Aún confiaba en poder ver algún día erigirse de las cenizas el IV Reich. Europa, unida al fin por la conjunción de sus tres elementos constitutivos (la civilización occidental, el motor germánico y la reserva humana eslava), renacería mejor preparada y más perspicaz. Esta vez ya no la detendrían como en 1945. Y él estaría ahí para ofrecerse como el soldado eterno que era.

Oteando por la ventana la costa malagueña, Degrelle no dejaba de cavilar sobre su pasado. Se lamentaba amargamente del desvanecimiento en la nada de las decenas de años que dedicó a hacer algo grande. Se quejaba de la soledad que sentía; él, que había excitado a las masas y había sido aclamado como un mesías… Sufría el fracaso, le dolía no haber sido capaz de modelar la Europa soñada que habría asegurado a la raza blanca el gran dominio universal del orden y del espíritu. Se afligía al observar en los países la descomposición de las costumbres, la ruina de la patria, la ruina de la familia, la ruina de la religión, la ruina del orden social y el fracaso de toda autoridad, así como el insaciable apetito de bienes materiales que devoraba indistintamente a ricos y a pobres, a menesterosos y a holgazanes… Todo ello le valía a Degrelle para reafirmarse en la idea de que había elegido el lado bueno, aunque no hubiesen triunfado. Siempre tenía claro que su deber era el de protagonizar el resurgimiento de la epopeya, haciendo brotar en los jóvenes corazones la llama del guerrero que volviera a situar a una limpia Europa en el trono mayestático.

Todo en Degrelle era mayestático y cuando se ensimismaba en aquellos razonamientos le gustaba posar la vista en esas magníficas obras de arte y vestigios arqueológicos que ocupaban su amplio apartamento. Tal vez intentaba con ello dotarse de un escenario operístico en el que desarrollar la representación de su propia grandeza, valiéndose para ello del pequeño retablo y del tríptico, del busto y de la lámpara votiva. Pero hasta que sus deseos de resurgimiento del imperio terminaran por convertirse en realidad, tendría que conformarse con contemplar el mar.

Muchas de esas piezas históricas y de las obras que hoy lucían en el apartamento de Degrelle provenían de La Carlina. A los pocos años de su llegada a España, Degrelle había comprado una pequeña finca con un cortijo que fue restaurando poco a poco para, posteriormente, construir la fabulosa hacienda coronada por una espectacular torre que podía ser divisada desde todos los rincones de Constantina. Sus «delirios constructivos» parecían asemejarse a la forma en la que el arquitecto de Hitler, Albert Speer, concibió para este la construcción del desvarío de Germania, aquel Berlín rediseñado que estaría llamado a ser la capital del mundo una vez el Reich hubiera conquistado Europa. El belga siguió la estela de la grandiosidad que ese imperio pretendía para sí. De ese modo, las ínfulas que él hizo propias fueron a materializarse en el Castillo Blanco de La Carlina, esa bizarra edificación andaluza a las afueras de un pequeño pueblo sevillano que tanto desentonaba con la armonía costumbrista de las edificaciones de la zona. La hacienda atesoraba jardines de una belleza simpar y hasta catorce fuentes con exornos de azulejos sevillanos. Los arriates, las piscinas y las albercas de diferentes formas, los pórticos de orden neoclásico y mudéjar o los mosaicos, constituían solo algunos de los elementos que otorgaban a La Carlina el aspecto de un lujoso palacio. Entre otras cosas, Degrelle hizo construir un mosaico con el mapa de su adorada Bélgica, donde había una inscripción que rezaba: «Disfrutaré del bien que vea presente. Tomaré los placeres a los cuales soy sensible. Lo más abundantemente que me sea posible». Todo el palacio estaba repleto de antigüedades y de obras de arte, aquellas con las que el nazi gustaba de recrearse en su contemplación y en la evocación de gloriosas épocas pasadas.

Desde La Carlina sufrió Degrelle el exilio aunque aquella jaula de oro, aquella torre de marfil, le pudo servir para atenuar su dolor. La soledad del esposo y padre virtuoso de cinco hijos le hizo mella, aunque aún tuvo oportunidad de disfrutar de la compañía de Anne y de Godliva. Sus dos hijas pudieron reunirse con él en Constantina tras el retiro francés de estas (los hijos de Degrelle habían sido acogidos en el sur de Francia por los abuelos maternos) y aún pudo organizar sus bodas en la hacienda, a las que acudieron soldados americanos que

pedían hacerse fotos con el ex-SS. En esas celebraciones el belga no se abstuvo de lucir sus cruces gamadas y sus condecoraciones como si estuviera en cualquiera de las fabulosas paradas militares en el Campo Zeppelín de Núremberg. Peor suerte corrió su único hijo varón, quien acudió hasta La Carlina para conocer a su padre pero, tras seis meses de estancia en la finca, murió joven en un accidente de moto en febrero de 1958. Aquella experiencia solo la pudo sobrellevar el nazi aferrándose a su fe y aceptando la tragedia como fruto de una decisión divina.

Las dificultades económicas derivadas de las pérdidas de los alquileres de las casas de los soldados americanos —que abandonaron el pueblo— fueron la causa del embargo que más tarde sufrió la hacienda y que obligó a Degrelle a abandonar el palacio. Hacía de ello ocho años ahora, pero aún hoy era capaz de recordar el aroma de los jazmines y de las azucenas o de recrear en su mente el sonido seráfico de las fuentes cantarinas del añorado Castillo Blanco.

La irrupción en la sala de Matías, su fiel ayudante que lo había acompañado desde Constantina, le sacó de sus cavilaciones.

—Disculpe, señor, le reclaman al teléfono. Una llamada de un tal Erik. Me ha parecido por su acento que también es belga como usted.

***

—¿*Aló*?

—Buenas tardes. Disculpe que le moleste. ¿Es usted el señor Ramírez Reina? —preguntó Erik en español al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo… ¿Con quién tengo el gusto de hablar? —interrogó a su vez Degrelle con su natural retranca.

—Verá, no creo que me conozca. Me ha facilitado su número de teléfono Aloïs Bresson, el coleccionista francés con el que usted mantiene… «relaciones comerciales». Ha sido él quien me ha recomendado llamarlo para mi propósito —respondió Erik haciendo uso del salvoconducto que Aloïs, aquel estirado gabacho, le había extendido en forma de aval personal. Aloïs le debía algunos favores a Erik y se tuvo que prestar al juego que este le propuso para contactar con Degrelle—. Mi nombre es René Alphonse van den Berghe aunque todos me conocen como Erik el Belga.

—¿Es usted el famoso ladrón que deshonra a mi patria con sus ilícitas actividades? —preguntó petulante Degrelle.

Resultaba curiosa esa impostada indignación proveniente de alguien que se dedicaba, precisamente, a manejarse por el borde la ley (cuando no directamente en el otro lado de la misma) a la hora de

negociar con obras de arte.

—Bueno, señor Degrelle… —a Erik no le tocaba nadie las narices y al sentirse ofendido lo llamó por el nombre con el que se identificaba más al nazi que al tratante de arte—, podríamos afirmar que soy su complemento perfecto: soy yo quien lo coge pero es usted quien lo recepta… las obras de arte, ya sabe a qué me refiero… No somos tan distintos. Es por eso por lo que le llamo. Tal vez tenga interés en una oferta que he de hacerle.

—¿Y quién cree usted que es para llamar a mi casa y ofenderme de ese modo tan grosero? No estoy seguro de que sepa bien con quién está hablando —respondió el nazi elevando ahora el tono.

La situación se estaba tensando indebidamente así que Erik tuvo que rebajar la tirantez reaccionando rápidamente y tragándose su orgullo.

—Verá, señor Ramírez, no era mi intención ofenderle, le pido sinceras disculpas si de algún modo he podido hacerlo —dijo Erik esperando una respuesta que diera un giro a lo delicado del momento. Era mucho lo que se jugaba si Degrelle le colgaba el teléfono mandándolo al infierno.

—¿Qué demonios quiere? ¿Tiene algo para mí? Si no es así puede irse por donde ha venido.

—En realidad sí quiero algo. Quiero que el tríptico flamenco *La Lamentación de Cristo, San Pedro, Santa Ana y la Tentación en el Jardín del Edén* luzca en su salón —le tentó Erik tirando de golpe de efecto. Justo en ese instante se produjo un silencio al otro lado del aparato que le pareció eterno— … ¿Está usted ahí, señor Ramírez? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Disculpe, señor… van den Berghe. ¿Me llama para faltarme primero al respeto y ahora pretende tomarme el pelo con este cuento del tríptico flamenco? ¿Cree usted que yo me voy a creer que está en posesión de las tablas de Ambrosius Benson? Creo que se ha equivocado de día, de hora y de persona. Si vuelve a molestarme tendré que llamar a la policía. Estoy seguro de que tendría mucho que hablar con ellos, ¿verdad? —respondió áspero Degrelle.

—Señor Ramírez Reina, permítame explicarle. Evidentemente no fui yo quien robó el tríptico allá por principios de siglo, pero sí he estado informado acerca de quién lo ha poseído durante estos últimos años. Ya sabe que en el mundo del arte todos viajamos en el mismo tren y en los vagones nos conocemos todos —Erik continuó hablando mientras tragaba saliva intentando que no se le notase—. Hace pocos meses que me hice con el tríptico a través de un generoso trueque por mi parte. En el sesenta y nueve, hace dos años, supe que estaba en manos de Darío Boccara, el anticuario parisino, quien no se pudo resistir a la oferta que le hice de intercambiarlo por dos valiosísimas

obras que estaban en mi poder. La necesaria discreción me obliga a no desvelarle de qué obras se trataba, pero las mismas superaban el valor del tríptico.

La información que le dio era en cierto modo creíble. Si Degrelle estaba tan al tanto del mercado negro de arte como creía, el nazi supondría que eso era cierto y la credibilidad de Erik quedaría garantizada. Para evitar problemas, el belga había hablado hacía unos pocos días con su amigo Darío Boccara para que, en caso de llamada impertinente por parte de Degrelle para comprobar la autenticidad de la historia, le cubriera las espaldas. El anticuario francés también debía algunos «favores» a Erik. En cualquier caso no estaba seguro de estar llevando a buen término la parte de la operación Águeda que le correspondía. La lentitud de respuesta de Degrelle le exasperaba.

—¿Está usted en condiciones de poder demostrar lo que está afirmando? —preguntó un lacónico Degrelle.

—Bueno, le diré que tengo la pieza aquí delante ahora mismo, en mi casa, a buen recaudo —Erik empezó a describirle la falsificación del tríptico que él mismo había realizado hacía años y que, efectivamente, tenía ante sí. El belga había esperado largo tiempo para poder dar alguna utilidad a ese fraude. Y esta sería la oportunidad que esperaba…—. En este momento estoy contemplando un tríptico de uno coma cuatro por un metro y dos alas laterales de medio metro de largo. La imagen principal representa la *Lamentación de la Virgen sobre Cristo descendido*, mientras que en los laterales aparecen sus donantes amparados por San Pedro y Santa Ana. En el reverso de sus puertas figura la escena de *La tentación en el Jardín del Edén* pintada en grisalla. No sé si la descripción que le hago hará justicia a su belleza, pero observarlo desde aquí sentado es un deleite para los sentidos y para el alma —le dijo Erik intentando excitar el entusiasmo del nazi.

—Entiendo que está usted hablando de la pieza datada en la primera mitad del siglo XVI, la que fue robada en la iglesia de la Santa Cruz de Nájera el día de Navidad de 1913, ¿no? —Degrelle empezaba a relajarse e hizo alarde de su erudición.

—La que estaba en Logroño, sí, la misma.

—¿Puedo tener alguna prueba de que está usted en poder de la pieza original? Me cuesta trabajo creer lo que oigo —dijo Degrelle algo más relajado.

—Bueno, si está interesado en su adquisición podemos vernos. Yo le llevaría una fotografía mía junto al tríptico para que pueda así convencerse.

—¿Y cómo sabré que no es una copia?

—Puede usted confiar. Aunque se trata de una obra tan valiosa no existen documentos gráficos que nos permitan observar la misma. Solo

hay referencias bibliográficas y descripciones puntuales de la obra en el registro de bienes de la iglesia donde se robó. ¿Cómo podría nadie haber hecho una copia sin tener la imagen del tríptico delante?

Erik mentía: los ladrones que sustrajeron la obra en 1913 habían robado, igualmente, una colección detallada de fotografías que el obispado había realizado de la obra, y ese catálogo sí que había llegado a manos de Erik hacía años. De ese estudio fotográfico pudo valerse, de hecho, para hacer la falsificación.

—Si no me falla la información el tríptico del que me habla es el único de Ambrosius Benson que hoy por hoy se encuentra en manos privadas, ¿no es así? —preguntó interesado el nazi.

—Su información es buena, señor Ramírez —le respondió satisfecho el belga. Parecía que, ahora sí, el rumbo de la conversación había dado ya un giro—. Y ahora esas manos privadas podrían ser las de usted.

—¿Cuánto pide por la obra? —preguntó directamente Degrelle.

Erik no podía permitir que el nazi perdiera el interés por la misma, así que tuvo que hacerle una oferta irresistible.

—Creo que por doscientas mil pesetas estaría dispuesto a desprenderme de *La Lamentación de Cristo* —le lanzó Erik la oferta esperando que picara el anzuelo.

—Podría estar interesado… Pero no me bastará con ver la foto, tendría que explorar la obra *in situ*. No creo ser tan torpe como para que a estas alturas de la historia me cuelen un género falso —respondió Degrelle con suficiencia.

Aunque el nazi quería aparentar aplomo, la emoción que sentía ante la posibilidad de hacerse con la pintura era casi incontenible.

—*Évidemment! Évidemment!* Eso lo daba por hecho, señor Ramírez. Una vez nos hayamos reunido podemos fijar el día para que pueda usted ver la obra con sus propios ojos.

—¿Cuándo podríamos encontrarnos? ¿Podría ser aquí mismo, en La Carihuela? —preguntó Degrelle, poniéndole difícil a Erik fijar la cita en Estepona.

—… Verá, señor Ramírez, estaré de viaje hasta el próximo miércoles 27 de octubre y cuando regrese tendré que ir hasta Estepona para resolver unos asuntos que me ocuparán allí unos días. Me gustaría verme con usted cuanto antes. Me pregunto si no podría usted desplazarse hasta allí el jueves 28… —el belga había lanzado el señuelo confiando en que el nazi pudiese dirigirse hasta el anzuelo.

—Creo que podría arreglarlo todo para ir hasta allí ese día — respondió el nazi.

—De acuerdo, pues si no tiene inconveniente podríamos vernos en Estepona. Conozco un hotel discreto donde podremos conversar. Las once de la mañana será buena hora. ¿Conoce el Hotel Águeda Beach,

en la Playa del Cristo?

—No, no he estado nunca allí, pero si me da la dirección… — respondió Degrelle.

—Sí, claro, ¿puede anotar? —preguntó Erik, notando cómo el ritmo de su corazón se aceleraba. Degrelle se había tragado entero el anzuelo…

40

Comisaría de la Policía. Armada de Fuengirola. 5 de octubre de 1971.

—La operación Águeda tendrá lugar el próximo jueves 28 de este mes —quien así hablaba era el agente Mossenson en el despacho de Sandoval.

En esa reunión de aquel martes 5 de octubre se encontraban todos los que, de una forma u otra, participarían en la logística del secuestro de Degrelle. Ingrid, la conquista de Erik, no se encontraba entre ellos. Los israelíes habían pedido elegantemente a Erik que esta vez se abstuviera de verse acompañado de la bella dama. En esta ocasión el belga cedió.

—Tengamos las cosas claras —intervino Bárbara—: es hora de que sepáis que el intento de secuestro que llevaremos a cabo para poner a Léon Degrelle ante la justicia no es el primero que se produce. Antes ha habido otros, bien organizados, que concluyeron en fracaso —esa información dejó circunspectos a los asistentes.

—¿Qué fue lo que falló en esas ocasiones? —preguntó el comisario dejándose llevar por su natural inclinación a valorar las claves del éxito o el fracaso de cualquier misión.

—En mi opinión creo que los intentos previos de captura adolecieron de las medidas necesarias para evitar actividades de «contraespionaje» —intervino Mossenson.

—¿A qué se refiere con eso? —volvió a preguntar Sandoval.

—Pues a que los encargados de diseñar esas operaciones no tuvieron la suficiente cautela para evitar que fueran espiados en sus intenciones —continuó el oficial israelí—. Cuando nuestros agentes fueron a proceder al secuestro de Degrelle, pese a haber envenenado a los perros de las inmediaciones de La Carlina para que no ladrasen ante los extraños o a pesar de que habían cortado la electricidad y la comunicación telefónica de toda la zona, no pudieron evitar que la policía se les echara encima. En este caso concreto, hace ahora diez años, nuestros efectivos fueron detenidos en la misma valla de la residencia de Degrelle. Fue un asunto que no se aireó, por eso no

habrán oído nada sobre el caso.

—Ninguno de nuestros compañeros se percató entonces de que hacía semanas que la policía les seguía los pasos desde su entrada a España —intervino Bárbara—. Degrelle tiene muchos contactos en el Gobierno Civil de Málaga y a través de este se puso en alerta a la Policía Armada. Cómo el nazi supo de nuestras intenciones es algo que desconocemos, pero el caso es que nos echó encima a los grises. Disculpe, señor comisario, quería decir… a los agentes de la Policía Armada —corrigió Bárbara disculpándose por emplear una expresión tan del poco gusto de un mando policial. Sandoval, con un gesto adusto, le conminó a continuar—. Creo que en esa ocasión nos dejamos llevar por la euforia del apresamiento de Eichmann en Argentina y no se hicieron las cosas correctamente.

—Lo de Eichmann fue diferente —intervino Mossenson—. El alemán vivía en Argentina bajo otra identidad, ya saben, Ricardo Klement, y no dejaba de ser un mero electricista de la automotriz Mercedes Benz en Buenos Aires, así que no gozaba de ninguna clase de protección ni de contactos suficientes para garantizar su seguridad, pero lo de Degrelle es harina de otro costal. Su íntimo amigo es nada más y nada menos que Girón de Velasco y se codea habitualmente con Serrano Suñer, con el Conde Mayalde o con el diplomático alemán Hans Hoffmann, por nombrar solo a unos pocos de su círculo más íntimo — aquella consideración sobre el secuestro de Léon Degrelle (un aspecto que no había sido conocido ni, por tanto, valorado por ninguno de los implicados en la operación Águeda) produjo en ellos caras de preocupación. Como si de un acto reflejo se tratase, Sandro comenzó a mirar al azar en todas las direcciones en actitud inquieta.

—¿Qué garantías tenemos entonces de que a nosotros mismos no nos estén siguiendo ya? —preguntó con cierto desasosiego. Si a alguien podía poner nervioso la idea de poder ser espiado por los esbirros de un nazi era, indudablemente, a Sandro.

—Bueno, tenemos a nuestro a favor algunos elementos que pueden garantizar la seguridad de nuestra misión —respondió Mossenson con gesto grave—. En primer lugar contamos con la complicidad de la policía, ¿no es así, señor comisario? —dijo mirando a Sandoval.

—Puedo asegurar que por parte de la policía o del Gobierno Civil no pesa ninguna orden de seguimiento sobre ninguno de los aquí presentes —respondió con aplomo y seguridad el comisario—. De ser así yo lo sabría y dispondría de la información proveniente de algún mando político o policial; sería a mí a quien correspondería activar el protocolo de actuación, cosa que les garantizo que no he hecho. De no estar tan seguro de lo que les digo no les habría convocado a venir precisamente a una comisaría de la Policía Armada, ¿no les parece?

—Y si recibiese la orden de seguimiento ya sabe lo que tendría que

hacer, ¿verdad, señor Sandoval? —le preguntó Bárbara en actitud cómplice.

—Lo que ya hemos hablado: no hacer nada y neutralizar cualquier movimiento u orden del Gobierno Civil. Son muchos los favores que me deben en Málaga —respondió el oficial de policía como si contestara brillantemente a una pregunta formulada por el profesor ante el encerado.

Tanto Andrés, como Águeda y Erik, habían permanecido todo el tiempo en silencio limitándose a escuchar lo que se hablaba esa mañana en el despacho del jefe de policía. Pero este último no pudo resistir la tensión.

—¿Saben qué les digo? —irrumpió—. Que me da igual si alguien me sigue o me deja de seguir. Le echaré muy gustosamente el guante a ese nazi y lo que tenga que venir después vendrá. Será un placer darles en bandeja a ese malnacido.

—En principio, señor van den Berghe, no tenemos nada que temer porque (y aquí viene el segundo elemento que juega a nuestro favor) hemos conseguido dar a la misión un enfoque que permite alejar las sospechas que pudiera albergar Degrelle —Bárbara hablaba con el necesario convencimiento en sus argumentos—. Al tratarse de una transacción de arte a la que él está acostumbrado, seguro que se relaja y no considera la necesidad de tomar precauciones.

—Y conociendo Degrelle mis antecedentes como «comerciante de arte», no creo que vaya a pensar que yo quiero secuestrarlo, ¿no? —dijo Erik mirando a Sandoval, como pidiendo su absolución y el reconocimiento de su estatus como tratante de arte en lugar de ladrón de tal cosa.

El comentario de Erik consiguió relajar algo el ambiente. Pero Andrés y, sobre todo, Águeda, permanecían con el rostro serio. Esta última intervino.

—Verán, no quiero que piensen que me estoy echando para atrás, pero tengo que decir que si he de exponer a mi marido a tales riesgos y si debo ofrecer mi hotel arriesgándome a verme perjudicada por ello, quisiera tener todas las garantías de que las cosas van a salir bien —dijo Águeda.

En realidad, más que el daño que se pudiera producir para su negocio como consecuencia de la posibilidad de «salir en los periódicos», lo que le preocupaba era la estabilidad emocional de Sandro. Sabía que la exposición a esa situación le podría suponer un riesgo cierto de desestabilización psicológica al verse enfrentado a los fantasmas de su pasado.

—Bueno, señora Kreczkiewicz, nadie puede garantizar que todo saldrá bien al cien por cien. Solo podemos decirle que, esta vez, las precauciones a tomar serán todas y que la naturaleza de la misión,

disfrazada de transacción comercial, nos asegura un escenario distinto al de otras ocasiones —dijo Mossenson—. Además, según acaba de decir el señor comisario, no hay movimiento policial alguno promovido por la influencia de Degrelle.

—Por otra parte no está de más decir ahora que si el señor Kreczkiewicz no está seguro de poder participar en la misión no debería verse en la obligación y podría pasar a un segundo plano —dijo Bárbara mirando a Sandro. La manera en que lo dijo revelaba un alto nivel de respeto y comprensión por la situación especial del judío.

—¡Ni hablar de eso! Las cosas se harán como están pensadas y yo estaré en primera línea ¡No hemos llegado hasta aquí para morir en la orilla! —afirmó con vehemencia el polaco. Al decirlo se dirigió a su esposa en un tono de reproche por haber dudado de la capacidad del viejo combatiente del gueto.

—Bueno, si me permiten opinar, creo que la misión puede resultar exitosa —Andrés, que había estado cavilando en los últimos minutos, intervino por fin—. Y en caso de que algo saliera mal no creo que nadie pudiera actuar contra nosotros. ¿Quién querría airear que en Estepona se ha intentado capturar a un nazi de nombre Léon y de apellidos adoptados Ramírez Reina? ¿No sería esa una declaración de que el régimen oculta a nazis en su seno? Creo que las autoridades callarían y mirarían hacia otro lado, obviando el incidente. Yo, particularmente, creo que no tenemos nada que temer, tanto si sale mal como si sale bien.

—Sí, efectivamente, esa es otra manera de verlo… —convino Mossenson.

—Si de algo les vale mi opinión, pueden tener la seguridad de que un suceso de esta naturaleza nunca sería ventilado por las autoridades ni se adoptaría por parte de estas medida alguna de castigo —interrumpió Sandoval—. Todo lo relacionado con la estancia de nazis en España es cautelosamente tratado para evitar que el régimen quede retratado como simpatizante del nacionalsocialismo. Si algo saliera mal nadie se encargaría de abrir investigación alguna.

—Y en cualquier caso siempre estaría usted para hacerse pagar los favores que le deben si desde el Gobierno Civil alguien quisiera averiguar algo, ¿no es así, señor comisario? —preguntó Bárbara.

—Claro, ya saben que mi compromiso llega hasta donde yo pueda cumplir. Y eso, ciertamente, correría de mi cuenta —respondió Sandoval con aire sobrado.

—Bueno, pues disipados los temores les informo de que pronto tendrán noticias acerca de cuál será el procedimiento para capturar a Degrelle —dijo el oficial israelí—. En nuestra próxima reunión conocerán todos los detalles.

En ese preciso instante Sandro, al oír esas palabras, se retrotrajo a

los días del gueto y a la casa de la calle Mila 18 en Varsovia: tal y como ocurriera aquel mes de julio de 1942 se volvía a repetir el momento en que se decidía la estrategia para luchar contra el nazi. Ayer fue Varsovia, hoy serían Fuengirola y Estepona. Sandro sintió en su interior que Aleksander volvía a la vida.

41

Apartamento de Léon Degrelle.
La Carihuela, Torremolinos, Málaga.
14 de octubre de 1971.

La idea de poder poseer el tríptico de su admirado artista renacentista Ambrosius Benson le seducía con cada vez mayor fuerza según transcurrían los días. Durante muchos años habían pasado por las manos de Degrelle un sinnúmero de obras de arte que consiguieron deleitar su sensibilidad. Pero aquella pintura era otra cosa. Hacía tiempo que había empezado a obsesionarle, justo desde que la conociera a través de las fotografías que el obispado de Logroño tenía de la obra. Porque él también había tenido la oportunidad de contemplar esas fotografías, aunque no quiso revelárselo a Erik en la conversación telefónica; ello le daría facilidades a la hora de cotejar la autenticidad de la obra que se le ofrecía. Aquel, por su parte, conocía de la pasión del nazi por la obra que se traía entre manos ya que compartía contactos con los «comerciantes de arte» que estaban al tanto del interés de Degrelle por Ambrosius Benson. Fue una feliz casualidad que hiciera tiempo Erik hubiera realizado, precisamente, una falsificación del pintor flamenco. Poco le importaba al nazi la procedencia ilícita del tríptico que él creía auténtico. A la hora de negociar por la adquisición de obras de arte era capaz de dejar atrás sus ampulosos escrúpulos morales para negociar con cualquiera, por más que el tratante pudiera ser un simple ladrón de baja estofa. Aunque Erik no era de estos últimos.

Durante los días siguientes a la llamada de este, Degrelle llegó incluso a componer un cuerpo argumental cercano al delirio: sus profundas creencias religiosas, mezcladas con su narcisismo y su marcada egolatría, le llevaron a pensar si la llamada de Erik el Belga no sería un designio divino que venía a elegirlo a él como custodio de aquella elevada obra de arte. Tenía que ser él, y solamente él, quien poseyera el tríptico. Todo en el mundo mental de Degrelle era así: designios divinos, citas con el destino, héroes y leyendas…

El encuentro con el poseedor de la obra, fijada para el 28 de ese mes, se le hacía muy lejano en el horizonte, a pesar de que octubre

estaba ya mediado; tal era la excitación que el nazi experimentaba ante la oportunidad que se abría ante sí. Degrelle, curtido en mil batallas y preso de la ansiedad que experimentaba, no quiso dejar nada suelto y optó por asegurarse de que la oferta que había recibido era solvente y respondía a una deseada realidad. Así que descolgó el teléfono para pedir a una operadora que estableciera una conferencia con París.

—Por favor, manténgase al aparato, su llamada se va a cursar. Muchas gracias —dijo la telefonista al otro lado de la línea. El corazón de Degrelle se iba acelerando a medida que escuchaba los tonos en el auricular.

—¿*Aló*? Aquí Darío Boccara —se oyó por fin.

—¡*Mon cherie* Darío! —se apresuró al responder el nazi—. Soy Léon, ¡Léon Degrelle!

—¡*Mio caro* Léon! —le respondió en un italiano que no venía a cuento—. ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! ¿Aún sigues vivo?

—Pues sí, Boccara. El sur de España me sienta bien y la vida no me maltrata.

—Deberías venir más por París. Aunque por aquí hace más frío seguro que también encontrarías motivos para ser feliz — improvisó el anticuario parisino.

—Bueno, si el asunto que tengo entre manos termina de salir podré decir que la felicidad no se me habrá resistido tanto como yo pensaba —respondió Degrelle soslayando la invitación que Boccara le hacía a visitar la capital francesa: él sabía que allí no sería bien recibido por el gobierno del indeseable de George Pompidou, ese lacayo de la Banca Rothschild.

—¿Qué te traes entre manos?

—Aún nada. Todo depende de lo que tú tengas que decirme.

—¿No me harás creer que tengo la felicidad de Léon Degrelle en mis manos? —dijo Darío riendo. En realidad el francés había adivinado desde el principio el propósito de esa llamada y se preparaba para devolver el favor a Erik el Belga en forma de falsa información. Al anticuario, en realidad, poco le importaban las intenciones del ladrón de guante blanco con ese fraude, solo deseaba cuidar la relación con su principal proveedor de obras de arte robadas. Sus remilgos morales, por otro lado, hacía tiempo que habían quedado atrás a la hora de relacionarse con sus iguales—. ¿En qué te puedo ayudar? —preguntó por fin.

—Verás… Ha llegado hasta mí una oferta para la adquisición de *La Lamentación de Cristo, San Pedro, Santa Ana y la…* — Darío lo interrumpió abruptamente.

—¿Tan pronto se va a desprender Erik el Belga del Ambrosius Benson? ¡Hace solo unos meses que lo tiene! Pensaba que tendría más

interés en ese tríptico porque en el intercambio que hicimos él perdió mucho. He de confesarte que no salgo de mi asombro — respondió con agilidad el parisino mintiéndole según había acordado con Erik.

—Entonces… ¿es cierto que eras tú quien lo ha tenido todo este tiempo? —preguntó con cierto asombro Degrelle.

—Desde hace unos cinco años y hasta que Erik lo adquirió, sí — respondió el francés.

—Pues esas son muy buenas noticias, querido Darío. Puedo dar por buena la oferta que se me hace —dijo Degrelle conteniendo la excitación que subía hacia su rostro en forma de calor.

—Ya lo creo que puedes darla por buena —mintió el francés—. Yo que tú no desaprovecharía la oportunidad que se te brinda.

—¡Claro que no pienso hacerlo! Te agradezco tu información, querido Darío. Ya sabes que, como siempre, me tienes a tu disposición.

—No olvides que París siempre tiene un hueco para ti. Llámame para lo que te haga falta —le dijo el anticuario cortésmente—. ¡Y no pierdas esta oportunidad!

—Así lo haré, amigo mío. Saluda de mi parte a la familia —y dicho esto Degrelle intentó colgar el auricular, aunque la emoción del momento hizo que el aparato cayera al suelo.

Cuando se hubo repuesto de aquello, Degrelle se dirigió al balcón del apartamento. Salía allí con mucha frecuencia para contemplar el mar mientras se dedicaba a rememorar su pasado o reflexionaba sobre el acontecer de su singular vida. El mar del octubre malagueño aparecía ante sus ojos apaciguado, apenas acariciado por los rayos de un sol decadente que empezaba a despedirse de la costa española para precipitarse hacia el otro lado del mundo. La lisura del agua le hacía más fácil ordenar sus pensamientos. Y las gaviotas, con sus graznidos, le recordaban una y otra vez dónde estaba. Esa tarde —pensaba acodado en la barandilla de la terraza— tenía motivos para sentirse especialmente satisfecho. Si conseguía hacerse con la obra de Ambrosius Benson vería colmadas todas sus aspiraciones en lo que al coleccionismo de arte se refería. El deleite y la satisfacción que le podían reportar la posesión y el lujo de la contemplación del tríptico recompensaban con creces el sinsabor de tantos años tratando con buhoneros, mercachifles y quincalleros. Habría alcanzado, de algún modo, el cénit de sus aspiraciones. Y ello le reportaba una especial satisfacción, sobre todo al recordar la singladura que había tenido que recorrer hasta llegar aquí.

Pensaba en esos años posteriores al accidente de su avión en la playa donostiarra de La Concha cuando huía de los aliados, reflexionaba sobre los meses y meses de sinsabores al saberse perseguido en España, rememoraba los momentos de amargura al

conocer de la muerte de sus padres en Bélgica o cavilaba sobre cómo tuvo que espetarle a Franco aquello de «¡Qué poco vale la vida de un cristiano!» cuando el Caudillo pretendió entregarlo a la justicia belga. Se detuvo en este pensamiento: siempre pensó que fue esa interpelación la que le salvó del ajusticiamiento en Bélgica, porque Serrano Suñer tomó cartas en el asunto para protegerlo a partir de entonces, ¿tal vez por indicación del propio Franco? Él, que era el hijo deseado por Hitler, el condecorado alto mando de las SS y quien había luchado por la construcción de una Europa pura y recia, no podía haber sido dejado en manos de sus sucios vengadores. La protección del régimen franquista era lo menos que él pudo esperar dada su alta condición.

A Degrelle le reconfortaba recrearse en la capacidad que tuvo para sobrevivir desde que «amerizó» en España. Se regocijaba especialmente al recordar los inicios de sus negocios haciéndose valer de un teléfono de manivela desde un paraje perdido de Sierra Morena o se complacía cuando pensaba en el modo en que consiguió establecer los contactos necesarios para emprender el suculento negocio de importación de algodón desde Australia. Luego vino la construcción, los tratos con los americanos y, por supuesto, La Carlina. Ahora que hacía tiempo que había abandonado ese paraíso, rememoraba el trato tan amable que le dispensó la gente de Constantina. Especialmente recordaba con mucho cariño la cálida relación que mantuvo con Matilde Ramírez Reina, la anciana señora a quien pronto consideró su amiga y quien tuvo la generosidad de cederle los apellidos con los que adquiriría la nacionalidad española. Como los tribunales belgas le habían desposeído de todos sus derechos y había sido equiparado a un menor, el juzgado de Cazalla de la Sierra tuvo esto en cuenta y le permitió ser adoptado por aquella señora a sus cincuenta y tres años. Fue a partir de entonces cuando Léon Degrelle empezó a ser conocido como José León Ramírez Reina.

El vergel de La Carlina le permitió vivir unos años dorados rodeado de lujo, de obras de arte y de servidumbre. Y una de aquellas obras, tal vez la más deseada por él, estaba ahora al alcance de su mano. «Disfrutaré del bien que vea presente. Tomaré los placeres a los cuales soy sensible. Lo más abundantemente que me sea posible». Degrelle volvía a recordar ahora la sentencia que hizo colocar en el mosaico de su añorada La Carlina. Ayer, como hoy, el sentido de esas palabras seguía teniendo una desbocada vigencia en su afán por hacerse rodear de todo lo excelso que pudiera excitar su alma. Y con la adquisición de *La Lamentación de Cristo, San Pedro, Santa Ana y la Tentación en el Jardín de Edén* podría ver colmada su ansia de embeleso y su anhelo por la belleza. Aquellas tablas vendrían a hacer posible tomar los placeres lo más abundantemente que le fuera posible. Estaba dispuesto

a hacer lo que fuera necesario por conseguirlo.

42

Comisaría de la Policía . Armada de Fuengirola. 15 de octubre de 1971.

Aquella mañana —como por otra parte solía ser habitual en esa época del año— la comisaría de Fuengirola estaba tranquila. Solamente el ir y venir de algunos ciudadanos para renovar su carnet de identidad, otorgaba vida al vetusto edificio. Durante el verano era más frecuente el ajetreo de turistas que denunciaban el robo de sus pertenencias en la playa o la intromisión de algún que otro caco en el apartamento que algunos veraneantes habían alquilado para las vacaciones. Pero ya avanzado octubre, finalizada la temporada estival, la comisaría se sumía en una especie de letargo. Se daban así las circunstancias perfectas para que dentro del edificio se hubiera podido celebrar cualquier reunión cuyo fin hubiera sido la captura de un nazi residente en la Costa del Sol.

Y así era. En su interior, en una amplia sala aneja al despacho del comisario Sandoval, se encontraban reunidos quienes estaban a punto de acometer la operación Águeda. La reunión trataba de concretar todos los extremos que debían ser aclarados y pretendía ofrecer a cada uno de los asistentes la información necesaria para desempeñar su papel en la captura de Degrelle.

A aquel encuentro se habían unido, por primera vez, dos nuevos efectivos del Mosad. Sus nombres eran Adael Cohen y Eitan Roth, dos jóvenes agentes procedentes de Tel-Aviv que hablaban un correcto español y que habían sido perfectamente informados acerca de la misión y el perfil del objetivo. Sandoval, con la elegante presencia que acostumbraba a regalar a quienes lo rodeaban, hacía de anfitrión esa mañana en sus dominios. Hacía solo dos días que Mossenson y Bárbara, acompañados de sus nuevos compañeros israelíes, habían recorrido las instalaciones del hotel Águeda Beach junto a Sandro y su esposa. La intención de esa actuación (disfrazada de visita turística) había sido la de familiarizarse con el lugar exacto en que se llevaría a cabo la acción, así como poder ubicar a cada participante en el lugar más oportuno.

—El resultado final de la operación tiene que dar como fruto a un grogui Léon Degrelle en el maletero del Dodge Dart que tendremos aparcado en la parte trasera del hotel, justo en la puerta de servicio de la cocina —decía Mossenson—. La mañana del próximo jueves 28 de octubre, Degrelle acudirá a su cita con Erik accediendo al hotel por la puerta principal. Como saben, la recepción se encuentra a solo unos pasos de la entrada, lo que supone que Andrés será el primero que divise el objetivo a su llegada — Mossenson miraba a todos y cada uno de los asistentes para asegurarse de que entendían todos los pasos que se iban a dar. Dirigiéndose al recepcionista le dijo—. Usted, en principio, no ha de hacer nada en particular en ese momento. Solo en el caso de que el objetivo preguntase por la cafetería-restaurante en la que ha sido citado, respondería a su pregunta indicándole el camino. Está bien indicado, no creo que necesite de muchas más explicaciones. Actúe en todo momento con naturalidad.

—No habrá ningún problema —respondió Andrés con gesto serio, como queriendo hacer valer su importancia.

—Sin embargo, hay algo que sí deberá hacer una vez que Degrelle entre en la cafetería.

—¿De qué se trata?

—Después de que el objetivo haya penetrado es importante que impida usted el paso a cualquier otro posible cliente. Igualmente deberá tener cuidado para que nadie acceda al lugar antes de la llegada del nazi. Puede inventar cualquier excusa como que… ese día la cafetería permanece cerrada por inventario, por pintura o por la razón que se le ocurra, pero resulta fundamental bloquear el acceso a cualquier persona —informó Mossenson a Andrés.

—Tampoco habrá ningún problema con eso —respondió el recepcionista.

—¿Estaré yo solo en la sala esperando a Degrelle? ¿No cree que puede sospechar algo al ver una cafetería desierta? —intervino Erik.

—No ha de preocuparse. El lugar no estará desierto. En una de sus mesas permanecerán Sandro y Águeda simulando ser unos clientes, y en otra más estaremos Bárbara y yo haciendo lo mismo —respondió Mossenson rápidamente—. Usted, Erik, ocupará junto a Degrelle la última mesa del fondo, la que está más cerca de la puerta de la cocina. Esa puerta es la clave: por ese acceso lo entraremos sedado hacia el interior de la cocina y, una vez allí, lo llevaremos hacia la calle por la puerta de servicio. Ya saben que en ese sitio aparcan los vehículos para descargar mercancías, pero el 28 de octubre lo que habrá esperado será un coche con el maletero abierto: el nuestro. La discreción del lugar hará difícil que nadie pueda observar nada desde la calle porque el aparcamiento es interior. ¿Hizo usted lo que le indiqué? —preguntó Mossenson dirigiéndose ahora a Águeda.

—Sí, señor Mossenson. Ya he dado instrucciones a nuestros proveedores para que ese día no traigan nada al hotel. Les he dicho que esa semana vamos a hacer inventario.

—¡Perfecto! ¿Y el asunto de los camareros? —volvió a preguntar el oficial.

—Les hemos dado el día libre, se lo debíamos del verano. Serán sus agentes quienes ocupen su lugar como quedamos — ahora fue Sandro quien respondió para informar sobre el particular. Adael y Eitan serían quienes hicieran de empleados ese día. Ellos mismos servirían lo que pidieran Erik y Degrelle.

—Veo que han hecho sus deberes —observó Mossenson. Y continuó —. Adael estará en la barra presto a preparar el pedido de la mesa del objetivo mientras que Eitan será quien lo sirva. Todo debe revestir apariencia de normalidad y por eso también nos servirán a nosotros en nuestros sitios. Espero que recordéis que el café me gusta hirviendo — les dijo a sus compañeros bromeando.

—Cuente con ello, señor Mossenson —le dijo Eitan sonriendo—. Más me vale complacer al jefe si no quiero tener que verme haciendo de guía turístico por Tel-Aviv —el mando israelí le correspondió con otra sonrisa.

—Sé que todos lo haremos bien, no me cabe ninguna duda — dijo el oficial retomando el gesto serio que merecía la ocasión—. Adael, por su parte, tendrá preparada en la barra la dosis oportuna de Haloperidol que verterá sobre la bebida que pida Degrelle. En diez o quince minutos tendremos a nuestro objetivo durmiendo profundamente.

—Esperemos que no detecte nada al saborear la bebida. Si pidiera un zumo de naranja sería lo más conveniente porque la acidez puede ayudar a camuflar el sabor del fármaco pero, claro, tampoco vamos a obligarle a pedir lo que nos parezca a nosotros… —expresó Adael con cierta preocupación.

—En principio el Haloperidol se puede camuflar con cualquier bebida y pasar desapercibido, no hay por qué inquietarse —respondió Bárbara con solvencia.

—Siendo así, tenemos una preocupación menos de la que ocuparnos —apuntó Mossenson—. En cuanto al tiempo que media entre la ingestión del Haloperidol y el sueño profundo ya he mencionado que es de entre diez y quince minutos a lo sumo. Eso quiere decir, señor van den Berghe, que deberá tener entretenido a Degrelle con su conversación hasta que caiga dormido. ¿Podrá hacerlo?

—Bueno, hay quien dice de mí que podría ganarme la vida como charlatán aunque, la verdad, nunca me lo he planteado. No se preocupe, Degrelle hasta puede llegar a odiarme cuando empiece a

hablarle y no pare.

—Se trata de hacer que se duerma, no de volverle loco —intervino Águeda bromeando. La ocurrencia arrancó una sonrisa de todos los asistentes.

—Bien, pues ya tenemos a Léon Degrelle dormido. Resulta fundamental que en ese momento, bajo ningún concepto, pueda entrar nadie en la cafetería. No sería oportuno que hubiese ningún testigo presenciando cómo amordazamos a Degrelle, le cubrimos los ojos y le atamos las manos a la espalda; eso sería algo más que una situación comprometida. Usted, Andrés, deberá estar especialmente atento a esta cuestión, ya se lo dije antes.

—Sí, sí, no debe preocuparse —Andrés intervino dándose ahora la definitiva importancia que se derivaba de su relevante papel en la operación. Al decirlo sintió una especie de cosquilleo en el estómago.

—Una vez Degrelle haya sido neutralizado, Eitan y Adael cargarán con el fardo hasta el coche donde ya estaremos Bárbara y yo. Antes la señora Kreczkiewicz nos franqueará el paso desde el restaurante hasta la cocina mientras que usted, señor Kreczkiewicz, permanecerá en la puerta de servicio para abrirla solo el tiempo necesario para sacar a Degrelle hasta el coche. Una vez hayamos salido cerrará de inmediato la puerta y aquí no habrá pasado nada. ¿Está todo claro?

—Claro como el agua, señor Mossenson —respondió Sandro.

—¿Cómo tienen previsto el traslado hasta el piso franco? Lo pregunto porque es ahí donde me corresponde a mí actuar —el comisario, que había permanecido todo el tiempo atento a las explicaciones de los israelíes, estaba deseando intervenir para precisar la manera en que él participaría.

—Como ya le dijimos, usted debe procurar que ese día la carretera hasta el aeropuerto de Málaga esté tranquila. Imagino que ya habrá hecho algo al respecto, ¿no?

—Efectivamente. La Comandancia de Tráfico de Málaga no realizará ningún control de vehículos en todo el día y las motocicletas de los agentes se quedarán aparcadas. «Favor con favor se paga», ya saben. He movido con discreción mis contactos en la Guardia Civil, así que podrán circular por encima de la velocidad permitida si lo necesitasen; nadie les va a dar el alto entre Estepona y Málaga. Eso sí, deberán tener cuidado al pasar por el casco urbano de los pueblos.

—De acuerdo, lo tendremos —intervino Bárbara—. Veo que no nos equivocamos al elegir a nuestros colaboradores. Gracias por su diligencia, señor comisario— Sandoval no pudo disimular la ligera sonrisa que se le dibujó en la cara al oír aquello.

—Desde el momento en que salgamos por la puerta trasera de servicio, todos y cada uno de ustedes se olvidarán de nosotros, de lo que han visto, de lo que han protagonizado —dijo con gesto serio

Mossenson volviendo a retomar el aplomo necesario—. Volverán a su rutina habitual y solo tendrán información de Degrelle a través de la prensa, una vez sea llevado ante los tribunales de Jerusalén. Cuando escuchen la noticia sabrán entonces que conseguimos llegar sin novedades hasta el piso franco cerca del aeropuerto y que logramos meter el bulto en el avión con destino a Israel.

—Hay una cosa a la que no paro de darle vueltas —intervino Erik —. ¿Qué ocurre si el día de la cita acude Degrelle acompañado por alguien? ¿No complicaría eso la situación? Es una importante cuestión a tener en cuenta.

—También hemos pensado en eso —respondió Mossenson—. Él siempre acude solo a las citas donde trata con obras de arte, pero en el caso de que alguien lo acompañara hemos previsto un segundo coche que estará aparcado en un lugar discreto cerca del hotel. Bárbara y yo saldríamos del bar simulando normalidad para ocuparnos del elemento indeseado; es de suponer que el incómodo acompañante no acompañaría a Degrelle hasta la misma mesa donde pudiera ser testigo de las turbias maniobras del nazi. En el caso de que lo acompañase hasta la mesa podríamos hacerlo salir bajo la excusa de que la policía estaría multando su vehículo. Pedirle fuego y reducirlo es todo uno; no quieran preguntarme cómo lo haríamos. Solo tardaríamos unos minutos en introducirlo en el coche y dejarlo atado a un árbol a unos cuatro kilómetros de aquí, cerca de la gravera que hay al norte del pueblo. Esto, qué duda cabe, complicaría más la operación porque estaríamos expuestos a las miradas indiscretas y nos demoraría significativamente. Pero, en fin, nadie ha dicho que esto vaya a ser fácil. Los efectos de las drogas que le habríamos administrado a ese molesto sujeto le harían sentirse confuso cuando recobrase el sentido y se viera atado a un árbol, tanto como para que nadie creyera el testimonio que pudiera ofrecer a la policía.

—Aún tendríamos tiempo para regresar y culminar debidamente la operación Águeda como está prevista —informó Bárbara.

—¡Caray, no me gustaría verme en el otro bando y ser objeto de sus mañas! —dijo Erik algo impresionado por la diligencia con que se movía el Mosad a la hora de arreglar «ciertas cosas». El desparpajo del belga le hacía hablar de esa manera tan desahogada.

—Yo me ocuparé de dar instrucciones a los compañeros de Estepona para que si alguien con aspecto ebrio acude ese día a denunciar alguna clase de secuestro, le den un billete de autobús para que vaya al lugar que desee —Sandoval se estaba mostrando realmente útil en todo el entramado que se estaba poniendo en pie.

—Eso ayudará mucho, señor comisario —intervino Bárbara.

—Creo que también ayudará bastante revolver todo un poco. Hay que dar la apariencia de que, en efecto, estamos haciendo inventario y

por eso permanecemos cerrados —dijo Águeda—. No hay que descartar que, a pesar de todo, se pudiera introducir en el hotel algún que otro fisgón que pudiera ver más allá de sus narices.

—Bien pensado, señora Kreczkiewicz —le contestó Mossenson—. Hágalo de ese modo. ¿Tiene alguien de ustedes alguna otra pregunta?

—Sí, por mi parte tengo una última cuestión —Sandoval hacía uso de su profesionalidad para no dejar nada atrás—. ¿Qué harán con el coche del nazi? No debería quedar olvidado expuesto a la vista de todos durante demasiado tiempo, ¿no creen?

—Y no quedará expuesto. Bárbara se hará con las llaves y conducirá el vehículo hasta un lugar oculto donde podría permanecer meses si hiciera falta. Aunque posiblemente uno de nuestros agentes se deshará del vehículo mucho antes. Tampoco hay por qué preocuparse por eso —respondió Mossenson.

—Bueno, parece que ahora todo está bien claro —respondió Sandoval—. Solo queda esperar que todo funcione y que pronto podamos celebrar que un nazi ha sido puesto frente a la justicia para rendir cuentas. El delito, y más en estos casos aberrantes, no debe quedar nunca impune —el comisario miraba a Erik en actitud de reproche por su actividad criminal, aunque rápidamente reparó en la clara desventaja en que el ladrón de guante blanco se encontraba si se comparaban sus delitos de robo con los mucho más graves crímenes contra la humanidad y negación del Holocausto que atesoraba Degrelle. Aquello le ofreció argumentos para mirar a Erik con más indulgencia. Incluso le llegó a sonreír.

—A mí no me mire… —le espetó Erik—. ¡Yo solo he venido a ayudar!

La salida de comisaría de los integrantes de la operación Águeda se produjo de manera escalonada. Unos de los últimos en salir fueron Sandro y Águeda, acompañados de Andrés. Se habían entretenido hablando, primero con los israelíes para recordar los puntos de la operación que atañían a las horas y a la ubicación, y después con Sandoval para desearse suerte en la operación. A esa hora del mediodía el sol brillaba en todo lo alto, lo que justificó el gesto de Sandro al colocarse unas gafas de sol para protegerse de la luminosidad. El sombrero Fedora —que hacía juego con el color de las gafas— le confería al judío un aire más que interesante. A Águeda le gustaba presumir del porte de su marido y hasta de la cojera que, ocasionalmente, requería de la ayuda de un elegante bastón con empuñadura de marfil. Águeda pensó en ese momento que La Carlina le habría quedado a su marido pequeña en prestancia.

Pero de lo que no pudieron proteger a Sandro sus cristales oscuros fue de la presencia de unos operarios de Telefónica que, a aquella hora del día, se encontraban trabajando en un agujero del subsuelo. La

visión de aquellos trabajadores entrando por la tapa del registro hacia el nivel subterráneo de la calle precipitó en él una fuerte reacción emocional que le condujo a la taquicardia, a una profusa sudoración, a los temblores de sus piernas que apenas podían ahora sostenerlo y a una marcada sensación de mareo. Aquella escena, inocua para cualquiera, abrió la espita de sus recuerdos reprimidos devolviéndole, en cuerpo y alma, a las alcantarillas del gueto de Varsovia por las que hubo de huir en los años de la infamia. De repente volvió a oler la pestilencia y sintió su cuerpo mojado por las aguas fecales. Y también oyó con nitidez los lamentos de los moribundos y los gritos descarnados de las madres que perdían a sus hijos en las cloacas. En un gesto reflejo Sandro cubrió su cabeza con sus antebrazos y se apoyó sobre la pared para no caerse mientras su elegante bastón caía al suelo perdiendo de esa forma todo su empaque. Águeda corrió a abrazar a su marido sin entender muy bien qué le pasaba. Mientras, Andrés había corrido al interior de la comisaría para pedir ayuda. En pocos minutos, ayudado por Sandoval y por un agente de los que se encontraban en la puerta, consiguieron introducirlo en las dependencias policiales y tumbarlo en el sofá que había en el despacho del comisario. Sandro balbuceaba como un niño pequeño y los que le rodeaban solo acertaron a escuchar unas palabras en polaco que no entendían. «*Kanał ściekowy nie! Kanał ściekowy nie!*», decía el judío en referencia a las alcantarillas.

Poco a poco se fue calmando ayudado por una tila que fue bebida a sorbos por un Sandro con la mirada perdida. El incidente había impresionado a todos, especialmente a su mujer, quien nunca había presenciado un episodio tan severo en su marido. Todos entendieron rápidamente lo que había pasado. La rememoración de su trágico pasado se había desencadenado estimulado por la visión de unos trabajadores descendiendo por un registro en el suelo de la calle, tal y como Sandro había hecho hacía muchos años en unas circunstancias insufribles. La materialización del trauma ante aquellos testigos casuales los reafirmó a todos en el deseo y en la necesidad de capturar a Degrelle. Esos cerdos nazis tenían que pagar todo el daño que habían hecho.

Al cabo de una hora, ya más tranquilo y algo más repuesto, Sandro se incorporó ayudado por su esposa y dirigiéndose a Sandoval le hizo una petición:

—Asegúrese, por favor, de que a mi salida esté bien tapado ese maldito agujero.

43
Hotel Águeda Beach.
Jueves 28 de octubre de 1971, 10:30 h.

A aquella hora de la mañana el Hotel Águeda Beach permanecía tranquilo. La quietud del establecimiento y la placidez que se respiraba en la recepción y en el *hall* de entrada contrastaban con la excitación interior que experimentaban a esa hora Sandro, Águeda y Andrés. A pesar de que intentaban disimular su agitación interna, los tres se conducían de manera un tanto errática y mostraban algunas risas nerviosas que bien podrían haber delatado en ellos una actitud sospechosa. Las varias infusiones de tila que habían tomado animados por Águeda no parecían haber surtido el más mínimo efecto. Por contra, los oficiales y los agentes israelíes representaban con asombroso aplomo los papeles que tenían asignados. Nadie en absoluto podría haber siquiera intuido que aquellos cuatro eran cosa distinta a lo que podía verse: dos apacibles y ociosos clientes en la mesa de un bar del hotel que eran atendidos por dos diligentes camareros que, aquella mañana, estaban de muy buen humor. La gente del Mosad parecía estar hecha de una sustancia especial. Erik el Belga, por su parte, aprovechaba los minutos previos a la llegada de Degrelle para pasear por la terraza mientras leía el *Diario Sur* aparentemente relajado. Tampoco había nada en él que delatase las intenciones que le habían movido hasta ese hotel de Estepona esa precisa mañana. El aplomo de Erik —siendo él el que más responsabilidades asumía en aquella trama— resultaba sombroso.

Podían ser miles y miles las veces que Andrés había oído el timbre del teléfono durante sus años de servicio en el hotel, pero aquella llamada le sobresaltó tanto que dio un pequeño salto hacia atrás que hizo caer los papeles que tenía entre sus manos.

—Sí, ¿dígame? —respondió en tono nervioso.

—Andrés, soy tu primo, Sandoval. ¿Hay algo que deba saber? ¿Transcurre todo con normalidad?

—¡Dios, José María! ¡No sabes el susto que me has dado! — dijo Andrés recobrando el resuello y hablando al auricular con discreción mientras recogía los papeles del suelo—. No, no hay ninguna novedad.

Estamos a la espera de que Degrelle haga acto de presencia, aún quedan treinta minutos para las once y todo está dispuesto como se ha planeado.

—De acuerdo. Recuerda contactar conmigo cuando todo haya quedado hecho. Estaré esperando tu llamada. No olvides que… —el comisario fue interrumpido abruptamente.

—*Ok, Mr. Skinner, your room is now reserved!* —la figura de Degrelle acababa de traspasar el umbral de la puerta principal antes de la hora prevista y Andrés tuvo que poner fin a la conversación con el comisario simulando estar hablando con un cliente extranjero.

El recepcionista no recordaba haber sentido nunca en su vida el temblor de piernas que experimentaba ahora. La operación Águeda se ponía en marcha y no podía fallar nada. Durante aquellos instantes el recepcionista miró de soslayo al nazi para estar presto a ofrecerle su ayuda si este preguntaba por la cafetería, tal y como se había planeado. Parecía que había acudido solo. Aquello era un buen augurio. Había imaginado a Degrelle algo más bajo, pero su figura se le antojó casi imponente. Las gafas de sol que el nazi no se había quitado al entrar en el *hall* le impidieron ver aquellos ojos tan juntos que conocía de las fotografías que el Mosad les había mostrado. Andrés dudaba estar actuando correctamente pues, por un momento, sintió que sus movimientos en la recepción eran torpes y desprovistos de propósito: no sabía si abrir un cajón, si descolgar el teléfono o si cotejar que las llaves de las habitaciones estuvieran en su correspondiente casillero. Así de nervioso estaba. Pero no hizo falta hacer nada porque, en ese momento, Erik accedió al interior del *hall* desde la terraza y se dirigió al nazi para recibirlo.

Por su parte, Sandro y Águeda así como Bárbara y Mossenson hacía unos minutos que habían tomado la precaución de sentarse en el interior del bar a la espera de acontecimientos. Adael, por su parte, se manejaba con destreza en la barra colocando las tazas de café limpias y preparando los desayunos que los «clientes» de ese día habían pedido, mientras que Eitan deambulaba por la sala con la bandeja en alto haciendo despliegue de una habilidad que asombraba. Los israelíes parecían saber hacer de todo.

—¿Señor Degrelle? —preguntó Erik acercándose al nazi.

—En efecto, ¿tengo el gusto de hablar con Erik?

—Con el mismo, señor. Se ha adelantado usted algunos minutos a la cita.

—No me gusta llegar tarde a los sitios. Tengo la costumbre de no hacer esperar a los demás. Debe usted saber de qué le hablo porque en Bélgica es un gesto de cortesía que a todos nos gusta cultivar, ¿no es cierto?

—Claro, claro… Esa es la razón por la que también me encuentra

usted aquí antes de la hora.

—Me alegra oír que estamos de acuerdo, señor van de Berghe. Pensaba que usted ya se había olvidado de esos detalles patrios — Degrelle mostraba en ese momento su cara más cáustica y altanera.

—No, no, por favor, llámame Erik —le respondió el ladrón tragándose su rabia ante el comentario que acaba de escupirle a la cara el nazi.

—Prefiero dirigirme a usted más formalmente. Y también desearía que me llame señor Ramírez. Debería olvidarse de dirigirse a mí como señor Degrelle, no me siento demasiado cómodo cuando se trata de un extraño.

—Bien, así lo haré. Espero que a partir de hoy deje de ser un extraño para usted, señor Ramírez. ¿No se quita las gafas?

—No debo hacerlo. Hace unos días que sufro de conjuntivitis y el médico me ha aconsejado que no me dé la luz por el momento. Me manejo bien así, no se preocupe.

—Espero que se recupere pronto. ¿Le parece bien si pasamos a la cafetería? He dejado mis cosas en una mesa del fondo. Allí estaremos tranquilos.

—Sí claro, cómo no —Degrelle no esperó a que Erik le cediera el paso y fue él mismo quien se adelantó a entrar; la prepotencia del nazi parecía determinar su forma de actuar hasta en las situaciones más cotidianas.

—Es aquella mesa de allí, acompáñeme, por favor —le indicó Erik.

Al pasar junto a la mesa donde se encontraban Sandro y Águeda, Degrelle giró la cabeza hacia ellos y los saludo con un cortés «Buenos días. Que aproveche». Lo que Sandro sintió al ver entrar al nazi en el bar se componía de una mezcla de rabia incontenible y de una agitación interior que lo ponía al borde de la acción: si por él hubiera sido habría saltado sobre su cuello en ese instante para apretarlo con fuerza hasta ver como su rostro se volvía azul. El resistente del gueto volvía a apoderarse de su personalidad y dominaba en cierto modo sus pulsiones. Pero supo contenerse. De repente, toda la tensión y el nerviosismo que el judío venía acumulando durante los días previos —y, especialmente, esa mañana— se volatilizaron. Incluso cruzó por su cabeza la idea de ir hasta su apartamento para empuñar el candelabro de Hanukkah con el que le habría abierto la cabeza a Degrelle acabando con su inmerecida vida de una vez por todas. Pero, de inmediato, reparó en la ofensa que constituiría aquello para el símbolo de celebración que representaba el candelabro, así que se deshizo de la idea. Aunque no le habría importado lo más mínimo mandar al infierno la misión del Mosad y enviar al nazi a ese preciso lugar. Aquel «Buenos días. Que aproveche» que Sandro le escucho a Degrelle al pasar a su lado le ponía de nuevo frente a la desvergüenza con la

que los nazis se dirigían muchas veces a sus víctimas exhibiendo todo el catálogo de «buenas maneras» que las SS eran capaces de desplegar en su cínico espectáculo. No fueron pocas las veces, aquellos días del gueto, en que un sádico nazi había acariciado la cabecita de un bebé mientras preguntaba a su madre por su nombre para, a continuación, desenfundar la pistola con la que dispararía a esa cabecita y luego a la de la madre.

Igual que se le antojase a Andrés, Sandro percibió que Degrelle era algo más alto de lo que había imaginado y aunque no podía ver sus característicos ojos al estar cubiertos por unas gafas oscuras, sí reconoció aquellas singulares entradas que tenía en su frente. Fuera como fuese allí estaba, pasando a su lado como un turista más de los muchos que hacían uso de las instalaciones del Hotel Águeda Beach. Poco podía imaginar Degrelle —pensó Sandro— que el destino que le esperaba en breve sería bien distinto al de tumbarse en una hamaca a tomar el sol degustando un San Francisco. Lo que el nazi estaba presto a saborear no era ese cóctel de frutas, sino una combinación de Haloperidol que pronto lo tumbaría en el oscuro maletero de un coche. Aquella imagen satisfacía especialmente el ánimo del polaco.

Águeda, en cambio, se mostró ágil en su reacción y correspondió al saludo con un parco «Buenos días. Muchas gracias». Bien sabía Dios y la Virgen del Carmen que lo que el cuerpo le había pedido responder era radicalmente distinto a ese estúpido convencionalismo.

En lo que se refiere a Bárbara y Mossenson, estos se desenvolvían como los auténticos profesionales que eran. Asombraba la naturalidad de su comportamiento porque aparentemente hablaban entre ellos de «sus cosas» y reían con las ocurrencias de ambos durante el desayuno. Cualquiera habría dado por cierto que se trataba de una pareja cualquiera disfrutando de la felicidad de unos días de vacaciones.

Finalmente Erik y Degrelle llegaron hasta la mesa en la que se acomodaron de inmediato.

—¿Desean tomar algo los señores? —preguntó solícito Eitan al acercarse a la mesa. El aplomo, la naturalidad y la seguridad del israelí eran más que destacados.

—¿Qué le apetece tomar, señor Ramírez? —preguntó Erik a Degrelle.

—Por el momento no tomaré nada, muchas gracias —respondió lacónicamente.

Erik tuvo que disimular el gesto de contrariedad que le supuso aquella respuesta. La operación no comenzaba bien si el nazi no pensaba consumir nada. Pero Erik tuvo que reconducir la situación y normalizar aquel revés.

—Bueno, tal vez si llegamos a un acuerdo comercial le apetezca más tarde celebrarlo con un coñac —se apresuró a improvisar.

—Solo si es francés —respondió Degrelle.

—Bueno, pues espero que dispongan aquí de tan excelso licor. Sería un placer brindar con usted. ¿Tienen buen coñac en la casa?

—Ya lo creo señor, tenemos uno de los más selectos de González-Byass. No es francés pero no tiene nada que envidiarle — respondió ágilmente Eitan.

En ese momento no pudo imaginar Erik cómo el israelí había resuelto tan rápido la cuestión, como si su familiaridad con el catálogo de bebidas del bar viniera de años de trabajo allí. Lo que no sabía es que el Mosad estaba al tanto de los gustos etílicos del nazi y por esa razón habían animado a Águeda a adquirir algún coñac de categoría superior para hacer frente a la posibilidad de que Degrelle lo pidiera. Y no se equivocaron.

—Bueno, imagino que ese podrá servir para brindar. Yo sí tomaré antes un café largo con leche, por favor —dijo Erik.

Eitan tomó nota del pedido y se giró hacia la barra confiando en que en uno de esos viajes portaría sobre la bandeja, tarde o temprano, un par de copas de coñac, una de ellas cargada con una generosa dosis de sedante.

—Y bien, ¿qué tiene que decirme sobre *La Lamentación de Cristo, San Pedro, Santa Ana y la Tentación en el Jardín de Edén*? ¿Ha traído la foto? —preguntó Degrelle de inmediato sin tener en consideración más prolegómenos.

—Claro, cómo no. Ese era uno de los motivos de la reunión. ¿verdad?

Erik introdujo su mano en el bolsillo interior de su vieja chaqueta de pana marrón y extrajo un sobre amarillento del que sacó la foto. En ella se veía al belga posando de pie en su estudio junto al tríptico que tanto anhelaba el nazi; aunque la obra, si bien resultaba muy difícil de apreciar, era falsa. El ladrón tendió la foto hacia Degrelle y este la cogió. Erik no pudo escrutar la expresión de los ojos de aquel porque las gafas de sol que llevaba puestas se lo impedían. Hubiera sido de mucho valor poder estudiar la mirada del nazi porque ello le habría dado mucha información sobre lo que estaba pensando en ese momento. Tuvo que conformarse, por tanto, con el gesto adusto de su boca que le permitía intuir que estaba estudiando con interés la obra que se veía en la foto. El silencio se volvió espeso y viscoso durante unos minutos, el tiempo que Degrelle tardó en estudiar minuciosamente la imagen. De manera un tanto inoportuna y hasta peligrosa, Sandro y Águeda habían dejado de hablar y guardaron también silencio a la espera del veredicto de Degrelle. Mossenson, que se había percatado de aquella imprudencia, rompió el silencio batiendo un par de palmadas para llamar la atención del camarero. Águeda se dio cuenta de la situación comprometida que estaban

propiciando y retomó la conversación con su marido. La operación seguía adelante salvado ese escollo.

—Veo que es usted un hombre con suerte. No cualquiera puede fotografiarse con un Ambrosius Benson como si tal cosa. Daría dinero por ser yo quien posase ahí —dijo finalmente Degrelle. Todos los que se encontraban en la cafetería en ese momento respiraron aliviados disimuladamente.

—Pues es solo cuestión de eso, de dinero. Ya le puse cifra a este sueño que usted tiene cuando hablamos por teléfono: doscientas mil pesetas. Mañana mismo podría tener la obra en su casa si abonase esa cantidad.

—Tendría que encontrar usted los medios para llevar el tríptico hasta mi casa con todas las garantías de seguridad y preservación. Allí le abonaré ese dinero en efectivo, siempre y cuando compruebe *in situ* la autenticidad de la obra. ¿Le parece bien, señor van den Berghe?

—Verá, señor Ramírez, no acostumbro a realizar los negocios de este modo. Generalmente exijo la mitad del dinero antes de la adquisición y a la entrega de la obra el… —Degrelle interrumpió con vehemencia.

—¿Me está diciendo que no se fía de mí? ¿No considera usted que tal vez debería ser yo quien recelara? Le recuerdo que las autoridades españolas no tienen demasiado buen concepto de su persona —el volumen que estaba empleando Degrelle hizo posible que los presentes en la cafetería se dieran cuenta de que las cosas se podían estar torciendo. La pelota estaba en el tejado de Erik y todos esperaban con ansiedad ver cómo este resolvía la jugada. Ese momento del partido estaba resultando crucial.

—¡No, no, por favor… no se ofenda, señor Ramírez! Solo le informaba de mi habitual forma de proceder, pero dada su condición tan honorable estoy dispuesto a hacer una excepción con usted, ¡faltaría más! —Erik había salvado el punto de partido y volvía a tener el saque en su poder—. Mañana mismo tendrá la obra en su casa. Tengo todo el día de hoy para trabajar en su embalaje y su depósito en la empresa que se encargará del traslado. Yo mismo estaré presente mañana en la entrega. No tiene de qué preocuparse…

—Recibirá su dinero en ese momento, una vez cotejada la obra de cerca, no antes —le interrumpió Degrelle.

—Se hará como usted diga, señor Ramírez. Ha de saber que será para mí un honor saber que la obra está en su casa, formando parte de su fabulosa colección —mintió Erik adulándole en exceso.

—No habré de ocultarle que para mí resulta excitante la idea de poseer esta obra. Cerramos entonces el trato, ¿no? — dijo Degrelle a la vez que extendía su mano a Erik para cerrar el negocio.

—Lo formalizamos entonces así, de acuerdo —dijo el ladrón

estrechando la mano del nazi—. ¿Procede entonces celebrar el éxito de ambos brindando con ese exquisito coñac? —Erik había jugado la última carta que le permitiría culminar o no con éxito la operación. Ahora la apuesta era a todo o nada.

—Mmm… ¡de acuerdo! Degustemos ese González-Byass para sellar nuestro trato.

—No se hable más. ¡Camarero, por favor! —Erik reclamó la atención de Eitan, quien acudió ufano a la llamada conociendo ya que el nazi caería en pocos minutos.

El ladrón, en un gesto casi reflejo, se frotó las manos bajo la mesa. Sandro y Águeda, que habían permanecido disimuladamente atentos a todo cuanto acontecía, apretaron las manos del otro en señal de victoria. Mientras, Mossenson y Bárbara se sonreían el uno al otro con satisfacción, gesto que se podían permitir abiertamente porque sería perfectamente interpretado por cualquier observador externo como natural en el contexto de su aparente «relación amorosa»; en realidad sonreían ante la idea de ver reconocidos sus méritos en Tel-Aviv una vez atrapado Degrelle. Quién sabe si aquello no supondría para ellos el merecido ascenso al que aspiraban hacía tiempo. Al cabo de unos instantes Eitan depositó las copas de coñac sobre la mesa. Tuvo, por supuesto, la precaución de poner a cada uno la que le correspondía.

—Brindo por usted, señor Ramírez —dijo Erik acercando su copa a la del nazi para chocarlas.

—Y yo brindo por Ambrosius Benson. De sus manos salió la excelsa obra que, Dios mediante, dormirá mañana bajo mi techo — Degrelle dio un generoso sorbo al coñac. Nada en su reacción podía delatar que había notado algo extraño en el sabor del licor; la primera dosis de Haloperidol ya estaba en su estómago.

Durante algunos minutos los dos reunidos conversaron sobre la obra de Benson y sobre los artistas flamencos que tanto apasionaban a ambos. Erik supo manejar muy bien los tiempos y se mantuvo paciente a la espera de que el nazi mostrase los primeros indicios de que el tranquilizante estaba haciendo efecto.

—Me resulta especialmente llamativo el amor que siente usted por el arte, señor Ramírez.

—Bueno, no oculto que el arte es una de mis mayores pasiones. Esa es la razón por la que he conocido de su recorrido como…digamos… ¿gestor de obras artísticas? —Degrelle se refería a la carrera criminal de Erik que le había llevado a hacerse de multitud de obras de arte por toda Europa. El nazi volvió a dar un trago a su copa.

—Es usted muy generoso al otorgarme ese título de «gestor». Lo cierto es que nunca me he sentido mal por tomar prestadas algunas obras y depositarlas en mejores manos de las que podían estar; esa ha sido siempre mi filosofía —respondió Erik.

—Bueno, esa es su opinión aunque… debe admitir que las autoridades tengan… una visión distinta de su conducta — Degrelle, tras decir eso, hizo descender sus gafas de sol hasta la punta de la nariz para encontrar mejor su copa de coñac sobre la mesa. Parecía que el nazi empezaba a tener algunas dificultades como consecuencia del Haloperidol ingerido; la mezcla con el alcohol parecía que estaba acelerando el proceso. De ese modo pudo Erik ver por fin los ojos del nazi, esos ojos tan característicos que se encontraban tan próximos a su nariz. Degrelle seguía bebiendo de la copa que le ofrecía Morfeo—. Por cierto, ¿cómo pudo usted… ser capaz de… engañar a los alemanes… vendiéndoles la falsa copia del retablo de… la colegiata de Oberwesel?… ¿Cómo pudo usted ser… tan audaz? —Léon Degrelle empezaba a tener dificultades para mantenerse despierto. Aunque no podía verle los ojos, Erik imaginaba que estos habían empezado entrecerrarse.

—Fue para mí un auténtico placer reírme de aquellos nazis mal nacidos —Erik, convencido de que su acompañante empezaba a caer irremisiblemente bajo los efectos del sedante, se permitió la licencia de espetarle en su cara lo que opinaba de él y de los suyos—. Lo que pudieron sentir los tuyos no tuvo el valor de una sola lágrima de terror de un niño judío cuando era llevado a la cámara de gas. Todos vosotros fuisteis unos auténticos hijos de la gran puta. Y tú vas a rendir pronto cuentas ante la humanidad. ¡Y ahora duerme, pedazo de cabrón! —Erik había abandonado ya toda clase de formalismos y se dirigía a Degrelle tratándolo con desprecio y rabia y acercando su rostro al de él para espetarle todo aquello a la cara.

—No sé… de qué… me está usted… hablando… —el nazi tenía ahora auténticas dificultades para hablar, de hecho aquello fue lo último que dijo. Viéndose acorralado intentó ponerse en pie para salir de aquella situación, pero bastó un pequeño empujón de Erik para que cayera de nuevo en la silla quedando en una postura antinatural sin ser capaz de recomponer la misma. Degrelle estaba ya a merced del Mosad.

—Vaya, sí que se ha despachado usted a gusto… —le dijo Bárbara a Erik mientras se acercaba rápidamente al lugar en el que el nazi dormía ya profundamente.

—Y no sabe usted lo bien que me he quedado —respondió el belga con sorna.

Mossenson también abandonó su asiento y acudió igualmente en dirección a la mesa del fondo donde se desarrollaba todo. Eitan y Adael, por su parte, comenzaron a sacar de debajo de la barra un rollo de cinta americana, un paño negro para los ojos y una mordaza para la boca. Degrelle estaba atrapado en sus redes.

Águeda también se levantó rápidamente para situarse junto a la

puerta de la cocina lista para abrirla cuando hiciera falta, mientras que Sandro hizo trotar a su cojera ayudado por su bastón para dirigirse con rapidez a la puerta de servicio; él sería quien daría paso hacia el Dodge Dart que estaba aparcado con el maletero abierto. Y Erik, haciendo gala de su extravagancia, se sentó en la mesa de al lado, encendió un pitillo y se dedicó a contemplar todo aquello con deleite; no había forma de que se le borrase aquella sonrisa de su cara.

Fueron Eitan y Adael quienes se ocuparon de sujetar las manos de Degrelle a su espalda aprisionándolas con la cinta americana. Una vez hecho esto amordazaron su boca y, tras quitar las gafas de sol que permanecían sobre la cara del nazi en una posición desordenada, vendaron sus ojos. Mossenson y Bárbara se dirigieron raudos hacia el coche a la espera de que sus compañeros terminaran el trabajo; por fin tenían al nazi en su poder.

La secuencia de actuaciones que se produjo a continuación se desarrolló tal y como se había planeado. Eitan y Adael cargaron con el bulto hacia la puerta de la cocina que rápidamente abrió Águeda. Sorteando mesas de trabajo y fregaderos llegaron hasta donde Sandro los esperaba para abrirles la puerta de servicio que daba acceso directo al coche que tenían preparado. Junto a este se encontraban ya Mossenson y Bárbara, quienes, diligentemente, colocaron a Degrelle en el maletero acomodando su postura a las dimensiones del mismo, lo que supuso tener que flexionarle las piernas para que cupiera. El nazi iba convenientemente asegurado mediante una inmovilización perfecta, aunque nada de eso debía importarle al encontrarse bajo sedación profunda. Rápidamente cerraron el maletero y los cuatro israelíes se subieron al Dodge con el que abandonaron el lugar en dirección al piso franco que tenían preparado cerca del aeropuerto de Málaga. Nadie se despidió de nadie. La operación, hasta el momento, se estaba desenvolviendo con éxito.

Andrés, que había permanecido todo el tiempo en la recepción ocupándose de que nadie entrase en la cafetería, penetró ansioso en el bar tras asomarse prudentemente por la puerta y comprobar que todo estaba concluido.

—¡Sandro, Sandoval al teléfono! ¡Quiere hablar contigo! — dijo Andrés nada más entrar—. ¿Ha ido todo bien?

—Habla con Águeda, ahora voy a atender al comisario —respondió apresuradamente el judío dirigiéndose hacia la recepción para atender la llamada.

Durante el corto camino que tuvo que realizar hasta alcanzar el *hall* de entrada donde se encontraba la recepción, Sandro fue rumiando una idea que le perturbaba.

—Sandoval, estoy aquí —dijo al coger el auricular.

—Cuéntame, Sandro, ¿cómo ha ido todo?

—Bueno… en principio parece que todo ha ido bien pero, si he de serte franco, he que decirte que tengo la impresión de que hay algo que no cuadra…

44

Piso franco, inmediaciones del Aeropuerto de San Julián, Málaga. Viernes 29 de octubre de 1971. 01:00 h de la madrugada.

—¡Le repito por tercera vez que yo no soy Léon Degrelle!

Quien así hablaba a esas horas de la madrugada permanecía esposado al forjado de la cama en la que se le había acomodado tras haber sido extraído del incómodo maletero de un Dodge Dart. Aquella persona se encontraba desorientada y aturdida y solo podía imaginar que estaba en algún lugar cerca de un aeropuerto por el sonido que los aviones hacían al aterrizar y al despegar.

—Ya les he dicho que solo he llevado a cabo el trabajo que el auténtico Degrelle me ha pagado por hacer. Solo me he hecho pasar por él. De haber sabido que el trabajo terminaría así no me habría prestado a tan peligroso juego. ¡Y no estoy dispuesto a ser humillado de esta manera!

Mossenson y Bárbara paseaban nerviosos por la habitación ocultos tras una capucha para que aquella persona no los pudiera reconocer. Quienquiera que fuera aquel tipo, viéndolo de cerca, lo que parecía claro es que no mentía: si bien le daba un aire al nazi al que perseguían, sus facciones, color de ojos y complexión distaban algo de los que poseía el auténtico Léon Degrelle. Bárbara, taciturna, no dejaba de mirar las distintas fotografías que poseían para compararlas con el rostro que tenían ante sí. De manera discreta, pero nerviosa, apartó a Mossenson hacia el pasillo.

—Creo que dice la verdad —le dijo—. Hemos de admitir que algunas de las facciones de su cara no son exactamente como las de Degrelle.

—¿En qué hemos fallado? ¿Qué cabo se nos ha quedado suelto? —preguntó el oficial israelí golpeando la pared.

—Por más vueltas que le doy no consigo encontrar respuestas a esas preguntas —le respondió Bárbara inquieta aunque dominando mejor sus emociones.

—Lo que parece claro es que Degrelle estaba al tanto de la operación. ¡Maldito sea! ¡Nos ha colado a un sosias y hemos picado el anzuelo como auténticos principiantes! ¡No sé qué clase de explicaciones vamos a dar en Tel-Aviv! —Mossenson estaba realmente contrariado.

—Y si Degrelle está al tanto de la operación… es probable que conozca igualmente los pasos que pretendemos dar en este momento. La mano del nazi es tan alargada que habrá llegado hasta las autoridades franquistas que le protegen. Nuestra seguridad peligra claramente. ¡Hay que salir de aquí cagando leches! —Bárbara mostraba de esa forma su fundada preocupación.

—Avisaré a Eitan y a Adael, ellos se encargarán de dejar a este en algún lugar discreto mientras huimos —dijo Mossenson dirigiéndose hacia la puerta de entrada del piso franco, en la que ambos efectivos hacían guardia discretamente.

—¿Otra dosis de Haloperidol para el muchacho? —preguntó Bárbara proyectando su voz hacia el pasillo por el que se alejaba Mossenson.

—¡Sea! —se le oyó decir desde el fondo.

45

Apartamento de Léon Degrelle,
La Carihuela, Málaga.
Viernes 29 de octubre de 1971,
09:30 h de la mañana.

—Señor Ramírez, ha llegado la visita que estaba esperando — informó cortésmente Matías entrando con prudencia en el salón donde Degrelle se hallaba contemplando su Gran Collar de Ritterkreuz.

—Ah sí… Hágala pasar, por favor —respondió. Solo tuvieron que pasar unos instantes para que la esperada visita de Degrelle accediera hasta donde él se encontraba—. ¡Queridísima mía! ¡Cuánto me alegro de verte de nuevo!

—Bueno Léon, no exageres, solo han pasado unos pocos días desde la última vez que nos vimos —respondió la holandesa quitándose importancia.

Ingrid, aquella conquista que Erik suponía haber cosechado hacía solo tres o cuatro meses, se encontraba ahora en el apartamento de Degrelle. La belleza de la rubia estaba ahora más contenida pues su atuendo era mucho más formal que el que había exhibido la noche del Hotel Pez Espada, aquella velada que le permitió ganarse la confianza del grupo que pretendía el secuestro de su admirado Léon Degrelle. Y en la que tuvo que sufrir, por cierto, los gorgoritos de aquel negro cubano que no hubiera servido ni para tocar el triángulo en cualquier filarmónica alemana.

—Vienes a traerme buenas noticias, ¿verdad? —preguntó Degrelle a su visita tomándola por las manos.

—Las mejores. La acción de esa rimbombante operación Águeda, como era de esperar, ha fracasado estrepitosamente. El plan que urdimos ha demostrado ser mejor que el de esos judíos israelíes y el resto de babosas que querían jugar a ser héroes.

—¿Han mordido el anzuelo entonces?

—¿Lo dudas? ¡Como unos pardillos! —contestó Ingrid ufana.

Degrelle imaginó divertido cómo aquellos aprendices de agentes de inteligencia y sus pupilos se habían afanado en secuestrar a un pobre

hombre cuyos únicos méritos eran los de ser un buen actor y conformarse con unos pocos billetes de mil pesetas por interpretar un papel. El gran parecido del mismo con su persona había servido para hacerlo pasar por él. Las instrucciones aprendidas y unas cuantas fichas de información hicieron posible colarle al Mosad que aquella mañana del 28 de octubre quien acudía a la cita era el mismísimo Léon Degrelle. Qué ingenuos eran algunos…

—Lo lamento por ese incauto que quiso prestarse al trabajo. La sensación de estar sedado y en manos de unos extraños no debe ser demasiado agradable.

—Bueno, Léon, él sabía que el trabajo no sería cómodo, aunque no pudiese imaginar que dormir profundamente estuviese dentro de las posibilidades —opinó Ingrid.

—Pero más que por él lo siento por mí mismo —dijo Degrelle con pesar.

—Te entiendo. No debe ser muy tranquilizador saberse en el centro de la diana de unos judíos rencorosos que dedican su tiempo a encontrar la manera de cazarle a uno.

—No, querida Ingrid, no me refiero a eso. Ya estoy acostumbrado a ello. Sé que soy una pieza a abatir desde hace tiempo y eso me honra aún más como orgulloso y leal valedor del Reich. Me refiero al vacío que me queda al no poder contar con el tríptico de Ambrosius Benson; realmente estoy enamorado de esa pieza.

—Debería consolarte recordar que el ofrecimiento que te hizo Erik fue una patraña desde el principio, ¿no? —sugirió Ingrid.

—Verás, no fue exactamente así. Cuando ese sinvergüenza me hizo el ofrecimiento de la obra yo no estaba aún al tanto del propósito torcido con el que lo hacía. Incluso unos días después llegué a telefonear al tramposo de Darío Boccara para que me confirmara la autenticidad de la transacción, como así hizo. Fue al día siguiente de hablar con Boccara cuando me informaron de todo y mis ilusiones se vieron desvanecidas. A pesar de la frustración tuve que seguir actuando como si realmente hubieran conseguido engañarme. Mientras, nos tuvimos que ver obligados a buscar una solución de urgencia. Esos días fueron de locos para todos nosotros: llamadas, visitas, informes, búsqueda del suplantador… Ha sido una lástima que Erik estuviese envuelto en esta historia barata de cazanazis porque habría estado dispuesto a hacer negocios con él en persona —Degrelle se había girado hacia la ventana y contemplaba de nuevo el mar como era habitual en él, recreándose en la idea de haber podido contar con aquella pieza única en su colección.

—En cualquier caso, ya sabes que van den Berghe nunca ha sido un tipo de fiar. Ya nos lo advirtieron desde Stille Hilfe cuando detectaron que se trasladaba desde Bélgica a España con intenciones no

demasiado claras. Y ahora que lo he conocido de cerca te puedo asegurar que en el trato con él nunca puedes saber si está yendo o está volviendo. No te hablo ya de sus cualidades como amante… —Ingrid no pudo reprimir un gesto de repulsión al proferir aquello último—. Pero en fin, me tocó a mí desentrañar cuál era el objetivo del belga.

—Nunca podremos agradecerte suficientemente el esfuerzo que siempre haces en favor de Ayuda Silenciosa. Stille Hilfe, en su noble empeño por preservar los valores que algún día nos harán resurgir a lomos de un brioso corcel llamado IV Reich, es nuestro garante, nuestro blasón y la matriz que nos hará conquistar de nuevo Europa. Cuando ello ocurra deberán reconocerle el mérito a personas como tú, querida Ingrid.

—La verdad es que sin su apoyo y guía nunca habríamos conseguido llevar a cabo la contra-operación a buen término, aunque mi papel haya sido el de una simple seductora —dijo Ingrid pretendiendo ser humilde. Lo cierto es que esto último se le daba bastante mal.

—Una simple seductora sin cuya información habríamos desconocido prácticamente todo de las intenciones de esos detestables judíos y sus amiguitos, incluidos el día y la hora en que pretendían apresarme —apostilló Degrelle—. Aunque imagino que haber tenido que andar de sobeteos con Erik no habrá sido algo con lo que hayas podido deleitarte, ¿me equivoco? —preguntó el nazi provocando cierta incomodidad en la holandesa.

—Léon, prefiero pasar de puntillas por ese tema. Lo importante es que hemos conseguido desarticular los propósitos de esta gente y que le hemos hecho llegar el mensaje de que nosotros somos más fuertes y más listos que ellos.

—Como siempre ha sido y será, querida Ingrid, como siempre ha sido y será… —dijo Degrelle—. ¿Deseas tomar algo? ¿Un coñac?

—Solo dos dedos, aún es la hora del desayuno —Ingrid se dispuso a tomar asiento en el vetusto sofá de la sala, sin imaginar que acomodaría sus posaderas en un auténtico Luis XV—. Lo que no consigo entender es cómo Stille Hilfe consiguió percatarse de que van den Berghe podía estar tramando algo contra nosotros.

—Bueno, Ingrid, ya sabes que Ayuda Silenciosa no deja nada al azar y dispone de observadores en gran parte de Europa. Erik siempre había sido objeto de seguimiento porque su actividad delictiva ha llamado constantemente la atención de la organización, máxime si tenemos en cuenta que los arios siempre hemos sentido predilección por el arte. Era cuestión de tiempo que contactara con nosotros. Lo que no esperábamos es que fuera a hacerlo para tendernos una trampa.

—¿Y cómo se supo inicialmente que van den Berghe andaba

mezclado con el Mosad? —preguntó intrigada Ingrid.

—Fue como consecuencia del seguimiento que se le estaba haciendo y antes te comentaba —Degrelle se disponía a desentrañar algunos aspectos de la contra-operación que Ingrid solo conocía vagamente—. Durante varios días se le vio entrando y saliendo del Hotel Málaga Palacio de la capital, al parecer para atender algunos encuentros misteriosos que pronto quedaron desvelados, porque coincidiendo con sus entradas y salidas detectamos que una pareja, que parecía fingir una relación, hacía lo mismo. Mi querido amigo Girón de Velasco, ante las sospechas y a petición mía, nos echó una mano haciendo uso del servicio secreto español y pasándonos la información de que aquella pareja estaba formada en realidad por dos agentes israelíes. A partir de ese momento todo quedó muy claro: aquellos malditos judíos pretendían alguna clase de operación contra nosotros. Así lo entendió Ayuda Silenciosa y, dada mi proximidad geográfica a esos movimientos, se centraron de inmediato en mi protección. Fui yo quien pidió a Girón de Velasco que se inhibiera en favor nuestra y nos dejara hacer.

—Y así fue como Stille Hilfe solicitó mis servicios para ocuparme de Erik, claro…

—Sí, ahí debutaste tú. El resto de la historia la conoces mejor que nadie porque has sido tú misma la responsable de conseguir la información —dijo Degrelle acercándose a la chica y chocando su copa con la suya—. Lo único que sí puedo reprochar a la organización es que no me advirtiesen de las intenciones de Erik hasta después del ofrecimiento del tríptico que él me hizo; ¡podían haberme evitado ilusionarme con el Ambrosius Benson! En cualquier caso brindo por tu eficiencia, por tu inteligencia y por tu belleza aria.

—Eres muy generoso, Léon. Solo cumplo con lo que se me ordena. Nunca podría decir no a Stille Hilfe ni a nuestra madrina Gudrun. Imagino que no quisieron avisarte antes porque querían que tu relación con Erik fluyera con naturalidad y no lo pusiera sobre aviso de la contra-operación que estábamos organizando.

—Ah, nuestra adorada Gudrun, nuestra querida Puppi… — profirió el nazi de inmediato al oír aquel nombre soslayando la última observación de Ingrid—. A buen seguro que el Reichsführer se habría sentido tremendamente orgulloso de la labor que aún hoy hace su hija para asegurar el futuro de la raza y del grandioso proyecto para nuestra amada Europa. De haber podido adivinar el futuro, yo mismo le habría dicho a nuestro venerado Himmler que podía despreocuparse, porque su hija haría valer el orgullo de nuestra gente y de nuestro glorioso propósito. Cómo me gustaría poder inclinarme ante esta señora para comunicarle las buenas noticias que se producen desde el sur de España.

—Descuida, Léon, yo misma se las comunicaré. Y le trasladaré la admiración que sientes por ella, puedes estar seguro —repuso Ingrid.

—¿Vas a estar pronto en Múnich? —preguntó Degrelle.

—Pasaré antes por Bremen pero concluiré mi viaje en Múnich, donde veré a Gudrun. Debo dar cuentas a Stille Hilfe de todo lo acontecido aquí. Y seguro que podremos brindar.

—Por este éxito y por los éxitos del futuro… Estoy seguro de que todavía nos quedan muchas cosas por hacer —dijo triunfal el belga.

—Por lo pronto podemos hinchar el pecho y brindar por esta reciente victoria —sugirió Ingrid.

—¡Por nosotros, por el IV Reich y por el Führer! —propuso Degrelle chocando con brío su copa con la holandesa. Ambos apuraron su copa hasta terminarla.

—Me pregunto qué estarán pensando en este momento esos aborrecibles judíos y su comparsa —profirió Ingrid con malicia.

—Daría lo que fuera por poder mirarlos a través de un agujero —rio Degrelle estrepitosamente.

46
Hotel Águeda Beach, Estepona. Viernes 29 de octubre de 1971, 16:30 h de la tarde.

Las caras de circunstancias lo decían todo. Sandro, Águeda y Andrés tomaban una copa con la que templar su rabia aquella tarde del viernes 29 de octubre. La solitaria barra del bar les permitía hablar a esa hora sin tomar demasiadas precauciones.

—¿Pero cómo no fue capaz de verlo ese insensato? —Sandro hablaba excitado sobre Erik recriminándole su falta de prudencia al haber permitido fisgonear a aquella frívola holandesa.

—No es así como hablabas del belga hace poco, Sandro. Siempre he pensado que lo admirabas —Águeda, que también estaba muy crispada, hizo ese inoportuno comentario llevada por la tensión que experimentaba.

—No creo que sea este el momento de echarnos las cosas en cara entre nosotros —dijo Andrés algo más calmado—. Todos creímos que aquella chica era una relación más o menos estable de Erik y ninguno de nosotros, admitámoslo, reparó en posibilidad distinta a esa. Su lealtad parecía fuera de duda por más que pudiera parecer un simple ligue de verano. Además, ¿quién podía imaginar que esa chica tan agradable pudiera tener algún tipo de relación con Degrelle y con los nazis?

—Llevas razón, Andrés… —Águeda dejó transcurrir unos instantes que aprovechó para serenarse—. Perdóname, Sandro. Me he dejado llevar por la rabia del momento —se disculpó acercándose a su marido y besándole la mejilla.

—Todos estamos muy cabreados, querida —dijo el polaco—. Y además, es cierto, nadie supo entrever las intenciones de esa maldita nazi. A mí solo me extrañó que la rubita no hablase casi nada la noche del Pez Espada. Pero ahora lo entiendo: esa malnacida estaba tomando nota de todo.

—Y lo que no supo aquella noche lo conocería directamente de la mano de Erik —repuso Andrés.

—¿Cómo ha sabido Sandoval que hemos metido la pata con el

objetivo? —preguntó Águeda.

—Mossenson lo ha llamado esta mañana para informarle desde un teléfono público del aeropuerto de Málaga, antes de coger un avión con dirección a París —informó el recepcionista—. El Mosad se ha dado prisa en borrarse del mapa ante lo que pudiera pasar.

—¿Y nosotros? ¿Te ha comentado algo Sandoval sobre el riesgo que corremos a partir de ahora? —preguntó Sandro con preocupación.

—Podemos estar tranquilos. Según mi primo este asunto estará olvidado antes de que acabe el fin de semana. Ni al régimen, ni a Girón de Velasco, ni a los servicios secretos españoles les conviene airear asuntos relacionados con las maniobras de los nazis en la Costa del Sol. Todo quedará en una anécdota y a nosotros nadie nos pedirá cuentas de nada. Además, al auténtico Degrelle no se le ha tocado un solo pelo. Tenemos todas las garantías que Sandoval nos ofrece.

—¿Has dicho Girón de Velasco? ¿Estaba el exministro al tanto de todo esto? —preguntó Águeda.

—Pues sí. Según Sandoval me ha informado esta misma mañana, Girón de Velasco andaba detrás del seguimiento que se le estaba haciendo a Erik desde que este llegara a España — explicó Andrés—. No obstante, el exministro no activó sus contactos con el servicio secreto español porque, según parece, fueron los propios nazis quienes decidieron ocuparse del asunto.

—¿Los nazis? ¿En plural? —preguntó Sandro con inquietud.

—Sí. No ha sido solo Degrelle quien se ha ocupado de neutralizar la operación. Detrás de él había toda una sociedad llamada Ayuda Silenciosa, un contubernio de nazis con sede en Bremen, Alemania, cuya inspiradora es, nada más y nada menos, que Gudrun Burwitz, la hija de Heinrich Himmler —Andrés atesoraba una interesante información que ahora compartía con el matrimonio.

—¿La hija de Himmler se apellida Burwitz? —se extrañó Sandro.

—Efectivamente. Al parecer prefiere hacer uso del apellido de su marido porque el original impone demasiado y espanta a cualquiera —respondió Andrés.

—Pues qué queréis que os diga, me inquieta bastante la idea de que la mismísima hija del diablo tenga conocimiento de nuestra existencia —se preocupó el polaco—. Esta situación no me hace ninguna gracia.

—Ya he dicho que no hemos de temer nada. Ese grupo debe ser algo así como una reunión de nostálgicos sin fuerza alguna para cometer ninguna fechoría. Yo que tú no me preocuparía. Además, creo que en muchas peores te has visto combatiendo contra ellos — Andrés intentaba tranquilizar a su amigo… y de paso a su esposa.

—Sea como fuere, el caso es que hemos hecho el más espantoso de los ridículos. Si consiguiera conocer el paradero del auténtico Degrelle yo misma iría a reventarle la cabeza con cualquiera de los cazos que

tenemos en la cocina. ¡Maldito sea ese hijo de puta nazi! —dijo Águeda airada.

Sandro y Andrés apenas acertaron a esbozar una leve sonrisa ante aquel comentario. Los tres quedaron en silencio durante algunos minutos, cada uno mirando a un punto diferente del espacio. Al cabo, Sandro volvió a hablar.

—Nos queda al menos la satisfacción de sabernos unos valientes y comprometidos combatientes, capaces de darlo todo por hacer justicia. Lo intentamos y hemos fracasado, pero al menos lo intentamos. Me quedo con eso… —dijo Sandro con resignación.

Águeda, en ese instante, sintió una pena infinita por su marido. Se apiadaba de la sensación de fracaso que le debía embargar, se conmiseraba del dolor que debía experimentar por ello y se compadecía de la rabia con que podía estar viviendo aquella decepción a la hora de honrar a los suyos. Andrés parecía haber encajado mejor la frustración, aunque también se sentía mal. Pero era Sandro quien llevaba el peso del oprobio porque sentía haber fallado a sus padres, Zofia y Walenty, a Estanislava, a su hermana Dorota, a Jan, su cuñado, y a sus sobrinos Henryk y Jerzy. Aunque también sentía un nudo en la garganta al acordarse de Mordejai y de Marek y de tantos otros compañeros de armas que habían demostrado su valentía más allá de lo que un ser humano corriente era capaz de hacer. Y se acordó con pesar, cómo no, de su amigo José Santín. También a él le había fallado. El dolor que Sandro estaba experimentando se fue haciendo por momentos insoportable, como insoportables eran de nuevo sus recuerdos, que le volvían a hacer sangrar por heridas que nunca terminaban de cerrarse. Cuando sintió que ya no podía más miró al horizonte, desde donde el mar le contemplaba a su vez, y se vio empujado a caminar para respirar el aire marino que, tal vez, solo tal vez, pudiera paliar algo su tristeza.

—¿Va todo bien, Sandro? —preguntó su amigo Andrés.

—Solo estaba recordando. Necesito dar un paseo. No os preocupéis por mí, estoy bien —mintió el judío.

Y se giró hacia la playa encaminando sus pasos hacia la arena sin decir más. Ni Andrés ni su esposa pudieron observar que las lágrimas de rabia se derramaban por las mejillas de Sandro. Águeda, al observar a su marido alejarse de esa forma, tampoco pudo evitar que las suyas se humedeciesen.

47
Apartamento de Erik el Belga, Málaga. Viernes 28 de octubre de 1971.

Erik colgó el teléfono. Todo lo que había tenido que escuchar del comisario en aquella conversación no le resultó agradable. Aguantó con estoicismo sus reproches y apenas tuvo oportunidad para replicar a cada una de las cosas que le fue espetando. El belga mantuvo el tipo sin apenas decir nada. Sandoval tenía razón al recriminarle su falta de prudencia a la hora de haber mantenido informada a Ingrid sobre la operación. Era cierto que no debió permitir que eso ocurriera, pero Erik siempre había tenido problemas a la hora de mantener bajo una cierta disciplina a su entrepierna. Recordaba ahora cuando, tras robar el famoso cáliz de oro del monasterio de Yuste, hizo el amor con su novia en la mismísima cama de Carlos V. Sí, tenía que admitir que en asuntos de bragueta era incorregible, y que ello le había llevado a malograr la operación.

Pero lo que más le dolió fue la herida que la holandesa le infligió en su amor propio; nunca una mujer le había engañado de aquel modo. Al descubrir la deslealtad con que se había conducido Ingrid, sintió una mezcla de rabia y tristeza que le llevaron a desear haberla tenido en ese momento a su lado para abofetearla después de haberla besado con pasión. Si el comisario siempre había tenido una opinión singular sobre él, ahora sería aún peor. Sandoval, de hecho, le había aconsejado que se alejara de sus dominios porque no respondía de sus actos si sus policías lo capturaban en uno de sus *trabajos* como ladrón de arte. El oficial —parecía claro tras la conversación— estaba realmente cabreado con él, pero Erik no tuvo tiempo de lamentarse demasiado por el fiasco de la operación Águeda. Él no era de esa clase de personas: si aquella vez no habían salido las cosas como estaban planeadas, ya habría otra en que salieran mejor. No obstante, decidió que seguiría el consejo del comisario y volvería a Bélgica para quitarse durante un tiempo del escenario español que tanto le seducía. Dejaría transcurrir el tiempo para que los ánimos se aplacasen y luego ya vería.

Y si había otro sentimiento de pesar que Erik pudiera albergar en

esos momentos era por aquel buen judío que tanta pasión había puesto en capturar a Degrelle. Tal vez Sandro no merecía ese final, pero, por otra parte —entendía el belga—, debía comprender que en la vida unas veces se gana y otras se pierde. Confiaba en que el polaco sabría resolver aquella frustración que, con toda seguridad, estaría sintiendo ahora.

Mientras rumiaba estas disquisiciones, el belga se dirigió a su armario para extraer de él la vieja maleta con la que había andado de un lugar para otro en busca de emociones fuertes. Empezó a meter su ropa en ella. Se disponía a dirigirse al aeropuerto para intentar conseguir cuanto antes un billete que le llevase hasta Bruselas. Revuelta entre su ropa encontró una liga que pertenecía a Ingrid. Se la acercó a la nariz para oler el perfume que aún desprendía, pero ese aroma ya no era el de la seducción; había mutado en un desagradable olor a traición. Cogiéndola con la punta de sus dedos, como si de un animal muerto y putrefacto se tratase, la depositó en el cubo de la basura. Ya se ocuparía la dueña de la vivienda que se disponía a abandonar en ese momento. La llamaría para comunicarle que abandonaba el piso y que le dejaba el dinero del alquiler que le adeudaba bajo el traje de gitana de la figura que se encontraba sobre el televisor. Cerraría la puerta y no miraría hacia atrás, no hasta haber llegado a Bruselas.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

PARTE NOVENA

Un extraño cuadro

48
Hotel Águeda Beach.
Diciembre de 1971.

Sandro se apresuró todo lo que su cojera le permitió hasta que pudo por fin alcanzar el umbral de la entrada principal del Hotel Águeda Beach. A aquella fría mañana de diciembre, desacostumbrada en el cálido clima de Estepona, se le había unido una recia lluvia que había aparecido súbitamente sin que nadie la esperara. Como las gestiones que iba a hacer en el banco iban a ser rápidas, el polaco no tomó la precaución de coger abrigo ni paraguas, de resultas de lo cual llegó hasta el hotel hecho una sopa y tiritando. Tal era su apuro que pasó de largo por la recepción teniendo solo en mente llegar cuanto antes a su apartamento para quitarse la ropa mojada y calentarse. Por esa razón el empleado de recepción que aquel día sustituía a Andrés en su día libre, Sebastián, tuvo que llamar su atención para que se detuviese a recoger algo.

—Disculpe, señor. Ha llegado una carta para usted. ¡Por avión!

—Perdóneme, Sebastián. Ni me he dado cuenta de que estaba usted ahí —le respondió Sandro disculpándose y volviéndose en dirección al mostrador desde el que el empleado le tendía la carta de la que le hablaba.

—Ha llegado hace un momento. Pensé que sería de su interés.

—Claro, claro, cómo no… —dijo Sandro girando la carta para descubrir el remitente.

La sorpresa que se llevó al descubrir el mismo fue mayúscula: Igon Mossenson, Berdyczewski St. 9, Tel-Aviv, Israel. Aquella misiva procedía del agente israelí del que pensó nunca más volvería a tener noticias, pero hete aquí que ahora se dirigía a él mediante correo postal. Apresuradamente le dio las gracias al empleado y se dirigió hacia el apartamento trotando al ritmo de su renquera. De repente el frío y la humedad habían desaparecido de su conciencia y su única urgencia era desvelar de qué trataba aquella carta. De hecho Sandro ya iba desgarrando el sobre para acceder a su contenido antes de llegar al apartamento.

—¿Qué ocurre, Sandro? ¿Qué prisas son esas? —dijo Águeda al ver

entrar a su marido tan desatentado.

—¡Carta de Mossenson, querida! El israelí me escribe desde Tel-Aviv —respondió precipitadamente mientras se sentó sobre la primera silla que encontró y terminó de desplegar el papel en el que venía escrita la misiva.

—¿La puedes leer en voz alta? —le sugirió su esposa, acercando también ella la primera silla que encontró.

—Tel-Aviv, dos de diciembre de bla, bla, bla…

Mi querido y admirado señor Kreczkiewicz:

Unido a usted en el confort y el gozo de esta celebración de Hanukkah que nos contempla estos días, no debía dejar pasar más tiempo sin dirigirme personalmente a usted para un doble propósito.

En primer lugar he de agradecerle la pasión y el compromiso con que usted y su gente se entregaron a la operación Águeda en la que recientemente mostraron su valentía y su responsabilidad en la lucha contra el mal.

Y en segundo lugar es mi deseo testimoniarle una vez más el respeto y la admiración que siento y sentiré por un noble hermano de religión, combatiente y resistente como pocos se hayan podido ver, junto al que tuve el honor y el orgullo de luchar contra el nazi. Poco nos debe importar el fracaso de la misión —siempre habrá imponderables contra los que no se puede luchar— más allá del prurito que nos queda, a mí como oficial israelí y a usted como combatiente del gueto. Lo importante, lo realmente significativo, es que nuestro espíritu de lucha no parece decaer nunca desde los tiempos de la expulsión y el éxodo, y eso nos hace dignos hijos de la Casa de David.

Si alguna vez viene a Israel podrá preguntar por mí en la dirección que figura en el remite. Cuestiones de seguridad me impiden darle más noticias de mi ubicación, pero allí le darán razón sobre mí.

Le pido, por favor, le traslade un caluroso saludo a su extraordinaria mujer.

Shalom

Igon Mossenson

—¿Y ya está? —exclamó Águeda indignada—. ¿Nos meten en este follón, no tienen las precauciones propias de unos agentes especializados haciendo que la operación se vaya a tomar viento fresco y solo nos dicen «muchas gracias por todo, sois extraordinarios, qué le vamos a hacer»?

—Lo cierto es que resulta bastante decepcionante. Echo en falta algunas explicaciones, incluso algunas instrucciones de seguridad de las que pudiéramos beneficiarnos. Seguro que manejan mucha información, al menos podrían habernos explicado algo más

—respondió Sandro cabizbajo.

—Y encima pretenderá que vayamos a visitarlo a su casa de Tel-Aviv. Solo faltaba que nos hubiese pedido que le llevásemos una botella de Málaga Virgen ese día.

—Creo que lo mejor será olvidar todo esto cuanto antes, querida. No quiero que me amarguen la fiesta de Hanukkah —agregó Sandro con melancolía.

El judío, como cada año, no dejaba pasar la oportunidad de celebrar sus fiestas religiosas como homenaje y conmemoración a los suyos. Así, se dirigió hacia un cajón del mueble del salón para extraer una caja de cerillas con las que encendería la séptima vela de su candelabro. Luego se acercó al calor de la estufa para secarse.

—Menos mal que no hiciste como pensaste en su momento y no golpeaste con eso la cabeza del pobre infeliz que nos la pegó haciéndose pasar por Degrelle —se refería a lo que le confesó su marido cuando le dijo que hubiese deseado abrirle el cráneo al nazi con ese candelabro que ahora encendía.

—Sí, parece que los designios de Dios detuvieron mi mano — respondió Sandro. Hacía tiempo que había empezado a invocar a Dios con cierta frecuencia—. Olvidémonos del Mosad y quedémonos con lo importante: tú y yo seguimos siendo felices así que…

En ese instante el sonido de unos nudillos golpeando la puerta del apartamento interrumpió la conversación. Águeda fue a abrir. Era Sebastián, el empleado de recepción.

—Señora, hay un hombre en el *hall* que desea hacer entrega de un voluminoso paquete. Viene a nombre del señor «Krikewich» — tampoco aquel empleado era capaz de pronunciar correctamente el nombre de su jefe.

—¿Un voluminoso paquete? ¿Esperas algún pedido, Sandro? — Águeda preguntó con cara de extrañeza porque no recordaba que su esposo hubiese recibido ningún paquete en su vida.

—No, no espero nada pero parece que hoy es el día de entregarme cosas. ¿Sabe qué puede ser? —preguntó Sandro a su empleado.

—Viene bien embalado y precintado, pero por la forma que tiene me atrevería a decir que debe de ser un cuadro o algo así — respondió Sebastián.

—¿Sabe quién es el remitente?

—No me ha parecido oportuno preguntarlo, señor, no he querido cometer esa indiscreción.

—Está bien, le acompaño hasta el *hall*. Veamos de qué se trata — dijo Sandro finalmente.

—Yo también voy con vosotros —dijo Águeda, quien no acostumbraba a dejar a medias los enigmas.

Al llegar hasta el vestíbulo del hotel el recadero que custodiaba

aquel misterioso paquete les informó de que el bulto carecía de remitente. Él era un simple transportista que hacía portes al contado contra recibo sin importarle quién hacía los envíos. La persona que le había hecho ese encargo le había abonado la correspondiente cantidad por el traslado del paquete pero no había querido dejar su nombre. Así que, una vez hubo firmado Sandro el recibí, el recadero se marchó por donde había venido sin ofrecer otra información de interés. El matrimonio estaba realmente extrañado.

—No deben preocuparse. Yo se lo acercaré ahora mismo hasta su apartamento —dijo solícito Sebastián, ofreciéndose a trasladar aquel pesado bulto.

—Muchas gracias, Sebastián. Estoy deseando saber qué demonios hay dentro —dijo Águeda.

Sandro siguió a la comitiva, que se adentró por el pasillo en dirección al apartamento. Su cojera le hacía andar algo más despacio. Finalmente Sebastián depositó el paquete sobre la amplia mesa de la cocina y se retiró de nuevo a la recepción.

—¿Lo quieres abrir tú? —preguntó Águeda a su esposo.

—Es lo justo. Está a mi nombre —respondió socarrón.

—Pues adelante, pero ten precaución: ahí pone «abrir con cuidado».

Sandro puso toda la atención a la hora de rasgar con unas tijeras los cartones que envolvían lo que parecía ser, en efecto, un cuadro; su mujer, fruto de la curiosidad, no quitaba ojo a la maniobra. Cuando hubo por fin retirado todo el cartonaje que hacía de protección ambos pudieron confirmar que, sin duda, se trataba de una pintura, aunque aún se había de retirar una última cobertura de plástico que protegía la obra. A pesar de las grandes dimensiones de la misma, Sandro fue capaz de abarcar su contorno con los brazos extendidos hasta darle la vuelta y mostrar la escena que contenía.

—¡Sandro, este cuadro es una auténtica preciosidad! —profirió Águeda sonriente, con la boca abierta.

La pintura reflejaba una escena en la que una apuesta figura juvenil dotada de unas amplias alas sostenía en sus brazos a una dama que dormía. Los tonos rojizos que imperaban en la obra dotaban a la misma de una plácida calidez que se veía reforzada por la quietud y sosiego que emanaba de la figura femenina dormida.

—Trae una nota pegada en el marco —Sandro se apresuró a abrir aquel pequeño sobre que contenía unas breves palabras: «El hijo de Hypnos guarda el secreto tras de sí y algún día lo comunicará al mundo».

—¿Qué diablos quiere decir eso? ¿No hay en la nota ningún nombre? —preguntó Águeda sin retirar la vista de aquella maravilla.

—No tengo ni idea de lo que significa la frase —respondió Sandro

—. Y tampoco hay nombre alguno que identifique al remitente.

—Pues yo creo que debe enviárnoslo algún cliente agradecido. Esta debe ser la forma de mostrar su gratitud.

—Es lo más seguro, sí… Pero ya podía ser menos discreto y decirnos su nombre. No sé qué de malo habría en ello —apostilló Sandro.

—En fin, nos quedaremos con las ganas de desvelar el remitente y de saber qué nos quiere decir con esa enigmática frase — Águeda, a pesar de todo, estaba encantada con aquella magnífica obra de arte.

—Creo que sería buena idea colgar el cuadro en el restaurante. En la pared junto a la puerta de la cocina puede lucir espléndidamente. Eso le dará empaque a aquella estancia, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo. Será un sitio perfecto —respondió Águeda.

—Pues entonces lo prepararé todo para colgarlo mañana. Y guardaré el sobre con la dichosa frasecita de recuerdo. Pero antes quiero que Andrés me dé su opinión sobre el asunto.

***

—Sube un poco la esquina derecha. ¡Así está perfecto! —Sandro guiaba a Andrés en la tarea de colgar la magnífica obra de arte en el restaurante.

—¿Estás seguro? Esto pesa lo suyo. Si está derecho ven a señalar con el lápiz —le indicó el recepcionista a Sandro.

Cuando finalmente quedó la pintura instalada, ambos dieron unos pasos hacia atrás para contemplar el efecto.

—Debo decir que esta obra es impresionante —Andrés estaba entusiasmado con el cuadro—. La generosidad del cliente que os la haya regalado es infinita. No cabe duda de que estamos ante un original clásico. No debe tener menos de cien años.

—¿Estás seguro, Andrés? —preguntó Sandro entusiasmado.

—Por la factura, la técnica empleada y la temática mitológica me atrevería a decir que debe ser de finales del siglo XIX, posiblemente de origen inglés.

—Casi podría decir entonces que nuestro hotel alberga una pieza de museo. ¿Qué me dices de la frase que venía con el cuadro? —preguntó Sandro, esperando que su erudito amigo pudiera arrojar alguna luz sobre el enigma.

—Posiblemente se refiera a la escena que refleja la pintura. Hypnos debe ser algún dios griego, pero no sé quién es su hijo. En todo caso, como también dice que «algún día lo comunicará al mundo», solo cabe esperar a que pase el tiempo y que alguien nos lo cuente —dijo Andrés

bromeando.

—De cualquier manera hemos de agradecer a nuestro enigmático cliente la donación. Te invito a un café.

Sandro, eximiendo a su empleado de las tareas de recepción durante unos minutos, quiso compartir con él unos momentos de tertulia. Aquel misterioso cuadro aún ocupó un tiempo más de su conversación.

PARTE DÉCIMA

El sorprendente devenir de las cosas

49
Hotel Águeda Beach, Estepona.
1 de abril de 1994.

Como era costumbre, Sandro descolgó el calendario que pendía de la pared de la cocina para actualizarlo. Atrás quedaba marzo, así que volteó la hoja para dejar a la vista el mes y el año que correspondían: abril de 1994. Una vez puesto el tiempo en orden se sentó en la mesa de la cocina para tomar el desayuno junto a Águeda. Esta se afanaba preparando el café y las tostadas mostrando un vigor inaudito para su edad. El matrimonio todavía mantenía un aceptable nivel de autonomía, razón por la que ella se negaba a ser asistida por una empleada del hotel que bien podría ayudarle con las tareas domésticas. El orgullo de Águeda le impedía aceptar que sus limitaciones, a pesar de todo, estaban ahí.

Sandro reparó entonces en que todavía no había recogido el periódico de la puerta del apartamento, así que volvió a levantarse para dirigirse hasta allí. Como cada mañana, esperaba recoger el *Diario Sur* que el recepcionista de turno siempre dejaba junto a la entrada. Molly, su adorada *golden retriever* que hacía más de catorce años que acompañaba al matrimonio, siguió a su amo en esa pequeña excursión, anticipándose a sus movimientos en actitud precavida por si tuviera que ayudarle. En su inocencia, el animal no sabía que, debido a su propia artrosis, poco podría hacer si su amo sufriera algún percance, excepto ladrar.

Los empleados del hotel hacía tiempo que habían tenido la deferencia de situar una pequeña mesita en el pasillo con el fin de evitar que el anciano tuviera que agacharse para recoger el periódico del suelo. Una vez lo tuvo en su mano, ayudado por su bastón y bajo la fiel vigilancia de Molly, Sandro se giró de nuevo hacia la cocina, en cuya mesa ya tenía servido el desayuno que tan primorosamente le había preparado su esposa. Molly se echó a su lado, no sin antes recibir una amorosa caricia en su cabeza.

Desde hacía muchos años los dos ancianos vivían sin perturbación alguna, disfrutando del día a día y de las pequeñas cosas. Les bastaba saberse queridos el uno por el otro, respetados por el director del hotel

—el diligente señor Martínez— y por sus empleados, apreciados por los amigos —que de vez en cuando aparecían por allí para compartir maravillosas veladas—, adorados por su noble perra… No fueron muchos los sobresaltos que tuvieron que afrontar en ese período. Solo de vez en cuando Sandro caía preso de algunos episodios de melancolía al recordar su funesto pasado, pero su esposa, el mar y Molly conseguían aliviar rápidamente su desazón. Sí, el viejo judío hacía años que había encontrado la calma junto al mar.

Águeda seguía mirando a su marido como un ser al que proteger y, por ello, continuaba dispensándole toda clase de atenciones. A pesar de los años transcurridos junto a él estaba cada día más enamorada y, aunque Sandro hubiera dejado atrás hacía muchos años su característico bigotillo, le seguía pareciendo una de las personas más apuestas de toda la Costa del Sol. Y su cojera era la más donosa de los contornos, más ahora que se hacía acompañar siempre de aquel elegante bastón con empuñadura de nácar. Sandro y Águeda eran felices.

***

—¿Alguna novedad? —preguntó Águeda mirando a su marido que leía el periódico asistido por unas gafas para su vista cansada.

—Me sorprende tu interés por la actualidad, querida. Pensé que llevarías hasta el final lo de «desconectar del mundo» —respondió Sandro sonriéndole.

—Bueno…, de vez en cuando me gusta saber algo de lo que ocurre ahí fuera.

—Pues poca cosa. Vuelven a hablar aquí de la liberación de la farmacéutica de Olot. Pobre mujer. Más de dieciséis meses secuestrada.

—¿Y cómo se encuentra? —preguntó su esposa intrigada. Hacía solo unos días que María Angels Feliú había sido por fin liberada.

—Según dicen aquí reencontrándose con la familia y con la vida. No debe ser fácil pero, según informan, se va adaptando poco a poco. Ojalá le vaya bien —informó Sandro.

De manera distraída, mientras Águeda quitaba la mesa del desayuno, su marido iba hojeando el diario sin detenerse en ninguna noticia en particular. Al llegar a la sección de Sociedad tuvo la intención de pasar rápidamente de hoja porque a Sandro no le interesaban esa clase de frivolidades. Sin embargo, antes de que lo hubiera hecho, hubo algo que llamó poderosamente su atención: el apellido Degrelle. Se detuvo en su intento de pasar página y, antes que

eso, dobló el periódico por la mitad para poder ver mejor aquella información.

—¡Tienes que leer esto! —le dijo cariacontecido a su esposa.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella más tranquila.

—¡Degrelle ha muerto! —exclamó sin más preámbulos.

—¿Cómo? ¡Déjame ver! —dijo Águeda cogiendo el diario que le extendía su esposo mientras buscaba torpemente las gafas que tenía sobre la mesa. Cuando estuvo preparada empezó a leer:

Breves… Última Hora… Al cierre de nuestra edición… Léon Degrelle ha muerto a los 87 años de edad. A primeras horas de la pasada noche, en el Sanatorio del Parque San Antonio de la barriada malagueña de El Palo, ha fallecido quien fuera considerado como uno de los más destacados nazis que se encontraba afincado en nuestro país. Degrelle, que se hacía llamar por el nombre de José León Ramírez Reina, llegó a España en 1945 huyendo de los aliados al término de la Segunda Guerra Mundial. Acogido por el régimen de Franco se afincó en la provincia de Sevilla para luego instalarse en la Costa del Sol. Desde principios de los años setenta fijó su residencia en la citada barriada de Málaga donde, según se sabe, se dedicó a una vida completamente discreta y apartado de las miradas de sus vecinos. Al parecer, estos ni siquiera tenían noticias de la existencia de este personaje en su barrio. El nazi vivía de los beneficios que obtuvo de su época dedicada a los negocios inmobiliarios y a la compra-venta de obras de arte —al parecer de manera ilegal— lo que le permitió tener una vida alejada de todo y de todos.

—Por fin tendrá que rendir cuentas ante Dios… Él sabrá administrarle justicia —dijo Sandro con resignación.

—El muy malnacido ha muerto tranquilo en una clínica, perfectamente asistido y sin que nadie le perturbe. Cuánto maldigo ahora el fracaso del Mosad. Seguro que en Israel habrían sabido poner a Degrelle en el lugar que le pertenecía —Águeda sentía una rabia incontenible que le hacía decir esa clase de cosas.

—Las cosas son como son, querida… Al final es Dios quien decide el destino de cada uno.

—¿También Dios decidió el destino de todos los tuyos? Prefiero pensar que eso no es así —continuó Águeda dejándose llevar por la contrariedad y el enfado que sentía.

Sandro permaneció en silencio, tal vez reflexionando sobre lo que acababa de decir su mujer.

—¿Y quiénes somos nosotros para juzgar a Dios…? —terminó diciendo Sandro.

—Bueno, sea como sea, «tanta paz lleve como descanso deja» —dijo

Águeda tirando de casticismo.

—Tendré que comunicárselo a Andrés. Creo que le gustará saberlo —propuso Sandro—. Lástima que Sandoval nos dejase hace años, seguro que también le hubiera gustado conocer la noticia —diciendo esto se volvió hacia la mesita del teléfono para realizar la llamada. Molly se levantó a duras penas para acompañar a su amo en aquella tarea.

***

—¿Lo has leído? —preguntó interesado Sandro a Andrés, que se encontraba al otro lado del hilo telefónico.

—Te iba a llamar ahora mismo. Lo acabo de leer en el *ABC*. Aún no salgo de mi asombro. ¡Degrelle, aún muerto, no deja de darnos sorpresas!

—¿A qué te refieres? —preguntó Sandro sin comprender lo que su amigo le decía.

—¡A la nota encontrada! ¿No dices que habías leído la noticia?

—El periódico no decía nada de ninguna nota. ¿De qué estás hablando? —le preguntó Sandro a su amigo con visible ansiedad.

—Pues si no estás sentado hazlo porque lo que te voy a decir te puede hacer caer de espaldas. Verás, en la chaqueta que vestía Degrelle horas antes de su muerte se ha encontrado una nota manuscrita dentro de un sobre. De su puño y letra había escrito en ella un texto críptico que la policía está estudiando.

—¿Qué dice la nota?

—La tengo aquí delante, su contenido ha sido publicado en prensa, al menos en el *ABC*. Este periódico ha conseguido hacerse con el texto a pesar de que la policía lo custodia con mucho celo. Alguien la ha debido filtrar. Te la leo: *La justicia fue impartida mucho tiempo atrás. El hijo de Hypnos guarda el secreto tras de sí y este es el momento en que debe comunicarlo. Háganlo hablar y todo quedará aclarado. Al oeste, en un hotel de Estepona, encontraréis la clave. El dios del sueño dará cuenta de todo*.

—¿Qué me estás diciendo? —Sandro, en efecto, se había sentado para mantener el equilibrio ante la bomba que acababa de explotar en sus manos.

—Imagino que estás pensado lo mismo que yo, ¿verdad? — inquirió Andrés al otro lado del teléfono.

—¡El cuadro del restaurante!

—¡Exacto! ¡Ahora lo veo claro! —dijo Andrés—. El hijo de Hypnos es Morfeo, Morfeo es la figura alada de la pintura que sostiene a la

mujer en sus brazos…

—…al oeste, en un hotel de Estepona…

—El dios del sueño lo contará todo… ¡En el cuadro está la clave, Sandro! ¡Espero que no te hayas desecho de él!

—Por suerte aún permanece donde tú y yo lo colgamos hace más de veinte años. ¡Tienes que reunirte conmigo inmediatamente, Andrés! Te espero aquí. No te doy más de media hora.

—A nuestra edad las prisas son malas consejeras, querido Sandro. Haré lo posible por llegar cuanto antes.

Sandro intentó colgar el teléfono pero este cayó al suelo con estrépito sin que le importara demasiado. Tuvo que ser Águeda la que se acercara para colgarlo y desentrañar de qué se trataba aquel barullo.

—¿Qué ocurre, Sandro? ¡Por Dios! ¿Qué es este alboroto?

—No te lo vas a creer, querida: Degrelle no ha dicho todavía su última palabra.

***

Sandro, Águeda y Andrés se encontraban de pie observando el cuadro. La quietud del restaurante a aquella hora de la tarde les permitió permanecer unos instantes junto a la obra preguntándose cada uno qué demonios tendría que decir aquella pintura sobre la muerte de Degrelle. Andrés, pertrechado de sus lentes, se acercó al lienzo intentando afinar su ya cansada vista para encontrar alguna escritura oculta, alguna pista que le permitiera desvelar el misterio. «El hijo de Hypnos guarda el secreto tras de sí» se repetía en voz baja mientras escudriñaba el paisaje pintado tras la figura alada del dios retratado.

—Detrás de Morfeo solo se ven unas montañas pintadas. No veo nada que pueda darnos pista alguna —dijo Andrés desesperanzado.

—Tal vez cuando la nota dice que «guarda el secreto tras de sí» se refiera al reverso del cuadro, ¿no os parece? —propuso Águeda desde una silla próxima en la que se había sentado.

—¡Claro! ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? —profirió Sandro al oír la sugerencia de su esposa—. ¡Tenemos que descolgar el cuadro ahora mismo! Iré a recepción a buscar ayuda.

Al cabo de unos instantes el cuadro estaba descolgado y puesto bocabajo sobre dos mesas del restaurante que habían sido unidas para permitir la exploración del reverso. Una vez que comprobaron que allí no había ninguna anotación que pudiera arrojar alguna clase de información, tanto Sandro como Águeda y Andrés se afanaban en rastrear cualquier resquicio del marco en el que pudiera encontrarse

alguna nota o similar. Pero tampoco hallaron nada.

—¿No os parece que esa esquina está algo más abultada? — preguntó Águeda al detener su vista sobre la parte inferior derecha del revés de la tabla.

— ¡Es cierto! —exclamó Andrés—. Es como si alguien hubiese guardado algo ahí.

Sandro se dirigió hacia el gueridón del restaurante, donde pudo encontrar un cuchillo para la carne que podría servirle para rasgar con cuidado el envés del cuadro. Con manos de cirujano, a pesar de su edad, el anciano judío fue desgarrando el papel que cubría aquel ligero abultamiento. Por suerte pudo extraer un sobre color sepia que pudo abrir fácilmente porque el paso del tiempo había eliminado las propiedades del pegamento que había tenido.

—*Et voilá!* —dijo Sandro nervioso, al tiempo que elevaba triunfalmente el sobre—. ¡Una carta!

—¡Sandro, por Dios, no nos hagas sufrir más! ¿Qué dice? — preguntó Águeda atropelladamente.

Con aire ceremonioso, aunque afectado por el nerviosismo, el polaco comenzó a leer:

A quien corresponda:

Con fecha miércoles 10 de noviembre de 1971 he dado muerte a José León Ramírez Reina, nombre falso de quien era en realidad Léon Degrelle. Este nazi, hombre pagado de sí mismo, falto de escrúpulos y con maneras de dictadorzuelo, estableció contacto conmigo recientemente a través de un agente sin identificar para que, dado mi parecido con él, lo suplantara en una reunión en la que se trataría sobre la compra de una obra de arte por la que él estaba interesado. El resultado de aquello no viene al caso, pero lo que me ha movido a su asesinato es el desprecio con el que he sido tratado y el no reconocimiento de la deuda que aún tenía contraída conmigo en virtud del trabajo por mí realizado.

No estoy dispuesto a ser ninguneado, menospreciado y humillado por un nazi incapaz de reconocer el dolor que su gente produjo a la humanidad entera. Creo de justicia su ejecución y por ello la he llevado a término sin ayuda de nadie. Un disparo sobre su cabeza con una pistola con silenciador ha sido suficiente para ajusticiarlo.

Ahora, dado que no dispongo de mujer ni de hijos, así como tampoco de arraigo familiar que me ate, me dispongo a suplantarlo hasta el final de mis días. Disfrutaré así de su fortuna y de sus haciendas dando ello por bueno en concepto de pago por mis servicios. Creo que hago un favor a la humanidad habiendo borrado de la faz de la tierra a este canalla (…).

Sandro, Águeda y Andrés sentían que sus ojos se iban a desplomar sobre el suelo del restaurante según iban conociendo el contenido de aquella revelación.

(…) Declaro, de igual modo, que el cadáver de Léon Degrelle lo he depositado en un lugar concreto de la finca Santa Matilde, cerca del arroyo Jaboneros, que discurre por la barriada de El Palo de Málaga capital. Próximo a la última curva antes de llegar a la hacienda existe un pinar agreste en el que sobresale por su altura un frondoso pino. A los pies de dicho árbol, a una profundidad aproximada de metro y medio, está el cadáver de Degrelle.

Mis huellas dactilares pueden ser encontradas en la pistola con la que he ejecutado a Degrelle, pistola que está depositada junto al cuerpo debidamente protegida por un trozo de tela y una bolsa de plástico para preservar la prueba. De igual modo podrán contemplar una fotografía Polaroid en la que se me puede ver a mí junto al cadáver; la he dejado allí también debidamente protegida. Por si ello no fuera suficiente, he imprimido mi huella dactilar al pie de esta carta con la sangre de Degrelle, así como la huella del propio nazi impresa con esa su misma sangre. También me he permitido manuscribir esta carta por si su análisis caligráfico pudiera ser de ayuda para concluir que la autoría de este asesinato no se debe a otro sino a mí. Queda exculpado de ese modo quien debe hacer entrega de esta carta a la policía.

Si todo me sale bien espero que esta declaración no vea la luz hasta que yo haya muerto dentro de muchos años. El cuadro en el que será encontrada ha sido entregado por mí al Hotel Águeda Beach, lugar donde tuve que sufrir la humillación de ser dormido y trasladado a un piso franco por unos agentes israelíes. Esta maniobra estaba destinada al auténtico Degrelle pero, cosas del destino, fui yo quien hubo de sufrirla. La pintura, de excelente calidad e interés artístico, perteneció al nazi y refleja una escena donde Morfeo, el dios del sueño, es protagonista. Espero haya podido lucir en todo su esplendor entre las paredes de ese hotel y no hayan tenido muchas dificultades para encontrar esta nota.

La prudencia me aconseja alejarme a partir de ahora del mundanal ruido, interpretando el papel de un Degrelle cansado que opta por refugiarse en la discreta vida de la barriada malagueña de El Palo. Los próximos al nazi —con quienes habré de tener el mínimo contacto— pasarán por alto el cambio de aspecto físico porque les habré informado de que, dado el temor a ser encontrado por los cazanazis, me he sometido a algunos retoques estéticos (cosa que, evidentemente, no ha sido así).

Espero morir dentro de muchos años, no sin antes haber

disfrutado de las inmerecidas riquezas y lujos que el nazi se quiso permitir en vida. Ahora me toca a mí.

Jaime Soldán Torres. Málaga, 11 de noviembre de 1971.

—¡No me lo puedo creer! —Sandro se había dejado caer violentamente sobre una de las sillas del restaurante pasando por encima de su cojera, de su artrosis y de sus diferentes achaques. Mantenía ante sus narices aquel documento en cuyo pie figuraban, efectivamente, dos huellas dactilares de color rojizo-negruzco debido al tiempo transcurrido desde que se imprimieran allí con sangre—. ¡Este Jaime Soldán mató a Degrelle pocos días después de fracasar nuestra misión!

—Eso quiere decir que quien ayer murió en la clínica de Málaga ha sido el sosias de Degrelle —dijo Andrés tras superar el *shock* inicial que le produjo aquella confesión—. ¡Ese nazi de Léon Degrelle lleva muerto más de veinte años…!

—Ahora entiendo todo… ¡Una jugada maestra! Me descubro — dijo Sandro.

—Solo cabe recriminar al tal Soldán no habernos hecho partícipes de esto hasta ahora —apuntó Águeda—. Hubiera celebrado la muerte de ese belga malparido mucho antes. Por no decir que si alguno de nosotros tres hubiera fallecido antes que Soldán se hubiera ido al otro mundo sin tener la satisfacción de saber asesinado a Degrelle hacía años.

—Todavía no salgo de mi asombro. «*El Dio es tadrozo ma no olvidazo*»… —exclamó Sandro en ese momento volviendo a traer a su memoria el dicho ladino.

El judío pensaba, en cualquier caso, en la posibilidad de que todo aquello fuera una patraña, aunque estaba tan bien urdido que parecía difícil que ese Jaime Soldán mintiera. Las demás pruebas, si efectivamente se encontraban en el paraje que este señalaba, serían incontestables para cualquier juez. Además, todo cuadraba: el ostracismo de Degrelle en los últimos veinte años, la no publicación de nada relacionado con compra-venta de arte por parte de este, el desconocimiento de los vecinos de El Palo acerca del personaje… En cualquier caso debía poner esa información a disposición de la policía de inmediato.

—¿Qué piensas hacer? ¿No crees que lo más oportuno es avisar a las autoridades para explicarles todo esto? —preguntó Andrés.

—Sí, eso haré ahora mismo. Pero antes de empezar a hacer las gestiones, ¿podrías hacer algo por mí? —preguntó Sandro a su esposa.

—Claro que sí, cariño, tú dirás.

—Prepárame una tila, por favor. Creo que la voy a necesitar para las próximas horas…

***

—Comisaría de la Policía Nacional de Estepona, buenos días, ¿en qué podemos ayudarle?

—Buenos días, agente. Mi nombre es Sandro Kreczkiewicz. Soy el dueño del Hotel Águeda Beach, en la Playa del Cristo. ¿Podría hablar, por favor, con el señor comisario? Tengo una información muy importante relacionada con la muerte de una persona en Málaga.

—Déjeme intentarlo, permanezca a la escucha —repuso el policía al otro lado del teléfono. Sandro oyó un chasquido en el auricular que le hizo saber que el policía estaba conectando con la línea interna del comisario. Al cabo de unos instantes volvió a oír al agente—. No se mueva del teléfono, le paso con el señor comisario.

—Buenos días, señor «Krikewich» —el comisario hacía lo que podía al pronunciar el nombre del polaco—. Permítame decirle antes de nada que he tenido la oportunidad de disfrutar de las instalaciones de su hotel. Le felicito, tiene un lugar magnífico. ¿Qué se le ofrece?

—Muchas gracias, señor comisario. Verá, se trata de la muerte de Léon Degrelle, en Málaga. Tengo un documento que prueba que el fallecido no es el auténtico Degrelle. Este falleció hace ventiún años asesinado por el que ahora descansa en la morgue del Sanatorio Parque San Antonio de esa ciudad. Es un poco complicado, se lo tendría que explicar en persona. Pero tengo un documento que así lo prueba.

—Perdone, ¿me puede deletrear el nombre de esa persona que dice fue asesinada hace tantos años?

—Degrelle, Léon Degrelle: D-E-G-R-E-L-L-E. Fue ese nazi que durante muchos años vivió en la Costa del Sol. Debido a mi edad no puedo desplazarme hasta la comisaría para explicarle el asunto y entregarle el documento, ¿podría alguien acercarse hasta el hotel para entrevistarse conmigo?

—¿Ha dicho usted «un nazi», señor Krikewich? Me interesa mucho este asunto… ¡Me tendrá en su hotel en quince minutos! ¡Salgo para allá de inmediato!

EPÍLOGO

Hotel Águeda Beach, Estepona.
15 de abril de 1994.

La pequeña ensenada de la Playa del Cristo de Estepona, en cuya arena se encontraba enclavado el Hotel Águeda Beach, formaba parte de la piel del viejo Sandro. Habían sido tantos los años de pasearla que, si se lo propusiera, podría recorrerla con los ojos cerrados sin tropezar con obstáculo alguno. Los paseos de estos últimos años junto a Molly (más cortos que antaño debido a los achaques) le habían dado para muchas reflexiones, para la actualización de sus recuerdos y para la nostalgia. Águeda lo acompañaba solo de vez en cuando pues, aunque ya había superado los setenta y siete años y hacía tiempo que estaba «jubilada», aún le gustaba estar encima del día a día del Hotel Águeda Beach. Tanto había prosperado el establecimiento que hacía tiempo que se podían permitir contratar a personal cualificado para que se ocupase de la dirección del mismo y ella pudiera dedicarse, entre otras cosas, a pasear distraídamente con su marido por la playa. Aunque, por lo general, prefería quedarse en casa elaborando las recetas que muchos de los turistas que se alojaban en el hotel compartían con ella (algunos de ellos ya eran antiguos amigos a fuer de repetir año tras año su estancia en aquel lugar). Le gustaba ver a Sandro descender renqueando los tres peldaños que separaban la terraza del apartamento de la arena de la playa. Molly siempre salía como el rayo cuando se le abría la pequeña portezuela de madera que dejaba el paso expedito hacia el mar. Allí era donde se bañaba cada vez que salía. Contrastaba la ligereza y agilidad del animal —a pesar de su artrosis— con el paso quedo de su amo limitado por su cojera y por el peso de la edad. Aquella entrañable y sencilla escena era capaz de hacer aflorar en Águeda las mejores emociones.

Muchas veces se hacía acompañar Sandro de su viejo amigo Andrés. Los paseos que ambos compartían daban para hacer recuento del pasado, para volver a recordar las «hazañas» que ambos habían protagonizado hacía ya demasiado tiempo y, sobre todo, le sirvieron como terapia al viejo judío. Siguiendo los consejos que el doctor Carrizosa —que en paz descansaba hacía años— le había dado en su día, Sandro no desaprovechaba la oportunidad de hablar de los sentimientos que albergaba en lo más profundo de su alma y que estaban tan íntimamente asociados a las experiencias por las que pasó en los años más negros de su vida. Compartir eso con Andrés le valía para aliviarse y para encontrar, en la comprensión y la paciente escucha de su amigo, una forma de bálsamo para un alma que, por

momentos, se agitaba. Aquello, y la compañía de su *golden retriever*, eran para él su mejor medicina. Y Águeda, claro. La libertad que sentía para hablar con Andrés de la muerte de su primera esposa era más amplia que la que experimentaba al hacerlo con Águeda. Sandro sabía que aunque su mujer era muy comprensiva con su pasado, no dejaba de sentirse algo incómoda al hablar sobre ello. Por eso prefería hacerlo con Andrés. Este conocía mucho del pasado de su amigo pero había episodios, momentos y detalles que no dejaban de sorprenderle según el polaco se los fue desvelando con el paso del tiempo al albur de los paseos vespertinos. Sandro alababa la paciencia que Andrés tenía y casi le pedía disculpas por atosigarlo con sus historias.

—Nada me gusta más que oír acerca de tu pasado, querido amigo. Sé que eso te apacigua y es para mí motivo de satisfacción saber que mi escucha te ayuda. Tu ejemplo, por otra parte, me ayuda a sobrellevar los contratiempos del día a día que, en comparación con tus experiencias, ensombrecen hasta hacerse más manejables. Eso te lo que tengo que agradecer yo a ti — le decía Andrés con una admirable condescendencia mientras tocaba amistosamente el hombro de su viejo patrón y amigo animándole de esa forma a no privarse de hacer terapia.

—Aquella imagen, querido Andrés, me acompañará toda la vida — decía Sandro a su amigo mientras lanzaba un palo a Molly que de inmediato traía de vuelta—. Perder a Estanislava de esa manera fue un durísimo golpe, tanto que valoré la posibilidad de volarme la tapa de los sesos.

—Me hago cargo de tu dolor —dijo Andrés asintiendo con su cabeza en expresión de solidaridad y empatía con su amigo—. Pero he de recordarte que el ser humano saca fuerzas de misteriosos lugares que le permiten continuar viviendo a pesar de todo.

—Ya… pero esa imagen… esa imagen de Estanislava rota en pedazos sobre la calle… ¿Cómo se puede borrar eso?

—Tal vez sea un error hacer esfuerzos por borrarla. Cuanto más te afanes en hacerlo más fuerza adquiere la misma —Andrés hacía ahora de psicólogo para Sandro—. Quizá sería mejor asumir que eso ocurrió como parte del proyecto existencial de tu primera esposa. Aunque resulte paradójico, la elección que ella hizo al morir de esa forma fue una manera de dar sentido final a su vida. Eso es lo que importa. La imagen, ya… eso es otra cosa. Me hago cargo de la dureza del recuerdo pero a pesar del mismo has sido capaz de sobrevivir y construir una nueva vida. Ese es el mejor homenaje que puedes hacerle.

—Siempre pareces tener las palabras exactas para calmar mi dolor —dijo Sandro con sincero agradecimiento.

—¿Qué ocurrió después de eso? Huiste por las alcantarillas, ¿no fue

así?

—Fue entonces tal mi conmoción que nunca he llegado a poder recordar cómo llegué hasta allí —decía Sandro recordando por enésima vez el atroz episodio—. No me importaba deambular por aquel submundo con la mierda hasta el cuello. La idea de haber perdido a Estanislava, la patética escena que acababa de presenciar, me sumió en una especie de confusión mental que me impedía tomar decisiones por mí mismo. Menos mal que Marek se ocupó de mí. Marek Edelman…¡qué gran tipo! ¿Qué habrá sido de él?

—Seguro que andará dando la brasa a algún que otro vejestorio de cualquier playa del Mediterráneo, igual que tú estás haciendo ahora conmigo —respondió socarrón Andrés en un doble esfuerzo por rebajar el dramatismo de los recuerdos y por alentar en Sandro la posibilidad de que su camarada hubiera sobrevivido igual que él.

Lo que Sandro nunca supo es que su amigo Marek (de quien se separó tras la captura de ambos en el alzamiento de Varsovia de 1944) volvió después a su ciudad natal, donde estudió Medicina y se hizo de un nombre como cardiólogo de fama en el país. De haber sabido esto el judío habría hecho todo lo posible por ponerse en contacto con él.

—No sé si te he contado cómo me ayudó a huir del gueto y el modo en que me acompañó durante los largos meses en que nos refugiamos en el bosque de Wyszkow.

—Sí, conozco la historia —respondió Andrés con la cara reflejando su admiración—. Y también sé cómo un año más tarde regresasteis a Varsovia para combatir en el alzamiento de la ciudad. No sabes cómo admiro tu valor. ¡Volver otra vez a la ciudad para plantar cara de nuevo a los nazis! ¡Ahí es nada! Pero siéntete libre de volver a contármelo. Sabes que siempre tienes algo nuevo que decir. Me encanta conocer los detalles.

—Bueno, Andrés, pero eso será otro día. Creo que ya te he aburrido bastante por hoy.

—¿No será que tu memoria empieza a flaquear y no quieres quedar mal conmigo desvelando tu chochez? —le recriminó pícaro, guiñándole un ojo.

—Mira quién fue a hablar. Tú, que frecuentemente tienes que cambiarte de pantalones porque te has meado encima —le respondió Sandro riendo burlonamente.

El judío había aprendido a conjurar sus fantasmas haciendo uso de sus largos paseos con Andrés y concluyendo con esa clase de bromas que le ayudaban a desdramatizar sus recuerdos. La terapia psicológica que, sin saberlo, le brindaba Andrés, unida a ese tono distendido y hasta humorístico que a veces se permitía el polaco, fueron claves para el sosiego de sus emociones. Al término de aquellos paseos Águeda siempre les esperaba en el porche del apartamento. A esa hora

solía tener preparado el aperitivo previo a la cena, aperitivo al que, casi siempre, se apuntaba el viejo recepcionista. «El muy caradura», solía espetarle Sandro con cara burlona. Molly, mientras tanto, contemplaba el juego de los dos jubilados con su mirada de eterna cachorra.

Hotel Águeda Beach, Estepona.
24 de abril de 1994.

—En aquellos días de Mauthausen mis espaldas tenían que soportar el peso de una situación insostenible. No sé cómo pude sobrevivir a aquello —le contaba Sandro otro día a su viejo amigo Andrés.

—Dicen que el ser humano tiene recursos desconocidos para él pero que, cuando es necesario, se despliegan y hacen soportable casi cualquier dificultad por dramática que esta sea. Ese debió ser tu caso, Sandro —le respondió Andrés en un tono que tanto traslucía un gesto de compasión como una declaración de admiración por su amigo.

—Fueron momentos muy difíciles, querido Andrés. Hacía no más de dos años que había perdido todo. Pero conocer a José Santín me permitió alimentar mi espíritu con sueños y proyectos y salir del letargo en que me encontraba. En los primeros días de Gusen no me hubiera importado lo más mínimo terminar con mi existencia. Alguna que otra vez me sentí tentado de saltar al vacío en Kastenhofen, la cantera del campo. Pero soñar España empezó a avivar mis ganas de vivir y de iniciar un nuevo camino. Y José tuvo mucho que ver en ello. Su muerte fue un golpe muy duro aunque también me ayudó a convencerme aún más de mi venida hasta aquí.

—¿Pudiste conocer a su familia al llegar aquí? —preguntó Andrés intrigado mientras echaba el cuerpo hacia adelante en el sillón en el que se encontraba sentado, como si eso pudiera ayudar a resolver el enigma.

—En realidad solo pude encontrar a un tío de José pero este no tenía noticia alguna de la suerte que habían corrido sus familiares porque estos habían emigrado a Barcelona antes de iniciarse la guerra civil. De hecho José se crió allí, en Cataluña. Sin embargo nunca dejó de acordarse de su mar andaluz y solo tenía palabras y recuerdos para su infancia malagueña.

—Esa historia de emigración y olvido se repitió entre muchas familias españolas aquellos años —dijo Andrés.

—Supe por el propio José que con solo quince años fue alistado para defender Barcelona de las tropas franquistas y al caer la plaza tuvo que huir exiliado a Francia. Recuerdo que me dijo que el reclutamiento de su promoción se llamó algo así como la Quinta del Chupe…

—La Quinta del Biberón —precisó Andrés con una tímida sonrisa. Los conocimientos del viejo recepcionista sobre cualquier asunto aún eran bastante prolijos—. Se le llamó así porque el bando republicano

tuvo que movilizar a soldados que apenas habían empezado a afeitarse hacía unos días.

—¡Sí, sí, ahora recuerdo! ¡Era la Quinta del Biberón! — recordó con la cara iluminada como si hubiera sido el propio José Santín quien hablase por boca de Andrés—. El caso es que terminó en el campo de concentración francés de Argelés junto a unos miles de republicanos más. Desde allí fue alistado en una Compañía de Trabajadores Extranjeros del ejército francés y a partir de ahí, según me contó, anduvo por Bélgica, presenció lo de Dunkerque y fue finalmente capturado por los alemanes. Así fue como terminó en Mauthausen. Él llevaba allí cuatro años cuando yo llegué.

—¡Caray, menudo periplo! —repuso Andrés con asombro.

—Ya lo creo… Antes de mi llegada había permanecido en condiciones inhumanas fruto de la crueldad de los *kapos*, el frío intenso, el hambre y la sarna. No sé si fue en «el matadero» donde cogió el tifus. Así llamaban a aquello, querido Andrés, te puedes hacer una idea.

—Y después llegaste tú…

—Así fue. Mi habilidad con la madera y el conocimiento del material me procuró un puesto de encargado de barracón. José también conocía el oficio de carpintero y eso facilitó que trabajáramos juntos en un bloque cubierto. Esa circunstancia nos salvó la vida en aquellos momentos.

—Eso y tu intercesión por él cuando fue sentenciado a la cámara de gas —objetó Andrés.

—Sí, tuve que ser rápido e inventar que las condiciones físicas de José eran aún válidas. La verdad es que el pobre no se mantenía en pie por la extenuación pero cuando ese maldito nazi le ordenó correr se produjo el milagro. Aún hoy no consigo entender de dónde sacó las fuerzas para volar como alma que llevaba el diablo. Ni tampoco entiendo cómo fui capaz de jugarme el cuello apostando por que aquella piltrafa humana pudiera siquiera dar unos pasos.

—De alguna manera se puede decir que tú salvaste la vida de tu amigo, igual que él salvó la tuya ayudándote a encontrar un nuevo sentido para ella —dijo Andrés.

—Así lo veo yo. De no haber sido por José tal vez habría terminado precipitándome por la cantera. Si hoy estoy aquí hablando contigo es en gran medida gracias a él. Le debo casi todo —afirmó Sandro mientras fijaba la mirada en un punto indeterminado.

—Hablábamos de su amigo José Santín —le dijo Andrés a Águeda al verla acercarse con una bandeja de café y pastas—. Supongo que ya conoces la historia, ¿no?

—¡Uy, sí! Conozco a Santín desde hace muchísimos años. Es casi uno más de la familia. Me habría encantado conocerle en persona,

hubiera aprovechado para darle las gracias por haberme traído a este trasto hasta mí —bromeó Águeda mientras guiñaba un ojo a su esposo.

Ella también sabía reconocer el mérito de José Santín Escudero. Y cuando acudía a la procesión de la Virgen del Carmen cada mes de julio en Estepona siempre le pedía por él.

Hotel Águeda Beach, Estepona.
Diciembre de 1994.

—Mucho temí por ti entonces, querido Sandro. No estaba seguro de que pudieras reponerte del golpe —el viejo Andrés se dirigía a su amigo mientras este acariciaba la cabeza de Molly en el invernadero de la terraza de su apartamento.

Los dos amigos, como hacían de vez en cuando al encontrarse en la intimidad, rememoraban aquellos días ya lejanos de 1971 en que se embarcaron en la fallida captura de Léon Degrelle.

—Ya sabes que al final saco las fuerzas de donde no parece haberlas. Siempre me las he arreglado. Lo cierto es que aquel fracaso fue muy duro para mí porque sentí profundamente haberle fallado a los míos. De algún modo era yo quien más perdía por el error de la operación.

—¿Otra vez andáis con lo mismo? —preguntó Águeda según entraba al invernadero con una bandeja donde llevaba unos cafés y unas magdalenas—. ¿No os cansáis de hablar una y otra vez de aquello? Cómo hubiese deseado que mi Sandro me hubiese salido futbolero. Así al menos podría hablar de lo que hablan todos los hombres.

—Águeda, Águeda… Siempre tan razonable y juiciosa. Llevas razón. Hace de aquello tantos años que ya deberíamos haber cerrado el capítulo. Lo que sucede es que a dos viejos chochos como nosotros solo nos queda recrearnos en la heroicidad que estuvimos a punto de alcanzar entonces. Déjanos que nos sintamos bien aunque solo sea unos instantes —dijo Andrés solicitando su indulgencia.

—¿Me has llamado viejo chocho? —preguntó Sandro con malicia a su amigo.

—Sí, Sandro, es lo que somos: un par de abueletes rememorando batallitas del pasado, ¡viejos chochos! Cuando el futuro ofrece menos espacio del que nos otorga el pasado parece normal hacer ese tipo de cosas. Pero sí, es lo que somos…

—¡Pues yo no me pienso morir aún! Si lo vas a hacer, avisa con tiempo para que ese día no tenga nada importante y pueda asistir a tu entierro —repuso Sandro con humor.

—¿Quién va a querer café? —preguntó Águeda interrumpiendo aquella divertida conversación.

Molly no perdía la oportunidad de observar la situación mirando a su amo y a Andrés alternativamente. Cuando se dio cuenta de que aquello no tenía sentido volvió a recostarse para descansar.

Hotel Águeda Beach.
Navidad de 1994.

—Espero que después de todos los acontecimientos acaecidos no te moleste que hablemos de nuevo de Degrelle, querida Águeda —Andrés parecía pedir permiso a la mujer de Sandro para comentar las últimas novedades sobre el caso.

—Bueno, Andrés, las circunstancias han cambiado notablemente en estos últimos días. Una vez resuelto el embrollo, después de tantos meses de pruebas forenses e informes de la policía, parece legítimo que nos recreemos en ello. A fin de cuentas casi se puede decir que la operación Águeda se resolvió con éxito —contestó quien en su momento dio nombre a esa operación.

—El hecho de que la policía haya determinado la verdad sobre la muerte de Degrelle hace veintitrés años así lo confirma, querida. Sin embargo, yo hubiese preferido otro final para esta historia. Lo mejor hubiera sido haberlo hecho llegar en su momento hasta un tribunal judío —opinó Sandro.

—Tal vez, aunque el final de Degrelle habría sido el mismo de haber sido condenado a la horca; habría muerto igualmente, qué más da la forma —terció Andrés.

—O tal vez le hubiera caído la perpetua, eso nadie lo sabe —Fátima, que no acostumbraba a opinar sobre ese asunto, expresó su parecer por primera vez.

La mujer de Andrés se encontraba aquella noche junto a su marido participando de la cena de Navidad en casa de los Kreczkiewicz. Hacía años que Sandro y Águeda celebraban la Nochebuena junto a sus amigos. El judío se acostumbró a ello y, sin renunciar a su propia religión, hasta conseguía emocionarse con los villancicos que anunciaban el nacimiento de quien hacía casi dos mil años dijo ser el Mesías.

—Pero ya hemos hablado bastante de Degrelle esta noche. Celebremos la vida, felicitémonos porque aún estamos juntos y brindemos por que el futuro esté ya para siempre despejado —era Sandro quien propuso el brindis y regocijarse con la celebración.

Molly, mientras tanto, permanecía alrededor de la mesa intentando sacar provecho de algunas migajas sin quitar ojo a su adorado amo. Una vez terminada la cena y brindado por segunda vez con champán francés (en las cantidades aconsejadas para su edad), Sandro salió al porche aprovechando que Andrés dormitaba en el sillón y que Águeda y Fátima estaban enfrascadas en sus conversaciones mientras recogían

la mesa. Molly se levantó para acompañar a su amo hasta ese lugar fresco que, a esa hora de la noche, se encontraba bajo una apacible quietud. El viejo polaco levantó los cuellos de su chaqueta para protegerse del frío de aquella hora y se sentó en su mullido sillón, ese que le acompañaba desde hacía lustros y que había adaptado su forma a la del cuerpo de su propietario… Molly se acercó hasta él para mendigar una caricia. Para ello posó su cabeza sobre las piernas del anciano mientras elevaba sus ojos hacia él sin mover ninguna otra parte de su cuerpo. Ese gesto siempre le hacía derretirse a Sandro. Este, presto a satisfacer los deseos del noble animal, comenzó a pasar la mano con suavidad por su cabeza. A lo lejos podía ver iluminadas las luces de los apartamentos y los hoteles que le rodeaban. Las ventanas de aquellas lejanas moradas parecían lucir en silencio, con discreción, tal vez en actitud de respeto para no romper la armonía ofrecida por la noche negra y estrellada de ese veinticuatro de diciembre. El cielo de invierno era un espectáculo. Y allí se encontraba Sandro, sentado en primera fila para poder disfrutar del mismo, solo junto a su fiel y adorable perra, con todo el tiempo del mundo por delante… Pensaba en el significado que aquella noche de Navidad tenía para los cristianos y sentía dentro de sí una paz interior que le reconfortaba de manera especial. Quizás, después de todo, el ser humano no estaba perdido.

Absorto en sus pensamientos reclinó su cabeza en el respaldo de su sillón sin olvidarse de Molly. Fue entonces cuando tuvo oportunidad de reparar en el detalle. Allá arriba, muy arriba, algunas estrellas titilaban, como guiñándole una suerte de ojo astral que viniera a rendirle homenaje. Pensó entonces que aquellas estrellas habían aparecido en ese preciso firmamento para acompañarle esa noche. Creyó ver entonces en ellas a Estanislava, a sus padres, Walenty y Zofia, a su hermana Dora y a Jan, a sus sobrinos Henryk y Jerzy… Desde aquella cúspide le agradecían su entrega ofreciéndole el mejor de sus brillos. Y cuando dos estrellas fugaces rasgaron el firmamento le pareció ver en ellas a Marek y a Mordejai que escoltaban a aquella comitiva celestial brindándole protección. No recordaba haberse sentido nunca tan reconfortado. El deber estaba cumplido, su compromiso había quedado consumado. El destino, por fin, era completamente suyo. Para ello había tenido que emplear ochenta y siete años de una muy azarosa vida.

NOTA DEL AUTOR

La gran mayoría de personajes que aparecen en esta novela existieron en la realidad. Sin embargo el protagonista de la misma, Sandro Kreczkiewicz (así como Águeda, Andrés y Sandoval), es una figura de ficción que nunca existió. He de decir, no obstante, que su historia bien pudo ser la de miles de judíos polacos que corrieron la misma suerte que dicho personaje y que se tuvieron que ver envueltos en tan trágicas circunstancias vitales fruto de la persecución del nazismo que asoló Europa entre 1933 y 1945. La ficción de Sandro, eso sí, me ha permitido construir el relato con coherencia y rigor histórico. Su nombre está inspirado en una mujer que sí existió: Aleksandra Kreczkiewicz, quien fue testigo del fusilamiento de varios de sus conciudadanos de Varsovia durante la matanza de Wola el 4 de agosto de 1944. Ella misma fue llevada al paredón en un patio de vecinos anexo a su vivienda pero fruto de los disparos solo fue herida. Perdida la conciencia se recuperó al cabo de algunas horas para ver una montaña de cerca de 500 cadáveres a su alrededor. Aprovechando el humo de los incendios que se extendían por la zona pudo reptar entre los cuerpos para esconderse y huir posteriormente: los SS se encontraban aún en aquel patio infernal buscando sobrevivientes que ejecutar.

Léon Degrelle fue un importante jerarca nazi de origen belga (Bouillon, Bélgica, 15 de junio de 1906 - Málaga, España, 31 de marzo de 1994) cuya historia queda bien reflejada en la novela. Hay que decir que, eso sí, Degrelle no fue asesinado sino que vivió hasta el 31 de marzo de 1994 en que murió de un paro cardíaco en el Sanatorio Parque San Antonio de Málaga. En términos generales se puede decir que el nazi nunca fue molestado en su dorado retiro español (a pesar de los inconvenientes que tuvo que sufrir al principio), al que accedió en 1945 huyendo de la persecución de los aliados. Mantuvo estrechas relaciones con formaciones y grupos de ultraderecha españoles como la CEDADE o Fuerza Nueva y tuvo contactos fluidos con políticos y personalidades influyentes hasta el final de su vida, entre ellos su íntimo amigo Blas Piñar, fundador de este último partido político. La colección de arte, es cierto, era una de sus pasiones. Degrelle tuvo, en efecto, un sosias que le sustituyó para despistar a las autoridades españolas a su llegada a España. Y también es verdad que sufrió algunos intentos de secuestro por parte del Mosad aunque, igual que el intento aquí novelado, también fracasaron. La Carlina existió en realidad tal y como se describe en la novela y fue habitada por

Degrelle en Constantina (Sevilla) durante algunos años. Después de superar el abandono en que cayó, en la actualidad, y desde el año 2009, es un monasterio habitado por monjas jerónimas.

Otto Adolf Eichmann (Solingen, Imperio Alemán, 19 de marzo de 1906 - Ramla, Israel, 31 de mayo de 1962) fue uno de los mayores responsables de la Solución Final del «problema judío» en Europa y el coordinador de la logística de «evacuación» de los judíos hacia el este determinada en la conferencia de Wannsee en enero de 1942, de la que formó parte fundamental. Responsable de la Sección IVB4 de la Gestapo fue el encargado, por tanto, de coordinar los transportes de los millones de judíos trasladados a los campos de concentración y de exterminio. Al final de la guerra consiguió huir a Argentina, donde se cambió el nombre por el de Ricardo Klement. Capturado por el Mosad en mayo de 1960 en la Operación Garibaldi (por el nombre de la calle donde vivía y fue atrapado) fue llevado hasta Israel, donde fue juzgado y sentenciado a muerte. Fue ajusticiado el 1 de junio de 1962.

Mordejai Anielewicz y su novia Mira Fuchrer (este era su auténtico nombre), Marek Edelman, Icchak Cukierman, Simha Rotem, Henryk Iwanski y Dawid Apfelbaum fueron, en efecto, notables combatientes del gueto de Varsovia. Comandados por Mordejai Anielewicz plantaron cara al todopoderoso ejército alemán en el convencimiento de que no lograrían la victoria pero sí, al menos, morir con dignidad. La sucesión de hechos narrados en relación al levantamiento del gueto de Varsovia y al alzamiento de Varsovia se han descrito como ocurrieron en realidad, así como el final de algunos de los resistentes. La figura de Marek Edelman, central en el levantamiento del gueto de Varsovia y posteriormente comprometido en la lucha anticomunista a partir del gobierno prosoviético de Polonia, fue un miembro activo del sindicato católico Solidaridad y artífice, por tanto, de los cambios producidos en Polonia hacia la democracia en los años 80 del pasado siglo.

En la actualidad, en el lugar donde se encontraba el cuartel general de la resistencia de la calle Mila 18, se puede hallar un montículo elevado sobre el búnker donde descansan los cuerpos de estos héroes, lugar donde el autor de esta novela les rindió tributo en su momento. También en ese lugar se encuentra un fabuloso monumento a los resistentes del gueto y a las víctimas del mismo donde, el 7 de diciembre de 1970, el canciller alemán Billy Brandt protagonizó la llamada «Genuflexión de Varsovia». Mediante este gesto espontáneo el canciller (que había sido resistente en Alemania frente a la dominación nazi) quiso pedir perdón de rodillas en nombre del pueblo alemán por el daño infligido a los judíos.

Marek Edelman fue, ciertamente, uno de los líderes de la rebelión del gueto de Varsovia cuando esta comenzó en abril de 1943. Tuvo

también un importante papel en lo relacionado con la publicación de periódicos clandestinos en el gueto que contribuyeron a la resistencia cultural e intelectual de los judíos, amén de haber empuñado las armas contra el enemigo nazi durante el levantamiento del mismo. Sobrevivió haciendo uso de las alcantarillas para salir del infierno y se vio embarcado en el posterior alzamiento de la ciudad en agosto de 1944, del que también salió vivo aunque tuvo que pasar por el campo de Berlin-Blankenburg (subcampo de Sachsenhausen cerca de la capital alemana). Posteriormente, ya liberado, estudió medicina y se especializó en cardiología, disciplina con la que se hizo de un nombre en Polonia. En los años setenta del pasado siglo se mostró muy activo en la militancia anticomunista y se afilió al sindicato de Lech Walesa Solidaridad, contribuyendo a la caída del comunismo en Polonia en 1989. En el año 1998, con motivo del 55º aniversario del levantamiento del gueto, recibió la más alta condecoración de Polonia, la Orden del Águila Blanca. En el acto de entrega de tan alta distinción proclamó: «Recordad, fuisteis pasivos una vez, nunca más podéis volver a serlo». Falleció por causas naturales el 2 de octubre de 2009 a la edad de 90 años. Debo aclarar que me he servido de su figura para situarlo en escenarios y momentos distintos a los originales permitiéndome así generar una trama narrativa y argumental que pudiera dar sentido al relato. En realidad ocupó otros espacios físicos y psicológicos a los descritos en la novela.

La historia de Adam Czerniaków, jefe del Comité Judío de Varsovia, se desarrolló como se describe en la novela. Fue un controvertido personaje que no supo responder con la vehemencia suficiente ante la demanda de los nazis de contingentes de judíos a los que asesinar. Terminó suicidándose ante la impotencia y por saberse incapaz de responder con eficacia a la situación. Su actitud fue muy contestada por un amplio número de judíos, entre ellos los resistentes del gueto que sí respondieron a la tragedia con valentía.

La carta dirigida por Mordejai a los combatientes que leyó Marek Edelman en el bosque de Wyszkow es real. De su puño y letra fueron escritas esas palabras en las que mostraba el orgullo del resistente judío sublevado ante la bota nazi. Igualmente los cánticos, los himnos, las arengas y los poemas que aparecen en la novela responden a la transcripción exacta de las composiciones que los judíos resistentes compusieron y difundieron durante los años de la infamia

La Villa Air-Bel, lugar de reposo de Sandro en Marsella antes de embarcarse rumbo a España, existió en la realidad. El Comité de Rescate de Emergencia, creado en Nueva York, se encargó de acoger en la villa a artistas e intelectuales europeos que, a partir de 1940, se refugiaron en la Francia no ocupada de Vichy. Su destino sería EE. UU. Desde Villa Air-Bel, vía Marsella, consiguieron escapar del

nazismo, entre otros, André Bretón, Max Ernst, Víctor Serge, Marc Chagall o Hannah Arendt.

Erik el Belga (René Alphonse van den Berghe, Nivelles, Bélgica, 1940) vive en la actualidad en Málaga. Casado con una malagueña, Nuria Gutiérrez de Madariaga (abogada de profesión y a quien conoció ejerciendo como tal), combate con denuedo desde hace años una importante diabetes que le imposibilita sobremanera la dedicación a su pasión por el arte, del que es un gran entendedor, falsificador y «tratante». Su trepidante historia al otro lado de la ley quedó reflejada en un libro autobiográfico escrito en 2012 titulado *Por amor al arte. Memorias del ladrón más famoso del mundo* (Editorial Planeta, 2012). El perfil psicológico de Erik le confiere un halo de misterio y singularidad que ha hecho del personaje un intrigante elemento digno de estudio. De algún modo Erik no robaba obras de arte sino que «las cambiaba de sitio» para ponerlas en mejores manos.

José Santín Escudero no existió con ese nombre aunque me he valido de una persona real llamada José Marfil Peralta (Rincón de la Victoria, Málaga, 9 de febrero de 1921 - Perpiñán, Francia, 8 de junio de 2018) para construir su historia. He querido ver en el lugar de nacimiento en el Mediterráneo de esta persona auténtica la inspiración para recrear el amor al mar que mostró Santín y contagió a Sandro. La historia verídica de José Marfil Peralta se ajusta a lo narrado en la persona del ficticio José Santín. Marfil Peralta fue, por tanto, un prisionero republicano español deportado a Mauthausen el 25 de enero de 1941 donde fue designado con el número de prisionero 3787. Poco después sería trasladado a Gusen con el número de prisionero 12342. Su padre fue el primer español muerto en los campos de concentración nazis. Efectivamente, José Marfil Peralta se salvó del crematorio cuando su jefe de barraca intercedió por él ante el comandante de Gusen, que lo hizo correr para comprobar que su estado físico era aún aprovechable. Y también es cierto que, a pesar de su debilidad, corrió como alma que llevaba el diablo. Eso lo salvó al permitirle vivir y trabajar a cubierto en la carpintería del campo. Consiguió sobrevivir tras ser liberado por el ejército americano en mayo de 1945.

José Antonio Girón de Velasco, el Conde de Mayalde, Hans Hoffmann, Propper de Callejón, Mateu y Pla así como otros cargos políticos o diplomáticos que aparecen en la novela son reales. Las escuetas referencias a su vida pública resultan ser ciertas.

Los personajes de Igon Mossenson y Bárbara están inspirados en dos agentes del Mosad que existieron en realidad y que, efectivamente, llevaron a cabo un intento de secuestro de Degrelle para ponerlo ante un tribunal de justicia israelí. Su intento, también fracasado, se produjo, no obstante, en 1961, diez años antes de lo que

se recrea en la novela.

Los hechos, tal y como acontecieron, se sucedieron como sigue: animados por el apresamiento de Eichmann en 1961 en Argentina, el servicio secreto israelí decidió ir a por Degrelle. Así, un capitán del ejército israelita que asumió la dirección de la operación consiguió un visado en Marsella y puso rumbo a Valencia, donde se agruparía el comando; su identidad falsa sería la de Igon Mossenson. Sus compañeros, sin embargo, fueron descubiertos en la frontera con España y se les intervino armas de fuego y un dosier informativo sobre Degrelle. La espera a la que tuvo que hacer frente Mossenson le hizo desarrollar un inusual comportamiento que despertó las sospechas de la policía española ante el nerviosismo mostrado. Fue detenido el 14 de julio de 1961. El comando israelí lo completaba una agente llamada Bárbara, una mujer rubia judía de nacionalidad marroquí cuyo papel en la operación sería el de seducir a Degrelle. Ella debía reunirse con el resto del comando en Sevilla, pero ante la detención de sus compañeros cogió un vuelo Madrid-Londres en el último minuto para escapar de la policía española con los secretos de la operación. Las autoridades españolas no quisieron reconocer que Léon Degrelle vivía tranquilamente en España por lo que el caso se cerró en falso devolviendo a los detenidos a Francia. Este intento de secuestro se conoció en 2005 después de que la CIA americana desclasificase un informe secreto donde se daba cuenta de todo ello.

Molly resulta ser el *alter ego* de mi perra Becky, una adorable *golden retriever* que en el momento de terminar esta novela falleció con 14 añazos y algunos meses. Becky era igual de noble, leal y fiel que Molly. E iluminó nuestras vidas, la mía y la de mi mujer, con la misma fuerza. El vacío que nos ha dejado es, sencillamente, infinito. A ella quiero dedicar esta obra.

Pedro y Paloma regentan hoy la Bodeguita del Chato en la calle Santa Ana de Estepona. Paloma es la heredera del magnífico lugar que se ha rehabilitado como una típica taberna andaluza pero con una inusual elegancia y cuidado. Pedro, ingeniero de caminos, acompañado de su encantadora mujer y de sus fantásticas hijas, dirige uno de los lugares con más encanto de esta ciudad costasoleña, visita inexcusable para todo aquel que quiera degustar los productos mejor elaborados y rodearse de un adorable ambiente al compás que marca el gusto por el buen vino. No en vano Sandro se quedó enamorado del lugar…

AGRADECIMIENTOS

La Playa de Varsovia no sería lo que es sin las oportunas y sagaces aportaciones de mi profesor, compañero y amigo José Calvo Poyato. Fue él quien, generosamente, hizo un hueco en su ajetreada agenda para leer hasta dos veces la novela. Tras cada una de esas lecturas, acompañados de un café en el sosiego del Círculo de la Amistad de Cabra, departimos largo tiempo sobre la conveniencia de hacer ciertas modificaciones de fondo y forma que, indiscutiblemente, han venido a mejorar la obra. Su maestría y sapiencia me fueron dadas como impagable ofrenda y han dado cuerpo a la historia que se narra. Y si su generosidad no hubiese sido suficiente también se prestó a firmar el prólogo del libro. Se ofreció a hacerlo durante una entrañable comida en que los articulistas de *ABC Córdoba* celebrábamos la Navidad. Mi agradecimiento más sincero y profundo.

Mi mujer, Belén, ha ejercido de lectora crítica partiendo de sus muy amplias lecturas y de esa natural capacidad para captar la esencia de un relato, sus giros, sus tramas y hasta su sintaxis; sin sus aportaciones todo habrá sido más difícil. Gracias por tu paciencia y por la ilusión con que has seguido todo el proceso, ilusión que ha conseguido mantenerme erguido durante tantos meses en que hemos compartido la alegría de saber que la novela merecía la pena.

Miriam Ortiz López de Ahumada, experimentada lectora con la sensibilidad siempre alerta, fue la primera en mostrar su interés por leer la novela para hacer sus importantes recomendaciones. Y así lo hizo. Sus puntos de vista sobre la trama y sobre algunos de los personajes que aparecen en la obra han ayudado a perfilar algunas aristas que necesitaban ser rebajadas. Gracias infinitas.

Mi perra Becky, mi adorada *golden retriever*, me miraba con curiosidad mientras escribía esta novela. No pudo verla acabada porque cruzó el arco iris antes de concluir el trabajo. Pero su fiel compañía me ayudaba a seguir adelante cuando los folios se volvían más blancos que nunca. Algún día nos reencontraremos y sabré agradecerte todo cuanto hiciste.

A los millones de judíos y resto de personas perseguidas por el infame Tercer Reich en los años más grises. Su lucha queda bien reflejada de la mano de las vivencias del personaje principal de *La Playa de Varsovia*, Aleksander Kreczkiewicz. Nunca olvidemos.

BIBLIOGRAFÍA

BIALOSZEWSKI, MIRON. *Diario del levantamiento de Varsovia*. Alba Editorial. Barcelona, 2011.

BORWICZ, MICHEL, *La insurrección del gueto de Varsovia*. Ediciones Orbis. Barcelona, 1985.

DEGRELLE, LÉON. *Las Waffen SS y la unidad de Europa*. Ediciones Sieghels. Buenos Aires, 2008.

EDELMAN, MAREK . *También hubo amor en el gueto.* Traducción de Agata Orzeszek. Editorial Galaxia-Gutenberg, 2013.

GRYNBERG, MICHAL, *Voces del Gueto de Varsovia*. Alba Editorial. Barcelona, 2004.

KASSOW, SAMUEL D., *Who will write our history? Rediscovering a hidden archive from the Warsaw guetto*. Indiana University Press, 2007.

KUBICA, HELENA. *From the Warsaw Uprising to Auschwitz (Voices of memory 10)*. The International Centre for Education about Auschwitz and the Holocaust. Oswiecim, 2015.

SULLIVAN, ROSEMARY. *Villa Air-Bel. Cómo los intelectuales europeos escaparon del nazismo*. Editorial Debate. 2008.

TUSZYNSKA, AGATA. *La cantante del gueto de Varsovia. Wiera Gran, la acusada*. Alianza Editorial. Madrid, 2018.

VAN DEN BERGHE, RENE ALPHONSE. *Por amor al arte. Memorias del ladrón más famoso del mundo (Erik el Belga)*. Editorial Planeta. Barcelona, 2012.

VARIOS AUTORES. *El hotel Pez Espada y su contribución al desarrollo turístico de la Costa del Sol*. Grupo Editorial 33. Málaga, 2009.